

**Universidad de Chile**  
Facultad de Filosofía y Humanidades  
Centro de Estudios Latinoamericanos

# Como un mapa ante mis pies

Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos

Estudiante:

**Marcelo Somarriva**

Profesor/a Guía: Eduardo Cavieres

**Santiago, agosto 2007**



<b>Introducción .</b>	<b>1</b>
<b>Contextos . .</b>	<b>5</b>
<b>I ¿Quiénes eran estos viajeros? Contextos biográficos y políticos .</b>	<b>9</b>
<b>Los primeros .</b>	<b>9</b>
<b>Relaciones Internacionales. La contratación de los empréstitos. . .</b>	<b>16</b>
<b>Las compañías mineras .</b>	<b>23</b>
<b>John Miers y el escándalo en “The Morning Chronicle” . .</b>	<b>30</b>
<b>Repercusiones de la ruina al otro lado del Atlántico .</b>	<b>35</b>
<b>II Editores e impresores . .</b>	<b>43</b>
<b>Un libro hechizo .</b>	<b>45</b>
<b>Libros y minas . .</b>	<b>49</b>
<b>Causas de la ruina .</b>	<b>57</b>
<b>Burbujas . .</b>	<b>62</b>
<b>Cabelleras de viento . . .</b>	<b>67</b>
<b>III Montañas, convulsiones geológicas y riquezas minerales .</b>	<b>73</b>
<b>Neptunismo y plutonismo .</b>	<b>78</b>
<b>La geología heroica .</b>	<b>79</b>
<b>Convulsiones geológicas, revoluciones y ruinas. . .</b>	<b>85</b>
<b>IV Naturaleza Americana, lo sublime y lo pintoresco. .</b>	<b>87</b>
<b>Cuadros de la naturaleza .</b>	<b>87</b>
<b>El agradable horror . .</b>	<b>92</b>
<b>A través de pampas y montañas . .</b>	<b>99</b>
<b>Un océano de tierra . .</b>	<b>102</b>
<b>“La cumbre era grandiosa, horrorosa y magnífica”. . .</b>	<b>106</b>
<b>Lo pintoresco .</b>	<b>112</b>
<b>V Naturaleza productiva . .</b>	<b>121</b>
<b>La oscuridad .</b>	<b>126</b>

Una cuestión de carácter .	132
<b>VI Observaciones políticas .</b>	<b>147</b>
<b>Mapas y topografía .</b>	<b>149</b>
<b>Visiones topográficas . .</b>	<b>154</b>
<b>VII Proyectos . .</b>	<b>161</b>
<b>Colonización .</b>	<b>163</b>
<b>La voz de los demás . .</b>	<b>168</b>
<b>VIII Derrota y vulnerabilidad .</b>	<b>173</b>
<b>IX El Desengaño y el Imperio .</b>	<b>183</b>
<b>Mirando hacia atrás .</b>	<b>186</b>
<b>Proyectos imperiales .</b>	<b>189</b>
<b>X ¿Duerme el león inglés? . .</b>	<b>207</b>
<b>Viajes románticos .</b>	<b>215</b>
<b>El imperio . .</b>	<b>219</b>
<b>FUENTES . .</b>	<b>227</b>
Libros de viaje y documentos contemporáneos .	227
<b>BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA . .</b>	<b>231</b>



# Introducción

Antes de la Independencia de las colonias sudamericanas existían pocos testimonios disponibles en Inglaterra acerca de la situación de los países que conforman lo que se denomina el Cono Sur de América, es decir el territorio que hoy comprenden las repúblicas de Argentina, Perú, Bolivia y Chile. Una vez iniciados los enfrentamientos que produjeron la separación de las colonias del dominio español, se abrió en Inglaterra la promisorio perspectiva de la apertura de nuevos mercados para la empresa comercial transatlántica. Esto motivó la aparición de muchos libros relativos a los asuntos de esta región de América. Se tradujeron al inglés libros ya publicados en otros idiomas y se publicaron otros nuevos escritos especialmente por autores ingleses. Estos últimos en su mayoría eran compilaciones en las que se reunía la información disponible en Europa sobre la región y testimonios de ingleses que habían viajado a América del Sur. Un número significativo de estos últimos lo conforman diez libros de viajes que siguieron prácticamente la misma ruta a través del continente durante un período de diez años entre 1819 y 1829<sup>1</sup>. Se trata de viajes a través del continente desde su costa Atlántica hasta el Océano Pacífico, es decir desde Buenos Aires al puerto de Valparaíso, siguiendo en ocasiones hasta la ciudad virreinal de Lima, atravesando las Pampas y la Cordillera de los Andes.

En orden cronológico, de acuerdo a la fecha de sus viajes, los autores de estos libros fueron John Constance Davie, Samuel Haigh, John Miers, Peter Schmidtmeier,

---

<sup>1</sup> Naylor, Bernard *Accounts of Nineteen-Century South America. An annotated Checklist of Works of British and United States Observers*. Londres: The Athlone Press of the University of London. 1969

Alexander Caldcleugh, Edward Hibbert, Robert Proctor, Francis Bond Head, Joseph Andrews y Charles Brand. Ordenados según la fecha de su publicación, sus libros son los siguientes: “Letters from Buenos Ayres and Chili. With An Original History Of The Later Country Illustrated With Engravings. By The Author of Letters From Paraguay”, publicado en 1819, para Rudolf Ackerman; “Narrative of a journey from Santiago de Chile to Buenos Ayres In July and August 1821”, de Edward Hibbert, publicado por John Murray en 1824; “Travels into Chile, over the Andes in the years 1820 and 1821, with some sketches of the productions and agriculture, mines and metallurgy; inhabitants, history and other features of America; particularly of Chile and Arauco”, de Peter Schmidtmeier, publicado por Longman, Hurst, Rees, Orme, Brown y Green en 1824; “Narrative of a Journey Across the Cordillera of the Andes and of a Residence in Lima and other Parts of Peru in the years 1823 and 1824”, de Robert Proctor, impreso por Archibald Constable y Hurst, Robinson and Co. en 1825; “Travels in South America during the years 1819-20-21 containing an account of the present state of Brazil, Buenos Ayres, and Chile” de Alexander Caldcleugh publicado por John Murray en 1825; “Travels in Chile and La Plata Including Accounts Respecting the Geography, Geological Statistics, Government, Financial, Agriculture, Manners and Customs and the Mining Operations in Chile Collected During a Residence of Several Years in these countries” de John Miers impreso por Baldwin, Cradock And Joy en 1826; “Rough notes taken during some rapid journey across the pampas and among the Andes” de Francis B. Head publicado por John Murray en 1826; “Journey from Buenos Ayres: through the provinces of Cordova, Tucuman, and Salta, to Potosi, thence by the deserts of Caranja to Arica, and subsequently to Santiago de Chili and Coquimbo, undertaken on behalf of the Chilian and Peruvian Mining Association, in the years 1825–26” de Joseph Andrews publicado por John Murray en 1827; “Journal of a Voyage to Peru: A Passage Across the Cordillera of the Andes, in the Winter of 1827. Performed on Foot in the Snow, and a Journey Across the Pampas” de Charles Brand, publicado en 1828 y “Sketches of Buenos Ayres, Chile and Perú” de Samuel Haigh publicado por Effingham Wilson Royal Exchange en 1829.<sup>2</sup>

En términos generales, estos libros pueden considerarse como una manifestación del primer período de excursiones inglesas por el interior del continente sudamericano y sus relatos se ensamblan de tal modo que permiten reconstruir en parte la historia de las incursiones de esta etapa, a través del testimonio directo de algunos de sus protagonistas. Sin embargo, la lectura conjunta de estos diez libros, no sólo permite reconstruir una empresa, si no que también permite apreciar las actitudes e ideas, es decir las expectativas, los prejuicios y las distintas opiniones que tuvieron sus respectivos autores respecto de esta región de América.

En general, el propósito de este trabajo se orienta a combinar el relato de esta fase de la empresa inglesa en América del Sur con la exposición de las actitudes culturales manifestadas por estos autores en sus diversos libros. De este modo lo que he intentado hacer es una lectura conjunta de estos libros con el objeto de conseguir que ellos se iluminen recíprocamente, no sólo para ensamblar las piezas que conforman el entramado de sus excursiones por esta región, sino para observar la forma cómo convergen y

---

<sup>2</sup> Para esta investigación he consultado las versiones originales de estos libros. Todas las traducciones citadas en lo sucesivo a lo largo de este trabajo son mías.

divergen las actitudes que sus autores recogen y manifiestan en sus obras. Para lograr esto he procurado además situar a estos diez libros en sus contextos tanto culturales como políticos, y ver de qué forma estos les proporcionaron algún sentido que permita hacer una lectura provechosa de ellos. Para lograr esto, he procurado estudiar estos libros mediante un modelo de análisis que los desmonta en tres instancias.

**a)** La primera de ellas, comprende al viajero y su experiencia y procura reconstruir su biografía junto a las circunstancias y motivaciones que impulsaron su viaje.

**b)** La segunda instancia, abarca al libro propiamente tal, es decir en cuanto texto producido por un autor, a partir de su experiencia personal. Texto y experiencia son dos realidades que no debieran confundirse, ya que se encuentran separadas por la brecha insalvable que se interpone entre la experiencia vivida o “real” y la narración posterior o el texto escrito a partir de esta, que antes que nada, es una “construcción” literaria, en la cual el autor intenta transmitir sus experiencias mediante palabras y fórmulas. Al hacer esto el autor construye una nueva realidad mediante un relato o una narración, construyendo en ocasiones también su propia identidad. Se hace necesario hacer, al menos mentalmente, una distinción entre el viaje y el texto que conforma el libro o entre el sujeto que viaja, y quien narra o protagoniza el relato.

Al respecto también he considerado a estos textos como una verdadera sucesión de “representaciones”, tanto de su propio autor, como del mundo natural y social que encontró en el curso de su trayecto. Asumiendo, como lo hace Roger Chartier, que “no hay práctica ni estructura que no sea producida por las representaciones, contradictorias y enfrentadas, por las cuales los individuos y los grupos le dan sentido a lo que les es propio”.<sup>3</sup> Es necesario, entonces, reconstruir la historia de las representaciones contenidas en estos libros y ver de qué manera dialogan entre ellas mismas, y con su medio y de qué manera se proyectaron entre sus lectores. Chartier plantea la necesidad de descifrar las sociedades penetrando en “la madeja de las relaciones y de las tensiones que las constituyen a partir de un punto de entrada particular”, como lo podría ser “una red de prácticas específicas”. Este trabajo tiene una ambición bastante más modesta que descifrar una sociedad, y se propone abordar algunos de los fenómenos interconectados que convergen en torno a estas distintas excursiones por el interior de América y del sur y los diez libros de viajes que dieron cuenta literariamente de ellas. Esto, sin embargo, siguiendo a Chartier, “define un tipo de investigación que, necesariamente, asocia las técnicas de análisis de disciplinas poco habituadas a encontrarse en tal proximidad: la crítica textual, la historia del libro, en todas sus dimensiones, la historia sociocultural. Más que un trabajo interdisciplinario (que siempre supone una identidad estable y diferente de las disciplinas que firman la alianza) lo que se propone es un trinchado inédito del objeto”.<sup>4</sup> A través de esta imagen, Chartier propone asediar el objeto de estudio, mediante un análisis en el cual converjan disciplinas que habitualmente no conviven en el mismo espacio imaginario, con el objeto de lograr una lectura productiva que de cuenta de la riqueza de significaciones del tema estudiado. En el caso de estos diez libros, se trata

<sup>3</sup> Chartier, Roger El mundo como representación Barcelona Gedisa 2000 P 49

<sup>4</sup> Chartier, Roger 2000 P. 52

de una serie de representaciones que se entrecruzan y superponen a lo largo de un mismo espacio físico, a través de un itinerario compartido y que también se superponen y entrecruzan en un territorio imaginario conformado por sus textos, donde las experiencias vividas se entremezclan y sustituyen con las diversas aspiraciones y prejuicios que rodearon las experiencias de viajar y de escribir.

c) Por último, la tercera instancia que conforma este método de análisis, comprende en general a aquellos que reciben el texto del autor-viajero, ya sea para publicarlo o para consumirlo como lectores. Para esto es necesario tener en mente quiénes fueron las personas que se interesaron en llevar estos libros a la imprenta y que luego los pusieron a la venta, es decir a sus editores y quienes luego pagaron por ellos, es decir sus lectores o la audiencia que los leyó y les dio un sentido de acuerdo a sus necesidades, aspiraciones y su respectivo horizonte cultural.

Es tal vez en esta instancia cuando corresponda vincular o establecer la filiación de estos trabajos con un género, o un subgénero literario determinado: la literatura de viajes. Lo que equivale a decir un conjunto de convenciones, normas de estilo, influencias y préstamos culturales. Al respecto, Peter Burke, al estudiar algunos casos de literatura de viaje, ha propuesto subrayar “el aspecto retórico” de las descripciones de estos; en particular destacando la importancia que en ellos tienen los “lugares comunes” y los “esquemas”. Es decir, la forma como se adecuan a formas de expresión preestablecida, ya que como añade Burke, estos libros, “no son descripciones espontáneas y objetivas de nuevas experiencias, de la misma manera que las autobiografías no son testimonios espontáneos y objetivos de una vida”, sino que responden a un diálogo interno con una determinada tradición cultural.<sup>5</sup>

La lectura conjunta de estos diez libros permite detectar la existencia de una cadena de referencias, en la cual resultan cruciales las expresiones, juicios y observaciones vertidas por el viajero anterior, y también la sujeción a ciertas “recetas” predeterminadas que surgen al tratar de hacer confluír las operaciones de viajar y escribir. En este trabajo, he intentando esbozar lo que Burke denomina “la iconografía de las visiones”<sup>6</sup>, esto es, como ciertas impresiones o descripciones se expresan en base a una identificación con marcos culturales previamente establecidos, ya sea en términos visuales como narrativos.

Por otro lado, resulta necesario tomar en cuenta que se trata de libros de viaje que fueron escritos para ser publicados y con el propósito manifiesto de satisfacer una demanda cultural europea, de acuerdo a gustos, modas y necesidades de índole político. Es por ello, que es importante determinar el horizonte cultural en el que se sitúan estos libros, sus autores y sus pretendidos destinatarios o lectores. Es decir, el conjunto de expectativas, inquietudes, concepciones e ideas de una cultura determinada, en la que todos los actores participan.

Las tres instancias en las cuales he desmontado la noción de libro de viaje no son compartimientos estancos cerrados, sino que se encuentran recubiertas por superficies

---

<sup>5</sup> Burke, Peter Formas de historia cultural Madrid Alianza 2000 P 127

<sup>6</sup> Burke, Peter 2000 P 59,60

---

porosas, que admiten trasvasijos de una instancia a otra. Así, por ejemplo, un editor es en definitiva un lector más, que sin embargo tiene la facultad de imponer modificaciones o exigencias al texto. Asimismo, este esquema de análisis en tres partes es un programa tentativo que he procurado seguir en la medida de mis capacidades y que necesariamente admite mayor profundización y desarrollo, que el alcance de este trabajo tampoco permite.

En definitiva, el propósito final de este esquema es principalmente derribar la noción que asume a los libros de viaje como estos, como si se tratase de testimonios transparentes, a través de los cuales puede verse directamente la realidad que describen, en este caso el pasado de estas nacientes repúblicas. Esta ha sido la tendencia prevaleciente en la historiografía nacional, que utiliza a estos libros como testimonios documentales en los cuales las realidades del viajero, autor, viaje y texto se funden en un solo espejo irrecusable, capaz de reflejar verazmente un período histórico particularmente complejo y convulsionado de la historia de América del Sur. En este sentido, este trabajo ofrece una lectura de estos libros de viajes que da cuenta de sus complejidades, procurando dilucidar sus estrategias, sus tácticas, la forma como ponen en escena una determinada realidad y la manera como fueron ellos fueron recibidos y cuál fue su eficacia o influencia.

Para conseguir estos objetivos he tenido que comentar y dialogar con algunos autores que han abordado previamente este tema, particularmente con la obra de Mary Louise Pratt, “Ojos Imperiales”, un clásico de la crítica postcolonial. De alguna forma, este trabajo pretende ofrecer una perspectiva de análisis tendiente a complementar los innegables aportes de Pratt a la comprensión de la literatura de viajes y al proyecto científico europeo en las regiones de África y América, criticando también algunas de sus conclusiones.

## Contextos

La primera parte de este trabajo presenta el contexto biográfico y político del cual surgen los viajes que originaron estos libros. Tanto estos viajes, así como sus respectivos relatos, forman parte del proyecto general británico de reconocer el estado actual de las nacientes repúblicas de esta región de Sudamérica, la ciudad de Buenos Aires, las Provincias Unidas del Río de la Plata, Chile —con una conformación territorial bastante más modesta que la actual—, el virreinato del Perú y las provincias del Alto Perú, que conforman la actual Bolivia. El propósito compartido que animó a estos viajeros a cruzar el Atlántico e internarse en un continente casi enteramente desconocido, fue verificar su real situación política y social tras las agitaciones causadas por las guerras intestinas de su independencia, principalmente con el objeto de conocer la verdad sobre el estado de sus riquezas minerales.

La minería —que había sido la principal fuente de riqueza del imperio español— fue el principal atractivo de los primeros viajeros europeos que penetraron el interior del continente de América del Sur. No hay que olvidar que incluso, Alexander Von Humboldt,

ingresó al continente a fines del siglo XVIII premunido de credenciales emitidas por la corona española que lo comisionaban y facultaban para hacer un reconocimiento de las potencialidades mineras de lo que entonces era una gran porción del imperio español<sup>7</sup>. Como él, poco tiempo después, otros científicos como Antón Zacarias Helms y Tadeus Haenke, también ingresaron a este continente con el propósito de reconocer estas riquezas minerales, bajo el auspicio del monarca español. Paralelamente, en ese momento la geología comenzaba a desarrollarse como una ciencia e iniciaba un período de auge, en el que tuvo una influencia determinante la experiencia de viajeros europeos como los mencionados anteriormente, que dirigieron su rumbo hacia tierras lejanas ubicadas en la periferia de los imperios permitiendo con ello a científicos y aficionados tomar contacto directo con grandes formas del relieve terrestre hasta entonces desconocidas.

Estos diez libros, y sus autores, son una manifestación de este esplendor geológico, ya que buena parte de ellos fueron escritos por agentes o delegados de las compañías mineras que se formaron en Inglaterra con el propósito de explotar las legendarias riquezas de esta región de América. En este trabajo me he propuesto resaltar la vinculación que existió entre estas experiencias inglesas y la formación de las compañías mineras por capitalistas ingleses, así como con la contratación de empréstitos en el mercado inglés a beneficio de estas Repúblicas, dos grandes incidentes de índole financiera y política que determinaron la situación comercial y diplomática de el Cono Sur con el mercado Británico.

La segunda parte de esta tesis relaciona las empresas de estos viajeros con una particular visión de la naturaleza propia de aquella época. Asumiendo que la representación del mundo natural es un aspecto crucial de estos libros. Por eso he hecho especial hincapié en presentar la visión del mundo natural proporcionada por estos autores en sus libros. Asunto que abre paso a la tercera parte de este trabajo destinada a estudiar la forma como estos textos se enfrentaron el mundo de la naturaleza mediante una estética asociativa, caracterizada por las retóricas de lo sublime y lo pintoresco.

La cuarta parte prosigue el análisis de estos textos centrándose esta vez en su relación con un proyecto civilizador británico del cual estos autores participan de una u otra forma. Dicho afán civilizador se encontraba estrechamente ligado a un proyecto de naturaleza mercantil de expansión capitalista. Situaciones que determinan las diversas representaciones que estos autores sostuvieron respecto de la naturaleza, los sujetos que habitaban estos territorios y la situación política de los países. Luego, la confluencia de este plan, civilizador por un lado y mercantil por otro, que pretendía ensanchar el ámbito de los mercados para la proyección de la economía inglesa, se manifiesta en los diversos proyectos o empresas que estos autores manifiestan en sus trabajos.

Después de reseñar estos proyectos o empresas, he intentado establecer la forma como estos autores expresaron un compromiso con una causa de carácter imperial y nacionalista británica, algo que puede determinarse a partir de la trayectoria de sus autores o de sus respectivas carreras, ya sea de tipo militar o comercial y de las

---

<sup>7</sup> Von Humboldt Alexander. *Personal Narrative of a Journey to the Equinoctial Regions of the New Continent* London Penguin Classics 1995. P xxxiii

expresiones u opiniones manifestadas por sus propios autores. Tomando en cuenta que Inglaterra a partir de las últimas décadas del siglo XVIII fue conformando un imperialismo de nuevo cuño, que se ha conocido bajo el nombre de Segundo Imperio Británico. Un imperio, que a consecuencia de las guerras napoleónicas, la independencia de los Estados Unidos de Norte América y de la llamada Guerra de los Siete Años —que duró bastante más tiempo— se revitalizó de manera sustantiva, expandiendo significativamente su dominación territorial principalmente en Asia, es decir, en la India. Se trató de un fenómeno de expansión imperial importante que Inglaterra no vivía desde la creación de sus colonias en Irlanda y en América del norte dos siglos atrás.

Otro de los propósitos que me he propuesto en este trabajo es relacionar estas expediciones británicas de las primeras décadas del siglo XIX con las tentativas y las especulaciones desarrolladas por los ingleses en los siglos anteriores, procurando determinar la existencia de eventuales puntos de contacto o señales de continuidad a través de los siglos entre estas experiencias de los siglos XVI, XVII y XVIII y estos viajes que significaron el primer contacto directo de los ingleses con el interior de estas tierras de América. En términos generales, esto permite establecer un encuadre histórico mayor, que resalta el carácter imperial, de modo que tanto estas experiencias inglesas como sus textos recogidos en libros pueden ser leídos al trasluz de un proyecto de mayor alcance. He pretendido establecer esta vinculación con una empresa de tipo imperial nacional, no sólo mediante lo que sus autores revelan de manera expresa o directa sino también aquello que ellos manifiestan de manera implícita o tácita mediante sus representaciones (sobre el mundo natural, la gente, en sus diagnósticos políticos, en la forma como interpelan a su pretendida audiencia metropolitana) ya sea verbales o visuales<sup>8</sup>.

Al demostrar la vinculación que existió entre estas empresas del comienzos del siglo XIX y sus antecedentes de siglos anteriores, este trabajo intenta situarse en un punto en el cual confluyen las aspiraciones de inversión británica en estos nuevos mercado sudamericano, que se vieron estimuladas por un período de paz y auge económico, con un conjunto de imágenes sobre el Cono Sur de este continente que circulaban en Inglaterra desde hacia siglos. Un punto de convergencia en el cual la especulación económica estimula y se nutre, a su vez, por especulaciones de otro cuño, que circularon en relatos y narraciones aventadas por la imaginación literaria.

De esta forma, en esta tesis me he propuesto destacar como estos diez libros de viaje son testimonio de las grandes expectativas que el público inglés había cifrado en esta zona de América y de los grandes designios que había tramado sobre ella. En todos ellos se recogió una imagen del Cono Sur de América, que fue determinante en el establecimiento de su credibilidad en el ámbito financiero metropolitano. Sin embargo en estas páginas también me propuse demostrar como estas compañías mineras británicas y la generalidad de los proyectos, que se desarrollaron a la luz de las posibilidades que ofrecía América del Sur, terminaron en el más rotundo y fulminante fracaso, lo que determina que todos estos libros se encuentren atravesados por la ruina que ocasionó el

<sup>8</sup> Estas ideas de Alfred North autor de *Science in the modern world* se encuentran citados Nicolson Marjorie Hope "Mountain Gloom and Mountain Glory" Seattle and London University of Washington Press P 27: "...Habrán proposiciones fundamentales las cuales los adherentes de todos los diversos sistemas de una época presupondrán de manera inconsciente"

desmoronamiento del mercado londinense entre finales de 1825 y comienzos de 1826. Una catástrofe que sacudió dramáticamente las especulaciones inglesas en América deteriorándolas de manera significativa.

Esta experiencia proporciona el otro contexto en el cual he leído estos libros, que es el fracaso, no sólo comercial de estas experiencias mineras y de las empresas del empréstito, sino un fracaso que se propaga como una atmósfera general de derrota y de vulnerabilidad que trasunta a todos estos libros. Una derrota y una impresión general de vulnerabilidad que se ha pasado por alto al momento de analizar estas experiencias inglesas en América del Sur, en las que comúnmente se resalta el aspecto imperial, en el cual se acentúa un espíritu campante, triunfal y avasallador.

En este último sentido este trabajo pretende entregar una visión general de estas experiencias, en las cuales se combinan tanto las pretensiones como las ambiciones de llevar a cabo una empresa de índole imperial cuyas raíces se prolongaban largamente en el tiempo, con una noción general de vulnerabilidad y derrota, que terminó frustrando los planes de estos viajeros y que en general los mantuvo alejados de las empresas sudamericanas por un tiempo. Una sensación de derrota y frustración, que se expresó no sólo de forma expresa, sino también de una manera subrepticia o indirecta, mediante recursos o mecanismos retóricos. Ya que así como las estéticas de lo pintoresco y las visiones topográficas pueden ser una manera de expresar visiones de colonización, apropiación y dominio territorial; una sensación de vulnerabilidad puede traslucirse de una visión que reduce y minimiza el papel del hombre ante la grandeza del mundo natural, como ocurre con la estética de lo sublime, o de percepciones del propio cuerpo, que se presenta como un ámbito vulnerable y susceptible de ser afectado de manera dramática por el paisaje.



# I ¿Quiénes eran estos viajeros? Contextos biográficos y políticos

## Los primeros

Entre finales del siglo XVIII y las primeras dos décadas del siglo XIX, Inglaterra alcanzó una expansión de su alcance internacional, llevando a sus prácticas imperiales a un estado de culminación, al mismo tiempo que consolidaba su nacionalismo puertas adentro. Entre 1790 y 1830 el Imperio Británico se constituyó en la expresión de una Nación Estado fortalecida, que operaba a nivel internacional, animada por los principios generales de protección y glorificación de la corona, la iglesia anglicana, el “common law” y el comercio marítimo. Todos los rincones del mundo fueron testigos de un crecimiento del poder británico <sup>9</sup> y hacia la década de 1820, tal como señala Linda Colley, esta dominación se había expandido de manera dramática hasta abarcar la quinta parte de la población del globo. <sup>10</sup> Mientras tenía lugar este proceso, gran parte del mundo vivió una aguda realineación de sus mercados, lo que modificó sustancialmente su situación

<sup>9</sup> Bayly Christopher Imperial Meridian The British Empire and the World 1780-1830 London New York Longman 1989 P 100-102.

<sup>10</sup> Colley Linda Britons Yale. Yale University Press 1992 P4

económica. Los antiguos mercados habían colapsado a consecuencia de las guerras napoleónicas y se introdujeron otros nuevos, en un momento en que las demandas del Estado Británico habían aumentado muchísimo a través del cobro de impuestos y otras requisiciones extraordinarias. Sin embargo, el crecimiento acumulativo de estas presiones internas fue sólo parte de un cambio estructural más profundo en la economía internacional. Una fuerza crítica en este cambio, fue la irrupción de la revolución industrial inglesa.<sup>11</sup> Las guerras napoleónicas habían cerrado abruptamente los mercados europeos, lo que actuó como un intenso incentivo para que los artesanos ingleses redoblaran sus ventas en dirección hacia mercados más lejanos, particularmente hacia las dos Américas y Asia.<sup>12</sup>

En ese contexto general, de expansión tanto territorial como mercantil, el progresivo desmantelamiento del Imperio Español en América iba ofreciendo un campo fértil para la especulación y la empresa comercial británica. El oro, la plata, el cobre y muchos otros minerales atesorados en las montañas de la Cordillera de los Andes, fueron una suculenta carnada que atrajo a aventureros, científicos y empresarios europeos a estas remotas regiones del planeta. Ambiciones, que por lo demás eran bastante antiguas. Sus raíces se remontaban hacia fines del siglo XVI.

Tan pronto como llegaron a Londres las noticias de que los mercados sudamericanos se habían abierto al comercio exterior, el mercado inglés reaccionó de manera casi inmediata. Inglaterra vivía entonces un verdadero frenesí financiero a causa de la calma que trajo el fin de las guerras napoleónicas. Esta paz continental, había dejado además a multitudes desmilitarizadas que se enfrentaban con la posibilidad abierta de encontrar un nuevo destino en horizontes diferentes a los que hasta entonces había permitido la gloria militar en la guerra contra las fuerzas de Napoleón. Como señaló de manera elocuente el desatacado historiador y americanista Robin A. Humphreys: “La puerta estaba abierta al comercio exterior y a la inversión de capital, y la visión era arrebatadora. En los años posteriores a 1815, una Europa extenuada por la guerra vio en las fabulosas tierras del imperio español un nuevo El Dorado...El interés en Latinoamérica había crecido sostenidamente entre los días del Asiento y la Compañía del Mar del Sur, de Anson y Vernon, y aquellos de la invasión de Buenos Aires, y de Popham y Baird.”<sup>13</sup> Humphreys añade a continuación que tal vez nunca antes, en Inglaterra haya existido una confluencia semejante entre una demanda tan generalizada por obtener información acerca de un área tan vasta como el continente Americano y una oferta proporcional tan generosa de esta, como la que se presentó en la década de 1820.

El pivote en torno al cual pueden hacerse girar esta confluencia de necesidad de obtener información y el impulso de proporcionarla, fue la formación de diversas compañías mineras americanas en el mercado londinense. Fueron precisamente estas

---

<sup>11</sup> Hobsbawm Eric *The Age of Revolutions* Mentor Books New York 1964 P44-73

<sup>12</sup> Bayly Christopher 1989. P 187, 188

<sup>13</sup> Humphreys R. A. *British Consular Reports on the trade and Politics of Latin America 1824-1826* Offices of the Royal Historical Society London 1940 P. IX

empresas las que hicieron crecer de manera significativa la necesidad de obtener información confiable sobre esta región de América. Muchas de estas compañías enviaron emisarios y agentes hacia Sudamérica con la misión de reconocer las minas y de asegurar yacimientos explotables en los que iba a concentrarse la inversión inglesa. América volvió así a ocupar un lugar preponderante en el horizonte de la imaginación británica y en el horizonte de sus expectativas de inversión comercial y lo que pretendo demostrar, en las páginas que siguen, es que sobre estas antiguas historias de la riqueza americana, en ocasiones demasiado exuberantes, se posó una compleja trama de ambiciones imperiales británicas y una red de intereses que apuntaban en dirección hacia el sur. Ambiciones, que tomaron la forma de presiones comerciales, que a su vez se posaron con todo su peso sobre las urgentes necesidades económicas de estas nacientes repúblicas, que se encontraban institucionalmente desajustadas a consecuencia de la crítica transición que significaba pasar de un régimen colonial a una autonomía republicana. Estos dos procesos relacionados le dan especial significación a los términos de “especulación” y “crédito”, que además de tener una dimensión financiera y contable, tienen también una connotación asociada a la formación, construcción y circulación de imágenes o de un imaginario. De modo que las nociones de especulación y crédito aluden tanto a expectativas de inversión y beneficio económico como también pueden ligarse, metafóricamente, a la construcción de castillos en el aire y a una confianza que se deposita en quimeras y fantasías igualmente ficticias.

El primero en llegar a Sudamérica, de los viajeros estudiados en este trabajo fue el agente de comercio Samuel Haigh, quien desembarcó en La Plata en 1817. Todo parece indicar que no tenía ni veinte años cuando hizo su primer viaje a América del Sur. Samuel Haigh viajó a instancias de un grupo de comerciantes de Londres, “para encargarse de la administración de un barco mercante de considerable valor, que debía de desembarcar en Chile” y formaba parte del primer contingente de comerciantes ingleses que zarpó hacia el Cono Sur, poco después de que las noticias del triunfo de las tropas de San Martín y O’Higgins en la batalla de Chacabuco llegaran a Londres <sup>14</sup>. Como el mismo autor relata, a su llegada a Santiago o Chile, porque para él la ciudad equivalía a Chile <sup>15</sup>, se encontró sólo con 12 ingleses, “la mayoría de ellos había llegado desde Buenos Aires después de la batalla de Chacabuco y todos estaban dedicados al comercio, con la excepción del médico Nathanael Cox”. <sup>16</sup> En el puerto de Valparaíso, entonces residían sólo dos ingleses. Once años más tarde el número llegaría a casi 2.000 <sup>17</sup>.

Samuel Haigh se dirigía hacia el Pacífico por tierra desde Buenos Aires, atravesando la Pampa y la Cordillera, acarreando un montón de muestras, que habrían sido muy valiosas para arriesgarlas en un naufragio en las aguas del extremo austral. El resto de las mercaderías de las que era responsable viajaban en un barco que hizo el trayecto a

---

<sup>14</sup> Haigh, Samuel. *Sketches of Buenos Ayres, Chile and Perú*. London: Effingham Wilson Royal Exchange, 1831. P 1

<sup>15</sup> Haigh, Samuel 1831 P. 137

<sup>16</sup> Haigh, Samuel 1831 P. 132

<sup>17</sup> Haigh, Samuel 1831 P. 137

través del estrecho de Magallanes. Haigh relata que iba camino hacia un mercado nuevo, en gran medida desconocido, henchido de “grandes expectativas”, ya que como él mismo afirmó, “los nombres de Chile y Perú eran casi sinónimos de oro y plata”.<sup>18</sup>

Haigh hizo tres viajes a Sudamérica. En 1819, de regreso a Santiago, Haigh vendió toda su carga de mercaderías a crédito con un buen recargo del precio original. Su primer viaje no le había dejado mucho tiempo para recorrer el país, y en esta segunda visita el joven inglés pudo recorrer algo más. Llegó hasta los baños de Cauquenes, no muy lejos hacia el sur de la Capital de Chile, con el propósito de curar sus achaques con las aguas termales.<sup>19</sup> El 10 de Octubre de 1821, estaba nuevamente de regreso en Inglaterra, donde permaneció hasta finales del año 1824, cuando “...asuntos de naturaleza comercial hicieron absolutamente necesario su regreso a Sudamérica”.<sup>20</sup> Entonces, una vez más debió salir desde Buenos Aires con rumbo a la pampa y el 15 de marzo de 1825 emprendió otra vez su travesía a Chile, pero esta vez extendió su ruta hacia el Perú, con destino a Arica y luego Arequipa, donde tenía un establecimiento comercial.<sup>21</sup>

Mientras Haigh regresaba a Inglaterra por primera vez, después de una estancia de año y medio en Chile, llegaba a Santiago, en mayo de 1819, el inglés John Miers quien había sido invitado por Lord Cochrane, entonces almirante de la armada chilena, para que se le uniera en una empresa de refinería de cobre. Miers, que entonces tenía alrededor de treinta años, había trabajado en el taller de joyería de su padre, pero su formación era científica, y hoy se le recuerda como un ingeniero, que demostró haber tenido grandes intereses en minería y especialmente en botánica.

John Miers, salió de Inglaterra acompañado de su mujer embarazada y de otros miembros de su familia, además de algunos ingleses contratados en Chile por el mismo Cochrane como fue caso del doctor Leighton, quien viajaba para asumir el cargo de médico de la pequeña escuadra nacional. El grupo de viajeros llegó a Buenos Aires en marzo de 1819 y siguió su camino con rumbo a Santiago, a través de la misma ruta que tomó tres veces Samuel Haigh, atravesando la pampa y la cordillera. Allí, en medio de la cordillera, en el refugio de Villavicencio, la mujer de Miers dio a luz a su hijo y el grupo de viajeros se dividió. La crudeza del invierno hacía desaconsejable que una mujer recién parida prosiguiera el viaje, tomando en cuenta que el parto mismo había sido una ordalía, así que se quedó allí por un tiempo y regresó luego a Mendoza. Miers, por su parte, prosiguió con algunos miembros del equipo, con bastante prisa porque mientras cruzaban la cordillera, un barco con maquinarias cruzaba el Estrecho de Magallanes y él tenía que estar a tiempo en Valparaíso para recibirlo. La inminente llegada del invierno era también un poderoso incentivo para acelerar la marcha. Para trasladar sus máquinas, Miers había contratado al bergantín mercante “Williams”, capitaneado por William Smith. A su llegada

---

<sup>18</sup> Haigh, Samuel 1831 Preface P I

<sup>19</sup> Haigh, Samuel 1831 P. 310

<sup>20</sup> Haigh, Samuel 1831 P. 317

<sup>21</sup> Haigh, Samuel 1831 P. 326

a Valparaíso, Miers supo de primera fuente que Smith había descubierto el archipiélago antártico de las islas Shetland del sur<sup>22</sup>. El capitán Smith se había internado en el Mar de Drake, mientras cruzaba el Cabo de Hornos, en busca de vientos favorables para poder remontar hacia la costa chilena del Pacífico. Fue entonces cuando descubrió la isla Livingston, parte de las Shetland del sur, en un descubrimiento que permitió el desarrollo de una intensa cacería de lobos marinos, principalmente a manos de marinos ingleses<sup>23</sup>.

John Miers llegó a Santiago a fines de mayo de 1819 y a su llegada fue recibido hospitalariamente por O'Higgins, entonces Director Supremo, quien le aseguró la protección del gobierno para sus proyectos. Sin mayor demora, Miers se dirigió a Valparaíso y se estableció en el pueblo costero de Concón, algunos kilómetros al norte de dicho puerto, en la desembocadura del río Aconcagua, lugar que le ofrecía una vía de comunicación marítima no demasiado lejos de Coquimbo donde se encontraban las minas de cobre más cercanas y abundante agua dulce. Las operaciones de refinería de cobre de Miers, destinadas a refinar y manufacturar revestimientos de cobre para barcos de América e India, se truncaron al poco andar por dificultades administrativas, o como él mismo señala, "por los obstáculos que pusieron en su camino los principales agentes del gobierno y los particulares poderosos". El terremoto de 1822, que destruyó buena parte del puerto de Valparaíso, dañó considerablemente sus instalaciones y contribuyó a desmoralizarlo todavía más. Para recuperar el dinero invertido en tanta máquina inutilizable el diligente Miers resolvió construir un molino de harina "a la manera inglesa" y así vender este producto en Valparaíso. Se trató, según recuerda, de "una pieza de mecanismo muy perfecta, y según creo, la primera de esta especie construida en Sudamérica". En esta primera estancia en Sudamérica Miers recorrió extensamente la zona central de Chile, el distrito minero de Coquimbo y también viajó a Perú.<sup>24</sup>

Después de lidiar algunos años más con la mala suerte y los chilenos en los tribunales, Miers decidió regresar a Inglaterra, donde fue contratado por autoridades del gobierno de Buenos Aires para levantar en aquella ciudad, "la maquinaria para una casa de moneda nacional"<sup>25</sup>.

Antes de partir John Miers dejó en imprenta su libro "Travels in Chile and La Plata Including Accounts Respecting the Geography, Geological Statistics, Government, Financial, Agriculture, Manners and Customs and the Mining Operations in Chile Collected During a Residence of Several Years in these countries", obra que presentó como el resultado de sus observaciones hechas a lo largo de varios viajes desde Chile

---

<sup>22</sup> Howgego, John Raymond Encyclopedia of Exploration. London: Hordern House 2004 P409

<sup>23</sup> Guzmán Jorge Valparaíso, El capitán Mac Farlane y el Dragón. Los personajes del primer desembarco en el Continente Antártico Diplomacia N 95. Santiago Abril-septiembre del 2003 141- 143

<sup>24</sup> Barros Arana, Diego Historia General de Chile Parte Novena. Santiago: Rafael Jover Editor 1894 P 619, 620 n104

<sup>25</sup> Miers, John. Travels in Chile and La Plata Including Accounts Respecting the Geography, Geological Statistics, Government, Financial, Agriculture, Manners and Customs and the Mining Operations in Chile Collected During a Residence of Several Years in these countries. London: Baldwin, Cradock and Joy. P 1826 276-281-286

hacia lo que entonces eran las Provincias Unidas de La Plata entre 1819 y 1824. Sin embargo su obra, además de ser un relato minucioso y pormenorizado de los incidentes de sus viajes —fundamentalmente en su primer volumen— es una descripción de la situación geográfica del país y un agudo recuento de la situación social y política chilena, incluyendo el estado del comercio, la industria manufacturera, sus recursos, su sistema administrativo y antecedentes de su historia reciente. Para ello, Miers no sólo se basó en sus observaciones, sino también en numerosos datos provenientes de las más diversas fuentes, incluyendo entrevistas con personeros de la época, como O'Higgins, San Martín y Freire.

En general el trabajo de Miers puede considerarse como una larga diatriba contra Chile o una acerba crítica a su situación política y social y a la decadencia moral de su clase privilegiada. Su libro, como se verá pronto, tuvo importantes consecuencias.

La acritud del testimonio de Miers sobre Chile podría atribuirse al rotundo fracaso de sus operaciones, que como él mismo señalaba no se debieron sólo a accidentes sino que a las maquinaciones de autoridades y particulares que le hicieron la vida imposible, sin embargo no es justo considerar a su obra sólo como una consecuencia del resentimiento, ya que él mismo manifestó su intención y su empeño en sustentar sus observaciones con acopio de documentos y pruebas testimoniales. El eje de sus invectivas se encuentra en el capítulo XVIII del segundo tomo de su obra, donde Miers incluye sus observaciones sobre la “reserva y recaudación” del país, aludiendo a su situación financiera y a sus relaciones con los ingleses, haciendo acusaciones graves respecto de las autoridades locales, que se detallarán a continuación.<sup>26</sup>

Miers celebró que Chile hubiese podido contribuir a la liberación del Perú recurriendo a sus escasos fondos, pero añadió que esto no se habría logrado sin la ayuda de los comerciantes ingleses que ofrecieron al gobierno préstamos en dinero cuyo pago se les garantizó mediante pagarés que más tarde se hicieron efectivos en la aduana a cambio de la liberación de derechos aduaneros en la importación de productos ingleses. De esta manera, añadió: “el gobierno, en gran medida, se volvió dependiente de extranjeros, y, en sacrificio de sus intereses, fue obligado a hacer la vista gorda ante las connivencias que existían entre estos y los oficiales de aduana, que eran los mismos organismos a través de los cuales se llevaban a cabo las grandes transacciones del contrabando, en las cuales muchos agentes del gobierno estaban notoriamente comprometidos”<sup>27</sup>.

Según observó el autor, desde la apertura de los puertos chilenos al comercio exterior, la principal rama de recaudación fiscal fue el producto de los derechos de aduana, a pesar incluso de las grandes sumas de dinero que se filtraban debido al contrabando. De modo que estos préstamos significaron que el gobierno hipotecara su principal fuente de ingresos. Fueron tantos los billetes pagaderos en la aduana que se emitieron que estos llegaron a superar el monto de dinero disponible en las arcas del gobierno, de manera que la única forma que tuvieron los particulares tenedores de estos títulos de conseguir dinero en efectivo fue vendiéndole estos títulos a los comerciantes

---

<sup>26</sup> Miers, John 1826. Ps. 165 a 217

<sup>27</sup> Miers, John 1826 Ps. 166 a 167

ingleses, quienes los compraban con un significativo descuento para luego obtener su pago total en descuentos de derechos aduaneros<sup>28</sup>. Esto, sumado a la mala utilización de los recursos fiscales disponibles, habría llevado al gobierno prácticamente a la ruina, obligándolo a tomar medidas de emergencia tales como la confiscación de propiedades eclesiásticas. Según este testigo inglés esto habría podido aliviar el problema, pero sus productos se dilapidaron a merced del favoritismo y las influencias de los grupos de poder. El diagnóstico de Miers fue demoledor: enjuició en los peores términos la conducta de la clase gobernante chilena que ayudó a estrangular el erario nacional en su propio beneficio.

A su juicio, en Chile no podía esperarse “un avance sólido mientras sus escasos recursos sean tragados así; ninguna medida benéfica podrá adoptarse mientras la gran ignorancia y los prejuicios intolerantes de incluso sus personajes más encumbrados se opongan a todo progreso útil”<sup>29</sup>.

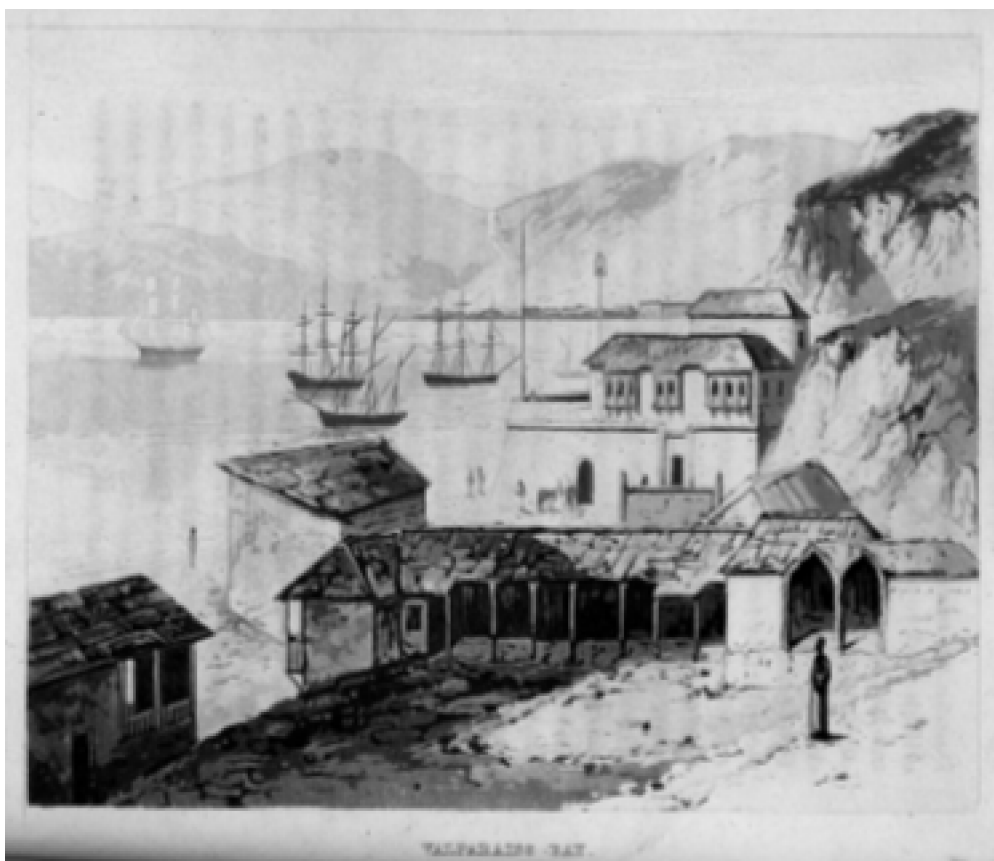
En este escenario de crisis surgió el engorroso asunto del empréstito que el gobierno chileno se vio obligado a contratar con el mercado inglés. John Miers dedicó varias páginas de su libro a este asunto, e incluso podría decirse que este fue uno de los principales pretextos que justificaron la publicación de su libro.<sup>30</sup>

---

<sup>28</sup> Miers, John 1826 Ps. 166 a 167

<sup>29</sup> Miers, John 1826 P 175

<sup>30</sup> Miers, John 1826 P 179 y siguientes



*Valparaíso entre 1820 y 1821, en una lámina proveniente del libro de Alexander Caldcleugh, *Travels in South America during the years 1819-20-21 containing an account of the present state of Brazil, Buenos Ayres, and Chile*. Con los años el número de embarcaciones iría aumentando de manera significativa.*

## **Relaciones Internacionales. La contratación de los empréstitos.**

La intrincada historia del empréstito chileno en el mercado inglés se vincula con los primeros atisbos de la historia diplomática nacional. Una vez que la independencia de las repúblicas sudamericanas comenzó a consolidarse, surgió la necesidad de legitimar la posición de las nuevas naciones ante las potencias europeas, principalmente frente Inglaterra, que entonces era la principal potencia del mundo y el mayor “cliente” de los mercados latinoamericanos. Este país, tradicionalmente había mantenido una actitud ambivalente con los dominios españoles en Sudamérica, debido a su delicado equilibrio diplomático con España que tambaleaba y oscilaba entre momentos de tregua y otros de guerra declarada, de manera que sus proyectos de avanzadas o ataques frontales hacia América eran el corolario de declaraciones de guerra en Europa contra España.

La invasión inglesa de 1806 a Buenos Aires, puede interpretarse como la



materialización del acariciado proyecto inglés de atacar a España en sus flancos coloniales, aun cuando los resultados de este ataque probaron ser efímeros. Una vez que se reanudaron las guerras napoleónicas, el mapa diplomático europeo se había modificado significativamente y España pasó a convertirse, involuntariamente, en una aliada de Francia en su guerra contra Inglaterra. Fue en ese contexto de hostilidades cuando un escuadrón británico al mando de Sir Home Rigs Popham, que venía de regreso de capturar el Cabo de Buena Esperanza en el extremo sur de África, entró imprevistamente al Río de la Plata y tomó la ciudad de Buenos Aires en una acción militar que no estaba expresamente autorizada por el Almirantazgo. Este incidente detonó una serie de enfrentamientos en los que se trenzaron ingleses, españoles y criollos, entre 1806 y 1807, y que terminaron por convertirse en un importante aliciente para la independencia del Virreinato de Buenos Aires del dominio español. Estas invasiones frustradas, fueron también el último intento inglés de conquistar dominios en Sudamérica por la vía armada. A partir de entonces, el impulso inglés hacia la región fue de carácter comercial o estratégico, cosa que no sólo fue consecuencia de un humillante fracaso militar, sino también a que el escenario diplomático europeo volvía a rearmarse, de manera diferente producto del resultado de las guerras napoleónicas.

Mientras España e Inglaterra insistían en su inveterada rivalidad, Portugal mantuvo su posición de aliada estratégica con Inglaterra. De tal manera que, cuando en 1807 Napoleón envió a sus fuerzas para apoderarse de Portugal, la familia real y el gobierno portugués completo huyeron a Brasil custodiados por barcos ingleses de la escuadra del almirante Sidney Smith<sup>31</sup>. A raíz de esto Inglaterra tuvo que proseguir en Río de Janeiro las relaciones diplomáticas que antes sostenía en Lisboa. No se trató, por cierto, de una imposición incómoda para el gobierno inglés, que aceptó con gusto el ofrecimiento que se le hacía de tener un observatorio privilegiado desde donde contemplar el proceso de emancipación americana. Para tal efecto, en mayo de 1808 Inglaterra estableció en Río la estación naval sudamericana a cargo del Almirante Smith y designó un ministro plenipotenciario ante la corte portuguesa en Brasil, el único cónsul inglés oficial que hubo entonces en Sudamérica<sup>32</sup>.

Uno de los viajeros ingleses estudiados en este trabajo, Alexander Caldcleugh, fue un miembro agregado de la comisión de Edward Thorton, uno de los ministros británicos en la corte de Río. Tal como él mismo Caldcleugh cuenta, los ministros ingleses destinados al exterior tenían la instrucción de emplear funcionarios que actuaran como coleccionistas de historia natural para equipar los respectivos gabinetes de sus naciones y Caldcleugh, pertenecía a esta categoría de funcionarios de formación científica, que se conocieron genéricamente como naturalistas, aunque en rigor no lo fueran<sup>33</sup>.

Caldcleugh, entre otras cosas, era especialista en geología. Había partido de

---

<sup>31</sup> Roberts, Carlos Las Invasiones Inglesas Buenos Aires: Emecé 2000 P422.

<sup>32</sup> Graham, Gerald y Humphreys, R. A. The Navy in South America 1807-1823 London: The Navy Records Society 1962 P 2, 3

<sup>33</sup> Caldcleugh, Alexander. Travels in South America during the years 1819-20-21 containing an account of the present state of Brazil, Buenos Ayres, and Chile London John Murray 1825 61

Plymouth el 9 de Septiembre de 1819, a bordo de la nave *Superb* con rumbo a Brasil desde donde inició sus recorridos por Sudamérica. Entre 1819 y 1821 viajó a Montevideo, ocupado entonces por los portugueses, pasó luego a Buenos Aires donde permaneció quince días e inició su viaje a Chile, a través de la Pampa y la Cordillera de los Andes. Como resultado de sus viajes publicó, cuatro años más tarde su libro, *Travels in South America during the years 1819-20-21 containing an account of the present state of Brazil, Buenos Ayres, and Chile* donde cuenta que el 22 de febrero de 1820, inició acompañado de un guía su viaje a caballo a través de la pampa para llegar a Santiago de Chile. Desde allí pasó al puerto de Valparaíso desde donde viajó a bordo de la nave *Creole* con destino al Callao, y Lima donde estuvo una semana, al cabo de la cual regresó a Valparaíso donde desembarcó el 21 de mayo de 1821. A fines de ese mes Caldcleugh inició su viaje de regreso a Buenos Aires, desatendiendo los consejos de regresar por mar para evitar las dificultades de cruzar la cordillera en pleno invierno. El historiador Diego Barros Arana señala que Caldcleugh “prendado del clima de Chile, regresó poco más tarde a este país. Poseedor de algunos bienes de fortuna, vivía confortablemente interesado en ensayos agrícolas y en otros trabajos en cierto modo científicos”.<sup>34</sup> Pero no fue precisamente el buen clima lo que atrajo a Caldcleugh a las tierras de Chile, sino que sus minas y el interés de preservar los intereses de su país. Para dedicarse a ello volvió a Chile, concretamente en 1825, una vez que hubo publicado su libro.

Entre Inglaterra y las nuevas naciones americanas no podían establecerse relaciones diplomáticas bilaterales ya que ello le significaría a la corona inglesa violar las leyes españolas y provocar un conflicto mayor en Europa continental, cuya política exterior entonces se inspiraba por el espíritu de la Santa Alianza que propugnaba un restablecimiento de los regímenes monárquicos. Además, las nuevas repúblicas americanas no ofrecían garantías suficientes como para permitir un reconocimiento de carácter oficial. Ello podría explicar las reticencias del secretario del Foreign Office, Lord Castlereagh quien, preocupado de mantener relaciones cordiales con España, dilató todo lo que pudo el reconocimiento de las repúblicas americanas. Ello, sin embargo, no le impidió establecer una misión naval en las costas de Sudamérica y facultar a sus oficiales para que actuaran en representación de los intereses ingleses<sup>35</sup>.

Tal como observa el historiador Christopher Bayly, a partir de finales del siglo XVIII los ingleses lograron establecer una formidable hegemonía naval para apoyar a su fortalecido imperio, mientras que las flotas de sus principales rivales del siglo anterior, franceses, españoles, portugueses, holandeses y daneses, estaban arruinadas. Entre 1800 y 1815, el tonelaje en barcos de guerra y barcos mercantes ingleses aumentó mucho y creció todavía más con la expansión del comercio británico después de 1818. “Los escuadrones ingleses —agrega este autor— llegaron a controlar cada una de las grandes rutas marítimas”<sup>36</sup>.

---

<sup>34</sup> Barros Arana Diego Un decenio de la Historia de Chile 1841-1851 tomo I Santiago: Imprenta Universitaria 1905. P. 352 nota.

<sup>35</sup> Graham, Gerald y Humphreys, R. A. 1962. Ps. xxvii xxviii

<sup>36</sup> Bayly Christopher 1989. Ps. 226,227

La labor de la Estación Naval británica se extendió desde las costas de Brasil hacia la ribera Pacífico y su propósito fue fundamentalmente proteger al comercio británico mientras éste establecía sus primeros contactos directos con Sudamérica, especialmente ante las irregularidades que producían las guerras y los reiterados cambios de gobierno. Los oficiales ingleses tenían además la obligación de hacer reportes sobre el progreso de las revoluciones americanas y servían de intermediarios entre ingleses y las autoridades americanas e incluso, incidental y extraoficialmente, podían transportar especies hacia Inglaterra en beneficio de sus comerciantes. Hubo barcos ingleses instalados en los puertos de Río de Janeiro, Buenos Aires, Valparaíso, Lima y San Blas. Barcos que emplazados en la encrucijada de preservar el orden con España y establecer contactos con los insurgentes, tuvieron una posición ambigua u oscilante. La complejidad de esta posición se manifiesta en una carta que el comodoro Bowles le envió al virrey Pezuela, del Perú, donde le dice: “Mi obediencia a mi soberano y mi consideración del honor de mi país igualmente me inducirán a evitar todo lo que pueda causar ofensa y sospecha mientras duren las hostilidades en estos países, Y por lo tanto reclamo con confianza la protección y justicia hacia los súbditos de su Majestad Británica dentro de la jurisdicción de Su Excelencia que las facultan a demandar, los derechos reconocidos de las naciones neutrales, y el buen entendimiento entre nuestras dos cortes”<sup>37</sup>.

A pesar de que las autoridades inglesas hicieron esfuerzos para mantener una posición de neutralidad, estuvieron lejos de conseguirlo, ya que ampararon por vía de las armas al contrabando inglés, asunto que infringía las legislaciones de las nuevas repúblicas y sorteaba el bloqueo que las naves hispanas habían instalado en el Pacífico Sur<sup>38</sup>.

En 1822, Joseph Planta, el subsecretario de Lord Castlereagh en asuntos exteriores, reconoció ante el embajador inglés en Madrid: “Si quisiera trazar nuestra línea política, tendría que decir que nuestras acciones deben ser tan poco manifiestas como sea posible, pero siempre garantizando a nuestros súbditos todas las ventajas comerciales que disfrute cualquier otra nación en las Provincias de Sudamérica. Con ese fin debemos insertar una cláusula en una de nuestras actas del Parlamento, creo que el Acta de Navegación, para permitir y proteger ese comercio (...) pero debemos hacer tan poco alboroto como podamos; razonar y defender el asunto ante España como algo que dadas las circunstancias, nos resulta de absoluta necesidad”<sup>39</sup>.

Mientras tanto, las repúblicas sudamericanas hacían humildes esfuerzos por consolidar relaciones directas en un plano si se quiere más franco. El reconocimiento de las potencias europeas era algo necesario principalmente por la aspiración que tenían las autoridades americanas de establecer tratados comerciales que les ofrecieran ventajas bilaterales que les permitieran negociar en un pie de igualdad con las potencias

---

<sup>37</sup> Graham, Gerald y Humphreys, R. A. 1962. P. 214

<sup>38</sup> Sálazar, Gabriel *Dialectica de la Modernización Mercantil: Intercambio Desigual, Coacción, Claudicación Chile como West Coast, 1817-1843* Cuadernos de Historia Estudios. Santiago: Universidad de Chile Diciembre 1994

<sup>39</sup> Harvey, Robert *Libertadores La lucha por la Independencia de América Latina* Barcelona: Océano 2002. P. 244

europeas. Sin embargo, se trataba también de un asunto de prestigio político <sup>40</sup>. En busca de este reconocimiento oficial, viajaron a Europa ministros plenipotenciarios de diversas naciones sudamericanas cuyos esfuerzos se concentraron principalmente entre Londres y París. El gobierno chileno, con Bernardo O'Higgins como Director Supremo, envió a estas dos capitales como ministro plenipotenciario al guatemalteco Antonio José de Irisarri, quien se radicó en Londres en 1818. La misión de Irisarri comprendía una serie de instrucciones, además de obtener el reconocimiento de la independencia chilena. Entre estas instrucciones, que curiosamente habían sido redactadas por el propio Irisarri, estaba la propagación de noticias favorables sobre Chile: "todos los acontecimientos favorables de esta parte del globo, la feracidad de su suelo, la hospitalidad de los nacionales, la riqueza territorial (minera), la salubridad del temperamento, la liberalidad de las leyes y la tolerancia civil y religiosa" y la autorización para contratar en cualquier parte de Europa un empréstito de dos millones de pesos. Curiosamente estas instrucciones no tenían las firmas correspondientes, lo que en definitiva las hacían inoponibles ante el gobierno chileno, ello se habría debido a las intenciones del propio Irisarri de ofrecer a las potencias europeas la posibilidad de establecer una monarquía en tierras americanas, asunto que evidentemente no era del agrado del Director Supremo O'Higgins <sup>41</sup>.

Apenas llegó Irisarri a Londres se empeñó en contratar un empréstito en el mercado de la ciudad. En Chile se había hablado de este proyecto mientras se buscaban fondos para financiar la expedición libertadora a Perú, pero una vez que esta empresa pudo solventarse con medios disponibles en el país —y no necesariamente chilenos, como se ha visto— la idea de un empréstito pasó a segundo plano. Las autoridades locales se opusieron manifiestamente a las tratativas de Irisarri y tanto el Senado Conservador como O'Higgins, manifestaron que Chile no necesitaba un empréstito de este tipo y tampoco se encontraba en condiciones de pagarlo. Ante esto, en 1821, Irisarri envió a Chile una carta pública, intentando convencer a las autoridades y a la opinión pública de la necesidad y conveniencia de acordar un pacto como el que se traía entre manos. En respuesta a ello, el Senado y el gobierno solicitaron a quien entonces ejercía como superintendente de la Casa de Moneda, José Santiago Portales, que emitiera un informe al respecto el cual resultó ser enteramente desfavorable a la contratación del préstamo. O'Higgins notificó entonces a Irisarri que suspendiera toda negociación o que rescindiera lo hecho hasta la fecha, pero sus instrucciones llegaron a Londres demasiado tarde, ya que el 18 de mayo de 1822, contra todas las recomendaciones, pero en atención a circunstancias que él estimó propicias, el guatemalteco contrató un empréstito de un millón nominal de libras esterlinas con una casa comercial inglesa, a nombre del gobierno chileno.

Las noticias que llegaban a Europa de los recientes triunfos de las fuerzas de San Martín y O'Higgins y el éxito de la expedición libertadora en Perú, que había tomado Lima, la capital del virreinato y la ciudad más rica de América del Sur, realizaron el

---

<sup>40</sup> Humphreys R. A. *British Consular Reports on the trade and Politics of Latin America 1824-1826* Offices of the Royal Historical Society London 1940 P. xii

<sup>41</sup> Donoso, Ricardo Antonio José de Irisarri, escritor y diplomático 1786-1868 Santiago: Facultad de Filosofía y Educación Universidad de Chile. Segunda Edición. 1966. Págs 70.73. Barros Arana, Diego *Historia General de Chile Parte novena* Santiago: Rafael Jover Editor 1894 Págs. 748,749 y siguientes.

prestigio de Chile entre los ingleses y propulsaron las maniobras de Irisarri. Gracias a las cuales, el país se encontró comprometido a pagar veinte mil libras esterlinas el primer año y diez mil, los siguientes, hasta cubrir el monto total adeudado. Para afianzar este pago, Irisarri literalmente hipotecó las rentas de Chile, en especial las entradas de la Casa de Moneda y el producto de los diezmos, en circunstancias que, tal como lo había observado John Miers, la situación financiera del país era cercana a la ruina.

Para entusiasmar a la opinión pública inglesa, Irisarri, que lo que no tenía de tonto lo tenía de pillito, publicó un panfleto que tituló “El Préstamo de Chile”, donde anunciaba la contratación de un préstamo a nombre del gobierno de Chile “con la Casa de los Hermanos Hullet & Co, en conjunción con eminentes casas en Londres y París” y explicaba las condiciones generales del negocio y la colocación de los bonos. Luego pasó a describir la situación del país en los siguientes términos:

**“Aún cuando nominalmente todavía está en guerra con España, Chile está ahora de hecho, en paz con todo el mundo; la posición geográfica del país lo asegura de una colisión de intereses con los estados vecinos, y lo remueve completamente de la esfera de la política europea. En este estado de paz, en casa y en el exterior, es el deseo del gobierno promover planes de desarrollo interno. Ningún país puede jactarse de tener un mejor clima y un mejor suelo que Chile; además de lo cual el país posee ricas minas de oro, plata y cobre, etc.: es considerado como el granero de la mayor parte de la costa occidental de América, y las exportaciones de su producto agrícola estimulan su navegación y contribuyen a respaldar su superioridad marítima en el Pacífico. Bendecido, sin embargo, como el país lo está por los dones de la naturaleza, está todavía muy desprovisto de aquel grado de riqueza y desarrollo que debería haber alcanzado, desde hace mucho, si no hubiera sido por que generaciones de administración perezosa, perversa, e impolítica han entorpecido su progreso. —Es con miras a acelerar este progreso, y para reformar el sistema financiero, que se ha resuelto levantar este préstamo, que será empleado para estimular las capacidades productivas de un territorio diversificado, una costa extensa, y una población esforzada; los modernos adelantos en la agricultura y la minería serán introducidos, y el número de fondos de los bancos de “rescate” serán aumentados en los distritos mineros; todas las medidas beneficiarán la recaudación pública no menos que la prosperidad nacional. No obstante el gran gasto de armamentos que fueron implementados contra Perú, Chile no tiene deuda pública, y los billetes que fueron emitidos en el crédito del gobierno ya han sido rescatados”<sup>42</sup>**

Ese panorama tan elogioso como irreal dio buenos resultados y los bonos se colocaron en su totalidad. Pero el problema no estaba allí, sino que en Chile, en donde las noticias de los progresos de Irisarri en sus negocios fueron recibidas con estupor y alarma. El diputado chileno no tenía instrucciones precisas para actuar como lo había hecho, pero su contrato no podía rescindirse so pena de comprometer gravemente la honorabilidad del país. El empréstito tuvo que ser aprobado en Chile ante hechos consumados, y se establecieron mecanismos para tratar de dar buen uso a la remesa de dinero que llegó a Valparaíso. Sin embargo, el préstamo no tardó en convertirse en un dolor de cabeza, no

---

<sup>42</sup> Esta proclama se encuentra reproducida como anexo en Miers, John 1826.

sólo porque pronto llegó la hora de pagar, sino porque el dinero adquirido precipitó un desfile de personeros interesados en hacerse cargo de esta nueva riqueza, adquirida de manera tan peculiar.

Chile no fue el único país sudamericano en “ensartarse” con un préstamo de esta naturaleza. Aunque, a decir verdad, los primeros intentos de las nuevas repúblicas sudamericanas de obtener dinero prestado fueron por vía armada. En octubre de 1818, el comodoro Bowles notificó a al Almirante británico que el gobierno de Buenos Aires tenía las intenciones de cobrar un impuesto forzado a los ciudadanos ingleses residentes en la ciudad que sumaba 150 mil dólares<sup>43</sup>. El incidente causó alarma y muchos comerciantes intentaron huir de la ciudad, hasta que intervino el oficial de la armada. El gobierno peruano también trató de recurrir al mismo expediente para conseguir fondos para renumerar a sus tropas y, en 1822, el Congreso intentó imponer a los comerciantes británicos residentes en Lima un préstamo de 200 mil dólares. La medida fue resistida por los ingleses, quienes contaron con la asesoría y el convincente poder de las armas del capitán Henry Prescott, que había llegado a ocuparse de la estación naval inglesa en el Pacífico en junio de 1821<sup>44</sup>. Esta última situación puede servir de ejemplo para ilustrar la forma cómo actuaban las fuerzas inglesas en el Pacífico. En este caso los comerciantes ingleses reaccionaron ante la medida que consideraron arbitraria e ilegal y muchos de ellos amenazaron con abandonar el país si se persistía en implementarla. En consecuencia, solicitaron pasaportes para embarcarse con sus mercaderías de regreso a su patria. Ante eso debió intervenir Prescott quien detuvo la imposición del préstamo y evitó con ello la precipitada fuga de los comerciantes ingleses.

A propósito de esta situación, el 7 de marzo de 1823, el Vicealmirante Thomas Hardy le escribió al parlamentario John Wilson Crocker, la siguiente carta: “Lamento en extremo reportar a sus señorías un intento del nuevo gobierno de Lima de imponer una pesada contribución en los comerciantes ingleses residentes allí...el mismo habiendo sido considerado arbitrario e ilegal, muchos de los mercaderes resolvieron dejar el país antes de someterse a él, y consecuentemente solicitaron pasaportes para embarcarse con sus pertenencias; pero estoy feliz de poder añadir que, por la juiciosa y temperada conducta proseguida por el Capitán Prescott, la contribución fue modificada de tal forma que no supe de ningún comerciante que realmente se embarcara ...”<sup>45</sup>.

Luego de este intento fallido de préstamo forzado, los agentes del gobierno de Perú en Londres: Juan García del Río y James Paroissien, contrataron un préstamo a nombre de dicho gobierno en el mercado inglés. Paroissien era un médico inglés que había llegado a Buenos Aires en 1806 para luego trasladarse a Montevideo, donde estuvo durante la ocupación inglesa y luego hacia Río de Janeiro donde se dedicó a los negocios. Paroissien participó activamente en los movimientos de la independencia argentina, trabajando como cirujano en las campañas del norte y ejerciendo de ayudante

---

<sup>43</sup> Graham, Gerald y Humphreys, R. A. 1962. Págs 244

<sup>44</sup> Graham, Gerald y Humphreys, R. A. 1962. Págs 355

<sup>45</sup> Graham, Gerald y Humphreys, R. A. 1962. Págs 365, 366

de San Martín en Perú.<sup>46</sup> El agente que los contratistas ingleses de este préstamo decidieron enviar a Lima, fue Robert Proctor, otro de los viajeros estudiados en este trabajo.

Tal como Proctor relata en su libro, el propósito de su viaje a Perú fue “obtener la ratificación del préstamo por el gobierno y el congreso, y volver con el monto a Londres”.<sup>47</sup> Proctor zarpó de Londres, junto a su mujer, su hijo, dos sirvientas y un sirviente a bordo del bergantín *Cherub* el 8 de diciembre de 1822 con rumbo al Río de la Plata, donde llegó el 5 de febrero de 1823. Desde allí emprendió un rápido viaje por tierra hacia Lima<sup>48</sup>. Proctor permaneció seis días en Santiago y luego se dirigió a Valparaíso, donde se relacionó con John Miers<sup>49</sup>. Llegó a Lima el 23 de mayo de 1823, donde, según anotó en su diario de viaje, era esperado con ansias, ya que el gobierno peruano había girado a cuenta del dinero del empréstito “anticipando los fondos con tanta largueza que mi llegada había sido muy esperada, tanto por las autoridades públicas, y por aquellos que habían avanzado dinero a crédito”. El ejecutivo aceptó las condiciones del contrato con celeridad, a pesar de que el congreso parecía reacio. Como señala Proctor, los asuntos fueron discutidos durante algunos días antes de sancionar y ratificar el contrato. No tanto porque los términos fueran particularmente onerosos sino porque todos recordaban muy bien que Riva Agüero había sido forzado a pedirlo por presión de las tropas impagas<sup>50</sup>.

## Las compañías mineras

Con el reemplazo de Lord Castlereagh por Lord Canning como ministro de Relaciones Exteriores, la actitud inglesa hacia las nuevas repúblicas americanas cambió de tono. El historiador Robert Harvey caracterizó la situación del gobierno inglés respecto de América en cuatro etapas. La primera de ellas estuvo marcada por el aliento que le dieron al venezolano Francisco de Miranda algunos hombres del gobierno de William Pitt, como lord Melville, pese a que el primero mantuvo siempre una actitud dubitativa frente a la situación de Hispanoamérica. La segunda etapa estuvo caracterizada por el apoyo directo prestado por Lord Grenville a la causa americana, un apoyo que Harvey, caracteriza como decididamente imperialista. La tercera fase, que este autor califica como prudente y cínica, fue la que emprendió Lord Castlereagh, quien estuvo dispuesto a obtener las ventajas de las nuevas repúblicas, de acuerdo a las realidades del momento,

<sup>46</sup> Roberts, Carlos. 2000 Págs. 464 y 465

<sup>47</sup> Proctor, Robert. *Narrative of a Journey Across the Cordillera of the Andes and of a Residence in Lima and other Parts of Peru in the years 1823 and 1824* London: Archibald Constable 1825

<sup>48</sup> Proctor, Robert Preface

<sup>49</sup> Proctor, Robert Págs. 57,58

<sup>50</sup> Proctor, Robert Págs. 131, 132

manteniéndose siempre reacio a todo reconocimiento de su independencia. La cuarta fase sobrevino tras el trágico suicidio de Castlereagh, en 1824, y en ella se confirmó que el Reino Unido iba a ser el principal beneficiario del colapso del Imperio Español, ya que en el terreno económico Inglaterra terminaría por reemplazar a España en América Latina.<sup>51</sup>

Inglaterra no aceptaba, ni aceptaría por un buen tiempo, el establecimiento de relaciones bilaterales en igualdad de condiciones con las naciones americanas, pero eso no le impidió enviar a Sudamérica un contingente de cónsules que se apostaron en distintas ciudades para cautelar de manera directa los intereses británicos y recomendar las medidas a seguir en las relaciones diplomáticas. Fue así como en 1824, a bordo del barco *Cambridge* llegaron a Sudamérica las autoridades designadas para Buenos Aires, Montevideo, Valparaíso y Lima. Cada uno de estos ministros debía informar a la cancillería inglesa acerca del estado interno de las naciones de su destinación. A Chile llegó Christopher Richard Nugent, acreditado por su gobierno para verificar la posibilidad de reconocer la independencia de Chile por parte de Gran Bretaña, asunto que Nugent desaconsejó en el informe que envió a la Cancillería, ya que a su juicio no era prudente hacerlo, mientras este país no tuviera la estabilidad suficiente<sup>52</sup>. Junto a esta expedición viajó el capellán inglés Hugh Salvin, quien llevó un diario de su viaje, donde cuenta que la comitiva desembarcó en Valparaíso el 7 de mayo de 1824. Salvin narra en su diario un incidente curioso: en febrero de 1825, en una misa celebrada en Valparaíso para conmemorar el aniversario de la independencia chilena, el sacerdote oficiante, al terminar su sermón, se dirigió a los comandantes ingleses sentados frente a él, a quienes les “manifestó con términos llenos de elocuencia, las grandes obligaciones que el magnánimo apoyo de Gran Bretaña impone al pueblo chileno”<sup>53</sup>. ¿Cuáles eran estas obligaciones y cuál era este apoyo que este sacerdote calificaba de magnánimo? Cualquiera sea la respuesta a esta pregunta se encuentra indudablemente determinada por el hecho de que en diciembre de 1824 Canning pronunció ante la cámara de los comunes la siguiente arenga: “La hazaña está lograda, la fosa está cavada, la América española es libre. Y, si no manejamos de mala manera nuestros intereses, será inglesa”<sup>54</sup>.

Mientras se instalaban los flamantes cónsules ingleses en los principales puertos del Cono Sur americano, desembarcaba en Londres el abogado chileno Mariano Egaña en calidad de nuevo plenipotenciario del gobierno en reemplazo de Irisarri. Su misión, entre otras cosas consistía en calmar a los acreedores del empréstito chileno y en solicitar una rendición de cuentas al fraudulento Irisarri, quien se había desentendido de sus responsabilidades públicas abriendo un negocio particular en el mercado bursátil

<sup>51</sup> Harvey, Robert 2002 Pág 245

<sup>52</sup> Dicho informe se incluye en Humphreys, Humphreys R. A. 1940

<sup>53</sup> Salvin, Hugh Journal written on board of his majesty's ship Cambridge from January 1824 to May 1827 by the Rev. Hugh Salvin, Chaplain Newcastle Printed by E Walker 1829. P 111

<sup>54</sup> Harvey, Robert 2002 P 250



londinense<sup>55</sup>.

Una de las primeras noticias que Egaña transmitió a las autoridades chilenas fue su proyecto de formar una compañía minera con capitales ingleses. En diciembre de 1824, anunció su plan de establecer “una compañía de capital al menos de un millón de libras esterlinas para fomentar los trabajos de las minas de Chile”. De acuerdo con estos informes el mercado inglés gozaba de una salud excepcional en medio de la paz que dejó el final de las guerras napoleónicas. Egaña presentaba su proyecto como una verdadera panacea que solucionaría los funestos resultados del empréstito. En su opinión, se trataba de un negocio menos comprometedor que éste, ya que en él, el papel del gobierno se reduciría sólo a proteger a estos establecimientos. En sus términos, el negocio consistía en: “...Una compañía compuesta de las casas de la mayor opulencia en Londres toma a su cargo reunir y poner en Chile hasta un millón de libras esterlinas con dos objetos: primero, habilitar a todos los dueños de minas que, careciendo de capitales con qué trabajar con su propia cuenta, quieran así ser habilitados por la compañía, y entrar por consiguiente en contratos con ella. Dichos contratos se reservan al espontáneo avenimiento de los interesados que, o convendrán en partir las utilidades por mitad, por tercios, o en la forma que les parezca, o estipularán (como ha sucedido en México) que se les dé un precio fijo por todo el tiempo que la compañía trabaje la mina, lo que equivale a una especie de arrendamiento...El segundo objeto de la compañía es trabajar por su cuenta aquellas minas que, o por despobladas, o por nuevamente descubierta por la misma compañía, pidiere ésta y el gobierno le concediere con arreglo a lo que sobre el particular dispone la Ordenanza de Minería”. La compañía, aseguraba Egaña, no exigía monopolios ni privilegios particulares, a menos que el gobierno decidiera concederlos. Sólo quería protección “como diversas veces se ha prometido a los extranjeros una buena acogida, y la aprobación especial del gobierno, o sus representantes”. “...¡Ojalá —agregaba el ministro— las prendas que tuviésemos del pueblo inglés, fuesen éstas y no los empréstitos que abruman al país, producen una dolorosa responsabilidad, y sólo son verdaderamente útiles a los agentes que los contratan!”<sup>56</sup>.

Egaña advertía a las autoridades que Chile era el último país de Sudamérica donde se habían formado estas compañías mineras; que ya existían cinco en México, establecidas a partir de 1823; que había una de minas y otra de perlas en Colombia; dos en Brasil, otras dos en Perú y una en Buenos Aires<sup>57</sup>. Egaña, le dio su aprobación a la compañía como representante del gobierno y se comprometió a recomendarla entre las autoridades chilenas. De cualquier forma, los contratantes no esperaban mucho más de su parte, aun cuando tuvieron la delicadeza de designarlo como su presidente, honor que, según señala Egaña, fue incapaz de declinar.

---

<sup>55</sup> González E., Javier Documentos de la Misión de Don Mariano Egaña en Londres (1824-1829) Santiago: Edición del Ministerio de Relaciones de Chile. 1984. Pág 21

<sup>56</sup> González E., Javier 1984. Págs. 84, 85, 86

<sup>57</sup> González E., Javier 1984. Pág. 107

Para el ministro, la importancia de esta compañía no consistía sólo en el significativo impulso que podría darle a la economía chilena, sino también en que sería una forma de interesar al gobierno inglés en Chile, ya que al haber tantos capitales ingleses comprometidos en el país, su gobierno se vería compelido a respaldarlos firmando un tratado <sup>58</sup>.

En enero de 1825, Egaña anunció la formación de otro establecimiento para trabajar las minas chilenas, que también solicitaba la sanción del gobierno. Una vez más sólo se requería que este diera su aprobación, sin quedar sujeto a ningún tipo de responsabilidad. <sup>59</sup> No había pasado siquiera un mes de esto, cuando Egaña anunció que en Londres cundían las compañías mineras para establecerse en países americanos y que cada día se formaba una nueva compañía. Para Egaña las ventajas que acarreaban estas compañías iban en aumento: “Estas primeras especulaciones”, señalaba, “continuarán atrayendo a aquellos países, industria, población, y capitales; de suerte que por esta parte se presenta en Inglaterra un horizonte de prosperidad para la América”. <sup>60</sup>

En la medida en que se fueron formando estas compañías sus directores enviaron agentes a sus países de destino, con el propósito de verificar el estado de las minas concedidas, determinar cuáles de ellas serían trabajadas y en cuáles iba a invertirse su capital. En 1825, la “Asociación para explotar las minas de oro y plata de las Provincias Unidas de Rio de la Plata”, formada en Londres en diciembre de 1824 con los auspicios del ministro de Buenos Aires en Londres, Bernardino Rivadavia, quien le había concedido a esta compañía la administración de minas en las regiones de San Luis, Mendoza y Uspallata, se dirigió al capitán retirado de la marina, Francis Bond Head, quien se encontraba trabajando en el cuerpo de ingenieros, para que viajara a Argentina a examinar el estado de las concesiones <sup>61</sup>.

<sup>58</sup> González E., Javier 1984 Págs 108, 109

<sup>59</sup> González E., Javier 1984 Pág. 114

<sup>60</sup> González E., Javier 1984 Pág. 119

<sup>61</sup> Head, Francis Bond Rough notes taken during some rapid journey across the pampas and among the Andes John Murray 1826 P vii



*Retrato de Francis B. Head, mezzotinta de Charles Turner.*

El capitán Francis Bond Head es otro de los autores estudiados en este trabajo. Head tuvo que partir a toda prisa, detrás de una delegación de mineros de Cornwall, localidad minera del sur de Inglaterra, que había sido enviada previamente para trabajar en las minas americanas. Head cruzó la pampa al galope y se dirigió a las minas de San Luis y Uspallata. Después de dejar sus máquinas en Mendoza, regresó a Buenos Aires donde encontró instrucciones que le ordenaban partir inmediatamente a Chile. Por eso debió cruzar las Pampas de nuevo y esta vez también la Cordillera de los Andes para llegar a Santiago. Tomando la ruta de Portillo, Head cayó sobre la capital de Chile por la vía del Cajón del Maipo, donde inspeccionó las minas de oro y plata de los alrededores. Después de inspeccionar más yacimientos de la zona central de Chile, Head cruzó nuevamente los Andes donde se topó con la señora de Miers y sus tres hijos, uno de los cuales había nacido en Villavicencio algunos años atrás<sup>62</sup> — y volvió a galopar a través de las Pampas en dirección a Buenos Aires, desde donde regresó a Inglaterra. A su regreso, en 1826, publicó su libro: *Rough notes taken during some rapid journey across the pampas and among the Andes*.

El 14 de marzo de 1825, el ministro Egaña informó al gobierno de Chile de la formación de una tercera compañía de minas esta vez para yacimientos ubicados en Chile y Perú; la “Chilean and Peruvian Mining Association”. La compañía no contaba con su aprobación, ya que el ministro esperaba obtener el beneplácito del gobierno. Pero los directores de la compañía le señalaron que sólo cumplían con el deber de informarle de la situación como mera cortesía, porque incluso ya habían enviado a Sudamérica al agente Joseph Andrews, quien, según decía el prospecto de la compañía era “un

---

<sup>62</sup> Head, Francis 1826 Pág 139

experimentado y altamente respetable Agente, que posee un gran conocimiento local e influencia en Chile.”<sup>63</sup>

Las compañías mineras procuraban enviar a Sudamérica a personas con algún conocimiento del territorio y experiencias en la región. Tal era el caso de Joseph Andrews, quien es otro de los viajeros estudiados en este trabajo. Andrews, según afirma en el prefacio de su libro <sup>64</sup>, había estado previamente en Chile, específicamente en marzo de 1818, a bordo de la nave *Wyndham*. Según señala Samuel Haigh en su libro, Andrews había llegado entonces como capitán de esta nave de la Compañía de la India que luego vendió al gobierno de Chile. “El *Wyndham*”, anotó Samuel Haigh, “fue armado en Valparaíso como una fragata: la bautizaron Lautaro, y fue tripulada por alrededor de 400 marinos ingleses, norteamericanos y chilenos, y con esta abigarrada tripulación se hizo a la mar, bajo el mando del capitán O’Brien, quien había sido teniente en la Marina Inglesa”<sup>65</sup>

Joseph Andrews, tal como ya lo había hecho Francis Bond Head, partió de un día para otro <sup>66</sup>. Según se infiere por este testimonio de Egaña, Andrews viajaba: “...premunido con un crédito y poderes para contratar las minas más adecuadas, y para confirmar los contratos provisionales que ya podrían haberse hecho para minas por dos personas que ya residían en Chile...”<sup>67</sup>. Además de agente, Andrews era también inversionista de la “Chilean and Peruvian Mining Association” y de acuerdo a lo que señaló luego en su libro, uno de los objetivos de su misión, fue “celebrar un contrato por las famosas minas de Huantajaya”<sup>68</sup>, asunto que en definitiva no logró concretar. Como él mismo añade en el testimonio de sus andanzas, su misión no consistía en comprar minas, sino que en trabajarlas corriendo con un porcentaje.”<sup>69</sup> En 1827, Andrews publicó su libro *Journey from Buenos Ayres: through the provinces of Cordova, Tucuman, and Salta, to Potosi, thence by the deserts of Caranja to Arica, and subsequently to Santiago de Chili and Coquimbo, undertaken on behalf of the Chilian and Peruvian mining association, in the years 1825–26*. Allí su autor afirmaba que hacia 1824 “el nuevo mundo parecía ofrecer un inagotable campo para emplear el bullente exceso de capital, de manera que numerosas compañías fueron formadas para obtener ventaja de la situación

---

<sup>63</sup> González E., Javier 1984 Págs. 131, 133

<sup>64</sup> Andrews, Joseph *Journey from Buenos Ayres: through the provinces of Cordova, Tucuman, and Salta, to Potosi, thence by the deserts of Caranja to Arica, and subsequently to Santiago de Chili and Coquimbo, undertaken on behalf of the Chilian and Peruvian mining association, in the years 1825–26*. London: John Murray. 1827

<sup>65</sup> Haigh, Samuel 1831 Págs 249 a 251

<sup>66</sup> Andrews, Joseph 1827 Pág XI

<sup>67</sup> González E., Javier 1984 Pág 133

<sup>68</sup> Andrews, Joseph 1827 Pág 282

<sup>69</sup> Andrews, Joseph 1827 Pág 288

expresada”.<sup>70</sup>

Andrews viajaba junto a su hijo, del mismo nombre, pero antes de cruzar la cordillera los dos tomaron rumbos diferentes. El padre siguió hacia el norte, haciendo un largo recorrido que abarcó las localidades de Mendoza, Córdoba, Tucumán, Salta, San Luis, Potosí y luego Arequipa, al otro lado de la Cordillera y que, según él, habían emprendido muy pocos europeos<sup>71</sup>. Esa no era la ruta previamente acordada con los directores de la compañía, quienes más tarde lo amonestarían por haberlo hecho, sin embargo Andrews, justificó su repentino cambio de planes, argumentando que las especiales circunstancias que entonces vivía el negocio, así lo exigían<sup>72</sup>. Joseph Andrews justificó su desvío que sobrepasaba los límites de sus instrucciones y atribuciones, en un exceso de celo por el bien de la compañía. Así, Andrews comisionó a su hijo y le dio instrucciones para que viajara a Perú para hacer los arreglos preliminares para explotar minas Peruanas, mientras tanto él procuraba asegurar aquellas minas que encontrara en la línea que avanzaba desde el norte de Mendoza hasta llegar a la legendaria ciudad de Potosí.<sup>73</sup>

Su hijo continuó entonces por la ruta establecida previamente, siguiendo por tierra hacia Chile y luego por vía marítima hacia Perú, donde se suponía debía cuidar de asegurar las minas de Huantajaya. Sus pasos los conocemos por medio del testimonio de Samuel Haigh, quien viajó con él desde Valparaíso hacia el norte. El 26 de mayo de 1825 —recuerda Haigh— partieron desde Valparaíso hacia el norte a lo que entonces era territorio peruano.<sup>74</sup>

Luego de fracasar en su intento de asegurar las minas del Alto Perú, Andrews se asentó por algún tiempo en Chile, concretamente en el puerto de Coquimbo, donde entonces se concentraba la actividad minera chilena. En esa localidad, en febrero de 1826, Andrews visitó al empresario Jorge Edwards, a quien dijo haber conocido en su viaje anterior, “viejo amigo” lo llama<sup>75</sup>, y solicitó del gobierno la concesión de una lengua de tierra en el puerto de Coquimbo, donde construyó una casa de fundición y un horno revestido —según él, el primer horno de fundición construido en Chile.

En Coquimbo, Andrews descubrió que un miembro de la Anglo Chilean Company estaba amotinando a sus trabajadores. Indignado le dirigió una carta al encargado de dicha compañía en Valparaíso, reprochándole la conducta de su subordinado y solicitándole un castigo ejemplar para su amotinado. El encargado de la Anglo Chilean Company no era otro que Alexander Caldcleugh, el antiguo agregado de la misión

---

<sup>70</sup> Andrews, Joseph 1827 Preface xxv

<sup>71</sup> Andrews, Joseph 1827 Preface xxvii

<sup>72</sup> Andrews, Joseph 1827 Preface xxv, xix

<sup>73</sup> Andrews, Joseph 1827. Preface xvii

<sup>74</sup> Haigh, Samuel 1831 Pág 350

<sup>75</sup> Andrews, Joseph 1827. 204 sec vol

diplomática en Río quien le respondió que ya había sancionado al infiltrado <sup>76</sup>. Este pequeño incidente no sólo entrega antecedentes respecto del paradero de Alexander Caldcleugh, quien después de publicar su libro de viajes en Londres volvió a Chile en 1825 para hacerse cargo de la “Anglo Chilean Company”, sino que también revela que los procedimientos entre las compañías mineras inglesas estaban lejos de ser pacíficos y amistosos.

## John Miers y el escándalo en “The Morning Chronicle”

En marzo de 1825, el ministro chileno en Londres, Mariano Egaña informó a las autoridades chilenas de un nuevo proyecto propuesto por el empresario londinense Samuel Moses Samuel para formar un banco nacional en Chile. Egaña, que no tenía atribuciones para cerrar dicho negocio, escribió a Chile señalando que la iniciativa le parecía conveniente, aunque no tanto como podían serlo las compañías mineras, que a diferencia de los bancos, “pueden introducir mucho, sin extraer nada, y el banco por necesidad ha de extraer más de lo que introduce”. Sin embargo, los banqueros ingleses le manifestaron a Egaña que sus proyectos estaban animados por la más pura filantropía, asegurándole a continuación, que la única razón por la cual, “francamente” pensaban instalar aquellos establecimientos era la riqueza que a causa de ellos debía “desparramarse en el país” y el “espíritu de empresa” que iban a estimular. Egaña se mostró exultante: le parecía que una especulación llamaba a la otra. Las compañías de minas habían contagiado a los empresarios, que le habían propuesto la formación de este banco. Las compañías mineras además no tardarían en propiciar el establecimiento de compañías de colonización que iban a enviar familias de colonos europeos a Chile. “Todas estas especulaciones”, escribió, “encierran además un bien que no se ve por ahora, pero que tendrá efecto luego que se establezcan en Chile. Como los capitales destinados a ellas son ingentes, y acaso no rendirán un lucro considerable en sus primitivos objetos, naturalmente se dedicarán a otros ramos de la industria. Examinando las producciones de aquel hermoso país, y teniendo a la vista las proporciones que ofrece ¿qué nuevos proyectos no se formarán, que por ahora ni aún nos ocurren? Me parece que de las compañías de minas y de colonización veo salir fábricas de papel, de cristales, de lozas, de tejido de lino, de cáñamo, de apertura de caminos y canales, de construcción de puentes, de buques, mejora en las lanas y tejidos de ellas, etc.”. Encantado, Egaña veía como el prestigio de su país había aumentado notablemente “al nivel de los primeros países de América”. Las razones de este fenómeno, a su juicio, eran los grandes capitales que se estaban invirtiendo, además de sus propios servicios y diligencias y la buena disposición de aquellos “escritores que han querido ceder a mis insinuaciones, publicándose mis noticias y comunicados, y a algunas publicaciones sobre las ventajas políticas y naturales de aquel país, y su liberalidad con los extranjeros” <sup>77</sup>.

<sup>76</sup> Andrews, Joseph 1827. Pág. 216 sec vol.

<sup>77</sup> González E., Javier 1984 Págs. 138, 139 y 140.

En abril de 1825, Egaña escribió a Chile contando que la primera compañía de minas chilena estaba tratando de extender su giro con el propósito de constituirse en compañía de minas y colonización. Con esto el diputado chileno veía como se cumplían sus planes, y los objetivos de su peculiar misión diplomática, cuyas instrucciones le encargaban expresamente “atraer a toda clase de extranjeros útiles para las artes, la agricultura”. Para él esto le permitía llegar a matar dos pájaros de un solo tiro: mediante el establecimiento de compañías de minas se acreditarían las riquezas y recursos del país, lo que a su vez estimularía el establecimiento de familias de colonos<sup>78</sup>. Para el ministro, estas nuevas especulaciones iban en fomento del crédito de Chile ante los ingleses, que iría creciendo en la medida en que aumentase el número de interesados beneficiados por las negociaciones efectuadas en Chile. Sin embargo, Egaña pasaba por alto en sus informes, que el crédito chileno efectivamente había aumentado, pero no precisamente en términos de reputación o credibilidad, sino que en el pasivo de sus cuentas impagas. Progresivamente, el retraso persistente en el pago del empréstito se convertía en un pesado lastre para la misión que Egaña intentaba concretar en Londres. La inquietud de los acreedores ingleses crecía y al ministro chileno cada vez le era más difícil tranquilizarlos y consecuentemente animar nuevos proyectos de especulación que confiaran en la solvencia chilena. La falta del pago de esta obligación ensombrecía el ánimo de Egaña, quien en mayo de 1825 escribió a su gobierno: “nada podría sobrevenir tan desgraciado para Chile, y aun para la América en general, como que se faltase al pago del dividendo del empréstito que debe verificarse en el próximo septiembre; y no sería obra de un oficio hacer a V.S. la triste pintura de los terribles males que irán a resultar: Chile perdía su crédito enteramente; todos los restantes Estados de América, que sin excepción han contratado empréstitos, sufrían indirectamente el resultado de esta desgracia; todas las especulaciones sobre América quedaban casi destruidas, y sobre 40 compañías de minas, colonización, agricultura, bancos, pesca de perlas y otros varios ramos que sin exageración, se puede decir tienen interesados a cerca de 20 millones de habitantes que componen el Reino Unido, sentirían del mismo modo los efectos del desaliento más general que indispensablemente causaría ver que se faltaba al compromiso más sagrado”. Se trató de una profecía auto cumplida y la “triste pintura” no tardó en manifestar todos sus funestos colores y sus amargas consecuencias. Ese mismo mes de mayo el ministro Canning le anunció a Egaña que, por fin, sostendría una reunión con él, para tratar el esperado asunto del tratado de relaciones entre ambos países. Sin embargo, los temores de Egaña se confirmaron y Canning ya había tomado conocimiento del informe enviado por el cónsul en Chile. En su breve e informal reunión el ministro le lanzó a Egaña una frase lapidaria que le quedó dando vueltas: Inglaterra no trataba sino con gobiernos que estuviesen sólidamente establecidos.<sup>79</sup>

Un mes después de esta fallida reunión, regresó a Inglaterra el viajero John Miers que traía de su fracasada experiencia en Chile noticias que contribuirían a complicar aun más la atribulada situación del ministro Egaña.

En su viaje de regreso, el atrabiliario John Miers no perdió su tiempo y aprovechó de

---

<sup>78</sup> González E., Javier 1984 Pág. 157

<sup>79</sup> González E., Javier 1984 Pág. 187

ordenar sus notas de viaje por Chile y La Plata. Al llegar a Londres comparó estas notas con las cartas y diarios que había enviado desde América y armó un voluminoso expediente de sus desafortunados años pasados en el Cono Sur americano. John Miers no tenía intenciones de escribir y publicar un libro a partir de ellos. Según dijo, sólo se animó a hacerlo por la solicitud de algunos “amigos literatos” que lo instaron a reunir sus apuntes y a publicarlos y debido a los “numerosos errores que se sostenían, y los testimonios incorrectos que habían sido publicados a cerca de estos países”. Así fue como decidió mandar su trabajo a la casa editorial de Baldwin, Cradock, and Joy para que esta lo publicara<sup>80</sup>. Cuando el libro salió a la luz pública, Miers ya no se encontraba en Londres para revisar su edición porque se encontraba de regreso a Sudamérica, para proseguir sus proyectos de amonedación en Buenos Aires.

Entre aquellos “testimonios incorrectos que habían sido publicados acerca de estos países”, se encontraba el auspicioso y también fantasioso prospecto divulgado por Antonio José de Irisarri, texto que Miers incluyó en su propio libro, junto al informe emitido por José Santiago Portales en forma de apéndices. Miers condenó duramente este prospecto de Irisarri, señalando que “estas pretensiones plausibles, tan atrayentes para aquellos que no saben nada de la situación de Chile, nunca fueron escuchadas en ese país como razones para alzar un préstamo hasta que llegó este papel impreso; y cuando llegó la gente se miró entre ella con perfecto asombro: aquellos que sabían algo acerca del país sabían que no se necesitaba ningún préstamo para ningún propósito útil, y que era totalmente imposible que este pudiera aplicarse a ninguno de los propósitos mencionados en las propuestas impresas”<sup>81</sup>. “Las propuestas impresas”, agregó Miers, “estaban llenas de errores, los cuales, en lo futuro, tendrán el efecto de desacreditar a los chilenos, a través de la conducta de su gobierno al haber sancionado los procedimientos y al haber utilizado mal la pequeña porción del préstamo que llegó a Santiago. Ha tenido el efecto de engañar al pueblo de Inglaterra, muchos de los cuales serán eventualmente perjudicados. Pero ha enriquecido a algunas personas, a quienes no les importará nada la desgracia o perjuicio que pueda producir en Inglaterra o Chile”<sup>82</sup>.

En julio de 1825, el diario liberal londinense *The Morning Chronicle* publicó un artículo sobre las negociaciones del empréstito chileno, contratado tres años atrás, aludiendo veladamente a Irisarri y a la casa contratista de los Hermanos Hullett. Mientras tanto, el antiguo ministro del gobierno chileno, convertido ahora en flamante empresario tuvo que declararse en quiebra por el fracaso de sus operaciones, arrastrando en su ruina a otros ciudadanos ingleses. En sus páginas, *The Morning Chronicle* acusó veladamente a Irisarri de falsificador y delincuente y el aludido decidió defender su maltrecha honra acusando al diario por difamación, a lo que la publicación reaccionó con mayor brío acusándolo directamente de ser un ladrón y un estafador. El autor de estos ataques era el propio John Miers. Las cosas llegaron a tribunales el 19 de diciembre de ese mismo año. Irisarri compareció representado por su abogado y en el juicio debió

---

<sup>80</sup> Miers, John 1826 Pág. i

<sup>81</sup> Miers, John 1826 Pág 211

<sup>82</sup> Miers, John 1826 Pág 212



declarar su antiguo secretario, el venezolano Andrés Bello, quien figuraba firmando el contrato del empréstito. En su declaración, Bello insistió que nunca había sabido nada del asunto.<sup>83</sup> Al final, el propietario del diario, William Innell Clement, no pudo probar los cargos que la pluma de Miers le atribuía a Irisarri y al gobierno de Chile y debió pagar una multa de 400 libras.

Egaña, presencié estos incidentes con amargura. En una carta que le escribió a su padre Juan Egaña, señaló: “Irisarri es un malvado afortunado a quien salen bien mil casualidades. Irisarri ganó y fue condenado el *Chronicle* en 400 libras esterlinas a favor de aquél. Bien lo merecía este papel porque en realidad es muy insolente y ahora creo que tiene gran parte en su redacción aquel Mr Miers que estuvo con Lord Cochrane en Chile y que, como he avisado al Gobierno, es el más furioso detractor de Chile, de cuyas resultas, y aún más en odio de Irisarri, ridiculiza e insulta este periódico cuanto existe en Chile con un odio encarnizado...”<sup>84</sup>

A su turno, Egaña les escribió lo siguiente a las autoridades chilenas: “Un tal Mr Miers, agente o compañero en Chile de lord Cochrane, según entiendo, y que estableció un molino, y aun tenía permiso para situar una fábrica de tirar planchas de cobre que pensó poner en Quintero o en la hacienda de doña Mercedes García, se ha presentado en Londres en calidad de un furioso detractor de Chile y de su gobierno, a quien acusa de perfidia, exponiendo que ni pueden hacerse tratos con él, ni contarse con la protección que ofrezca por la mala fe de sus promesas. Ha tomado con tal empeño esta detracción que se haya escribiendo y va a publicar una obra dirigida a manifestar la mala fe de los gobiernos de Chile. Ya por descontado ha excusado perjuicios, pues sus informes han suspendido, a mi entender, algún proyecto útil para Chile; y en las actuales circunstancias es incalculable el daño que hace este hombre a los intereses políticos y económicos del país. Su publicación (que se me asegura no dejará de hacerse), requiere una contestación que se hará a la vista de su obra por otro inglés que ha estado en Chile, y en quien no se presuma parcialidad. El desacreditar a los gobiernos americanos, e insultar a sus ministros es un género de ataque que comienza a ponerse en planta, y en que supongo tengan parte el embajador español y algún otro de la Santa Alianza. No ha muchos días que el *Morning Chronicle* tuvo la insolencia de tergiversar, y aún añadir algunas cláusulas de la arenga de Mr Canning en el parlamento de que hablo a V.S. en mi oficio N66, y fundándose en ella publicar un artículo atroz contra todos los enviados americanos sin excepción, que el mismo Mr. Canning tuvo que hacer desmentir al día siguiente por medio del periódico ministerial titulado *British Press*”<sup>85</sup>.

La respuesta del gobierno chileno llegó con el retraso habitual —el 20 de octubre— e instruyó a Egaña en los siguientes términos: “...es de absoluta necesidad que V. S. emplee todos los esfuerzos que le sugieran su perspicacia y amor al país, poniéndose de acuerdo con los demás enviados americanos residentes en Londres, pues todos deben

---

<sup>83</sup> Jaksic, Iván Andrés Bello, la pasión por el orden Santiago Editorial Universitaria 1998 Pág. 111, 112

<sup>84</sup> Donoso, Ricardo 1964 Pág. 118

<sup>85</sup> González E., Javier 1984 Págs. 210 y 211

tomar un grande interés en este asunto, que refluye directamente en perjuicio de la causa general de América. Parece indudable que los ataques que se dan a sus gobiernos sean sólo obra de las maniobras de agentes de España y de la Santa Alianza, y en este concepto será muy oportuno que en la refutación que se haga se procure convencer al mundo que este es el único origen de tales invectivas”<sup>86</sup>.

Pero lejos de suspenderse, las publicaciones funestas contra Chile se sucedieron una tras otra en distintos diarios ingleses. Egaña estaba consternado. Para peor, sus gestiones para instalar un banco en Chile fracasaron en noviembre de ese mismo año y el día 26 el diario *Morning Chronicle* volvió a la carga publicando un inserto con el fallido proyecto de banco para Chile invitando burlescamente a los capitalistas ingleses a invertir allí sus fondos. Concluía su nota con la siguiente advertencia: “no se admira haya negociantes ingleses que establezcan sus bancos entre los árabes”<sup>87</sup>. A los pocos días, Egaña escribió irradísimo una carta a Chile preguntándose cómo había sido posible que se hubiese publicado “el llamado dictamen de la comisión de Hacienda del Congreso”, que posteriormente se reprodujo en Europa y Londres. Si eso no era el efecto de la irresponsabilidad, añadía Egaña, debía “reputarse como altos crímenes contra la patria por la mortal herida que le han dado”. La causa de la irritación de Egaña era que el 14 de diciembre había aparecido en el mismo diario *Morning Chronicle* la memoria del ministro don Diego Benavente, en calidad de documento oficial, demostrando que el público inglés había sido engañado por Chile al contratar el empréstito, ya que allí aparecía que las entradas del erario en 1824 sólo ascendieron a 953.220 pesos. “Finalmente”, concluía Egaña, “no hay país que se halle en mayor descrédito financiero que Chile...”<sup>88</sup>.

Lo que Egaña ignoraba, y no podía saber, era que dicha publicación no se debía a la irresponsabilidad o a la mala intención de algún ciudadano chileno, sino que era otro aporte del mismo John Miers, que estaba llevando a cabo su revancha contra Chile con implacable persistencia.

Finalmente, en marzo de 1826, el entusiasmo de Egaña acabó por destruirse completamente cuando una crisis financiera terminó de golpe con las especulaciones inglesas. Según concluyó el ministro: “...una terrible crisis comercial, que aseguran no haberse visto jamás en Londres, ha hecho imposibles todas estas especulaciones; habiendo un motivo más en las que se promueven en Chile cual es el descrédito en que se halla aquel país. Todos los que han tomado acciones en compañías para América, han perdido; y asombra ver venderse por una o dos libras acciones en las que hay puestas de principal 100. En las de minas chilenas, se están vendiendo actualmente a  $\frac{3}{4}$  ó una 1 libra las de la anglo chilena, y a  $\frac{1}{2}$  libra las de la chilena; es decir que cada capitalista pierde enormemente su principal”<sup>89</sup>.

---

<sup>86</sup> González E., Javier 1984 Pág. 210

<sup>87</sup> González E., Javier 1984 Pág. 268

<sup>88</sup> González E., Javier 1984 Pág 277

<sup>89</sup> González E., Javier 1984 Pág 305

Finalmente la publicación del libro de John Miers perjudicó la reputación de Egaña, ya que no sólo criticaba la conducta de los representantes americanos en Londres al señalar que: “Se entendió muy bien en aquella ciudad que la minería y el agiotaje en Londres podría ser de gran provecho, y hombres que pensaban más en el dinero que en el honor de su propio país estaban exageradamente deseosos de obtener ventaja de estas circunstancias.”<sup>90</sup> Sino que además denunciaba al propio Egaña, en su participación en el establecimiento de las sociedades mineras: “El nombre del señor Egaña”, señaló Miers, “desde su llegada a Inglaterra, ha aparecido en más de un prospecto para la minería, y otros propósitos en Sudamérica, y podría predecirse con tanta seguridad con la que puede predecirse cualquier acontecimiento, que ninguno de estos proyectos tendrá éxito”<sup>91</sup>.

A finales de 1826, en el mes de noviembre, las compañías de minas chilena, y chilena-peruana, se disolvieron porque sus accionistas no quisieron contribuir fondos para continuar los trabajos. De acuerdo a los informes de Egaña, en ello había influido notablemente la falta de pago del dividendo, “que desacredita los recursos y ramos de prosperidad del país. He oído que se piensa en formar, sobre los restos de estas dos compañías, otra nueva con el destino de explotar principalmente minas de cobre”<sup>92</sup>.

## Repercusiones de la ruina al otro lado del Atlántico

Mientras tanto, en América, la misión de los enviados por las compañías mineras fue bastante accidentada, aun cuando nada pudiera presagiar la magnitud de la catástrofe financiera que se estaba fraguando en la metrópolis. El capitán Francis Bond Head, comisionado enviado por la “Asociación para explotar las minas de oro y plata de las Provincias Unidas de Rio de la Plata” se encontró con que las minas que pretendía trabajar su compañía habían sido cedidas a empresas rivales, a pesar de que la compañía que lo enviaba se había formado en Londres en virtud de un decreto solemne, enmarcado y firmado por Don Bernardino Rivadavia, ministro del gobierno de Buenos Aires. El objeto de esta compañía era trabajar las minas de las Provincias Unidas de manera discrecional y para promover dicho objetivo, se acompañaron reportes que Rivadavia había recibido de los Gobernadores de las Provincias Mineras donde se describían las riquezas de estos yacimientos mineros. Sin embargo Head apenas llegó a Buenos Aires, “con un caro establecimiento de mineros y maquinaria”, se encontró con “que casi la totalidad de las minas habían sido vendidas por el gobierno a las compañías rivales”.<sup>93</sup> Además, a Head se le hizo patente que los trabajadores europeos no podrían

---

<sup>90</sup> Miers, John. 1826. Sec. Vol. Pág. 216

<sup>91</sup> Miers, John. 1826. Sec. Vol. Pág. 216

<sup>92</sup> González E., Javier. 1984. Pág. 357

<sup>93</sup> Head, Francis. 1826. Págs. 320, 321.

trabajar en las minas americanas, no sólo por la reticencia de los administradores locales, sino por las condiciones de trabajo, en las cuales sólo podían desenvolverse los abnegados trabajadores indígenas. A su regreso a Inglaterra, con algunos de sus mineros, los directores de la Compañía lo recibieron furiosos por el dinero malgastado y lo culparon por el fracaso de la misión, rehusándose a pagarle su salario. Debido a esto Head decidió publicar su libro, en respuesta a los directores de la compañía y como una rendición de cuenta de sus actividades. El libro le mereció a Head el mote de “Cabeza Galopante”, un juego de palabras entre su apellido y la rapidez de sus andanzas por la pampa.<sup>94</sup>

El enviado de la “Chilean and Peruvian Mining Association”, Joseph Andrews, se encontraba en Potosí cuando recibió las noticias de Londres que le informaban la quiebra de su compañía. Asunto que lo llevó a concluir tristemente que “sus labores habían sido en vano”.<sup>95</sup> A su llegada a Potosí, Andrews coincidió con el general William Miller, el célebre militar británico que para entonces era un ya un joven veterano de las guerras de Independencia. En atención a sus logros militares, Miller había obtenido el mando militar y político de Potosí, como Jefe Supremo del Alto Perú, la última ciudad del Alto Perú en independizarse del dominio español. Se trataba de una curiosa designación, tratándose de un militar inglés, y tomando en cuenta de que sus poderes además de abarcar funciones militares y políticas, comprendían la superintendencia de la Casa de Moneda, la dirección del Banco de Potosí y el cargo de Vicepatrono de la Iglesia<sup>96</sup>. Entre las misiones que se había propuesto Miller estaba la de formar en Potosí un colegio para el estudio de la mineralogía y preparar la visita del Libertador Simón Bolívar, entonces en plena gira triunfal por estas regiones.

Es importante tomar en cuenta que Bolívar también se involucró en el negocio minero, particularmente en las famosas minas de Potosí. Tal como cuenta John Miller en las memorias de su hermano, William Miller, a Potosí llegó “una porción de caballeros, que acompañados de un numeroso estado mayor civil iba a comprar minas o tomar posesión de otras compradas en Londres, algunas de ellas a personas que tenían tanto derecho de disponer de ellas, como de otras tantas leguas cuadradas del océano. Varias de las minas vendidas en esta forma habían sido declaradas vacantes. En Buenos Aires, Salta, Arequipa, etc. formaron otras asociaciones para tomar posesión legal de las minas, con el solo objeto de venderlas a especuladores europeos. Estas asociaciones revendedoras contribuyeron también a aumentar la población de Potosí con la llegada continua de agentes, que movidos por las halagüeñas esperanzas, eran de los miembros más festivos de la sociedad”<sup>97</sup>.

Mientras estos caballeros ingleses estaban afanados construyendo sus quimeras,

---

<sup>94</sup> Howgego, John Raymond. 2004 Pág. 277

<sup>95</sup> Andrews, Joseph. 1827. Pág 129, 130 sec vol.

<sup>96</sup> Miller, John Memorias del General Miller, al servicio de la República del Perú escritas en inglés por Mr John Miller, y traducidas al castellano por el general Torrijos, amigo de ambos. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez. 1910 Pág 252

<sup>97</sup> Miller, John. 1910. Pág. 261

ocurrió un acontecimiento, que de acuerdo a estas memorias, paralizó todas las actividades de Potosí. Se trataba del anuncio de la llegada de un inglés a quien se le concedió la auspiciosa investidura de “Gran Comisionado Británico” o su calidad de “representante de una reunión de pares y príncipes, y con medios superabundantes y debidos poderes para comprar todas las minas del Perú”<sup>98</sup>. Todas las autoridades y potentados de la localidad esperaban con ansias obtener nuevas noticias de este importante y misterioso viajero que venía en camino. Tanto así que la llegada de Bolívar pasó a un segundo plano. “El tiempo y la ansiedad, —añadió Miller— aumentando las ilusiones, suponían ya que varios subcomisionados, secretarios, sota-secretarios, mineralogistas, fundidores, químicos, dibujantes, agrimensores, ensayadores, batidores de oro, plateros, capellanes, cirujanos y sepultureros, con sus respectivas mujeres y familias, formaban parte de su numerosa comitiva”. Al final resultó que este reputado Gran Comisionado no era otro que el capitán Joseph Andrews, quien según el testimonio de Miller, había sido “nombrado agente de una Asociación, cuyos directores, a semejanza de otros, habían llevado sus miras hacia el más alto grado de la extravagancia”. Según este autor “la consecuencia natural de cabezas vacías era vaciarse los bolsillos, y grandes pérdidas, ocurrieron en el paraje mismo, donde la naturaleza había provisto de los medios de grandes ganancias de empresas racionales, si hubieran consultado a la prudencia, teniendo previsión y obrado con economía”<sup>99</sup>. Sin embargo, Andrews no pertenecía al equipo de los derrochadores ya que, a diferencia de sus compañeros de aventura, había procurado ahorrar los medios y llevar las cosas por un camino razonable, sin hacer grandes gastos en el envío de maquinarias que probaron ser inútiles<sup>100</sup>.

Andrews no fue el único perjudicado con la noticia de la estrepitosa quiebra de las compañías. Hasta Bolívar vio frustrada su acariciado proyecto de poner en venta las minas del Alto Perú. Al llegar a Potosí, Bolívar revocó la ley que permitía tomar posesión de las minas no laboreadas al primero que llegara, asunto que justificaba la verdadera carrera de Andrews y otros tantos viajeros para asegurarse la propiedad de las minas, y puso en venta la totalidad de las minas no declaradas del Alto Perú. Bolívar designó a sus propios comisionados para poner a la venta las minas en el mercado londinense, pero estos no alcanzaron a llegar más allá de La Plata cuando se enteraron de la noticia que anunciaba la caída de la bolsa lo que les impedía cumplir las instrucciones de su mandante.<sup>101</sup>

A pesar de la pésima noticia, Andrews no se desmoralizó por completo ya que consideraba que la causa de las minas chilenas no estaba totalmente perdida. En Santiago, a fines de enero de 1826 le informó el agente en dicha ciudad que: “había obtenido por denuncia, un valioso terreno al sur de Santiago y que (...) también había asegurado la posesión de un trozo de campo de carbón en Concepción.”<sup>102</sup> Pero estos

---

<sup>98</sup> Miller, John 1910. Pág. 262

<sup>99</sup> Miller, John 1910. Pág. 262

<sup>100</sup> Miller, John 1910. Pág 263

<sup>101</sup> Koebel, W. H. British exploits in Southamerica New York: The Century Co., 1917. Pág. 251

nuevos proyectos no le impidieron notar que sus servicios al final habían sido inútiles, o que habían sido “de ningún servicio a la causa”<sup>102</sup> Finalmente, tras insistir en revertir su fortuna, Andrews regresó a Inglaterra el 3 de abril de 1826. Al año siguiente salió a la venta en Londres su libro, con una elocuente dedicatoria al ministro Canning —“Right Honourable George Canning”, en reconocimiento de su “talento político en prever el reconocimiento de la independencia de las Naciones de Sudamérica, y así abrir a Gran Bretaña la totalidad de las ventajas comerciales de su comercio”, quien había reconocido la independencia de Buenos Aires en 1824.

Algunos años más tarde, después de que las compañías mineras de La Plata y de Perú y Chile cerraran estrepitosamente su giro, el 14 de febrero de 1829 apareció en el diario El Mercurio de Valparaíso un aviso que decía lo siguiente: “Compañía de minas Anglo Chilena

El abajo firmado, estando para liquidar todos los negocios de esta Compañía, suplica a los que tengan demandas en su contra, se sirvan presentarlas aquí, o en Coquimbo, antes del día 1 de abril venidero.

Santiago de Chile y febrero 12 de 1829.”

Quien firmaba dicho comunicado era, Alejandro Caldcleugh. Comisionado de la Compañía<sup>104</sup>, quien luego de hacer la liquidación de su negocio regresó a Londres. Sin embargo, no tardó en volver a Chile.

En 1831, a su regreso Caldcleugh, trajo consigo vacunas de regalo para un establecimiento de Valparaíso<sup>105</sup>, en un gesto filantrópico que resume buena parte de los afanes de Caldcleugh en Chile, en los cuales se combinaba el fomento y el bienestar de la comunidad con el desarrollo de los intereses ingleses. Caldcleugh participó activamente en asuntos que involucraban intereses chilenos e ingleses de la mayor importancia, tales como la importación de monedas de cobre acuñadas en Inglaterra por encargo del presidente Prieto; la representación de los tenedores de bonos chilenos en Londres, junto al cónsul británico en Chile John Walpole, para el pago de la deuda y la representación de Lord Cochrane en las gestiones del pago de su deuda chilena. Así como su intervención en la formación de una sociedad ilustrada de amigos de las ciencias y las artes en Valparaíso<sup>106</sup>.

A fines de 1855 Caldcleugh, junto a los señores Cood y Waddington, presentó una solicitud al Gobierno pidiendo el privilegio exclusivo para la construcción de un ferrocarril de sangre —de tracción animal— con la intención de convertirlo posteriormente en uno de locomotivos —siempre y cuando el tráfico lo justificaba— entre La Serena y el puerto

---

<sup>102</sup> Andrews, Joseph. 1827. Pág. 199 sec vol.

<sup>103</sup> Andrews, Joseph. 1827. Pág. 217 sec vol

<sup>104</sup> Donoso, Ricardo Alexander Caldcleugh. Santiago: Separata de la Revista Chilena de Historia y Geografía. 1966. Pág. 175

<sup>105</sup> Donoso, Ricardo. 1966. Pág. 175

<sup>106</sup> Donoso, Ricardo. 1966. Pág. 204

de Coquimbo. Esta sociedad también solicitó el derecho para construir en las bahías de Coquimbo o Tongoy dos o tres muelles según fuese necesario para el uso del ferrocarril. <sup>107</sup> Caldcleugh vio también la posibilidad de la existencia de carbón piedra y fue propietario de la mina y el ingenio de Panulcillo en la Serena entre 1839 y 1844, donde además tenía una fundición <sup>108</sup>, que estuvo a cargo de Joaquín Edwards, el hijo de Jorge Edwards <sup>109</sup>, el famoso fundador del clan empresarial de los Edwards en Chile.

Es importante consignar que Caldcleugh fue también una de las conexiones inglesas de Darwin en su viaje por Chile.

A principios de 1838, según consigna Ricardo Donoso, Caldcleugh compró una chacra en Renca y siete años más tarde se casó con una viuda chilena llamada Leonor del Carmen Calvo, con quien no tuvo descendencia. El inglés falleció en Valparaíso en 1858 <sup>110</sup>. Ricardo Donoso cuenta que “el estudio de la flora le fue particularmente atrayente y consagró muchas horas de sus viajes por el territorio a herborizar y recolectar plantas, cuyos resultados dio a conocer entre los botánicos. El botánico Don le dedicó una planta que denominó *Cladcluvia*, género de la familia de las Cunoniáceas” <sup>111</sup>.

Otro de los viajeros estudiados en este trabajo, que también habría sido un agente de las compañías mineras, fue el químico <sup>112</sup> Peter Schidtmeyer, autor del libro *Travels into Chile, over the Andes in the years 1820 and 1821, with some sketches of the productions and agriculture, mines and metallurgy; inhabitants, history and other features of America; particularly of Chile and Arauco*. Su viaje es contemporáneo con los de Robert Proctor, John Miers, —con quien estuvo en Concón— Alexander Caldcleugh, Samuel Haigh y Edward Hibbert, pero, tal como este último, Schidtmeyer no entrega el menor indicio de los propósitos de su viaje a Chile entre 1820 y 1821 y la más mínima seña de su identidad. Se ha sostenido, sin embargo que habría viajado comisionado por alguna de las compañías formadas en Londres. Hay sin embargo una diferencia más importante que destaca a este autor entre los demás viajeros abordados en este estudio y es que a diferencia de todos ellos, Schidtmeyer no era inglés sino suizo. Pese a eso, generalmente ha sido considerado como un viajero inglés <sup>113</sup>, razón por la cual he decidido incluirlo en este trabajo. Schidtmeyer fue recibido favorablemente por el

<sup>107</sup> Donoso, Ricardo. 1966. Págs. 210, 211, 212.

<sup>108</sup> Donoso, Ricardo. 1966. Pág. 181

<sup>109</sup> Donoso, Ricardo. 1966. Pág. 195

<sup>110</sup> Donoso, Ricardo. 1966. Págs. 214, 215, 217

<sup>111</sup> Donoso, Ricardo. 1966. Pág. 182

<sup>112</sup> Mackenna V, Benjamín *El Libro de la Plata*. Santiago: Imprenta Cervantes. Pág. 102

<sup>113</sup> Como ocurre por ejemplo en los casos de los trabajos de Guillermo Feliú Cruz *Viajeros Relativos a Chile*. Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1962, Adolfo Prieto *Viajero Ingleses*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. Naylor, Bernard. 1969

director O'Higgins, a quien le propuso en enero de 1821 "un plan de fundación de colonias agrícolas formadas por familias suizas sacadas principalmente de cantones católicos". La proposición fue aprobada por el Senado en acuerdo del 9 de marzo siguiente, pero quedó sin efecto. Según Barros Arana: "Peter Schmidtmeyer, como lo indica su nombre, era probablemente alemán o suizo de origen; pero venía de Inglaterra y hablaba y escribía el inglés, en cuyo idioma publicó un libro a su vuelta a Europa".<sup>114</sup> La duda respecto de su origen la zanjó Gualterio Looser, quien recordó que "el naturalista alemán Luis Darapsky, en una conferencia que dio el 20 de julio de 1886 en la Sociedad Científica Alemana de Santiago, acerca del Puente del Inca en la Cordillera de Mendoza, dice categóricamente que Schmidtmeyer era suizo". En su investigación Looser comprobó que Schmidtmeyer había nacido en Ginebra el 4 de noviembre de 1772, y que había muerto en Zante, Grecia en 1829<sup>115</sup>. Schmidtmeyer salió de Inglaterra en enero de 1820. El 25 de abril su barco arriba al río Paraná y el 8 de mayo parte de Buenos Aires con rumbo a Chile, cruzando la pampa y la cordillera. Permaneció en este país hasta 1821, recorriéndolo hasta Atacama por el norte y hasta los baños de Cauquenes, por el sur.

***"Viajaba entonces en Chile un individuo de cierta cultura llamado Peter Schmidtmeyer, que manifestaba un vivo interés por conocer las condiciones industriales de este país", cuenta Diego Barros Arana<sup>116</sup>, para luego agregar que de la lectura de su libro se "deja ver en el autor un hombre de cierta preocupación literaria", de ello por lo menos podrían dar fe sus citas o referencias a la obras de Horacio, La Fontaine, Shakespeare y en otro plano, a la obra de Humboldt y del Abate Molina. De acuerdo a Barros Arana, la obra de Schmidtmeyer no ahonda en la relación de hechos históricos que habría presenciado y sin embargo se extiende "en la descripción de los campos y las ciudades, y de cuanto cree interesante para dar a conocer el estado industrial del país y sus recursos naturales, el estado social y las condiciones generales de la vida". Barros Arana, concluye señalando que "El examen atento de este libro suministra algunas noticias utilizables para apreciar el estado de Chile en 1820 y 1821"***<sup>117</sup>

Peter Schmidtmeyer, efectivamente manifiesta inquietudes intelectuales e incluso artísticas bastante mayores que las de los autores de los demás títulos comentados aquí. Su trabajo se divide en dos partes, la primera es un resumen general de la situación de América del Sur y la segunda es propiamente el relato de su viaje por Chile, a través de los Andes.

Hasta aquí puede observarse como los viajeros estudiados en este trabajo pueden

---

<sup>114</sup> Barros A., Diego. 1894. Pág 591 nota al pie.

<sup>115</sup> Looser, Gualterio. ¿Quién era el viajero Peter Schmidtmeyer? Santiago. Boletín de la Academia de la Historia. N 123 1955-6. Págs. 263,264,265.

<sup>116</sup> Barros A., Diego. 1894. Pág 590, 591 nota al pie. También se alude a Schmidtmeyer en. Barros A., Diego Historia General de Chile. Santiago: Rafael Jover. 1886. Tomo 7 Parte V Pág. 455.

<sup>117</sup> Barros A., Diego. 1894. Pág 591 nota al pie.



insertarse en una trama concatenada de incidentes que se pueden reconstruir, en parte, gracias a la lectura conjunta de sus obras y a otros antecedentes que pueden hallarse en testimonios contemporáneos o posteriores. Sin embargo, otros de los viajeros estudiados en este trabajo son figuras más opacas que no revelan mayores antecedentes que permitan explicar los motivos que los llevaron a viajar por el Cono Sur. Tal es el caso de Edward Hibbert y Charles Brand. Lo poco que puede conocerse de ambos, proviene de la escasísima información biográfica que proporcionan en sus libros, aun cuando, los dos se reservan celosamente la causa de su presencia en América. El libro de Edward Hibbert, *Journey from Santiago de Chile to Buenos Ayres in July and August 1821*, fue publicado en forma póstuma y anónima a instancias de la familia de su autor y con una advertencia a sus lectores: “deberán comprender que la narración no tiene pretensiones de mérito, ni por su estilo o por la información que proporciona”. Sin embargo, a pesar de esto, según cuenta Michael G Mulhall, “el London Geographical Journal habló en términos muy altos de las exploraciones de este oficial”<sup>118</sup>.

Según señala brevemente Hibbert, el propósito de su viaje era “llevar despachos a través del continente de Sudamérica, con miras de embarcarse en el Río de la Plata hacia Inglaterra” y luego añade que se trataba de “información muy interesante sobre Chile”<sup>119</sup>. A estas motivaciones les agrega una razón de orden personal para hacer este viaje: la esperanza de avanzar el mismo en su profesión, “un motivo siempre lo suficientemente poderoso, pero doblemente entonces, en un momento cuando la paz opone una barrera a la ambición militar mucho más insuperable que los Andes”<sup>120</sup>. Hibbert venía viajando desde Lima y salió de Santiago rumbo a Buenos Aires el 6 de julio de 1821, siguiendo un itinerario, que en términos generales comprendió Santiago, los valles de Chacabuco y Aconcagua, el cruce de los Andes, la ciudad de Mendoza, las pampas y por último Buenos Aires. Hibbert falleció al poco tiempo de su regreso a Londres.

Al igual que Hibbert, Charles Brand autor de *Journal of a Voyage to Peru: A Passage Across the Cordillera of the Andes, in the Winter of 1827. Performed on Foot in the Snow, and a Journey Across the Pampas*, también señala haber viajado con destino a Perú a través de Las Provincias Unidas de la Plata y Chile, con “ciertos despachos”<sup>121</sup>. No es mucho más lo que Brand señala respecto del objetivo de su viaje, y de su libro se desprende que pasó siete semanas en Lima, tres en Chile —en Santiago estuvo con Alexander Caldcleugh—, una en Mendoza, ocho en Buenos Aires, una en Montevideo, y

<sup>118</sup> Mulhall, Michael G. *The English in South America*. Buenos Ayres: Standard Office 1878. Pág 460. Mulhall era editor y propietario junto a su hermano E.T. Mulhall de los diarios *Daily Standard* y *Weekly Standard* publicados en Buenos Aires y orientados a la comunidad inglesa residente.

<sup>119</sup> Hibbert, Edward. *Narrative of a journey from Santiago de Chile to Buenos Ayres In July and August 1821*. London: John Murray. 1824. Pág. 137

<sup>120</sup> Hibbert, Edward. 1824. Pág. 2

<sup>121</sup> Brand, Charles *Journal of a Voyage to Peru: A Passage Across the Cordillera of the Andes, in the Winter of 1827. Performed on Foot in the Snow, and a Journey Across the Pampas*. London: Henry Colburn. 1828. Pág. 225

otra en Rio de Janeiro. Su viaje le tomó un año entre ida y vuelta de Inglaterra. Tanta premura se explicaría por su calidad de mensajero y ello lo llevó a disculparse retóricamente, en su libro por la manera heterogénea en la cual presentó sus observaciones, ya que no tuvo tiempo suficiente como para modificarlas o arreglarlas.<sup>122</sup>

¿Qué misión tan importante habrá obligado a Charles Brand y a Edward Hibbert a atravesar la cordillera de los Andes en medio de las nieves del invierno?

---

<sup>122</sup> Brand, Charles. 1828. Págs. 313 y 314

## II Editores e impresores

Cuenta el autor de uno de estos libros, que mientras atravesaba la cordillera de los Andes con rumbo a Chile, se topó con un grupo de soldados que viajaban en sentido contrario en dirección a Buenos Aires. Supuestamente se trataba de “la guardia avanzada” de un ejército mayor que iba a reemplazar a los soldados que habían abandonado Buenos Aires y se habían trasladado a Uruguay. El grupo lo conformaban 95 soldados, y 7 oficiales. Todos ellos muy jóvenes, y, según observó, inexpertos y mal equipados. El que aparentemente estaba a cargo del destacamento, según anotó el viajero, parecía ser un francés. Eso al menos, señaló, indicaban “su aire”, “sus maneras...perfectamente francesas”, su marcado “acento francés” e incluso “su traje, que a pesar de que era correctamente el de un español, revelaba por todas partes el estilo de Bonaparte”.<sup>123</sup>

Este curioso encuentro, que parecía justificar los temores que tenían las autoridades inglesas por la presunta presencia de fuerzas napoleónicas en América del Sur, está relatado en una de las cartas que conforman el libro *Letters from Buenos Ayres and Chile with an original history of the latter country*, publicado en forma anónima en 1819. Pese, a que este libro es el primero de los diez libros estudiados en este trabajo en ser publicado, lo he dejado para el final por tratarse de un título problemático.

El primer “problema” que presenta esta obra es que el nombre de su autor no se menciona expresamente en ningún lado. Sólo se hace una referencia indirecta a él en la

---

<sup>123</sup> Anonimo (Davie, John Constance) *Letters from Buenos Ayres and Chili. With An Original History Of The Later Country Illustrated With Engravings. By The Author of Letters From Paraguay.* London Rudolf Ackerman 1819

portada señalando que el autor del conjunto de cartas es el mismo que escribió *Letters from Paraguay*, publicadas en 1805, bajo la firma de John Constance Davie. Por esa razón, a pesar de esta curiosa omisión, tradicionalmente se ha considerado que el autor de estas cartas de Buenos Aires y Chile sería este mismo John Constance Davie<sup>124</sup>, de quien apenas se conocen las escasas referencias biográficas que estas “Letters from Buenos Ayres and Chile...” entregan en su prefacio. Estas notas enlazan la historia de la escritura de estas cartas, con la trayectoria y el destino del autor de las “Cartas del Paraguay”, John Constance Davie, quien habría sido un inglés que dejó su país compelido por ciertos “asuntos de honor”, con rumbo a Nueva York, desde donde emprendió un viaje rumbo a Australia, es decir a “Botany Bay”. Este viaje se interrumpió en el Río de la Plata, donde el autor se contagió con una enfermedad. Allí unos frailes dominicos lo tomaron a su cargo y lo llevaron hasta su convento en Buenos Aires. Desde este refugio —prosigue la narración del prefacio— el autor sostuvo una correspondencia con Inglaterra, de la cual un número de cartas fueron seleccionadas y publicadas en 1805 a instancias de un caballero inglés. Esas cartas, que corresponderían a las reunidas en el volumen de “Cartas del Paraguay”, habrían servido de estímulo, según el relato de este prefacio, para la expedición de recaptura de Buenos Aires que comandó el general Whitlocke en 1807. Sin embargo, mientras ocurría esta frustrada invasión inglesa, el autor se encontraba tierra adentro en las misiones jesuitas de Paraguay donde su rastro se pierde para reaparecer finalmente varios años más tarde en Buenos Aires, tan enfermo que nuevamente debe asilarse entre los frailes, quienes le aconsejan viajar a Chile para recuperar su salud. Siguiendo esas indicaciones inicia este viaje en 1814, recorrido que es el tema de estas nuevas cartas.<sup>125</sup>

Luego de detallar este encuentro en la cordillera con este destacamento de españoles comandados por el misterioso francés disfrazado de español, el no menos misterioso autor de estas “Letters from Buenos Ayres and Chile...” le advierte a su corresponsal londinense que los franceses “ya han llegado a esta región del Sur de América”; que ha escuchado que hay “muchos franceses en Chile” y que estos son “algunos de los espíritus más inquietos, insubordinados e intrigantes que jamás hayan maldecido a una nación”. Agrega que “si los españoles en este hemisferio no son más firmes en sus principios, o más poderosos que algunos de los cuales yo he conocido, los franceses pronto obtendrán el gobierno de ambos reinos, y luego seguirá la dominación del universo: porque sólo el Todopoderoso puede detener el avance, o derribar los planes, de este tan ensalzado emperador de los franceses”; quien le parece, “un instrumento en las manos de Dios para castigar un mundo pecaminoso, y para mostrarle a sus soberanos, cuan débil y fútil es todo su poderío y grandeza, cuando los abandona la mano protectora del cielo...”. A continuación lamenta la pérdida de Buenos Aires y añade que si los ingleses hubiesen conservado la ciudad “millones estarían vivos ahora para venerarnos a nosotros, que desde entonces hemos sido sacrificados a una política

---

<sup>124</sup> Davie, John Constance. *Letters from Paraguay describing the settlement of Montevideo and Buenos Ayres, the presidencies of Rioja Minor, Nombre de Dios, St. Mary and St. and St John &. &. with the manners, customs, religious ceremonies, & of the inhabitants.* London: Printed for G. Robinson, Paternoster-Row, 1805.

<sup>125</sup> Davie, John Constance. Preface. Una mención sobre Davie se encuentra además en Roberts, Carlos. 2000. Pág. 401

débil e insensata. Pero yo todavía espero que Gran Bretaña al final se convierta el árbitro del destino de aquellos indios más que miserables, quienes, en la gran balanza de la naturaleza, tienen el mismo peso que las naciones más ilustradas de la tierra”<sup>126</sup>.

¿Quién fue en realidad el autor de estas líneas tan extravagantes?

## Un libro he hizo

La identidad de este personaje tradicionalmente ha despertado sospechas<sup>127</sup>. Lo que resulta perfectamente razonable, si se toman en cuenta los baches que interrumpen su escueto recuento biográfico y la información bastante improbable que éste aporta, como por ejemplo, su rápida conexión con sacerdotes y frailes católicos, quienes difícilmente habrían tolerado con tanta largueza la presencia de un hereje en sus iglesias y conventos. Sin embargo, el principal problema que presenta este autor, es que su libro es ficticio y que al menos las sorprendentes peripecias que relata no ocurrieron nunca. La principal sospecha que surge de estas *Letters from Buenos Ayres and Chile with an original history of the latter country*, además de la fantasmal biografía que las encabeza y la gran cantidad de inexactitudes, exageraciones y evidentes mentiras que contiene, está en su propia estructura narrativa. Ya que el libro aparece como un artefacto confeccionado para producir un engaño o al menos dar una impresión de verosimilitud, al tratarse de un conjunto de cartas a las cuales se les añade una “historia original de este último país”, es decir de Chile, supuestamente proporcionada por el autor a la manera de un manuscrito encontrado. Tanto estas cartas privadas, como el recurso a la figura literaria del “manuscrito encontrado”, tienen un manifiesto propósito de producir un efecto de autenticidad. Las cartas debido a que aspiran a entregar una certificación de autenticidad autobiográfica o confesional al simular ser un testimonio directo de las experiencias del narrador y la transcripción de un manuscrito desconocido ya que pretende entregar una “historia original de este último país”. En el caso de las cartas habría un notorio contraste entre su pretendido tono autobiográfico<sup>128</sup> y su falsedad que se pone de manifiesto al leer otros libros de viajes escritos en el mismo período. Falsedad que se hace aun más patente a partir de la inclusión de este supuesto manuscrito que resulta ser una versión extractada de la Historia de Alonso de Ovalle, disfrazada de hallazgo inédito.

La “Histórica Relación” del Padre Alonso Ovalle circuló bastante entre los lectores ingleses, particularmente entre quienes estaban interesados en los asuntos del reino de Chile y particularmente del mar del sur, ya que esta obra era uno de los pocos testimonios directos de Chile disponibles en Europa. Incluso la versión inglesa del libro de

<sup>126</sup> Davie, John Constance. 1819. Págs. 46, 47, 48, 49

<sup>127</sup> Según Roberts se ha creído que Davie era un espía. Roberts, Carlos. 2000 Pág 137.

<sup>128</sup> Al respecto Watt, Ian. *The Rise of the Novel*. England. Penguin 1957. Págs. 215-220

Ovalle —escrita y publicada originalmente en Italia en 1649 y traducida al inglés en 1703— había sido reimpresa recientemente como parte del volumen 14 de la monumental recopilación de John Pinkerton, *Voyages and Travels*, publicada entre los años 1808 y 1814.<sup>129</sup>

¿Por qué razones se habrá escrito y publicado en el mercado editorial inglés un trabajo ficticio o un libro “hechizo”, con la intención de hacerlo pasar por un testimonio auténtico?<sup>130</sup>

Esta interrogante me lleva al tercer aspecto que me he propuesto abordar en este estudio sobre libros de viajes, es decir, a la tercera instancia en la cual he descompuesto la narrativa de viajes en cuanto fenómeno literario: la forma cómo ésta se publica e inserta en un mercado editorial. Lo que equivale a responder quién publica estos libros y por qué lo hace o, si se llevan las cosas algo más lejos, a preguntarse quién pagó por estos libros. Labor que en un primer término hace el editor o la casa editorial que lo imprime y publica y que en segundo lugar hace el público o la audiencia de lectores que lo consume como producto terminado.

La respuesta a la pregunta inicial, es decir, por qué razones alguien habría querido publicar un libro, sea este falso o verdadero, es en primer término bastante evidente: un libro se publica porque se supone hay gente interesada en leerlo. A partir de la segunda década del siglo XIX en Europa y particularmente en Inglaterra se experimentó un significativo auge del mercado editorial en el que ocuparon un lugar prominente los libros de viaje o en general aquellos trabajos que proporcionaban información acerca de regiones del mundo desconocidas. A fines del siglo XVIII, señala Michael T Bravo, la literatura de viaje experimentó un tremendo crecimiento que se manifestó además en la diversificación del género a raíz de la emergencia de nuevas modalidades de viaje<sup>131</sup>. Peter J. Bowler señala también que en aquella época se vivía “entre el público general una pasión por información, que creó una gran demanda por libros”. Bowler aludía eminentemente a la historia natural y a la forma como ésta se propagaba y consolidaba en el interés de una audiencia no especializada. Pero, sin embargo debe asumirse que hubo una estrecha vinculación entre el desarrollo de la curiosidad por el conocimiento del mundo natural y los relatos de viajes, particularmente de aquellos testimonios de viajeros, que se internaban por zonas situadas en la periferia de los imperios europeos dominantes, muchos de ellos escritos por autores que tenían intereses en la historia natural o que viajaban, entre otros motivos, con el propósito de reunir piezas y muestras para las colecciones de los museos nacionales. Como observa Bowler, después de 1810, la introducción de la prensa a vapor redujo el precio de los libros y masificó su oferta, expandiendo significativamente el mercado editorial<sup>132</sup>. A ello debe añadirse el

---

<sup>129</sup> Pinkerton, John. *A General Collection of the best and most interesting voyages and travels in all parts of the world*. London Longman, Hurst, Rees, Orme and Brown 1814

<sup>130</sup> Adams, G. Percy. 1962. Págs 1-18

<sup>131</sup> Rubiés, Joan Paul and Elsner Jás. 1999. Bravo, Michael T. Precision and Curiosity in Scientific Travel: James Rennell. Pág. 167

desarrollo de formas de reproducción de ilustraciones e imágenes, como la litografía, que abarataron significativamente el costo de los libros ilustrados.

Uno de los pioneros en la introducción de esta técnica de impresión en el mercado literario anglosajón fue Rudolf Ackermann, quien patentó un proceso litográfico en Inglaterra en 1817 y alcanzó un considerable renombre como editor de libros adornados con ilustraciones coloreadas a mano y como comerciante de productos artísticos en su establecimiento "The Repository of the Arts". Uno de los primeros libros publicados por este editor con estas características fue precisamente estas *Letters from Buenos Ayres and Chile...*, que salió a la venta en 1819 y que estaba acompañado por seis llamativas ilustraciones coloreadas a mano.



*Retrato de Rudolf Ackermann, hacia 1814, por Francois Nicholas Muchet*

Rudolf Ackermann nació en Sajonia en la segunda mitad del siglo XVIII y obtuvo la ciudadanía inglesa en 1809. Su caso despierta curiosidad porque su biografía presenta importantes lagunas y algunas contradicciones, entre las cuales destaca el hecho de que a pesar de haber sido un ferviente protestante y un monárquico acérrimo se haya comprometido activamente en los asuntos de la formación de las repúblicas de Hispanoamérica. Tampoco se sabe exactamente cómo llegó a vincularse de manera tan estrecha al círculo formado por José Blanco White, José Joaquín de Mora y otros liberales españoles que se exiliaron en Londres en la segunda década del siglo XIX tras la restauración borbónica en España con el regreso de Fernando VII al trono. A través de estos intelectuales hispanos, Ackermann conoció a Andrés Bello, quien por su parte lo presentó al representante del gobierno chileno en Londres, Mariano Egaña<sup>133</sup>. Este último, acordó con Ackermann un trato que le concedía un monopolio para vender en el mercado literario chileno las obras impresas por su establecimiento. Según señaló el ministro en su correspondencia con el gobierno chileno, se trataría eminentemente de títulos de divulgación científica, considerados útiles y que contribuirían al desarrollo de la ciencia y la industria nacional<sup>134</sup>. Egaña cuenta que en marzo de 1825 Rudolf Ackermann, "comerciante librero de la ciudad de Londres", le solicitó a nombre suyo, al

<sup>132</sup> Bowler, Peter. J. 1993 Pág 252

<sup>133</sup> Varios Autores. Bello y Londres. Ford, John. Rudolph Ackermann: Publisher to Latin America. Caracas. Fundación La Casa de Bello 1981. Pág. 198-200

gobierno de Chile, una concesión del “privilegio exclusivo de vender por su cuenta y por medio de sus agentes y corresponsales, en el territorio de esa república, por espacio de 20 años, todas las obras que ha dado a luz y vaya dando en adelante”<sup>135</sup>. En una nota incluida en uno de los libros publicados por Ackermann y distribuido en Sudamérica y Chile<sup>136</sup>, el editor advirtió que se estaba desarrollando en Francia un mercado editorial clandestino, en el cual se imprimían “todas las (obras) que se han publicado en Lengua Castellana, con el designio de introducir las en America (sic), y venderlas a precios más comodos (sic), como es facil (sic) hacerlo cuando no hay que pagar originales”. El editor añadía que los “Congresos de las Republicas (sic) Americanas le han asegurado la propiedad literaria y es de esperar que el publico (sic) justo e ilustrado de aquellos paises (sic) la confirme reusando todo estimulo y favor de una violacion (sic) tan escandalosa de un derecho sagrado”<sup>137</sup>. En una “Advertencia” incluida al final del mismo libro, el editor añade la siguiente aclaración: “El Sr Ackermann, de Londres, ha formado en Méjico (sic), y confiado a su hijo D. Jorge Ackermann y a su amigo D. Juan Enrique Dick un establecimiento de Librería y objetos de Bellas Artes. El ramo de la Librería que el señor Ackermann despacha comprende una vasta colección de libros ingleses y españoles publicados por el mismo en Londres. Las obras españolas han sido escritas con el espreso (sic) designio de que circulen en America (sic) y todas ellas tienen por obgeto (sic) la propagación de los conocimientos utiles (sic), bajo la salvaguardia de la religión y de las buenas costumbres...”<sup>138</sup>. Entre estas obras, destinadas a la “propagación de los conocimientos útiles”, se encontraban una serie de “Catecismos” impresos y distribuidos en América del Sur por Ackermann, y que estaban dedicados a la divulgación de la geografía, la química, la agricultura, la industria rural y económica, la historia de los imperios antiguos, la historia de Grecia, Roma, el Bajo Imperio, la astronomía, la gramática castellana, la economía política, etc. La escritura de muchos de estos “Catecismos”, así como la publicación periódica conocida como el “Museo Universal de Ciencias y Artes”, que comenzó a circular a comienzos de 1826, estuvo a cargo del escritor español José Joaquín de Mora.

Una explicación que se ha sugerido para explicar las estrechas vinculaciones que tuvo Ackermann con los españoles y sudamericanos, aparentemente contradictorias con sus convicciones monárquicas de Ackermann y las ideas liberales de sus nuevos amigos, fue su afiliación a las logias masónicas. Esta razón, de carácter secreta por razones obvias, explicaría el vínculo que tuvo con los libertadores americanos radicados en Londres que como bien se sabe eran activos masones.<sup>139</sup>

<sup>134</sup> Varios Autores. Ford, John. 1981 Pág. 198

<sup>135</sup> González E., Javier 1984. Pág. 170

<sup>136</sup> De Mora, José Joaquín. Cuadros de la Historia de Los árabes desde Mahoma hasta la conquista de Granada. Londres: R. Ackermann, Strand; y en su establecimiento en Megico: Asimismo en Colombia, en Buenos Ayres, Chile, Peru y Guatemala. 1826.

<sup>137</sup> De Mora, José Joaquín, 1826. Prospecto final.

<sup>138</sup> De Mora, José Joaquín, 1826. Prospecto final.



---

Al indagar en las razones que pudo haber tenido Ackermann para publicar *Letters from Buenos Ayres and Chili...* es interesante constatar que el editor no sólo estuvo estrechamente conectado con el mercado editorial americano, sino que también participó de manera activa en las empresas mineras que conmocionaron a estos países y al mercado londinense entre 1825 y 1826. Precisamente en 1825, Ackermann envió a su hijo y a su futuro yerno a México, a investigar la posibilidad de extender sus negocios en dicho país. En la capital mexicana su hijo instaló una librería que al cabo de un año ya tenía sucursales en Buenos Aires y Lima. Hay también evidencias de que ese mismo año Ackermann invirtió intensamente en el mercado minero americano en Londres, particularmente en la Chilean Mining Association, la Chilean and Peruvian Mining Association, la Río de la Plata Association y la Halpuxahun Mining Association. Incluso, Ackermann anunció en 1827 la publicación del libro de Joseph Andrews, que finalmente salió a la luz por la casa editorial de John Murray<sup>140</sup>.

## Libros y minas

John Murray fue el editor de buena parte de los 10 libros de viaje estudiados en este trabajo, y su caso también resulta interesante ya que también estuvo vinculado con la especulación de las compañías mineras. Según cuenta la biografía de Murray de Samuel Smiles, este editor, que llegó a ser uno de los más grandes editores ingleses de su siglo y un importante difusor del romanticismo inglés, —amigo de Lord Byron y de otros autores románticos— hacia fines de 1817 comenzó a editar una serie de títulos de viaje<sup>141</sup> preferentemente de autores ingleses, llegando a convertirse en uno de los principales editores ingleses de libros de viaje. Varios de estos títulos tuvieron como escenario el continente Sudamericano.

<sup>139</sup> Varios Autores. Ford, John. 1981.. Págs. 203, 204

<sup>140</sup> Varios Autores. Ford, John. 1981. Pág. 205

<sup>141</sup> Smiles, Samuel. A Publisher and his Friends. Memoir and Correspondence of John Murray; with an account of the Origin and Progress of his house. 1768-1843. The Project Gutenberg. E-book Número 10884. Pág. 157



*John Murray en 1837, por Edward Francis Finden*

En 1824, John Murray publicó el trabajo póstumo del joven militar inglés Edward Hibbert bajo el título de *Narrative of a journey from Santiago de Chile to Buenos Ayres In July and August 1821*. La obra apareció sin la firma de su autor, al parecer a instancias de su familia, con la advertencia a sus lectores quienes “deberán comprender que la narración no tiene pretensiones de mérito, ni por su estilo o la información que proporciona”.<sup>142</sup> Sin embargo, tomando en cuenta que entonces ya empezaba a propagarse la fiebre especulativa de las compañías mineras, Murray consideró que la obra tenía méritos suficientes para ponerla a disposición del público inglés. En enero de ese mismo año, la casa editorial de Longman, Hurst, Rees, Orme, Brown y Green, que recién estrenaba su razón social, publicó el libro *Travels into Chile, over the Andes in the years 1820 and 1821, with some sketches of the productions and agriculture, mines and metallurgy; inhabitants, history and other features of America; particularly of Chile and Arauco*, escrito por el suizo Peter Schimdtmeyer, quien aparentemente habría viajado a Chile comisionado por una de las compañías mineras. Barros Arana, advierte que el libro habría sido impreso a expensas del propio autor, lo que le debió haber resultado bastante caro dado que se trató de una edición de lujo con abundantes ilustraciones —algunas de ellas dibujadas por James Paroisein— coloreadas a mano en algunas ediciones. De hecho, según agrega Barros Arana, el libro se vendió entonces a un precio alto, dos libras y dos chelines<sup>143</sup>. Peter Schimdtmeyer, según Walterio Looser quien lo identificó como

<sup>142</sup> Hibbert, Edward 1824. Preface

<sup>143</sup> Barros A., Diego. 1894. Pág 591 nota al pie.

un comerciante viajero suizo, habría escrito y publicado su libro en Londres entre 1822 y 1824, sugiriendo también que lo habría publicado por entregas. Sin embargo, la edición de su libro aparece publicada en 1824 y no hay noticias de que haya sido publicada previamente en forma seriada <sup>144</sup>.

Ese mismo año la misma editorial que sacó a la luz la obra del viajero suizo, publicó en conjunto con John Murray, el libro de Maria Graham <sup>145</sup> *Journal of a Residence in Chile during the year 1822. And a voyage from Chile to Brazil in 1823*, en una edición de formato similar a la de Schmidtmeyer, es decir de gran tamaño y profusamente ilustrada e incluso coloreada a mano. Maria Graham era entonces una conocida autora de libros de viajes <sup>146</sup>, y una persona muy cercana a la familia de John Murray <sup>147</sup>. Al año siguiente el mismo Murray publicó *Travels in South America during the years 1819-20-21 containing an account of the present state of Brazil, Buenos Ayres, and Chile* de Alexander Caldcleugh, una edición en dos volúmenes con ilustraciones –algunas de ellas a partir de dibujos del oficial de la Armada William Waldesgrave- y un mapa mineralógico del trayecto efectuado por el autor entre la Plata a Chile, a través de la pampa y la cordillera. El historiador Diego Barros Arana calificó este libro como de “escaso o ningún valor” <sup>148</sup> y, según cuenta, su propio autor se lamentaría más tarde de haber publicado, tanto que incluso habría hecho esfuerzos por impedir que circulara. El naturalista Charles Darwin, que estuvo con Caldcleugh en Chile, compartió este juicio, ya que en una de sus cartas contó que había conocido a Caldcleugh, autor de unos viajes bastante malos. <sup>149</sup>

En 1825 Inglaterra fue remecida por la especulación financiera ocasionada por las minas sudamericanas. Un testimonio de esta situación lo proporcionó la princesa Lieven, la señora del embajador ruso en Londres. “No puede usted imaginar cómo ha cundido aquí la locura a propósito de las empresas en Sudamérica (...) Todo el mundo, desde las damas hasta el hombre de a pie, arriesga dinero de bolsillo o sueldos en esas empresas. En una semana se han hecho grandes fortunas. Acciones en las minas de oro de Real del Monte compradas a 70 libras, se han vendido una semana después a 1350...” <sup>150</sup>, le comentaba a su corresponsal en una de sus cartas.

Analizando el caso de estas compañías mineras americanas y particularmente el de las chilenas, el historiador Claudio Véliz observó que entre 1824 y 1825 el mercado

<sup>144</sup> Looser, Gualterio. 1956. Págs. 265.

<sup>145</sup> Graham, Maria *Journal of a Residence in Chile during the year 1822. And a voyage from Chile to Brazil in 1823*. London, Longman, Hurst, Rees, Orme, Brown and Green and John Murray, 1824.

<sup>146</sup> Leask, Nigel 2004. Págs 205 y siguientes.

<sup>147</sup> Smiles, Samuel. Pág 172.

<sup>148</sup> Barros Arana Diego *Un decenio de la Historia de Chile 1841-1851 tomo I* Santiago: Imprenta Universitaria 1905. P. 352 nota.

<sup>149</sup> Charles Darwin. “*Cartas de Darwin 1825-1859*” Cambridge University Press. Madrid 1999 p73

<sup>150</sup> Testimonio en Harvey, Robert 2002. Pág. 250

bursátil inglés vivió un auge que calificó como “espectacular”. Una situación que convergió con las expectativas financieras y comerciales que despertaba en Europa el proceso de colapso que vivía el imperio español en América. A consecuencia de esta confluencia de factores, el mercado inglés pudo invertir millones de libras en América, ya sea por la vía de los préstamos que se contrataron por algunas de estas repúblicas o a través de inversiones encauzadas por las compañías mineras.

Sin embargo, según observa Claudio Véliz, estas compañías mineras surgieron cuando este período de auge financiero comenzaba a dar señales de fatiga. Por lo tanto a su juicio, el colapso de las compañías mineras, particularmente el de las cuatro que se formaron con minas chilenas fue una consecuencia del desplome del mercado financiero londinense que había sido anterior y no su causa<sup>151</sup> como se habría sostenido entonces de manera reiterada. De acuerdo a este autor, esta impresión errónea se vio aumentada por la existencia de antecedentes de conductas absurdas y fraudulentas de los especuladores responsables de estas compañías mineras y gracias a la distancia geográfica que retardaba la llegada de noticias. De tal modo que la generalidad del público asumió que las compañías habían terminado por producir la quiebra del mercado inglés<sup>152</sup>.

Sin embargo, según Véliz, la única relación causal que puede establecerse entre la caída del mercado londinense y la quiebra de las compañías mineras, es precisamente la inversa ya que las compañías habrían fracasado a raíz de la caída del mercado. En su opinión, si bien es cierto que un factor determinante en la depresión pudo haber sido el flujo de dinero inglés hacia el mercado exterior, este fue ocasionado marginalmente por las remesas dirigidas hacia América. Véliz añade además que tal flujo habría existido de cualquier manera, hayan sido las minas americanas eficientes o productivas o altamente fraudulentas. En definitiva, según Véliz, fue la depresión del mercado lo que finalmente impidió el funcionamiento de las minas. Lo que le restaría sentido a aquellas explicaciones que justificaban el fracaso de las compañías en la imposibilidad de aplicar satisfactoriamente las tecnologías importadas a los usos locales o a que los gastos de las minas extranjeras hayan sido muy elevados comparados con los de las minas locales. Véliz concluyó que el colapso financiero londinense terminó con el prematuro intento inglés de introducir nuevas tecnologías a las operaciones mineras americanas basadas en prácticas ancestrales<sup>153</sup> y advierte que los chilenos, al menos, serían inocentes de toda conducta fraudulenta<sup>154</sup>.

En 1826, mientras cundía en Londres el pánico por la caída del mercado de valores y la quiebra de las compañías mineras americanas, llegó la noticia de la derrota de las

---

<sup>151</sup> Véliz, Claudio Egaña, Lambert, and the Chilean Mining Associations of 1825. *Hispanic American Historical Review*. Volume 55 Number 4 November 1975. Págs 637, 638

<sup>152</sup> Véliz, Claudio 1975. Págs. 637, 638, 640

<sup>153</sup> Véliz, Claudio 1975. Pág. 644

<sup>154</sup> Véliz, Claudio 1975. Pág. 641

fuerzas españolas o realistas en la Batalla de Ayacucho. Se trataba de una novedad que abría una nueva perspectiva en los intereses americanos, augurando el advenimiento de un nuevo orden de cosas en la situación política del Cono Sur de América. Al poco tiempo de la llegada de esta noticia se publicó en Londres un curioso libro bajo un título abrumadoramente largo: *Noticias secretas de América sobre el estado naval, militar y político de los reinos del Perú y provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile; gobierno y régimen particular de los pueblos de Indias; cruel opresión y extorsiones de sus corregidores y curas; abusos escandalosos introducidos entre estos habitantes por los misioneros; causas de su origen y motivos de su continuación por el espacio de tres siglos*. Anunciada como la obra de los viajeros científicos Antonio de Ulloa y Jorge Juan, que habían recorrido el continente americano alrededor de 80 años antes como agregados hispanos de la célebre y desafortunada expedición de La Condamine, el libro se publicó por cuenta de David Barry, un personaje misterioso, que se presentaba a sí mismo como el afortunado descubridor de este singular documento. David Barry escribió el prólogo y las notas explicativas de esta obra, en las que se presentó como un viajero que después de haber pasado por Caracas y haber recorrido el río Orinoco hasta el lago de Maracaibo; viajó entre 1820 y 1822 por las provincias del Río de la Plata, Chile y Perú: “a fin de informarse personalmente del estado político de aquellas nuevas repúblicas, el clima de aquellos países, la calidad de sus terrenos, sus disposiciones para formar un establecimiento agrícola”.<sup>155</sup> La identidad de Barry ha despertado sospechas e incluso se ha dudado de la autenticidad de sus “Noticias secretas”, que, sin embargo, fueron autenticadas por el historiador Ricardo Donoso<sup>156</sup>. Al margen de estas interrogantes, en la reseña biográfica de Barry sorprende cuando declara que tenía planes de “formar un establecimiento agrícola”, en circunstancias que sus compatriotas se manifestaban mucho más dispuestos a hurgar bajo tierra en busca de riquezas minerales, en lugar de aprovechar su superficie cultivando, por ejemplo, trigo.

La declaración de intenciones de Barry tuvo como telón de fondo la crisis de las compañías mineras americanas y su presentación de la obra fue escrita a partir de la experiencia de este fracaso y por lo mismo su opinión de las minas americanas como la de sus compatriotas no fue muy favorable. Barry dio un nuevo impulso a las antiguas críticas que se hacían desde Inglaterra y el resto de Europa al imperio español acusándolo de haber basado su sustento exclusivamente en el fomento de la minería, descuidando con ello otras ramas lucrativas como la agricultura y la industria. Una crítica que tradicionalmente soslayaba el propio afán británico de apoderarse de estas mismas riquezas mineras, que tanto censuraban. Sin embargo, los acontecimientos —así como el propio tenor de las “Noticias Secretas”, en las que se detalló el abandono y el mal estado de las colonias americanas<sup>157</sup>—, le daban un nuevo aire a esta antigua monserga y Barry estaba en condiciones de acusar a sus compatriotas de haber caído en el mismo

<sup>155</sup> Juan, Jorge y Ulloa Antonio, *Noticias secretas de América sobre el estado naval, militar y político de los reinos del Perú y provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile; gobierno y régimen particular de los pueblos de Indias; cruel opresión y extorsiones de sus corregidores y curas; abusos escandalosos introducidos entre estos habitantes por los misioneros; causas de su origen y motivos de su continuación por el espacio de tres siglos* Londres en la Imprenta de R. Taylor. 1826. Pág 10

<sup>156</sup> Donoso, Ricardo

error que los imperialistas españoles del pasado. Barry sugiere, por ejemplo, que Jorge Juan y Antonio de Ulloa, habrían seguido el ejemplo de sus ancestros quienes creían que un territorio sin minas de oro y plata era necesariamente pobre y por lo mismo inútil. Por lo cual, según Barry, ellos no consideraron conveniente fomentar la agricultura. Tal como lo habían hecho los “Reyes de España y su consejo de Indias”, quienes sofocaron la industria de sus colonias y no fomentaron la agricultura. Barry, en cambio, sostenía que “la agricultura es el fundamento de una nación”, porque ocupaba “un número mayor de brazos, los vigoriza con el ejercicio, y aumenta a la población”; mientras que la minería, “privando a los hombres de una atmósfera vivificante, los enferma y destruye”. “La agricultura en Chile y Buenos Ayres, concluyó Barry, ha formado su población, mientras que las minas en el Perú ha extinguido a casi todo el imperio de los Incas...<sup>158</sup>. “El trigo que han producido los llanos de Chile —agregó luego— han valido más que toda la plata de Potosí.”<sup>159</sup>

David Barry criticó a sus compatriotas que habían caído rendidos ante “aquellos nombres mágicos de oro y plata”. Palabras, que según él, se habían engrandecido a consecuencia del celo con el cual los españoles habían mantenido sus riquezas fuera del alcance de los demás europeos. A consecuencia de ello, advierte Barry “la palabra galeones resonaba en los oídos de los europeos, produciendo la quimera de un conjunto de grandes navíos abarrotados de oro y plata. ¡ilusión miserable!”. “...El tiempo había demostrado, añadió a continuación, que los ingleses no estaban menos preocupados de estos tesoros imaginarios, pues ahora que los nuevos Estados de Sudamérica les han franqueado libre acceso a las minas de oro y plata, los nombres de Potosí, Pasco, Real del Monte, Guanajuato, y hasta el ilegible Tlalpuxahua han alucinado tanto a los capitalistas ingleses, que se han llegado a vender por 1470 las acciones que sólo habían costado 70 (Real del Monte): por 319 las que sólo habían pagado 20 (Tlalpuxahua): por 85 las que habían pagado sólo 5 (Buenos Ayres): por 54 las que habían costado nada más de 5 (Pasco-Peruviana) y así las demás”. Ingleses y españoles, habían sido igual de tontos al caer bajo el influjo de estos “tesoros imaginarios” que ofrecían estos nuevos Estados Americanos. A continuación Barry proporciona la lista de todas las compañías de minas inglesas que, según él, tanto habían “alucinado a los capitalistas ingleses”. Para eso cita “la Guía de Minas de Londres” del 1 de octubre de 1825, la cual detalla que en poco más de un año se formaron la compañía Anglo Chilena, la Anglo Mejicana, la Anglo Peruviana, la Brasilense (sic), la Brasilense Imperial, la Bolaños, la Central Unida o Guatemala, la Chilena, la Chilena Unida, la Chilena y Peruviana, la Colombiana, la Castello y Espíritu Santo, la de Famantina, la de Guanaxuato, la Mejicana, la Mejicana Unida, la Pasco Peruviana, la Peruviana de Comercio y Minas, la Potosí La Paz y Peruviana, la Real del Monte, la de Rio de la Plata, la Sudamericana (general), Tarma Huancavelica y Gualgayoc y Tlalpuxahua. Todas ellas consecuencia “de la manía de

---

<sup>157</sup> Lafuente, Antonio y Mazuecos, Antonio. Los Caballeros del Punto Fijo. Ciencia Política y aventura en la expedición geodésica hispanofrancesa al virreinato del Perú en el siglo XVIII. Madrid: Serbal/CSIC. 1987. Pág. 83 y sigts. 138, 191.

<sup>158</sup> Juan, Jorge y Ulloa, Antonio. 1826 Pág. 599

<sup>159</sup> Juan, Jorge y Ulloa, Antonio. 1826 Pág. 560, página 63, nota de Barry

especular” que según Barry se había apoderado de los ingleses. A su juicio la “variedad” o la diversidad de estas compañías y la “extravagancia de algunos nombres tan retumbantes” sólo podía ser consecuencia de que tenían “por objeto casi unos mismos países”, lo que equivalía a decir que muchas de ellas eran enteramente ficticias. Barry luego deslizó una crítica señalando que “si no fueran por la reputación que gozan en la clase mercantil los nombres que se hallan insertados en los varios prospectos, como directores de las empresas, caería uno en la tentación de sospechar todos estos proyectos, como otros tantos engaños artificiosos, hechos con apariencia de utilidad, para defraudar a los incautos. ¡Capital! ¡Maquinaria! ¡Industria! estos eran los fundamentos sobre los que se apoyaba la ilusión que desgraciadamente ha llegado a cegar a tantos individuos, haciéndolos caer en un abismo de miseria”.<sup>160</sup>

Tal como Rudolf Ackermann, el editor John Murray también estuvo involucrado en algunas de estas compañías, en las que invirtió siguiendo el consejo del joven Benjamín Disraeli, su protegido y asesor en materias editoriales y mercantiles, que entonces tenía apenas 20 años. Murray, quien además de ser un reconocido editor de libros publicaba la célebre revista de reseñas, *The Quarterly Review*, había ideado a comienzos de 1825 el proyecto de sacar un diario matutino de tendencia conservadora, que sería editado por Disraeli, quien entusiasmado con esta idea instó a su protector a perseverar en su empeño. Disraeli, según cuenta Samuel Smiles, se había “envuelto en el vértigo de la especulación financiera que generó la independencia de las Repúblicas americanas, particularmente a raíz de sus minas” y se relacionó con la firma J. D. Powles y compañía<sup>161</sup>. Powles, era uno de los directores de la Chilian Mining Association formada a comienzos de dicho año y era el presidente de la asociación de bonos de deuda colombianos.<sup>162</sup> El joven Disraeli puso sus talentos a la disposición de la causa de las minas americanas y escribió varios panfletos dedicados a ensalzar sus riquezas. En marzo de 1825, la editorial de Murray publicó el título *American Mining Companies* presumiblemente escrito o bien editado por Disraeli, donde se decía que “entre las empresas de esta época, sobresalientes en importancia por la magnitud de los intereses que están involucrados en su administración, pueden posicionarse las compañías mineras americanas”<sup>163</sup>. Disraeli fue el nexo entre Powles y Murray, quienes se asociaron en el proyecto de lanzar el matutino *The representative*.<sup>164</sup> De acuerdo a la biografía escrita por Samuel Smiles, a partir de la correspondencia de John Murray puede deducirse que éste se involucró en la especulación de las Compañías Mineras a instancias de Disraeli<sup>165</sup>, y es bastante probable que lo haya hecho en la compañía

<sup>160</sup> Juan, Jorge y Ulloa, Antonio. 1826 Pág. 605

<sup>161</sup> Smiles, Samuel. Pág. 205.

<sup>162</sup> González E., Javier 1984 Págs. 110, 377

<sup>163</sup> Smiles, Samuel Pág. 204 y González E., Javier 1984 Pág 639

<sup>164</sup> Smiles, Samuel Págs. 189, 190

<sup>165</sup> Smiles, Samuel Pág 205.

codirigida por Powles, la Chilian Minning Association.

En el mes de junio de 1825, se publicó el libro *Narrative of a Journey Across the Cordillera of the Andes and of a Residence in Lima and other Parts of Peru in the years 1823 and 1824* de Robert Proctor, por la editorial Archibald Constable y Hurst, Robinson and Co. Archibald Constable (1774-1827) es considerado como el más talentoso librero y editor de la época en Edimburgo. Durante una década, Constable fue el propietario de la Enciclopedia Británica y en 1802 los jóvenes Sydney Smith y Francis Jeffrey lo eligieron para que fuera el impresor y el distribuidor de su célebre revista, la *Edinburgh Review*, una publicación que hizo época (La *Edinburgh Review*, cuya importancia en la literatura inglesa del siglo XIX es inestimable, tuvo una marcada línea editorial liberal, que motivó el surgimiento de de la *Quarterly Review* de filiación conservadora, en cuya publicación intervino John Murray). Constable es considerado como un pionero en la publicación de libros orientados hacia un mercado masivo y por dos períodos fue el impresor de la mayoría de los trabajos del novelista escocés Walter Scott. Hacia 1814, era el titular de la Enciclopedia Británica y coordinó la sexta edición de esta publicación que salió a la venta entre 1820 y 1823. Un año más tarde, Constable publicó el libro *Extracts from a Journal written on the coasts of Chili, Peru and Mexico, in the years 1820, 1821, 1822* del Capitán Basil Hall, que había sido enviado a recorrer las costas de América para dar cuenta del estado general de sus riquezas mineras.<sup>166</sup>

Pese a su éxito y su fama, Constable cayó en gastos exagerados que lo llevaron a la ruina en 1826, posiblemente se habría excedido en su liberalidad con sus autores. Falleciendo al año después, abrumado por las deudas.<sup>167</sup> La ruina de Constable fue propulsada por la quiebra del mercado de valores que remeció a Inglaterra en 1825, tan cuantiosa, que para hacerse una idea del volumen de sus pérdidas hay que tomar en cuenta que tres bancos londinenses y veintisiete bancos de provincia interrumpieron sus pagos, mientras una innumerable cantidad de negocios colapsaba en una bancarrota masiva.<sup>168</sup>

Tal como sucedió con muchos de estos autores, Robert Proctor advirtió que no tenía intenciones de publicitar los escritos y anotaciones que había tomado a lo largo de su viaje. Pero, al regresar a Inglaterra decidió darles forma de libro y enviarlos a la imprenta, debido a que consideró que “había recogido algunos interesantes detalles, —“particulars” es la expresión que utiliza— que no habían sido tomados por otros, que no habían disfrutado de las mismas ventajas que él”<sup>169</sup>. El libro se habría publicado con gran prisa ya que su autor no pudo supervisar su impresión<sup>170</sup>. Proctor también justificó la impresión de su libro, señalando que su condición de agente del contratista para el

<sup>166</sup> Hall, Basil. *Extracts from a Journal written on the coasts of Chili, Peru and Mexico, in the years 1820, 1821, 1822*, by Captain Basil Hall, Royal Navy, author of a voyage to Loo Choo. In two volumes Edimburgh: printed for Archibald Constable and co. Edinburgh and Hurst, Robinson and co. London” en 1824.

<sup>167</sup> The New Encyclopaedia Britannica 15<sup>th</sup> edition 1988 Chicago vol 3 Pág 558.

<sup>168</sup> Varios Autores. Ford, John. 1981.. Págs. 204 y 205.

<sup>169</sup> Proctor, Robert 1825 Pág v



préstamo peruano, le había permitido contactarse con “la mayoría de los individuos que se han destacado en Sudamérica” y “tuvo frecuentes oportunidades de verlos y conocerlos”. Además advirtió que le interesaba enmendar algunos errores ya que a su juicio “muchos acontecimientos públicos, a los cuales tuvo ocasión de referirse, han sido malentendidos en este país, y él ha hecho el esfuerzo de presentarlos en su verdadera luz”<sup>171</sup>. Proctor se excusó por la brevedad de su estadía, lo que a su entender condicionaba la calidad de sus observaciones. “Debe entenderse, agregó, que las observaciones generales que ofrezco son el resultado del conocimiento que obtuve durante una residencia de un año; y por supuesto, soy susceptible de errores, que un trato más largo pudo haber removido”.<sup>172</sup> [

## Causas de la ruina

En sus observaciones, el editor de “Las Noticias Secretas”, David Barry, se preguntó cómo a nadie en ningún momento, le había surgido la interrogante de por qué razón “los propietarios de aquellas minas tan ricas habían abandonado sus laboreos, y ahora se mostraban tan solícitos en enajenarlas; o por qué aquellos nuevos Estados cedían tan generosamente a gentes de otras naciones, tantos tesoros en unos tiempos en que se hallaban tan faltos de recursos que no se detenían en contraer grandes y repetidos empréstitos con un enorme sacrificio”. Los ingleses, añadió Barry inmediatamente después, habían sido especialmente ilusos al no tomar en cuenta que el trabajo de estas minas de América había de causar doble gasto a emprendedores extranjeros, considerando que entre ellos y las minas había un océano y la mitad de un continente de por medio; al no contemplar la dificultad que implicaba trasladar máquinas a montañas tan altas donde tampoco había combustible para hacerlas funcionar.

Los accionistas, agregó Barry, no tardaron en creerse ricos, los directores de las compañías compraron o fletaron barcos que cargaron con bombas y gran cantidad de hierro y acero, además de mineros, que nunca en su vida habían visto una veta de oro ni de plata, que nunca habían trabajado en la fundición de estos minerales y que ignoraban el arte de amalgamar estos metales. Para peor, añadía Barry, los recién llegados a las costas de América “como ha sucedido en Buenos Ayres y Chile, no saben ni hallan quien les pueda informar, donde están las minas que van a trabajar”. La crisis le pareció la consecuencia necesaria de proyectos tan ilusorios: “la esperanza mantenida por la idea de oro y plata, advirtió, desaparece como riquezas soñadas; las acciones de aquellas compañías con títulos tan altisonantes se ofrecen en el mercado con un descuento o pérdida grande, y nadie las quiere comprar, ni aun tomarlas de valde en muchos casos; los directores quedan en silencio; el dinero recibido ya está gastado; los que tienen

<sup>170</sup> Proctor, Robert 1825 Pág vi

<sup>171</sup> Proctor, Robert 1825 Pág vi

<sup>172</sup> Proctor, Robert 1825 Pág 220

acciones murmuran; principian las bancarrotas; gran número de individuos se declaran insolventes; el mercado entra en confusión, todos se alarman, y los negocios cesan; los directores del banco confieren, los secretarios de Estado deliberan, y llegado el día de la abertura del Parlamento dice el soberano en su discurso, *Que el embarazo actual del comercio, y los males que se experimentan, se deben atribuir a causas en las que el gobierno no se puede interponer; ni se pueden remediar sino con la experiencia de los que están sufriendo*; lo que en palabras menos graves de las que pertenecen a estos discursos pronunciados desde el trono quiere decir, —que la confusión actual del comercio y la ruina de tantos individuos son el efecto de especulaciones disparatadas, y que sólo se puede remediar el mal, aprendiendo los ciudadanos a no ser tontos a costa suya”.

En su diagnóstico de las causas de la ruina, confluían la ignorancia de los mineros ingleses, las quimeras alimentadas por las palabras oro y plata y la mala fe de algunos que se aprovecharon de los demás. Sin embargo, Barry consideró también que en este desastre había influido la imagen errónea que se había construido de la riqueza americana de España. Afirmó que las provincias de la América Española, a pesar de la fama de sus minerales habían sido tributarias de los demás países Europeos e incluso de China, “pagando por cada artículo que recibían —agregó— cuatro veces más de su valor real, y quedando así pobres mientras enriquecían a los demás. Sus minas eran torrentes de agua, que descendiendo rápidamente salían de su territorio y dejaban estériles sus campos, mientras que otros fructificaban con ella los suyos, y en sus producciones hallaban las verdaderas riquezas. El oro y la plata salían de Méjico y del Perú como de su centro y sin hacer demora en estos países corrían con su presurosa diligencia a otros reinos distantes a ejercitar los brazos, fomentar las fábricas, vivificar el comercio y mantener la industria, únicos medios y bases sólidas sobre las que puede cimentarse la prosperidad de una nación. Los economistas políticos prueban esto con muchas bases sólidas...que el oro ni la plata por sí solos no constituyen la riqueza de una nación...”<sup>173</sup>.

En sus observaciones Barry aludía sin nombrarlos, a varios de los autores de los libros de viajes comentados en este trabajo, que curiosamente formularon conclusiones que apuntaban en la misma dirección que las suyas. En general se trata de argumentos que este autor denominó “de economía política”. Peter Schmidtmeier por ejemplo, advirtió que el prolongado bloqueo español del continente americano, que equivalía a “bloquear un extenso mar; mediante unos pocos barcos”, había terminado por alzarse probando ser una circunstancia favorable para los otros poderes marítimos de Europa, a juzgar por los resultados que ellos habían obtenido en Europa y América. Según este viajero suizo, los países a quienes, “se le ha impedido obtener la tierra dorada, y extraer su parte de metales preciosos, o el poder de sus antiguos poseedores, tienen una buena causa para usar el trillado pero cierto proverbio francés, *a quelque chose malheur est bon* (“no hay mal que por bien no venga”). La providencia parece haber permitido el descubrimiento y el uso prematuro de tan rico depósito, y haber estimulado la carrera general que en pocos años se corrió por este, en orden de mostrarle a la humanidad, tras una larga e impresionante experiencia, que un buen campo de trigo y un pasto exuberante, son más permanentemente valiosos que montañas de oro y plata”<sup>174</sup>.

---

<sup>173</sup> Juan, Jorge y Ulloa, Antonio. 1826. Págs 605, 606.

Alexander Caldcleugh por su parte, vaticinó que una excesiva explotación de plata podría acarrear al final, un descenso del precio del metal. “Si Chile, señaló, llegara a establecerse tanto en su gobierno como para permitir la perfecta seguridad de la propiedad, la aplicación del capital a las minas podría devolver una gran ganancia. La cantidad de metal que todavía subsiste en los Andes debe ser estupenda; pero esto debe ser tomado en cuenta, que si acaso las minas fueran debidamente trabajadas, es más que probable que la plata caiga en Europa a un precio muy bajo”<sup>175</sup>.

A comienzos de 1826, cuando la crisis financiera estaba en su apogeo, salió al público el libro *Travels in Chile and La Plata Including Accounts Respecting the Geography, Geological Statistics, Government, Financial, Agriculture, Manners and Customs and the Mining Operations in Chile Collected During a Residence of Several Years in these countries*, escrito por John Miers e impreso por Baldwin, Cradock And Joy. Según señaló su autor en el prefacio, la publicación de este libro había sido precipitada a causa de las circunstancias que se vivían en el mercado de Londres. Por eso Miers no habría podido revisar su trabajo, e incluso, para la fecha de su publicación, se encontraba camino de regreso en Sudamérica.

John Miers presentó a su libro como el resultado de sus observaciones hechas después de una larga permanencia en Chile entre 1819 y 1824 y tras varios viajes entre Chile y lo que entonces eran las Provincias Unidas de La Plata. Su obra es un relato minucioso y pormenorizado de los incidentes del viaje a través de los Andes —fundamentalmente en su primer volumen— y una descripción de la situación geográfica, social y política de Chile. Miers describió el comercio, la industria —entonces eminentemente manufacturera—, los recursos y la situación social y política del país; entregando además noticias sobre su administración y antecedentes acerca de su historia reciente. Para ello no sólo se basó en sus observaciones, sino que también en numerosos datos provenientes de las más diversas fuentes, incluyendo entrevistas con personeros de la época, como O’Higgins, San Martín y Ramón Freire. Miers añadió que además había pretendido entregar un relato sobre la historia natural de Chile, que no habría podido escribir por falta de tiempo, sin embargo alcanzó a confeccionar una lista de plantas chilenas con su clasificación científica y una lista más reducida de aves chilenas, que agregó al final del segundo tomo de la obra, anunciando que de ambas tenía numerosos dibujos hechos por él mismo. Estos trabajos fueron la base de sus obras posteriores “On new genera of plants from Brazil and Chile London 1842”, “Illustrations of South American Plants London 1847-1852”, “Contributions to botany (of South America) iconographic and descriptive London 1851-1861”, que según Barros Arana, fueron utilizados y recomendados por Claudio Gay y sus colaboradores, como también por Rodolfo y Federico Philippi.<sup>176</sup>

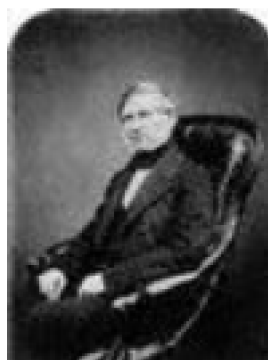
Miers permaneció en Sudamérica hasta 1838 y en esa larga estadía emprendió

<sup>174</sup> Schmidtmeier, Peter, 1824. Pág. 20

<sup>175</sup> Caldcleugh, Alexander 1825. Pag 254 vol 1

<sup>176</sup> Barros Arana, Diego. 1893. Págs 620, 621

diversos estudios de Geología <sup>177</sup>, dedicándose particularmente al estudio de los terremotos y a otras áreas de la historia natural, principalmente la botánica. En 1839 regresó a Inglaterra e ingresó a la Sociedad Linneana, de la que llegó a ser presidente. Dos años más tarde fue admitido como miembro en la Royal Society. A su muerte, Miers había publicado casi 80 trabajos sobre plantas sudamericanas y dejó un herbario de más de 20 mil páginas que legó al Museo Británico. Según Vicuña Mackenna, Miers habría muerto rico. <sup>178</sup>



*Fotografía de John Miers, tomada en 1855 y conservada en la Nacional. Portrait Gallery.*

Barros Arana describió a Miers como un “hombre de cierta cultura, dotado de conocimientos especiales en botánica, curioso y observador, recogió sobre la configuración topográfica de Chile, su climatología y sus producciones todas las noticias que era posible procurarse entonces, ya en los pocos libros en que se hablaba de estas materias, ya en las conversaciones de las pocas personas que podían procurárselas, ya las que el mismo podía estudiar. Miers anotaba todo esto en sus viajes; tomaba por medio del dibujo vistas de los paisajes que llamaban su atención, o bosquejos de escenas de costumbres o de la vida industrial. Coleccionó muchas plantas que dibujó y clasificó, y arregló algunos mapas o planos copiándolos de otros que ya existían, y completándolos con datos recogidos por él mismo o suministrados por otras personas” <sup>179</sup>.

El libro de Miers es una fuente imprescindible para el estudio del auge y caída de las compañías mineras. Allí acusa la irresponsabilidad de las autoridades chilenas y la falta de escrúpulos de quienes habían contado una versión falaz de la realidad americana, a pesar de haber estado en aquellos países y conocer su situación. A su juicio, el estado de las minas, la condición de sus mineros y su falta de medios, demostraban de manera manifiesta que los proyectos ingleses a gran escala eran enteramente imposibles. Todo esto, según Miers, era de sobra conocido en Londres, por quienes había estado en Chile y por quienes tenían corresponsales en América. “No obstante, personas en este país, las más informadas del verdadera situación de Chile, y de la total imposibilidad de emplear cualquier suma considerable de dinero en la minería con la menor opción de que esta sea

---

<sup>177</sup> Howgego, John Raymond. 2004 Pág. 409

<sup>178</sup> Mackenna, Benjamín. Libro de la plata Santiago de Chile: Imprenta Cervantes. 1882. Pág 102, 103

<sup>179</sup> Barros Arana, Diego 1893 Pág. 621

productiva de cualquier clase de provecho, llevaron adelante propuestas para levantar inmensas sumas provenientes de la credulidad de personas menos informadas que ellas, para el pretendido propósito, de trabajar minas de oro, plata y cobre, que iban a producir inmensos beneficios”<sup>180</sup>.

Miers también describió la formación de estas compañías inglesas, citando los entusiastas prospectos del establecimiento de la Chilian Mining Association, la Anglo Chilian Minino Association y la Chilian and Peruvian Mining Association. Documentos que en su opinión contenían aseveraciones tajantes y seguras, respaldadas “por los más grandes nombres”, pero que él, en su condición de “registrador de hechos”, se encontraba en el deber de desmentir. Su libro puede considerarse, en definitiva, como un intento de desmentir las exageraciones que a su juicio habían alimentado “esperanzas engañosas, que jamás podrán realizarse”<sup>181</sup>.

A Miers le pareció que en Chile no había lugar que mereciera el nombre de distrito minero, que el campo chileno era estéril, inaccesible e incapaz de mejorarse por esfuerzos humanos, dada la escasez de agua. “Ninguna expectativa, advirtió, puede ser sostenida por cualquier persona que esté familiarizada con ese país de que la cantidad de cobre producida allí pueda aumentar demasiado. Cualquier intento de los ingleses o de la administración inglesa de trabajar las minas allí, deberá fracasar; cualquier muestra de una intención de trabajar las minas a una escala extensiva por extranjeros, causará en forma inmediata un anticipo de remuneraciones tan enorme, que podrá destruir de inmediato toda opción de ganancia, tampoco podrán procurarse un número suficiente de manos, lo que es imposible, para no decir nada de los gastos de supervisión, herramientas, y edificios, y nada del monstruoso gasto de excavar carbones en Concepción en el sur, y llevarlos a Coquimbo, en el norte de Chile”<sup>182</sup>. Miers, acusó directamente a quienes proyectaron las compañías mineras de engañar al mercado con nociones falaces acerca de la productividad de las minas chilenas. Añadiendo, que si hubieran existido tales riquezas mineras, estas, indudablemente habrían sido aprovechadas por los españoles. En Chile, agregó, no se había encontrado “ni una sola mina grande, ni tampoco una lo suficientemente grande como para atraer a los capitalistas españoles, que han arriesgado su fortuna en las minas más productivas de Perú”<sup>183</sup>. En consecuencia, le pareció evidente que cualquier intento de trabajar las minas de cobre de Chile a una escala mayor aumentaría el costo del metal y disminuirá su precio de mercado, de manera tal que implicará grandes pérdidas a los capitalistas involucrados en las especulaciones. También sentenció que si cualquiera de las compañías mineras lograra hacerse cargo de todas las minas disponibles en Chile, las ganancias obtenidas no alcanzarían para cubrir los gastos de administración y menos todavía los intereses, sin tomar en cuenta las ocasionales pérdidas de capital por las

<sup>180</sup> Miers, John. 1826. Sec vol Pág 417.

<sup>181</sup> Miers, John. 1826. Sec Vol. Pág. 419, 420

<sup>182</sup> Miers, John. 1826. Sec vol. Pág 421

<sup>183</sup> Miers, John 1826. Pág. 421

compras de maquinarias, arriendo de barcos, contratación de mineros ingleses, la construcción de establecimientos, y la implementación de nuevos métodos de operación que han resultado inútiles, “por la falta de mejores y más correctas informaciones generales y estadísticas sobre el país, o de un deseo de enfrentar asuntos de mala reputación”<sup>184</sup>.

En sus acusaciones, Miers deslindó las responsabilidades entre quienes invirtieron su dinero de buena fe en estas especulaciones sin malas intenciones; aquellos que gracias a su prestigio habían podido influir en las acciones de los demás y quienes aprobaron cosas que sabían falsas. Entre estos dos últimos, los primeros debían ser particularmente cuidadosos y no prestarse a propósitos que puedan ser utilizados de manera impropia y los segundos “debieran sancionarse en la mayor medida”<sup>185</sup>.

Miers distinguió también entre los obstáculos que le oponía a la empresa inglesa la naturaleza y aquellos que podían surgir por la obra del hombre, es decir los prejuicios, los celos, las intrigas y la avaricia de los nativos. Estos últimos podían ser mucho peores que los primeros y a manera de ejemplo citó los casos de Helms y Nordenflycht, que se encontraron con la oposición de los sudamericanos y tuvieron que regresar a Europa después de incontables desventuras, a pesar de haber viajado premunidos con las credenciales del rey de España. Si algo así había ocurrido con agentes reales se preguntó Miers: “¿qué debemos esperar entonces de las compañías formadas en Londres?”<sup>186</sup>.

## Burbujas

Algunos meses más tarde de publicada la obra de Miers, la casa editorial de John Murray publicó *Rough notes taken during some rapid journey across the pampas and among the Andes* escrito por Francis B. Head y al año siguiente, en 1827, el libro *Journey from Buenos Ayres: through the provinces of Cordova, Tucuman, and Salta, to Potosi, thence by the deserts of Caranja to Arica, and subsequently to Santiago de Chili and Coquimbo, undertaken on behalf of the Chilian and Peruvian mining association, in the years 1825–26* de Joseph Andrews. Para entonces la quiebra del mercado y la ruina de las compañías era un mal recuerdo, pero los libros de Head y Andrews ofrecieron una reflexión en torno a este descalabro financiero en el que tanto sus autores como su editor John Murray, habían estado involucrados. Ambos trabajos fueron también un descargo de las acusaciones que le hicieron a sus autores los respectivos directores de sus compañías y sirvieron como una rendición de cuentas de sus incursiones en América del Sur.

<sup>184</sup> Miers, John 1826. Sec Vol. Pág. 426

<sup>185</sup> Miers, John 1826. Sec vol Pág. 428

<sup>186</sup> Miers, John. 1826. Sec vol Pág. 428

Head llevó sus reflexiones bastante más lejos que Joseph Andrews y en el segundo memorando incluido al final de su libro hizo una sumaria y singularísima interpretación personal de la historia del Imperio Español en América en la que, siguiendo una línea argumental similar a la expuesta por David Barry, acentuaba la ceguera de los españoles en su afán por buscar riquezas minerales. Según Head, los españoles tras el descubrimiento de los países sudamericanos dirigieron inmediatamente su atención a la adquisición de metales preciosos, “descuidando la belleza de estos interesantes países”. Por eso, concluyó que “la historia de las minas americanas ha sido siempre considerada como la historia del país”<sup>187</sup>. Según Head los españoles habrían explotados los recursos americanos sin preocuparse de desarrollar ninguna forma de industria, ya que contaban con una mano de obra enteramente a su disposición. A pesar de esto, según denunció Head, “la llegada de los metales preciosos a Europa fue saludada como el producto de la intrepidez, la industria y la ciencia”, en circunstancias de que el modo como obtuvieron estas riquezas “forma parte de una de las páginas más culpables de la historia moral del hombre y las crueldades que se ejercieron en las minas americanas son una mancha en la reputación de la naturaleza humana, que nunca podrá ocultarse ni borrarse...”<sup>188</sup>.

El minero americano, según prosigue Head su relato, a pesar de tanta crueldad e injusticia se acostumbró gradualmente a su trabajo: “el esclavo, señaló, sufriendo bajo su capa dejó de quejarse; el llanto de los sufrientes paulatinamente dejó de escucharse, y al poco tiempo ningún ruido surgió de la oscuridad de la mina, salvo la ocasional explosión de la pólvora, el sonoro estallido del martillo y el tenue resoplido de los esclavos, que de esta forma le informaban al guardia que había llegado la hora del descanso legal”. Estas eran las dos caras que mostraban las minas americanas. Por un lado estaban quienes se vanagloriaban del floreciente estado de las colonias y sus inagotables riquezas y por el otro estaba la multitud de indios cruelmente esclavizados. Sin embargo, según contó Head, este engaño se fue rompiendo de manera gradual y al final irrumpió la revolución “y como por encantamiento, el minero se encontró en la planicie rodeado por sus compatriotas, marchando hacia el frente para apoyar la libertad, y prestando su brazo para exterminar de la Patria a los opresores que ahora temblaban frente a él”<sup>189</sup>.

Mientras tanto, las minas fueron abandonadas hasta que se reestableció la libertad. Porque una de las primeras cosas que hizo el militar que no había muerto peleando o que no había desertado, fue volver a las minas abandonadas. Sin embargo, según Head, estas minas ya no pagaban lo suficiente y volvieron a ser abandonadas. La causa de esto, según este autor, fue la falta de inteligencia y capital y su consecuencia fue que los mineros “frustrados en su propósito, e incapaces de hacerle frente a las dificultades que le impedían el paso a la civilización en quien estaba lejos y aislado, y en la situación casi impracticable en la cual se encontraban, cayeron en los hábitos de indolencia en los que todavía persisten”<sup>190</sup>. Head observó que los mineros chilenos seguían trabajando “en la senda de sus días pasados”, es decir en condiciones de virtual esclavitud, pero con una

<sup>187</sup> Head, Francis. 1826 Pág. 301

<sup>188</sup> Head, Francis 1826. Pág. 302

<sup>189</sup> Head, Francis. 1826. Págs. 303, 304

disciplina algo más relajada. Se sorprendió del contraste que observó entre sus vidas oprimidas y el relajo e independencia en el cual le pareció que vivían los demás habitantes del país. Este contraste lo llevó a reflexionar sobre “la triste historia de las minas sudamericanas”; una historia que según “su humilde opinión”, daba cuenta de la imposibilidad de conseguir más mineros y de que el valor de las minas americanas había caído desde la independencia del país, porque el valor de la producción se había mantenido mientras que el precio de la mano de obra había aumentado. En consecuencia ya no sería posible obtener de las minas lo que daban en el pasado. Su sentencia definitiva era desoladora: “las minas pobres, así como la tierra pobre, podrán hacerse productivas mediante un sistema de crueldad y tiranía, mientras que bajo un gobierno libre deberán permanecer inactivas y abandonadas”<sup>191</sup>.

A la hora de examinar las causas de la ruina de las compañías Head insistió también en una variante del trinomio de ignorancia, quimeras y mala fe que había expuesto David Barry al publicar la obra de Antonio de Ulloa y Jorge Juan. Pero para Head, la mala fe estaba en Sudamérica, ya que el fracaso de la Compañía del Río de la Plata era también una prueba de la insuficiencia de los gobiernos locales, ya que a su llegada a la región Head se encontró con que la totalidad de las minas que le habían sido prometidas estaban en manos de las compañías rivales y que Rivadavia, el gobernador de Buenos Aires, así como los otros gobernadores de las Provincias “¡eran incapaces de cumplir con el decreto!”<sup>192</sup>, que se le había asegurado su pertenencia.

Sin embargo, para Head tanto la formación de las compañías como su posterior fracaso se debían principalmente a la “ignorancia del país que iba a ser el campo de especulación”. A su juicio, se trató efectivamente de un error, pero éste además fue “acompañado por todas las nobles características que distinguen a nuestro país”<sup>193</sup>. Head no detalló cuales eran estas nobles características inglesas, pero sugirió que esta ignorancia general exculpaba a los especuladores, ya que los ingleses, a su juicio, sólo eran culpables de su ignorancia respecto del verdadero estado de los países en los que estaban pretendían especular, pero que a pesar de este desconocimiento habían actuado con la propiedad que les caracterizaba como pueblo. “La construcción, señaló, se planeó noblemente, y fue innegablemente la obra y la invención de un país bullente de energía, empresa, liberalidad, confianza y capital”<sup>194</sup>.

Joseph Andrews fue bastante menos indulgente que Head en su indagación de las causas del fracaso de las compañías: “el público sin indagar en los hechos concibió que Sudamérica era el escenario donde llevar a cabo todos sus sueños dorados”. Hubo compañías “burbujas” y compañías genuinas, pero ambas reventaron por igual<sup>195</sup>, y

---

<sup>190</sup> Head, Francis. 1826. Pág 305

<sup>191</sup> Head, Francis. 1826. Págs 306, 307

<sup>192</sup> Head, Francis. 1826. Pág 320, 321.

<sup>193</sup> Head, Francis. 1826. Pág Preface III

<sup>194</sup> Head, Francis. 1826. Pág IV, V



según él lo que faltaba era determinar cuáles eran las genuinas y cuáles las burbujas, para concederle a las primeras una nueva oportunidad. Pero, ya a esa altura el mercado inglés no quería saber nada de las especulaciones americanas y Andrews apareció como abogado del diablo al sostener que estaba en desacuerdo con aquellos que se negaban a emplear el capital británico en la restauración del poder de la economía sudamericana, con el objeto de producir retornos de metales preciosos.

El libro de Andrews era en buenas cuentas una respuesta al trabajo de Head. Para Andrews la falla era consecuencia de la mala administración y ésta había sido excepcional precisamente por la forma poco inglesa —“un-English like way”— con la que se habían llevado a cabo las cosas. De acuerdo a Andrews, podrían llenarse volúmenes enteros con la enumeración de las compañías de capitales conjuntos que se formaron en aquellos días y a su juicio “el público tenía no poca culpa”, por la “precipitación y credulidad, de la cual, en muchas ocasiones, se aprovecharon bellacos con malas intenciones”. “Ningún hombre sensato, decía a continuación, que tenga alguna experiencia en Sudamérica, podrá soñar en obtener en pocos meses cargas de oro y plata en retribución del mero adelanto en la primera colocación de un millón de libras de capital”.

A su entender, lo que faltó fue cálculo para considerar las naturales dificultades, y sabiduría para tomar en cuenta la situación política americana. “La roca fatal —agregó— que hizo naufragar a las compañías extranjeras inglesas, fue el tamaño demasiado extravagante, con el que iniciaron sus empresas. Los más pródigos e inútiles equipos, las nociones más equivocadas, involucrando grandes costos, han sido su perdición. No parecen haber imaginado que la minería es una operación demorosa, y que más que ninguna otra requiere el suministro de recursos”<sup>196</sup>.

Para peor, Andrews agregó que todo se había medido de acuerdo a parámetros ingleses<sup>197</sup>, y una vez más habrían sido los británicos quienes, según él, habrían fracasado en su “habitual habilidad, experiencia y espíritu”<sup>198</sup>. Esto condujo a Andrews a reflexionar en torno a la naturaleza del carácter inglés señalando que: “No hay nada más agradablemente sorprendente para un inglés, que la repentina transición a una sociedad de bárbaros... en la que nada se adapta a sus comodidades y modales”<sup>199</sup>. Andrews aprovechó también la oportunidad para juzgar a los directores de su compañía, quienes se habrían contagiado por los “espíritus de los tiempos” al precipitarse al embarcar un caro establecimiento de mineros y equipamientos hacia Sudamérica, sin esperar que él regresara con la información necesaria, en circunstancias de que él consideraba que, a la luz de la situación de la minería en Chile, no era prudente embarcar establecimientos de

<sup>195</sup> Andrews, Joseph 1826. Preface V

<sup>196</sup> Andrews, Joseph 1826 Preface. 205

<sup>197</sup> Andrews, Joseph 1826. Preface IX

<sup>198</sup> Andrews, Joseph. 1826. Preface XI

<sup>199</sup> Andrews, Joseph. 1826. First Vol. Pág. 138

mineros ingleses ni equipamientos, lo que significaba un enorme desembolso, sino que proporcionar capital <sup>200</sup>. Sólo entonces pronosticó, lentamente podría comenzar el proceso del progreso y la civilización, la tecnología, el conocimiento etc.

Los trabajos de Andrews y Head coincidieron, sin embargo, en señalar que la ignorancia había sido la principal causa del derrumbe financiero. Head por su lado, señaló que a pesar de todas las lamentaciones, la causa que había ocasionado la ruina general seguía en pie, mientras “nosotros todavía continuamos en la ignorancia de los países en los cuales nuestro dinero se encuentra enterrado” <sup>201</sup>. Su libro y el de Andrews fueron un recordatorio en un momento en que las compañías mineras eran ya una mala resaca de la fiebre de los años anteriores. Head se presentó como alguien que podría contribuir a proporcionar la información que faltaba y a pesar de que su balance final era indulgente con los ingleses, a quienes redimió por su peculiar temperamento y manera de hacer las cosas, consideró que ellos tenían la responsabilidad de subsanar esta falla. Él contribuía a esto con su libro en su condición de informante, como alguien “que había estado a cargo de las diferentes compañías”, que “tuvo innegables oportunidades de hacer importantes observaciones” y de quien “probablemente se obtendrá información valiosa” <sup>202</sup>. Es importante tomar en cuenta que el libro de Head fue un éxito editorial y entre todos los comentados en este artículo fue el único en reeditarse varias veces. Ya en 1826, había alcanzado dos ediciones y se reimprimió nuevamente en 1828, 1846, 1851 y 1861 <sup>203</sup>.

Joseph Andrews por su parte, consideró que las minas americanas habían recibido una “mirada apresurada y superficial” por los viajeros que le habían precedido. Andrews insistió en que el problema se basaba en la ignorancia y falta de información, pero a diferencia de Head recalcó que el fracaso se debió a las “expectativas salvajes de provecho instantáneo” <sup>204</sup>, que surgieron de un momento a otro. Andrews lamentó también que las cosas también se hubieran precipitado más tarde y en ese sentido lamentó que el libro de John Miers hubiera sido publicado en medio de la debacle, señalando que éste habría contribuido a crear un clima de pánico que generó la caída del mercado. “La denuncia de una autoridad tan respetable en talento y posición fue calculada para prevenir de parte del público una investigación imparcial en los hechos relativos a la minería americana, que era muy deseable que ocurriera. Con tal evidencia, la gente no se molesta en pensar y razonar por sí misma, sino que adopta opiniones registradas” <sup>205</sup>.

---

<sup>200</sup> Andrews, Joseph 1826. Preface XIX y sec vol. Pág. 73

<sup>201</sup> Head, Francis. 1826. Preface V

<sup>202</sup> Head, Francis. 1826. Preface. V, VI

<sup>203</sup> Howgego, John Raymond. 2004 Pág. 277

<sup>204</sup> Head, Francis B. 1826 Preface XIX

<sup>205</sup> Head, Francis B. 1826 Preface XIX, XX

Andrews comenzó su libro, que definió como una mezcla entre narración y diario, o ambos a la vez <sup>206</sup>, con una altisonante dedicatoria al ministro Canning el “Right Honourable George Canning” de quien celebró su “talento político en prever el reconocimiento de la independencia de las Naciones de Sudamérica, y así abrir a Gran Bretaña la totalidad de las ventajas comerciales de su comercio”. Se refería sin duda al reconocimiento que había tenido este primer ministro en reconocer en 1824 la independencia de Buenos Aires y esperaba con ello conseguir apoyo institucional. Esta invocación tan grandilocuente contrasta con la modestia, de quien se presentó a sí mismo como un mero “compilador” <sup>207</sup> de los hechos reunidos en su obra, que según señala fueron recopilados principalmente de memoria, con la ayuda de anotaciones tomadas con lápiz sin el menor propósito de su publicación posterior. <sup>208</sup> “La manera apresurada en la cual apunté las pocas cosas que el apuro de mi visita a Sudamérica me permitió registrar, y cualquier falta de orden en su disposición, espero yo sean perdonadas, cuando se tome en cuenta que yo no aspiro al carácter de un autor viajero” <sup>209</sup>. “Sólo afirmo mis propias sensaciones como un extranjero, y exhibo detalles de las maneras nacionales con las cuales llegué a contactarme, así como sus efectos en la sensación individual.” <sup>210</sup>. Si bien Andrews no aspiraba al carácter de “autor” de una obra literaria, manifestó que su propósito declarado era “contribuir...a la acumulación general de información respecto de Sudamérica...” <sup>211</sup>.

## Cabelleras de viento

Hacia finales de la década de 1820 apareció la primera edición de *Sketches of Buenos Ayres, Chile and Perú* de Samuel Haigh publicado por la casa de Effingham Wilson, Royal Exchange. A diferencia de los demás títulos que se publicaron con notoria celeridad, apenas sus autores regresaron a Inglaterra, el libro de Haigh se publicó con retraso. Lo que en el caso de Samuel Haigh es todavía más notable ya que él fue uno de los pioneros ingleses, y el primero de estos 10 autores, en llegar a Sudamérica, si se excluye al presunto John Constance Davie.

La falta de urgencia se explicaría en parte ya que el frenesí de las compañías mineras se había disipado y ya había pasado bastante agua bajo el puente. A diferencia

<sup>206</sup> Andrews, Joseph. 1827. First vol. 298

<sup>207</sup> Andrews, Joseph. 1827. Preface XI

<sup>208</sup> Andrews, Joseph, 1827. Preface XXVII

<sup>209</sup> Andrews, Joseph, 1827 First vol. 86

<sup>210</sup> Andrews, Joseph, 1827 First vol. 154

<sup>211</sup> Andrews, Joseph, 1827 Preface XXVII

de buena parte del resto de los libros estudiados, este libro se basaba en tres experiencias distintas en el Cono Sur de América. El primero de los viajes de Haigh se prolongó por un año y medio, que transcurrió principalmente en Chile. Al cabo de los cuales Haigh, regresó por tierra a Buenos Aires; de modo que el primero de junio de 1819 —mala época para estar en la cordillera— lo volvemos a encontrar en la cumbre de los Andes. El 3 de diciembre de 1819, Haigh volvió a Inglaterra, donde permaneció por alrededor de seis meses, hasta que el 10 de agosto del año siguiente zarpó de regreso a bordo del bergantín “Enterprize”<sup>212</sup>.

La primera edición de su obra se publicó en 1829 y a los dos años apareció la segunda que es la que he seguido en este trabajo. Esta incluye además de las dos primeras “residencias” de Haigh en Chile, un viaje al Perú, país que de acuerdo al prólogo de su libro “estaba lleno de interés para muchos en Gran Bretaña, ya sean comerciantes, tenedores de bonos, o mineros”<sup>213</sup>.

Haigh presentó su libro como *Sketches*, o “Escenas”, porque, de acuerdo a él se trataba de “descripciones del aspecto del país, las costumbres de sus habitantes, y cualquier cosa que se pensó digna de noticia en aquel rincón del mundo”. Sin embargo estas descripciones se intercalaban en una narración que figuraba como un sólo viaje troncal, que en realidad reunía las experiencias de otros dos más. Esta fórmula de las “Escenas” dio pie a que el autor considerará a su obra como meras “observaciones de paso”, precisando que su libro “no se pensó como una estadística histórica, o descripción política de los países que he visto, sino que es meramente el resultado de observaciones apuntadas en el momento en mi libro de notas, y puede, estrictamente hablando, llamarse una narración personal, ya que contiene detalles de las distintas impresiones que quedaron en mi mente en mi primera visita al nuevo mundo”<sup>214</sup>.

Haigh puso énfasis en describirse como un observador pasivo de los asuntos de las repúblicas que visitó. Más adelante, agregó que su libro “...está destinado sólo a describir lo que yo he realmente visto”<sup>215</sup> y advierte que su condición de observador no lo habilitaba para cuestionar aquellos aspectos que contrarían sus propias creencias. “No es mi deseo, señala, cuestionar cualquier creencia distinta de aquellas en las cuales yo fui educado, pero yo recojo mis propias impresiones surgidas en el momento, como un observador pasivo, ante estas cosas”<sup>216</sup>. Sin embargo, si bien Haigh se presentó como un autor que sólo anota lo que observa, en Chile no se limitó a ocupar un papel meramente pasivo ya que, de acuerdo a su propio testimonio, tomó partido en la situación política interviniendo activamente en los acontecimientos políticos y fue más que un testigo de la batalla de Maipú<sup>217</sup>.

<sup>212</sup> Haigh, Samuel, 1831. Pág. 302

<sup>213</sup> Haigh, Samuel, 1831. Prólogo Página 1

<sup>214</sup> Haigh, Samuel, 1831. Pág. 5

<sup>215</sup> Haigh, Samuel 1831. Pág. 33

<sup>216</sup> Haigh, Samuel. 1831. Pág. 144

Todas estas características convierten a este libro en una excepción entre los demás libros de viaje aquí analizados. Incluso en muchas ocasiones estas *Sketches of Buenos Ayres, Chile and Perú*, son una constante excepción que confirma la regla formada por la generalidad de estos relatos de viaje. El mismo Samuel Haigh demostró haber estado en buena medida, al margen de las preocupaciones que animaron a sus compatriotas. No compartió los afanes de sus compatriotas ligados a las compañías mineras y él mismo señaló: “Fui un testigo involuntario, de la desesperación de muchos de mis compatriotas, y del sacrificio de tantos bienes ingleses, enviados por estas compañías”<sup>218</sup>.

Ese mismo año, salió a la venta la edición española de otro libro escrito por uno de los pioneros británicos en las nuevas Repúblicas americanas. Se trata de las “Memorias del General Miller, al servicio de la República del Perú escritas en inglés por Mr John Miller, y traducidas al castellano por el general Torrijos, amigo de ambos. Londres publicadas por los Sres. Longman, Rees, Orme, Brown y Green, Paternóster Row. En la imprenta de los Sres. Carlos Wood e hijo, Poppin’s Court, Fleet Street. 1829”. Miller había llegado al Cono Sur en 1818 cuando era casi un niño, y desempeñó una carrera militar brillante y heroica en las batallas de la Independencia del Cono Sur, participando en batallas memorables como la de Maipú, Valdivia y el Callao. La curiosidad de sus Memorias, publicadas en inglés el año 1828, estaba en que se trataba de unas memorias postizas, porque habían sido escritas por el hermano del general William Miller, John Miller y también bastante prematuras, ya que el general Miller regresó a Perú en 1831 donde se vio envuelto en guerras civiles a causa de las cuales debió exiliarse, fue cónsul británico por varios años en la costa Pacífico y murió en 1861.

En estas memorias, Miller, o su hermano, dejaron un testimonio del derrumbe de estas compañías mineras, que vale la pena recogerse porque complementa los análisis presentados por los libros comentados en este trabajo. En su opinión, las causas del fracaso de las compañías mineras se encontraban en “el mal manejo de los directores de las compañías o en la concupiscencia del público, que no supo bien hacia dónde se inclinaba la balanza” y en “la muchedumbre, crédula y codiciosa, que suministró solicita los medios para los gastos más extravagantes”. “Extraviados por las ilusiones de la avaricia, concluyó Miller, gentes que se habían guardado cautelosamente de entrar en tales especulaciones, mientras los precios eran bajos, creyendo arriesgado mezclarse en ellas, no pudieron ver sin envidia que sus vecinos principiaban a recibir cuantiosas sumas por el crecido aumento del valor de las acciones de las minas y se precipitaron al mercado y compraron cuanto se les presentó a la vista, y cuanto más subían los precios más se aumentaba su frenesí y el deseo de ser poseedores de ellas, sin que en ello mirasen siquiera al resultado final de la empresa misma, sino únicamente ganar dinero en el momento”<sup>219</sup>.

El mismo año de la publicación de las *Memorias...* del General Miller, en 1828, Henry

<sup>217</sup> Mulhall, William. 1905. Pág 234

<sup>218</sup> Haigh, Samuel 1831. Págs. 371, 372

<sup>219</sup> Miller, John 1828 Pág 263

Colburn llevó a las prensas de su editorial el libro de Charles Brand, *Journal of a Voyage to Peru: A Passage Across the Cordillera of the Andes, in the Winter of 1827. Performed on Foot in the Snow, and a Journey Across the Pampas*. Como los demás viajeros de este trabajo, Brand no aspiraba a alcanzar la posición de un autor sino que justificaba su trabajo a partir de sus credenciales de viajero experimentado. Como muchos otros también, señaló que publicaba su libro a instancias de de terceros que querían verlo impreso para recrearse leyéndolo, y para quienes buscaran información útil al aprestarse a seguir sus pasos en el futuro. “He sido persuadido”, señala, “de presentarlo a la noticia del público, en la humilde esperanza de que pueda hallarse que este contiene alguna información útil para aquellos, cuyo negocio o placer pueda conducirles a seguir los senderos que yo he recorrido recientemente”. A lo que cabría agregar que Brand, tal como lo advirtió Head, tomó apuntes en su viaje solitario para recrearse.<sup>220</sup> Su libro es propiamente un diario de viaje, aunque intercalado con reiteradas digresiones. Brand también se encargó de aclarar que no pretende hacer política con su libro.<sup>221</sup>

Este libro fue publicado por Henry Colburn, quien hacia 1821 había comprado la *New Monthly Magazine* revista que dejó en manos del poeta escocés Thomas Campbell,<sup>222</sup> cuya obra se caracterizó por su utilización de la estética de lo sublime y su efusión patriótica. En 1799 había publicado un exitoso libro de poemas titulado “The Pleasures of Hope” (se reeditó cuatro veces en doce meses) cuyos versos 58-60, estaban dedicados a la Cordillera de Los Andes<sup>223</sup> : “¡Donde los Andes, gigantes de la estrella del oeste,

Con sus desplegadas cabelleras de viento,

Desde su trono de nubes contemplan medio mundo!” Exclamó el poeta, en los únicos versos de este extenso poema consagrados a la naturaleza americana, y que adquirieron cierta fama. Al menos fueron citados en sus libros de viajes, por dos de los autores estudiados aquí: Joseph Andrews<sup>224</sup> y Robert Proctor<sup>225</sup> para acentuar la impresión sublime de la cordillera de los Andes.

A pesar de esta cita literaria, Charles Brand, no era muy proclive a consignar impresiones poéticas en su libro, del que se desprende un marcado énfasis por la precisión que se manifiesta en numerosas tablas de medidas, que incluso permiten inferir que el objetivo de su viaje era entregar una medición lo más precisa posible de su trayecto y de un viaje que hizo con la mayor rapidez que pudo.<sup>226</sup> Esta relación entre lo

---

<sup>220</sup> Brand, Charles 1828. Págs. 313, 314

<sup>221</sup> Brand, Charles, 1828. Pág. 35

<sup>222</sup> Esta información la obtuve de Keates, Jonathan Stendhal London, Minerva 1995. Págs. 255, 256. Stendhal fue corresponsal de esta revista.

<sup>223</sup> Chambers's Encyclopaedia London 1875 vol II Páginas 544, 545.

<sup>224</sup> Andrews, Joseph 1827 Pág. 214

<sup>225</sup> Proctor, Robert 1824 Pág 79

---

sublime y la información objetiva y útil sobre la naturaleza, es uno de los rasgos más acusados en estos libros, y será el tema del capítulo siguiente.

<sup>226</sup> Brand, Charles 1828. Págs. 313, 314





## III Montañas, convulsiones geológicas y riquezas minerales

La escasez de bosques en las alturas de la Cordillera de los Andes hacía que en las minas andinas fueran particularmente difíciles los métodos para purificar los metales nobles, ya que no había forma de conseguir el combustible necesario para prender los hornos necesarios para hacer la amalgama del metal mediante fundiciones. Por esa razón los mineralogistas de la corona española recibieron con entusiasmo la innovación del barón Ignaz von Born, quien introdujo en Viena un nuevo método de amalgamación de metales que permitía sortear esta dificultad.

En 1786 el intendente de las minas de México, Fausto d'Elhúyar y de Suvisa, viajó a Viena con el propósito de contratar mineros expertos que implementaran estas técnicas y recuperaran la alicaída producción de las minas sudamericanas. Para ello, este enviado de la corona contactó al barón Furchtegott Leberecht von Nordenflycht, mineralogista sueco y director de minas y amalgama de Miczanagora en el distrito de Cracovia y al controlador de moneda y ensayador de minas de Varsovia, de los Reales Servicios Polacos, Anton Zachariah Helms. Al primero lo contrató como director general de las minas de Perú y al segundo como director de metalurgia y amalgamas. Los dos nuevos funcionarios reales viajaron primero a Cádiz, acompañados por familiares, sirvientes y un equipo de mineros. Luego zarparon a Montevideo desde donde pasaron a Buenos Aires.

El 29 de octubre de 1789 la numerosa comitiva inició su viaje de Buenos con destino a Potosí, atravesando el interior del Cono Sur, primero en pesadas carretas y luego a

lomo de mulas que fueron enfilando por el camino de postas que se dirigía hacia el poniente, en una línea oblicua que remontaba hacia Tucumán para luego atravesar la Cordillera de los Andes y seguir hacia las tierras de lo que entonces se conocía como el Alto Perú. Los comisionados alemanes y sus familias se establecieron en Potosí, donde Zachariah Helms trabajó formando a los oficiales de la casa de moneda y a los propietarios de las minas.

El 30 de enero de 1790, Helms dejó de Potosí con rumbo a Huancavelica y luego siguió su camino hacia Lima, donde pasó tres semanas. El viaje continuó hacia las minas de Pasco y Bellavista y concluyó finalmente en el Callao desde donde zarpó, a comienzos de 1793, con destino al puerto de Cádiz, en un largo regreso que se encontró con los contratiempos que habitualmente ofrecía el extremo austral: pasaron largos dos meses enredados en las tormentas del Cabo de Hornos.

Al regresar a Europa, Helms estuvo siete meses en Madrid, atrapado en la burocracia real tan enredada como las turbulentas aguas del extremo austral, informando a la corona de sus experiencias en América, en medio de largos trámites para obtener algún reconocimiento de la corte por sus labores mineras en los Andes. Tras largas y engorrosas negociaciones, Helms y su comitiva regresaron a Viena, donde en 1798 el antiguo director de las casas de fundición y amalgamamiento publicó un diario con sus experiencias sudamericanas. En 1806 se publicó una traducción inglesa de este libro, bajo el título de *Travels from Buenos Ayres, by Potosí to Lima in 1789*, por la casa editora londinense de Sir Richard Phillips. Dos semanas antes habían llegado a Londres las noticias de la toma de la ciudad de Buenos Aires por un grupo de militares ingleses liderados por el capitán Beresford<sup>227</sup>. Un año después, salió a la venta una segunda edición de esta traducción, que esta vez venía acompañada de un voluminoso apéndice con información relativa al virreinato de la Plata, del Perú y al reino de Chile, edición que he consultado para este trabajo y de donde provienen las informaciones expuestas anteriormente. El traductor de esta nueva versión de los viajes de Helms, admitió haber editado significativamente el original alemán, cortando, señaló, aquellos detalles que consideraba de menor importancia, pero cuidándose de no omitir “cada hecho relacionado con el estado general del país, o de la gente”, los que según él añadía, fueron “escrupulosamente conservados”<sup>228</sup>. El traductor y también editor de este libro, agregó luego que un trabajo como éste “no puede dejar de ser interesante para el público” en un momento en que toda la atención de Europa se ha concentrado en el continente americano, a raíz de “la reciente expedición”, que no era otra que la segunda expedición británica a Buenos Aires, comandada por Whitelocke, cuyo propósito era recapturar dicha ciudad de las fuerzas criollas al mando de Santiago Linniers, tentativa que al final fracasó. El traductor-editor concluyó que esta reedición de Helms, con su nuevo apéndice, proporcionaba noticias que llenaban un importante vacío. A la pasada observó que los viajes de Antonio de Ulloa y Jorge Juan, considerados como la principal fuente de información de esta región de América habían cumplido ya 70 años, en

---

<sup>227</sup> Roberts, Carlos. 2000 Pág. 401

<sup>228</sup> Helms, Antón Zacharia. *Travels from Buenos Ayres, by Potosí to Lima in 1789*. London: Sir Richard Phillips. 1806. Preface. Pág. x

circunstancias que en todo ese tiempo, probablemente “ningún otro país del mundo haya experimentado cambios más grandes en un mismo intervalo de tiempo que los que había vivido Sudamérica”<sup>229</sup>. El traductor señalaba además que había confeccionado este apéndice, que a su juicio contenía “el más completo y correcto relato de Hispanoamérica, disponible en idioma europeo”, a partir de libros “caros y escasos”, admitiendo su deuda con el “valioso trabajo sobre el estado presente del Perú, publicado recientemente por el señor Skinner”, es decir, el libro *The Present State of Perú* impreso en 1805 por la misma casa editorial. Un libro de un supuesto viajero inglés llamado Joseph Skinner, quien en realidad no era sino el traductor, o más bien el plaguario, de un libro de viajes al virreinato del Perú escrito por los españoles Manuel Sobreviela y Narciso Barceló. Por último, el traductor reconocía también que se había servido de “los detallados viajes de Humboldt”, para corregir su apéndice, a pesar de que eran bien conocidos, “aun cuando no habían sido publicados”, ya que habían sido divulgados gracias a “los numerosos reportes que se han publicado de ellos en sus cartas a sus amigos”<sup>230</sup>.

Esta versión inglesa de la obra de Helms, fue una importante fuente de consulta para los viajeros ingleses que llegaron a América en las décadas inmediatamente siguientes. Por lo menos así lo manifiesta en su libro Alexander Caldcleugh, cuando sugiere que todos los mineros ingleses que se disponían a viajar al Nuevo Mundo debían estudiar el caso de Helms<sup>231</sup>. Su referencia al “caso de Helms”, más que a su obra en particular, implica que los viajeros no sólo se beneficiarían de las informaciones contenidas en su libro, sino también, de su experiencia en América que fue un rotundo fracaso. En esa dirección apuntan también las menciones que hace John Miers, sobre la obra de Helms, para quien el “caso de Helms” debería servir de advertencia para todo aquel que se proponga seguir sus pasos<sup>232</sup>.

Por el momento, me detendré en el hecho de que Helms era un especialista en mineralogía, lo que, como señala el traductor-editor, implicaba que sus intereses estaban al margen “de las otras partes de la historia natural”, asunto que, sin embargo no le impidió presentar en su diario ocasionales “observaciones estadísticas y geográficas: pero entre ellas hay muchas que contienen información valiosa”<sup>233</sup>.

Al describir la cordillera, Helms anotó en su libro que nunca había visto “montañas tan irregulares y quebradas (...) y con tan diversas alteraciones en sus partes constitutivas”, como las que había encontrado en los Andes. Ni en Hungría, Sajonia, o los Pirineos, ni “en ningún otro lugar —añadía este experimentado especialista en minerales— parecía haber sido tan generalizada una revolución de la naturaleza como parecía haberlo sido en Sudamérica, sus rastros se descubren en todas partes”<sup>234</sup>.

---

<sup>229</sup> Helms, Antón Zacharia. 1806. Preface. Pág. xi

<sup>230</sup> Helms, Antón Zacharia. 1806. Preface. Pág. xi

<sup>231</sup> Caldcleugh, Alexander. 1825. Pág. 148, nota al pie y Apéndice

<sup>232</sup> Miers, John. 1826. Págs. 423, 428-431. vol 2

<sup>233</sup> Helms, Anton Zachariah. 1806. Preface xii

Expresiones como estas, que aluden a “montañas tan irregulares y quebradas” recuerdan los términos utilizados por el teólogo Thomas Burnet en su libro *Sacra Telluris Theoria* publicado entre 1684 y 1690 y que luego fue traducido al inglés como *A Sacred Theory of the Earth* y más tarde al idioma alemán. En dicha obra Burnet desarrolló una nueva teoría acerca del origen de la tierra, que según Marjorie Hope Nicolson en su clásico libro *Mountain Gloom and Mountain Glory*, provocó una de las polémicas más intensas de su tiempo, cristalizando de paso, una actitud novedosa respecto de las formaciones existentes en la corteza terrestre, particularmente las montañas<sup>235</sup>.

Estas ideas de Burnet surgieron a partir de su experiencia al cruzar los Alpes, montañas que describió como “caóticas” y “salvajemente irregulares”. Este escenario montañoso terminó por provocarle a Burnet una verdadera crisis espiritual, ya que en su opinión un mundo tan caótico y salvajemente irregular como el que había presenciado en medio de los Alpes, no podría haber surgido de las manos de Dios, sino que por el contrario, necesariamente debía ser la manifestación de la destrucción de su obra. Para Burnet, las montañas eran los “horribles y terroríficos” vestigios de la creación y la expresión de un mundo que se encontraba en ruinas. Las montañas para él eran las “ruinas de un mundo quebrado”<sup>236</sup>.

La hecatombe que había conducido a este estado de horror, no podía ser otra que el diluvio universal. Sin embargo, Thomas Burnet propuso una nueva versión de este cataclismo en la cual el diluvio no era necesariamente la consecuencia de un designio divino o de un milagro de proporciones, sino que el inevitable resultado de una serie de procesos físicos derivados de la natural disposición de los elementos que conformaban el planeta, originalmente modelado por Dios con la forma de un huevo primigenio. Ante los ojos de Burnet las montañas eran una señal de la tragedia terrestre, pero al mismo tiempo, también eran objetos capaces de fascinar. Esta fue, como observa Nicolson, la primera vez que surgía en la cultura inglesa una visión del paisaje montañoso en la cual se entremezclaban por partes iguales la fascinación y el horror. Burnet condenaba la desproporción e irregularidad de las montañas, sostenía que un país montañoso era el mejor ejemplo de confusión que podía observarse en la naturaleza y que no había “tormenta ni terremoto capaz de poner las cosas en mayor desorden”<sup>237</sup>; pero sin embargo, al mismo tiempo, celebraba la majestad de un escenario montañoso<sup>238</sup>.

El libro de Thomas Burnet fue una manifestación de la actitud cultural del siglo XVII, un “ecopesimismo” de raíces teológicas que sostenía que el mundo se encontraba en plena decadencia y que la tierra era un valle de lágrimas, con sus acantilados, deslizamientos de tierra, terremotos, erupciones volcánicas y anchos estuarios arenosos

---

<sup>234</sup> Helms, Anton Zachariah. 1806. Pág. 37

<sup>235</sup> Nicolson, Marjorie Hope. 1997. Págs 184-224.

<sup>236</sup> Nicolson, Marjorie Hope. 1997. Pág. 206.

<sup>237</sup> Nicolson, Marjorie Hope. 1997. Pág. 210

<sup>238</sup> Nicolson, Marjorie Hope. 1997. Pág. 214

239

La publicación de este libro desató lo que Roy Porter caracterizó como una verdadera “guerra de cosmogonías”, ya que motivó el surgimiento de casi una docena de trabajos de especuladores geológicos, que como los describió Porter, hicieron, deshicieron y volvieron a hacer el globo terráqueo, disputando y contradiciéndose sucesivamente en su intento de reconstruir la historia del planeta<sup>240</sup>.

Aun cuando Burnet pretendía armonizar la revelación contenida en la Biblia con la especulación racional, muchos de sus críticos consideraron que sus interpretaciones respecto del origen de la tierra comprometían la versión de su origen proporcionada por el Génesis ya que desdeñaba el poder de la Providencia.

En definitiva, autores como Roy Porter, han considerado que la obra de Burnet formó parte de una serie de especulaciones que en su empeño por construir una teoría de la tierra, hacían necesaria la adopción de una perspectiva histórica, en la cual se le asignara a la tierra una historia propia, al margen de la voluntad perfecta y omnisciente de Dios. Lo que significaba insertar a la tierra en una secuencia cronológica, susceptible de ser reconstruida por el hombre, tal como él mismo ser humano era capaz de reconstruir su propia historia. Dicha perspectiva histórica comenzó a tomar forma a comienzos del siglo XVIII.

Hacia 1700 los naturalistas debatieron intensamente acerca de la naturaleza de ciertos objetos encontrados en la superficie del planeta, especialmente los fósiles u otros vestigios orgánicos petrificados. Estos fósiles, o “concreciones” como también se les llamó, podían ser especialmente perturbadores cuando correspondían a restos de especies animales que ya no se encontraban en la naturaleza, es decir cuando se trataba de especies desaparecidas o extintas. Lo que, de algún modo, revelaba que la naturaleza no había permanecido inmutable desde sus orígenes o desde aquel instante mítico en que había surgido de la mente de su Creador. Esta evidencia de que la Tierra habría experimentado cambios hacía posible una alternativa bastante inquietante, que sugería que el plan divino no había sido perfecto.

Así, tal como señala el historiador de la ciencia, Martin Guntau, a mediados del siglo XVIII comenzaron a establecerse nuevas formas de pensamiento que sugerían que en el pasado había ocurrido una verdadera alteración de la naturaleza, a partir de lo cual, las historias naturales, que inicialmente habían consistido en recuentos estáticos de los objetos naturales, ahora también comenzaron a incorporar observaciones que involucraban una perspectiva histórica, de tal manera que podía producirse una verdadera historia de la naturaleza, en el sentido moderno del término. La visión de que la tierra había pasado por múltiples transformaciones desde la Creación o desde el Diluvio, y que por lo tanto tenía una historia, se volvió algo habitual especialmente desde que cada vez se hizo más frecuente el hallazgo de rocas y fósiles que no provenían de una sola gran inundación. La edad de la Tierra, entonces podía calcularse en términos de millones de años y no sólo en los seis mil que se presumían a partir del relato Bíblico.

---

<sup>239</sup> Porter, Roy. *The Creation of the Modern World. The untold story of the British Enlightenment*. London: Norton. 2001. Pág 300

<sup>240</sup> Porter, Roy. 2001. Pág. 130

Esta fue una transformación profunda en la concepción de la historia natural de la tierra que trajo importantes consecuencias<sup>241</sup>.

Por estas razones se ha considerado que la obra de Burnet, junto con diagnosticar la ruina de la tierra, también se entronca con aquella visión de la naturaleza propugnada a lo largo del siglo XVIII que sugería diversas hipótesis concernientes a la historia de la tierra. Fueron muchos los autores europeos que, plegándose a las campañas anticlericales de la Ilustración abandonaron las intenciones y los estilos de las antiguas formas de descripción de la tierra a partir de términos teológicos y sugirieron diversas hipótesis sobre su origen, así como explicaciones relativas a los fenómenos apreciables en su superficie.<sup>242</sup>

## Neptunismo y plutonismo

En las dos últimas décadas del siglo XVIII emergieron dos modelos teóricos opuestos que tuvieron una importancia fundamental en el desarrollo de la geología. Se conocieron como el “Neptunismo” y el “Plutonismo” y sus raíces teóricas se remontaban a las historias tradicionales de la tierra, pero también ofrecían perspectivas nuevas, poniendo en juego estas representaciones tradicionales del pasado de la tierra de las cuales se nutrían, especialmente en relación con las causas de sus cambios.

El más destacado promotor del “Neptunismo” fue el mineralogista sueco Abraham Gottlob Werner (1749-1817) quien entre otras cosas, sostenía que toda la superficie de la tierra había estado cubierta por un océano primitivo, asumiendo que todas las formaciones terrestres se habían desarrollado en el agua o habían sido modeladas por ésta. Werner no era cristiano y su “Océano Primitivo”, no tenía la menor relación con el diluvio. De hecho, las aguas de éste, tenían una serie de componentes químicos capaces de diluir todas las explicaciones míticas que ofrecía el Génesis y de explicar las formaciones de las primeras rocas sobre las que se había asentado la vida.

Sí el agua y sus diversas operaciones eran fundamentales para los “Neptunistas”, quienes también minimizaban el poder del fuego como agente modelador, para los “Plutonistas” las formaciones terrestres eran fundamentalmente un producto del calor y a la fusión. El principal promotor del “Plutonismo” fue el escocés James Hutton (1726-1797), quien escribió una detallada teoría de la Tierra, en la cual sostenía que el fuego subterráneo y el calor habían sido claves en la consolidación del planeta. De acuerdo a sus ideas, las altas temperaturas y el fuego habían sido los poderes decisivos para que las masas sedimentarias sueltas pudieran concretarse en rocas, y habían sido los motores de las alteraciones en la naturaleza terrestre, desechando consecuentemente el papel del agua como agente de la formación de la corteza. Si para los neptunistas ésta

---

<sup>241</sup> Jardine, Nicholas, et. al. *Cultures of Natural History*. Cambridge: Cambridge University Press. 1996. Guntau, Martin. *The Natural History of the Earth*. Págs. 221, 222

<sup>242</sup> Jardine, Nicholas. et. al. 1997. Guntau, Martin. Pág. 223

era rígida, de acuerdo con las ideas generales sostenidas por los partidarios del plutonismo ésta era inestable y susceptible de moverse, elevarse o descender. Los seguidores de los modelos propugnados por Werner y Hutton enfrentaron sus puntos de vista en Europa y América.<sup>243</sup>

El trabajo de los principales expertos europeos en minas, especialmente el de aquellos provenientes del centro de Europa, contribuyó significativamente al desarrollo de las teorías sobre la Tierra surgidas en el siglo XVIII y el conocimiento de la tierra fue creciendo a partir de la práctica de la minería, que alcanzó un considerable desarrollo en el siglo XVIII<sup>244</sup>. A fines de ese siglo, el ámbito epistemológico de la mineralogía comprendía bastante más de lo que hoy se entiende por ésta, abarcando también la dimensión geográfica de las ciencias de la tierra<sup>245</sup>. La geología, en cambio era un dominio científico en ciernes asociado a las especulaciones teológicas, que paulatinamente comenzó a ganar terreno y legitimidad “científica” hacia fines del siglo. Sólo a comienzos del siglo XIX la palabra geología comenzó a perder sus connotaciones especulativas y los geólogos fueron reduciendo el ámbito de sus especulaciones a interpretaciones causales más restringidas. La palabra fue adoptada en 1807 por la primera sociedad formada específicamente para el estudio de la tierra, la “Geological Society of London”. Esta sociedad, a la que perteneció Alexander Caldcleugh, según el historiador de la ciencia, Martin Rudwick rechazaba las “teorías de la tierra” y se orientaba más bien hacia la recolección de hechos y observaciones aportadas por sus afiliados.<sup>246</sup>

## La geología heroica

Tanto Anton Zachariah Helms como los autores viajeros ingleses estudiados en este trabajo, pueden ser considerados como una expresión del auge que vivía la mineralogía y la geología en Europa a comienzos del siglo XIX; un período que incluso ha llegado a denominarse como la época heroica de la geología<sup>247</sup>.

Viajes como los que efectuaron estos autores, a partir de comienzos del siglo XIX, que se aventuraban por el interior de continentes como Africa y América, hasta entonces inexplorados por las potencias imperiales, permitieron la observación en terreno de dramáticos accidentes geográficos desconocidos. En ese sentido, la observación directa

---

<sup>243</sup> Jardine. Nicholas. et. al. 1997. Guntau, Martin. Pág 226 y también ver Bowler, Peter. The Norton History of the Environmental Sciences. New York, London: Norton. 1993. Págs. 125-129.

<sup>244</sup> Jardine. Nicholas. et. al. 1997. Guntau, Martin. Págs. 215, 216

<sup>245</sup> Jardine. Nicholas. et. al. 1997. Rudwick, Martin. Minerals, strata, and fossils. Pág. 271

<sup>246</sup> Jardine. Nicholas. et. al. 1997. Rudwick, Martin. Pág. 280

<sup>247</sup> Bowler, Peter. 1993. Pág. 193.

de las grandes cadenas montañosas del mundo, con su conjunto de elementos de relieve, permitió que los modelos generales del plutonismo y el neptunismo, que teorizaban sobre la formación de la corteza terrestre, se enriquecieran o modificaran de manera sustantiva. El llamado “trabajo de campo”, es decir el ejercicio de la disciplina en terreno o los aportes proporcionados por los viajeros que se internaban en rincones remotos tuvieron una importancia crucial. Particularmente, en la controversia suscitada entre Neptunistas y Plutonistas, respecto del origen del basalto y el granito, una intensa polémica que sólo se zanjó gracias al trabajo de campo que redujo la brecha que existía entre la observación y la especulación. El trabajo de campo se constituyó así en una práctica esencial del trabajo científico, que hasta entonces era considerado eminentemente como una práctica de gabinete, a puertas cerradas.

Hasta entonces el viaje y el trabajo de campo eran estimados como esenciales, sólo como medios para obtener y coleccionar especímenes o muestras que luego se reunían en gabinetes, museos o jardines botánicos. Su importancia era instrumental al trabajo que hacía el especialista encerrado entre cuatro paredes, lo que se consideraba como el trabajo verdaderamente científico. Pero gracias a la mineralogía, esta cultura preponderantemente enclaustrada, a ser desafiada seriamente. El trabajo de campo no sólo era crucial para conseguir muestras, sino que le permitía al viajero ver con sus propios ojos cómo los diversos minerales y masas de rocas se relacionaban espacialmente entre ellas y con la topografía física de las áreas en las que se encontraban. El viaje le ofrecía también al estudioso o al aficionado la oportunidad de ser testigos presenciales de algunos de los rasgos más espectaculares del mundo mineral, tales como los volcanes en erupción, las altas cumbres y sus glaciares<sup>248</sup>.

Por eso cuando A. Z. Helms señala que en sus viajes de trabajo y exploración por Europa nunca había visto “montañas tan irregulares y quebradas... y con tan diversas alteraciones en sus partes constitutivas”, como las que encontró en la Cordillera de los Andes estaba dando cuenta de un verdadero descubrimiento. Para Helms estas irregularidades y quiebres, eran la evidencia de una “revolución generalizada en la naturaleza”, una “revolución” que “en ningún otro lugar” parecía haber sido tan generalizada como en América.<sup>249</sup> A diferencia de Helms, John Miers le advirtió al lector que con anterioridad a su viaje a través de los Andes, no había viajado por países montañosos ni recolectado información práctica al respecto. Todo lo que sabía lo había aprendido a partir de los libros. “Debe disculpárseme”, añadió a continuación, “si las visiones que he entregado sobre la estructura de la cordillera prueban ser incorrectas; un conocimiento con la ciencia de la geognosis sólo puede derivarse de observaciones reales de las formaciones montañosas. Sería imperdonable que yo confundiera a otros pretendiendo tener un conocimiento en temas de los que sólo tengo un conocimiento general: mi objetivo al hacer estas observaciones fue en parte para satisfacer mi curiosidad, y en no menor medida para distraer mi atención de aquellas sombrías reflexiones, que, mientras viajaba solo, presionaban sobre mi mente ponderando sobre las circunstancias conectadas con mi residencia en Sudamérica: considerando, no

<sup>248</sup> Jardine, Nicholas. et. al. 1997. Rudwick, Martin. Págs. 269, 270, 271.

<sup>249</sup> Helms, Anton Zachariah. 1806. Pág. 37



obstante, que nada se conoce en Europa acerca de la estructura geológica de esta parte de la cordillera (...)"<sup>250</sup>

Tal como Helms y Miers, el resto de los viajeros estudiados en este trabajo se encontraron con un escenario geológico nunca antes visto, que puso a prueba sus conocimientos. Todos ellos percibieron en la cordillera de los Andes y sus territorios adyacentes, los vestigios de una o de varias convulsiones geológicas, así como la impresión general de presenciar como el archivo de la historia de la tierra se desplegaba ante ellos.

Todos ellos manifestaron la sensación de transitar a través de un territorio que se había elevado repentinamente sobre la superficie, e incluso la impresión de haber recorrido un paisaje donde se podían observar aún los indicios del caos primigenio a partir del cual había surgido todo y al cual todo podía regresar, para volver a formarse nuevamente.

Incluso mientras atravesaban la pampa algunos de estos viajeros manifestaron la impresión de ir retrocediendo hacia atrás en el tiempo, como si el desplazamiento en el espacio, equivaliera a un movimiento temporal, esta vez hacia un pasado indeterminado. Al llegar a la cadena montañosa de los Andes, esta se agudizó y estos viajeros sostuvieron la impresión de estar en un espacio donde podía presenciarse el momento del origen de la tierra como algo latente y en constante dinámica.

Esta impresión de atravesar por un lugar donde los procesos geológicos de la tierra todavía estaban ocurriendo es relatada por Peter Schmidtmeier a través de la imagen de estar ante una fragua ardiente en pleno funcionamiento. Schmidtmeier describe su sensación de estar en la cordillera, como si estuviera "rodeado con los restos de una gran combustión, con hornos y fraguas, algunas alzándose muy alto en los cielos, otras apenas sobre el suelo cerca de ellos". De modo que, el viajero "creería que se trata del trabajo de ayer; y cuando reflexiona en la cantidad de metales ya extraídos desde los flancos de esta larga cadena, podría tentarse de imaginar una antorcha encendida llevada de una fragua a otra, los huracanes soplando desde abajo, hasta que todo vuelva a encenderse, en furioso accionar, y la naturaleza trabajando, asando las sustancias necesarias para preparar las menas metálicas; mientras sus pequeños trabajadores debajo, en la forma de hombres, las recolectan ansiosos, y completando el proceso, en una escala proporcionada a su respectivas fuerzas. El dios Vulcano, el amo de la fragua del Etna, podría estar orgulloso de actuar aquí sólo como un simple trabajador"<sup>251</sup>. Más adelante lamenta que la cordillera de los Andes no fuera semejante a los Alpes, es decir que no tuviera grandes caídas de agua, pinos verdinegros agitados suavemente por el viento sacudiendo copos de nieve de sus ramas. A su juicio, esos detalles le darían a los Andes otros motivos para enorgullecerse además de su gigantesco tamaño. Justo cuando se encontraba en medio de esas cavilaciones, un grupo de guanacos vino a recordarle, como "mensajeros de la cordillera", "que hubo un tiempo, cuando sus rocas y aguas no se veían tan gentiles e inofensivas como ahora, que se encontraban

---

<sup>250</sup> Miers, John. First volume. Pág. 307.

<sup>251</sup> Schmidtmeier, Peter. 1825. Pág. 22

descansando de las más violentas convulsiones, y acomodándose para sostener a la humanidad; y apuntando al volcán delante nuestro, nos conminaban a cuidarnos de que manifestara su indignación ante nuestros reproches”<sup>252</sup>. A diferencia de Schmidtmeyer, Robert Proctor tuvo algo más de suerte: en su trayecto pudo encontrar “las más hermosas cascadas o torrentes, embistiendo desde la cumbre de las montañas, y reventando sobre los inmensos bloques de granito...” También percibió que estos roqueríos eran un vestigio del pasado, como si “alguna violenta convulsión de la naturaleza los hubiera separado de sus lechos originarios”<sup>253</sup>. Mientras, Alexander Caldcleugh, relató que al atravesar la cordillera apareció ante él “una elevada cadena montañosa, en apariencia infranqueable, y desde la cual un río embestía hacia abajo con inconcebible rapidez; a la derecha e izquierda estupendas paredes de montañas, a las cuales era imposible acercarse, por los vastos apilamientos de escombros que las rodeaban. Esta masa de devastación se alzaba en un ángulo alto a una considerable elevación, y estaba formada por grandes bloques que apoyaban a su vez a otros, que eran más pequeños, y se pulverizaban al juntarse con la roca más grande. Pude formarme una perfecta idea del caos”<sup>254</sup>. Por su parte, Samuel Haigh consignó una impresión similar de caos y confusión ante el escenario que rodeaba el lecho seco de un río: “el escenario a su alrededor era la naturaleza más aterrorizadora y caótica, ningún vestigio de vegetación a la vista; las rocas y colinas alrededor eran marrones y desnudas, y se apilaban en tal confusión de formas, que parecían las ruinas de un mundo remoto”<sup>255</sup>. Joseph Andrews también se sintió trasladado a un mundo remoto, cuando anotó que mientras él y su grupo ascendían las montañas de los Andes tuvieron la impresión de estar “atrapados fuera del mundo, en un abismo del cual no había escapatoria; arriba nuestro como antes el cielo sin nubes; alrededor de los empinados contornos cóncavos del vacío, y por sobre el borde, encima de las cumbres de las montañas eternas. ¿Cómo y cuándo se formaron éstas? Dejemos al geólogo que lo diga”<sup>256</sup>.

La pregunta de Andrews sobre la formación de estas enormes rocas sobrevuela las descripciones de las montañas de los Andes de éste y otros autores, sin embargo pocos de ellos tenían suficientes conocimientos geológicos para explicar y describir los fenómenos que presenciaron en su viaje en términos científicos. Entre los que sí tenían una formación “geológica” destacan Alexander Caldcleugh, quien a partir del 15 de marzo de 1822, fue miembro de la Geological Society<sup>257</sup>, así como también de la Linnean Society desde 1828<sup>258</sup> —sociedad a la que también perteneció John Miers, quien incluso

---

<sup>252</sup> Schmidtmeyer, Peter. 1825. Pág. 217

<sup>253</sup> Proctor, Robert. 1825. Pág. 70

<sup>254</sup> Caldcleugh, Alexander. 1825. Pág. 306

<sup>255</sup> Haigh, Samuel. 1831. Págs. 93, 94

<sup>256</sup> Andrews, Joseph. 1826. Sec. Vol. Pág 36.

<sup>257</sup> Donoso, Ricardo. 1966. Pág. 181

llegó a ser su presidente— y de la Royal Society a partir del 10 de marzo de 1831 (en el certificado que se le expidió era presentado como especialista en geología y mineralogía).<sup>259</sup> Además, tras recorrer la isla de Juan Fernández, junto al Capitán Parker King, el comandante de la expedición que hizo un sondeo del extremo austral a comienzos de la década del treinta, Caldcleugh publicó en la “Geological Society Proceedings” un estudio dedicado a la geología de dicha isla.

Esta inquietud por la mineralogía o la geología que manifestaron estos viajeros debe entenderse no sólo a partir de las inquietudes “científicas” europeas, sino también a la luz de los intereses que en forma paralela iban manifestando las nacientes Repúblicas de esta región. Estas veían con creciente interés la recuperación y desarrollo de sus yacimientos minerales y estaban interesadas en la exploración y descripción de sus propios territorios nacionales. Ambas inquietudes compartían una base de carácter económico o industrial, y es por ello que los gobiernos patrocinaron la exploración y descripción del territorio nacional con la finalidad de efectuar un reconocimiento de sus recursos naturales, que podían ser ofrecidos a la empresa extranjera. Así por ejemplo, el 26 de junio de 1823, mientras varios de estos viajeros se encontraban recorriendo el Cono Sur, el Director Supremo chileno Ramón Freire y su ministro Mariano Egaña, dictaron un decreto que manifestaba “la necesidad de reunir toda clase de datos y conocimientos estadísticos, que dirijan al gobierno en las providencias que debe tomar para promover la prosperidad nacional”. Para eso decretaron, entre otras medidas, que se “haría un viaje científico por todo el territorio del Estado, cuyo objeto sea examinar la geología del país, sus minerales y demás pertenecientes a la historia natural”<sup>260</sup>. Para efectuar tal misión fue comisionado el francés Juan José Dauxion Lavaysse, quien en quince meses de trabajo formó una colección de muestras mineras, que fue la base de la primera colección que tuvo el Museo de Historia Natural, institución de la cual también él fue su primer director. Dauxion Lavaysse se refiere a su conjunto de muestras minerales como “una abundante y rica colección de aquellos objetos tan útiles a la prosperidad, como a la celebridad del país ante las naciones cultas”<sup>261</sup>.

Un par de años más tarde Mariano Egaña, redactor del anterior decreto, comisionado por el gobierno de Chile como representante o agente plenipotenciario en Europa, escribió a las autoridades chilenas aconsejando el establecimiento de asociaciones mineras inglesas en Chile. Sus palabras son ilustrativas de la relación que existía entre la explotación minera y el desarrollo científico. En la cual la ciencia se entendía fundamentalmente como la descripción y la catalogación de la naturaleza en términos de recursos naturales aprovechables industrial o económicamente.

---

<sup>258</sup> Donoso, Ricardo. 1966. Pág. 182

<sup>259</sup> Donoso, Ricardo. 1966. Pág. 181

<sup>260</sup> Barros Arana, Diego. Biografía de Claudio Gay. Santiago. Revista Chilena tomo II 1875. Pág. 118

<sup>261</sup> Lavaysse Dauxion, Juan José. Observaciones sobre ciertas preocupaciones nacionales sacadas de una carta escrita de Santiago de Chile el primero de junio de 1823 a los señores. M. A. Pictet, Pictet de Rougemont y Latreille, por D. Juan José Dauxion Lavaysse, Director del museo de Historia Natural, con notas explicativas. Santiago. 1823. Pág. 2

Egaña advirtió al gobierno que “los modernos economistas, y muy en especial el célebre Barón de Humboldt han demostrado que, lejos de ser funesto a un país el laboreo de las minas, es una nueva fuente de riqueza que vivifica por necesidad el comercio, la agricultura y la industria; y que en los países minerales cual Chile, no puede considerarse en otra forma, que como el cultivo del principal producto de su suelo, que viene a ser fruto como los demás sujeto a las especulaciones mercantiles. Lástima es que en Inglaterra (por no estar generalizado el conocimiento de la corografía, y geología de Chile) aún no se haya formado una idea exacta de la riqueza mineral de se país, aunque se conviene que en que es uno de los territorios más privilegiados en ese ramo; pero yo estoy persuadido que los Andes chilenos encierran los más preciosos metales de la tierra; y que nuestra falta de conocimientos metalúrgicos y sobre todo de capitales e industria ha privado a nuestra patria de una fuente inagotable de riqueza”<sup>262</sup>.

Es notorio que Egaña tenía una idea utilitaria de la ciencia, que para él equivalía a una palanca fundamental para consolidar el desarrollo industrial del país. En este contexto eminentemente práctico, la descripción de la formación geológica de los Andes en términos científicos era considerada como provechosa por ciertas autoridades locales y algunos de estos viajeros les ofrecían la posibilidad de acceder a descripciones de este escenario geológico, en términos abrumadoramente exhaustivos. Tales como el siguiente testimonio que recogió el capellán Hugh Salvin de una conversación sostenida con John Miers, en una reunión social en Valparaíso en 1824. En su diario, Salvin anotó que el 20 de Mayo conoció a este botánico inglés, quien al describirle su tránsito a través de la Cordillera desde Mendoza a Santiago, le resumió la estratigrafía de la región en los siguientes términos: “Comenzando el viaje desde Mendoza, el primer estrato en el ascenso consiste de hornblenda, mezclada con lima, la cual al desintegrarse por la acción del tiempo atmosférico, se transforma en carbonato de potasio o soda, junto a este hay un estrato que no pudo recordar; después de lo cual vienen pizarras de clorita, arcilla y talco, muchos de ellos en las formas de rocas descompuestas y estratificadas. Desde estas ingresas a un valle de Espalata (quiere decir Uspallata), en el cual se encuentra un estrato de arenisca roja, aparentemente lavada desde las cumbres de arriba. Este valle forma la separación entre la cadena del este y la principal, que corre paralela a ella. Más allá del valle comienza una formación de jaspe y calcedonia – porfirios; a continuación, algunas formaciones de conglomerados toscos; luego rocas igneas entremezclada con breccias toscas y finas, parches de yeso, piedra cal compacta y cristalizada; luego la masa de porfirio de piedra verde; después del cual viene el porfirio sienítico, cuando comienza a aparecer la vegetación”<sup>263</sup>.

No hay que perder de vista que John Miers advirtió en su libro que sus conocimientos científicos no eran suficientes, pero así todo, sus descripciones parecen bastante rigurosas y exhaustivas. No fue ese el caso de Joseph Andrews, quien también se excusó por su falta de conocimientos geológicos, señalando que “un viejo marino”, como él, es ignorante en estas materias a pesar de tener inquietudes al respecto. Asunto que Andrews lamenta especialmente, ya que según señala “no existe en otra parte un campo

---

<sup>262</sup> González E., Javier. 1984. Págs. 84, 85

<sup>263</sup> Salvin, Hugh. 1829. Págs. 24-25.

para el estudio de la estructura y formación del globo como Sudamérica”, porque allí parecían haber tenido lugar cambios que habían ocurrido hacía muy poco tiempo. “Dejemos —agrega— al Neptunista o al Plutonista examinar Los Andes y sus alrededores, donde podrán inspeccionar y teorizar hasta el infinito”. Andrews observó en la cordillera abundantes restos orgánicos del océano, lo que a su juicio podía ser indicio de un desplome uniforme del mar en ambos lados del continente o de una elevación de la tierra desde el agua. “Breve como es la vida del hombre, uno no debería sorprenderse de que los cambios en la superficie terrestre pasen inadvertidos, y que el sostenido trabajo del sistema de la naturaleza, pueda pasar desapercibido por la lentitud de sus operaciones”, dice. “No hay duda” —agrega en seguida— “que la tierra se levanta o que el océano retrocede, incluso ahora, en muchas otras partes del globo...”<sup>264</sup>. La tierra entonces, de acuerdo con sus observaciones, parecía estar cambiando de manera permanente, aun cuando el hombre fuese incapaz de percibirlo. Alexander Caldcleugh, que fue testigo del terremoto de Valparaíso en 1822 y del que derribó la ciudad de Concepción en 1835, respecto del cual publicó sus observaciones en las *Philosophical Transactions* de la Royal Society en 1836<sup>265</sup> sacó conclusiones que siguieron una dirección semejante: “...A riesgo de caer en una fastidiosa prolijidad, he dado a la Sociedad una relación circunstanciada de las alteraciones efectuadas en la superficie de la tierra por esta violenta convulsión. Después de examinar el extenso ámbito de sus vibraciones, después de observar la elevación de una isla y de la costa adyacente, y la erupción de un volcán submarino, es difícil dejar de creer que estén todavía en actividad las mismas causas que levantaron las formaciones terciarias a su actual elevación en la gran cadena de la Cordillera. A la vista de estas continuadas mutaciones sobre la superficie de la tierra, no podemos menos de respetar la opinión de aquellos filósofos que han mirado la América como un continente que ha aparecido sobre las aguas en una época más reciente que el que podemos ya por eso apellidar con más propiedad Mundo Antiguo...”<sup>266</sup>.

## Convulsiones geológicas, revoluciones y ruinas.

La mayoría de estos viajeros hizo un paralelo entre la revolución política de la Independencia americana, dándole al término revolución la acepción ideológica que tenían las revoluciones francesa y americana, y no su sentido estricto, y las recientes convulsiones geológicas que habían modelado la geografía física de la región. Ambas conmociones, una de orden político y las otras de orden natural o físico, habían dejado en ruinas tanto al mundo natural como al orden social. Anton Zachariah Helms hizo su viaje

<sup>264</sup> Andrews, Joseph. 1826. Sec. Vol. Págs. 163-168.

<sup>265</sup> Donoso, Ricardo. 1964. Pág. 182

<sup>266</sup> Este texto se encuentra reproducido íntegramente en Sutcliffe, Thomas. *Sixteen years in Chile and Peru*. London: Fisher, son, and co. 1941. Págs. 379-389.

por el Alto Perú a fines del siglo XVIII y las descripciones que consignó de las convulsiones geológicas andinas tienen un paralelo fácilmente observable con una situación de un carácter muy diverso, como fue el levantamiento indígena de Tupac Amaru, que conmocionó dramáticamente la población nativa de la región andina. Helms atribuyó a los enfrentamientos de esta revolución el estado de abandono de algunas de las minas de la región. Pero no se extendió mayormente sobre las causas y consecuencias de esta revolución, asunto que su editor inglés lamenta sensiblemente<sup>267</sup>

Algunos años más tarde, el capitán inglés Basil Hall enviado a las costas del Pacífico Sur en una misión destinada a examinar las potencialidades de sus minas, presenció los efectos del terremoto que sacudió Chile en 1822. A raíz de este cataclismo observó que tal como había terremotos de índole natural, capaces de sacudir dramáticamente la tierra, también había terremotos humanos, tales como las revoluciones, que podían poner a la sociedad en ruinas. Las revoluciones a las que aludía Hall eran evidentemente las guerras de la independencia, las cuales a sus ojos habían desmantelado el orden colonial tradicional, sumiendo a estos países en una atmósfera de caos y desgobierno y que afectaba severamente a sus habitantes. Estos viajeros transmiten así, la impresión general de ir avanzando a través de un mundo que se encuentra en ruinas, que tienen un carácter tanto físico como simbólico.

---

<sup>267</sup> Helms, Anton Zachariah. 1806. Págs. 57, 58.

## IV Naturaleza Americana, lo sublime y lo pintoresco.

### Cuadros de la naturaleza

Un aspecto notorio de los diez libros estudiados en este trabajo es el papel preponderante que en ellos tienen las representaciones del mundo natural. Esto podría responder a condiciones objetivas, ya que la mayor parte del itinerario de estos viajes transcurrió fuera de las ciudades, es decir, por el “campo” o en lugares que no eran explotados agrícolaemente, como ocurría en las pampas y la cordillera, pero que también se explicaría por criterios subjetivos o culturales. Puesto que aun cuando estos autores hubieran recorrido un territorio explotado o aprovechado por los criollos, a su manera, este hubiera sido considerado genéricamente como un terreno incultivado, natural o “salvaje”. Por otra parte este territorio había adquirido una connotación especial, en la medida en que el continente americano era entendido y visualizado como pura naturaleza. América, según una fórmula acuñada por Jean Bodin, era “geografía” y no “historia”, es decir porvenir y no un pasado digno de reconstruirse. El continente entero, se veía así, eminentemente como un espacio a-histórico<sup>268</sup>.

La naturaleza americana entró a la sensibilidad europea de comienzos del siglo XIX

en buena medida por vía de los viajes y los trabajos de Alexander Von Humboldt quien recorrió el norte y la región central de Sudamérica entre 1799 y 1804. Humboldt, señala Antonello Gerbi, “al regresar de los trópicos y los moribundos virreinos americanos, fijó para muchas generaciones la imagen de una América rica en vigor físico y pródiga en espectáculos estupendos”.<sup>269</sup> Se ha considerado que Humboldt actuó a conciencia como una suerte de nuevo descubridor o un nuevo Colón para un continente, que en sus propios términos todavía conservaba el carácter de un “Nuevo Mundo”<sup>270</sup>. De regreso de este viaje de “descubrimiento”, Humboldt llevó a Europa una imagen remodelada del continente, que en buena medida, para la mayoría de los europeos era todavía una incógnita inquietante. Tal como lo advierte Anthony Pagden, Humboldt esperaba regresar a casa con una América descubierta, descrita, medida, mapeada y segmentada en muestras.<sup>271</sup> Mary Louise Pratt, señala que Humboldt “reinventó” América como naturaleza virgen de carácter extraordinario y espectacular<sup>272</sup>. En una de sus obras más populares, la serie de conferencias que reunió en el libro “Cuadros de la naturaleza” o “Views of Nature” en su versión inglesa, que fue publicado por primera vez en 1808, Humboldt aludió a este “espectáculo de la naturaleza”; comparando la impresión que este producía en los ojos del espectador, con la emoción que podía provocarle una pintura o un cuadro de escenas naturales. De acuerdo a Humboldt el mundo exterior físico se refleja “en el mundo interior moral del hombre”, “como en un espejo” y todo lo que formaba el carácter de un paisaje, “el contorno de sus formas, el tinte de su coloración”, hacía una conexión con la vida sentimental del espectador mediante “un antiguo lazo misterioso”.<sup>273</sup> En el prólogo de esta misma obra, Humboldt manifestó que el propósito de su trabajo era restablecer en el lector la antigua comunión de la naturaleza con la vida espiritual del hombre, “hacer participar al lector del placer que un espíritu sensible y contemplativo experimenta en la presencia de la Creación”<sup>274</sup>.

En sus cuadros o vistas de la naturaleza, Humboldt fusionó sus indagaciones científicas por la búsqueda de las fuerzas invisibles o secretas de la naturaleza con una búsqueda de carácter estético, como él mismo señaló, intentando reunir “grandes esbozos en un cuadro de la naturaleza”<sup>275</sup>. Su propósito era fusionar la especificidad del

<sup>268</sup> Gerbi, Antonello. *La Disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*. México: Fondo de Cultura Económica. 1993. Págs 50, 51

<sup>269</sup> Gerbi, Antonello. 1993. Pág. 527

<sup>270</sup> Pagden, Anthony. *European encounters with the new world*. New Haven. Yale University Press. 1993 Págs 24, 25 y 106-112

<sup>271</sup> Pagden, Anthony. 1993. 24, 25

<sup>272</sup> Pratt, Mary Louise. *Ojos Imperiales, literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad de Quilmes. 1997. Pág. 215

<sup>273</sup> Humboldt, Alexander. *Cuadros de la Naturaleza*. Madrid: Editorial Iberia. 1961. Págs 113, 114

<sup>274</sup> Humboldt, Alexander. 1961. Prólogo: Págs 3 y 4



discurso científico con una dimensión estética que se estremecía y maravillaba ante la grandeza y el poder de los espectáculos naturales.

La aproximación y la apreciación que estos viajeros tuvieron acerca del mundo natural, también se da a partir de una dimensión estética. Pero aquel “antiguo lazo misterioso”, que de acuerdo a Humboldt podía conectar al paisaje con la vida sentimental del espectador, en estos viajeros tomó la forma de una estética asociativa, materializada en la retórica de lo sublime y lo pintoresco, que ha sido considerada como característica del viaje romántico inglés de esta época<sup>276</sup>.

Se ha considerado que Humboldt, tanto en su empresa descubridora, como en su abundante labor de difusión literaria, fue un paradigma para los viajeros que siguieron sus pasos por América en las primeras décadas del siglo XIX<sup>277</sup>. Sin embargo, esto parece pasar por alto el detalle de que muchos de ellos apenas mencionan a este autor en su obra, y si lo hacen, lo hacen de manera esporádica, con el objeto de invocarlo como una autoridad en relación con determinados aspectos técnicos. Como es el caso por ejemplo de Alexander Caldcleugh, quien lo cita para señalar que sus estimaciones de la altitud de la línea de las nieves eternas fueron hechas de acuerdo con su colección de temperaturas e investigaciones científicas<sup>278</sup>.

Tampoco parece tomarse en cuenta el factor decisivo de que tanto las ambiciones científicas, estéticas y literarias, así como las mismas capacidades intelectuales de Humboldt, estaban muy por encima de los proyectos y las capacidades o la formación intelectual de estos viajeros. Del mismo modo, la propia imagen que estos viajeros tenían de sus excursiones y sus trabajos escritos es de una escala significativamente más modesta comparada con la monumental obra de Humboldt. Ninguno de estos libros puede ponerse a la altura de la obra del viajero alemán. Ninguno de estos autores comparte también su conciencia planetaria, su impulso de describir la naturaleza con el propósito de indagar en ella la existencia de fuerzas invisibles. Ninguno comparte sus intenciones explícitas de conferirle a su discurso un alcance estético tan acentuado. Humboldt, como observa Mary Louise Pratt, estuvo muy cerca de asumir en su relato una postura prácticamente omnisciente o divina respecto del planeta, como un observador privilegiado que poseía un lente que le permitía observar grandes encuadres de alcance planetario que alternaba con la observación de los detalles más ínfimos, casi microscópicos, lo que le permitía hacer comparaciones entre diversos rincones del mundo.<sup>279</sup>

<sup>275</sup> Humboldt, Alexander. 1961. Pág. 113

<sup>276</sup> Leask, Nigel. *Curiosity and the Aesthetics of Travel Writing. 1770-1840*. Oxford: Oxford University Press. 2004. Pág. 282

<sup>277</sup> Prieto, Adolfo. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica. 2002 Págs. 17-23

<sup>278</sup> Caldcleugh, Alexander. 1825. Pág. 309

<sup>279</sup> La conciencia planetaria de Humboldt es abordada por Pratt, Mary Louise 1997. Págs 217, 220 y 221 La situación de Humboldt como autor un único, no paradigmático, se encuentra por su parte, abordada en Leask, Nigel. 2004 Págs 282-284.

En sus “Cuadros de la Naturaleza”, Humboldt tipificó o caracterizó la naturaleza americana en una tríada conformada por montañas, planicies y selvas, que identificó con los volcanes mexicanos, los Andes Peruanos, las sabanas de Venezuela y las selvas del Orinoco.<sup>280</sup> El Cono Sur de América no formó parte de su imaginario americano. No alcanzo a llegar hasta allí, y a partir de la advertencia que Humboldt le hizo al pintor bávaro Johan Moritz Rugendas, puede inferirse que tampoco tuvo las intenciones de hacerlo. Le dijo al pintor que evitara el Cono Sur del continente por estimar que carecía de todo atractivo estético: “Debe dirigirse a las zonas que reúnen palmeras, helechos arbustivos, cactáceas, nevados y volcanes, es decir el cordón andino entre 10 grados de latitud norte y 15 de latitud sur... ¡Guárdese de visitar las zonas templadas, Buenos Aires y Chile...! Un gran artista como usted sólo debe ver lo grande. ¡Guárdese de todo lo que lo desvíe de este camino!”<sup>281</sup>

En estos diez viajeros ingleses pudo haber sido bastante más determinante, que el influjo de Humboldt y su obra, la influencia que tuvo en ellos la relación que Inglaterra tenía desde hacia siglos con el Cono Sur del continente americano, ya sea por sus tentativas expansionistas hacia dicha región y por la larga tradición de especulación que se había tejido alrededor de esta. Así también parece ser determinante la influencia que tuvo en estas experiencias y en estos textos, la cultura inglesa de aquel período de inflexión entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, particularmente en relación con su apreciación del mundo natural y respecto del género literario del libro de viaje.

Tal como lo señala John Brewer en su libro “The Pleasures of the imagination”, hacia fines del siglo XVIII toda persona educada debía conocer las figuras retóricas que se habían puesto en boga para referirse al campo y al paisaje. Los ingleses llevaban ya mucho tiempo dedicándose a convertir a la naturaleza en cultura, convirtiéndola en un objeto de apreciación estética, desarrollando un gusto y una forma de abordar el mundo natural como si se tratase de un artefacto cultural. Sin embargo hacia fines de dicho siglo, el mundo natural se volvió como nunca antes lo había sido un objeto de apreciación estética y un tema de conversación entre personas cultas y educadas.<sup>282</sup> Esta relación compleja entre naturaleza y cultura, o entre naturaleza y arte se consolidó, según Brewer en el establecimiento de la noción de “paisaje”: una expresión que originalmente se había utilizado para designar una representación pictórica del campo, pero que luego pasó a describir una parte misma de la naturaleza o un pedazo de ella. De tal forma que la tierra, el campo, la naturaleza o el medio ambiente, comenzaron verse como si fueran una pintura. El punto en común que tenían estas dos nociones tan distintas como lo podía ser un paisaje pintado y un paisaje “natural”, era que compartían el mismo punto de vista de

<sup>280</sup> Pratt, Mary Louise. 1997 Pág. 223

<sup>281</sup> Carta de Humboldt a Rugendas del 13 de marzo de 1830 citada en: Diener, Pablo. Juan Mauricio Rugendas, pintor y dibujante. Catálogo exposición 1998. Museo Nacional de Bellas Artes y Pinacoteca do Estado de Sao Paulo. 1998. Págs 38 y 70. y Keller, Carlos El Pintor Rugendas y Doña Carmen Arraigada. Santiago: Apartado del Boletín de la Academia de la Historia. 1959. Pág. 105.

<sup>282</sup> Brewer, John. The Pleasures of the imagination. English Culture in the Eighteen Century. New York: Farrar Strauss Giroux. 1997. Págs 617, 619

un observador ubicado en una posición determinada.<sup>283</sup>

Según señala este mismo autor, a lo largo del siglo XVIII en la vida cultural, social y económica de Inglaterra se experimentaron una serie de transformaciones que afectaron enormemente la percepción de la naturaleza. Entre estas transformaciones destacan un acelerado proceso de urbanización, la declinación del mundo campesino, el desarrollo de una visión científica del mundo, el progreso en las técnicas agrícolas, el crecimiento de un turismo doméstico por Inglaterra y la gradual incorporación de regiones distantes de la isla en una nueva conformación del territorio de la Nación. El rasgo más famoso y controvertido de estos cambios económicos y agrícolas, fue la consolidación del proceso del cierre o “vallamiento” de las tierras comunales, que transformó en predios privados clausurados mediante setos, muros o rejas, aquellos territorios que hasta entonces eran de uso colectivo. Entre 1750 y 1830 alrededor de 4 mil actas emitidas por el Parlamento permitieron el vallado de un 21% de la tierra agrícola inglesa, en lo que se ha considerado como la señal más visible del proceso de mejoramiento agrícola que se desarrolló en Inglaterra en el siglo XVIII, que tuvo como objetivo la maximización del rendimiento y aprovechamiento económico de las tierras agrícolas.<sup>284</sup>

Paralelamente, a fines del siglo XVIII, en Inglaterra se desarrolló de manera creciente un nuevo tipo de “turismo” —una expresión que se acuñó en esa misma época— por el interior del país, particularmente por el célebre distrito de “los lagos” que hicieron famoso a poetas románticos como Coleridge y Wordsworth. A partir de este proceso de reconocimiento y apreciación del campo inglés, se constituyó un peculiar fenómeno a partir del cual los ingleses comenzaron a formar una idea de “lo inglés” que se asociaba con cierto paisaje rural, en circunstancias de que por ese entonces era uno de los países más urbanizados e industrializados de Europa. De esta forma a partir del siglo XVIII se consolidó en Inglaterra cierto culto por la naturaleza, que tenía notorios elementos de regionalismo e incluso nacionalismo.<sup>285</sup> Sin embargo, Inglaterra era también una sociedad que se caracterizaba por la movilidad y el desplazamiento de sus ciudadanos. Una nación conformada en su mayoría por comerciantes, marinos, militares y también por colonos, que tenía incorporado en su propio destino un horizonte de expansión que los llevaba a desplazarse por el mundo.

A lo largo del siglo XVIII la experiencia de viaje dominante para las elites inglesas fue el “Grand Tour” por las tierras de Italia. Un viaje que en un comienzo se consideró como una parte importante del programa educativo de las elites masculinas, una educación en un sentido bien amplio y no siempre edificante, pero que con el correr del siglo se volvió cada vez más una práctica extensiva a otros sectores de la sociedad, siempre dentro del círculo de las clases privilegiadas. Si bien el Grand Tour fue un privilegio de pocos, de alguna manera sintetizó de manera general el carácter que tendrían los viajes del período, oscilando siempre, entre propósitos tanto educativos como recreativos. Estos

---

<sup>283</sup> Brewer, John. 1997. Págs. 619, 620

<sup>284</sup> Brewer, John. 1997. Págs. 625, 626

<sup>285</sup> Brewer, John. 1997. Pág. 619

viajes italianos se vieron drásticamente interrumpidos por las guerras europeas ocasionadas por la Revolución Francesa<sup>286</sup>. Sin embargo, a partir de la segunda mitad del siglo los ingleses ya habían iniciado una carrera de exploración hacia otros lugares del planeta, todavía inexplorados, como el Océano Pacífico o el Mar del Sur, donde todavía había espacio para la fantasía y la expansión territorial. Se trató de importantes circunnavegaciones animadas por un impulso en el que convivían estrechamente los afanes científicos con los propósitos expansionistas de carácter imperial. Hacia fines del siglo estos largos viajes en barco que circulaban por el mundo comenzaron a dar el paso a nuevas expediciones que se propusieron la penetración del interior de África y la India, con el propósito de reconocer, describir y medir territorios hacia los cuales tendía sus redes el imperio británico.

En Inglaterra, hacia fines del siglo XVIII, la literatura de viajes ya era un género literario consolidado, que fue influenciado de manera significativa por la estética dominante en la cultura inglesa. Lo que se demuestra es como hacia 1770 comenzó a surgir en la literatura de viajes inglesa, todo un lenguaje de apreciación de la naturaleza o un conjunto de ideas estéticas. De tal modo que los escenarios, a estas alturas verdaderas atracciones turísticas, comenzaron a ser caracterizados de manera forma creciente como “románticos”, “sublimes” y “pintorescos”. Expresiones que terminaron consolidándose como un lenguaje establecido del gusto, casi como un idioma que determinaba la manera cómo debía ser vista, apreciada y descrita la naturaleza.<sup>287</sup>

## El agradable horror

Hacia 1715 un grupo de barcos con bandera francesa recaló en el puerto de Valdivia. Un destacamento de estos sorprendidos visitantes bajó a tierra donde le advirtieron a las autoridades locales que viajaban en una misión de “su majestad católica francesa”, autorizados por la corona española. En atención a ello solicitaron permiso para obtener agua y provisiones. Mientras tanto, otros miembros de la tripulación subrepticamente se internaron en el territorio para tratar con los nativos y obtener de ellos informaciones sobre la región, con el objeto de saber si era posible atravesar el continente en dirección hacia el Atlántico. Tanto los nativos como los colonos españoles, les informaron a los expedicionarios que, aun cuando la cordillera de los Andes estaba formada por las montañas más altas de la tierra y tenía fama de ser infranqueable, había algunos pasadizos a través de los cuales se podía pasar hacia el otro lado, cruzando valles donde se habían instalado algunos nativos que pretendían escapar de la tiranía española. Después de obtener las provisiones que habían pedido y estas valiosas informaciones, los viajeros prosiguieron su rumbo hacia el norte.

Al contrario de lo que decían, estos navegantes no eran franceses sino ingleses y

---

<sup>286</sup> Brewer, John. 1997. Pág. 632

<sup>287</sup> Brewer, John. 1997. Págs. 634, 635

sus propósitos no eran amistosos. Se encontraban dando una vuelta al mundo cuyo objetivo era instalar nuevos reinos en el extremo sur de América, un territorio que se reputaba lleno de riquezas y enteramente desprotegido, o derechamente abandonado, por sus actuales detentadores españoles. En su viaje en dirección al Perú, estos navegantes ingleses obtuvieron nuevas noticias, que los impulsaron a regresar a Valdivia, con el propósito de internarse y probar suerte cruzando la cordillera. En esta ocasión se detuvieron un poco más al norte, en la desembocadura del Río Imperial; un lugar que les pareció propicio, a salvo del mal tiempo y de la vigilancia española. Desde allí emprendieron entonces su marcha hacia el interior del territorio.

Estos y otros detalles de esta travesía se relatan en el libro “New Voyage Round the World by a course never sailed before”<sup>288</sup>, publicado en forma anónima en Londres, en 1725. Según esta narración, escrita en primera persona por el jefe de la misión, un grupo de estos expedicionarios ingleses disfrazados se internó por el continente hacia la cordillera, guiados por algunos nativos amistosos. Una vez adentro del cordón de montañas de los Andes, los viajeros se sorprendieron por el escenario que se abría a su paso. El narrador escribió: “...La prodigiosa altura de las colinas que aparecían montadas una sobre la otra, nos dio tal perspectiva de horror, que confieso al principio me asusté al mirar la estupenda altura de las rocas; arriba nuestro todo era sorprendente, cada vez más altas y ver cómo en algunos lugares estas rocas colgaban sobre el río, y por encima del pasadizo por el cual avanzábamos, nos produjo el terror de hundirnos con ellos. Las rocas y precipicios de los Andes a nuestra mano derecha, tenían aquí y allá vastos acantilados y entradas, que parecían ser diferentes pasadizos, pero al acercarnos para ver a través de ellos, pudimos ver que al otro extremo no había ninguna salida, y que continuaban en laderas, y con canales hechos por el agua, que en rápidas lluvias caía pendiente abajo y que a la distancia, hacían tales ruidos que eran imposibles de concebir...”

Prosiguiendo su camino, los viajeros vieron como a su paso el agua se despeñaba desde gran altura cayendo en varios chorros que chocaban entre sí y golpeaban el camino con gran estrépito. Al narrador esta escena le pareció “imposible de describir”, lo que no le impidió hacer el intento: toda el agua caída, señalaba, daba a un río que provenía “de un hueco muy estrecho y profundo de las montañas” y que corría por un cauce que se angostaba en la medida en que sus paredes de rocas se inclinaban, formando plataformas, “horribles e irregulares”<sup>289</sup>. La luz disminuía en la medida en que los viajeros avanzaban cordillera adentro a tal punto que no se podía ver “más que oscuridad y terror”. Sin embargo, de un momento a otro esta oscuridad terminó y los viajeros recibieron el fagonazo de una luminosidad deslumbrante. En un arrebato, el narrador exclamó:

***“¡Quién puede expresar los pensamientos del corazón de un hombre, entrando de pronto a un lugar donde todo el mundo parece estar en llamas! El valle era, en***

---

<sup>288</sup> Defoe, Daniel. A New Voyage Round the World by a course never sailed before being a voyage undertaken by some merchants, who afterwards proposed the setting up an East India company in Flanders. London: Bettersworth. 1725.

<sup>289</sup> Defoe, Daniel. 1725. Págs 84, 85, 86.

***un lado, tan excesivamente brillante que los ojos apenas podían mirarlo, los lados de las montañas brillaban como el mismo fuego, la llama desde la cumbre de la montaña los iluminaba directamente en el otro lado. Desde ahí el reflejo en las otras partes parecía rojo, y más terrible; porque el primero era blanco y claro, como la luz del sol; pero el otro como si fuera un reflejo de luz mezclada con algunas cavidades más oscuras, se asemejaba al fuego de una fragua; y, en breve, bien podría decirse, que allí no había oscuridad; sino que ciertamente, al primer vistazo, no le daba al viajero otra idea que la de estar en la misma entrada del eterno horror”.***<sup>290</sup>

Esta vuelta al mundo, así como esta escala en las tierras del sur de Chile y la posterior travesía por la Cordillera de los Andes, son completamente imaginarias ya que el libro “New Voyage Round the World by a course never sailed before” era lo que se llama un falso libro de viajes cuyo autor fantasma era Daniel Defoe. El libro no obstante su falsedad, disfrutó que durante algún tiempo del privilegio de ser considerado como un testimonio verdadero de una aventura inglesa por el Mar del Sur, lo que se explica porque su relato se nutría de otras excursiones reales que otros navegantes ingleses habían emprendido por esas regiones del globo<sup>291</sup>.

Esta descripción imaginaria de un paso por la cordillera de los Andes se asemeja bastante a otros testimonios, escritos alrededor de esta misma época, que describían excursiones reales a través de los Alpes italianos en medio de lo que se conoció como el Grand Tour a la península Itálica. Tal fue el caso de la relación del viaje que hizo en 1671 el teólogo Thomas Burnet, donde describió las montañas de los Alpes señalando que “están ubicadas sin orden una junto a la otra, de tal manera que no respetan el Uso ni la Belleza”. Una impresión que le llevó a decir que nada en la naturaleza podía ser más informe y desfigurado que una antigua roca o montaña.<sup>292</sup>

Hay una notable semejanza entre las colinas imaginarias de los Andes descritas por Defoe, que se encaraman una sobre la otra en una progresión continua, formando un escenario “horrible e irregular”, de carácter inconcebible e indescriptible, y este viaje verdadero de Burnet por los Alpes. A Burnet esta experiencia alpina le produjo no sólo un fuerte impacto físico, sino también una verdadera crisis espiritual, que terminó siendo el germen de su obra “A Sacred History of the Earth”, libro que Defoe conoció bien y cuyos siniestros reverberos de alguna forma iluminaron su escenario imaginado de los Andes australes.<sup>293</sup>

Las visiones “geológicas” de Burnet sobre la corteza terrestre no sólo estimularon la formación de diversas teorías sobre el origen de la tierra, sino que también fueron cruciales en el desarrollo de la llamada estética de lo sublime, que caracterizó la visión de

---

<sup>290</sup> Defoe, Daniel. Pág. 100

<sup>291</sup> Adams, Percy.G. Travelers and Travel Liars. 1660-1800. Berkeley: University of California Press, 1962. Págs. 3, 4, 5, 105, 106 y 110.

<sup>292</sup> Nicolson, Marjorie Hope. 1997. Págs. 207, 208, 209, 210, 211, 212

<sup>293</sup> Nicolson, Marjorie Hope. 1997. Pág. 258

la naturaleza en la literatura y el arte ingleses entre mediados del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX<sup>294</sup>. La obra de Burnet contribuyó a modificar la apreciación estética de las montañas y las grandes rocas en general, al manifestar una nueva actitud ante ellas, que pasó desde el temor y la repulsión hacia el horror y la fascinación.<sup>295</sup> Un encantamiento que el romanticismo llevó hasta un punto culminante al celebrar la irregularidad de la naturaleza: una asimetría que desafiaba el canon estético de una belleza tradicionalmente asociada con el orden, la proporción y la simetría, en un modelo entendido como clásico.<sup>296</sup>

De acuerdo a Marjorie Hope Nicholson, estas respuestas emocionales hacia los aspectos poderosos, majestuosos y misteriosos de la naturaleza, eran inéditas hasta fines del siglo XVII<sup>297</sup>. Anteriormente la vastedad de un paisaje producía generalmente sentimientos de repulsión y rechazo, pero a partir de esta obra de Burnet, el temor reverencial, esa mezcla de terror y exaltación, que se reservaba exclusivamente a la relación del hombre con Dios, se fue trasladando primero al cosmos expandido, para luego pasar a los objetos más grandes del planeta tales como montañas, océanos y desiertos.<sup>298</sup>

El surgimiento de la estética de lo sublime en la naturaleza, marcó la diferencia más profunda que puede observarse entre el paisaje antiguo y el paisaje moderno<sup>299</sup> y Thomas Burnet y quienes lo siguieron, fueron el intervalo necesario entre las visiones del período neoclásico y las propias del romanticismo. Una transición en la cual debía de producirse un necesario acostumbramiento de la imaginación a lo que ofrecía la visión del mundo natural, con independencia de la visión proporcionada por la tradición y la lectura de los clásicos de la antigüedad clásica y cristiana.<sup>300</sup>

En 1699 el escritor y ensayista Joseph Addison (1672-1719) cruzó los Alpes cuando era un joven estudiante que hacía su viaje de formación a Italia. Como tantos otros “turistas” de su tiempo, Addison que tenía una considerable formación clásica, viajaba premunido con una antología de lecturas latinas en las cuales se describían los paisajes que él no tardaría mucho en ver con sus propios ojos. Addison conocía la obra de Thomas Burnet y en sus notas de viaje se refiere a las montañas en términos similares a los utilizados por Defoe y Burnet. Habló de “rocas de rudo aspecto que se levantan una sobre otra”; “vastas pilas de montañas...arrojadas juntas con mucha irregularidad y

<sup>294</sup> Nicolson, Marjorie Hope. 1997. Chapter seven The Aesthetics of the Infinite Págs. 271-323.

<sup>295</sup> Nicolson, Marjorie Hope. Págs. 17, 215

<sup>296</sup> Nicolson, Marjorie Hope. Págs. 15, 225

<sup>297</sup> Nicolson, Marjorie Hope. Pág. 27

<sup>298</sup> Nicolson, Marjorie Hope. 1997. Págs. 143, 150

<sup>299</sup> Nicolson, Marjorie Hope. 1997. Pág. 27

<sup>300</sup> Nicolson, Marjorie Hope. 1997. Pág. 309

confusión” y “una confusión de montañas y cavidades”. Addison describió su paso por los Alpes en una carta escrita en 1701, en la cual anotó: “Acabo de llegar a Génova por un muy problemático viaje a través de los Alpes, donde he estado por varios días temblando entre nieves eternas. Mi cabeza sigue mareada con montañas y precipicios, y no puedes imaginar cuan satisfecho estaba ante la vista de una planicie que es tan agradable para mí ahora como lo fue para nosotros un año atrás una costa después de nuestra tormenta en Genova...Los Alpes...están tan quebrados en muchos peldaños y precipicios, que llenan mi mente con una especie de agradable horror, y forman una de las escenas más irregulares e informes del mundo”<sup>301</sup>

Joseph Addison reunió sus ideas estéticas en 10 célebres ensayos conocidos en su conjunto como “Los placeres de la imaginación”. En ellos Addison superó las normas estéticas neoclásicas y anticipó la estética venidera del Romanticismo. De acuerdo a él, estos “placeres de la imaginación” se originaban a partir de la visión de lo grande, o lo grandioso; lo singular, o lo novedoso, y lo propiamente bello. Estas tres ideas, alusivas a lo grande, lo bello y lo singular, asentaron las bases de las estéticas de lo bello, lo sublime y lo pintoresco, que luego se desarrollarían con propiedad durante el romanticismo.<sup>302</sup> En el Segundo Capítulo de su obra, Addison formuló el paso que se experimentaba desde la visión de lo grandioso a la visión de lo sublime, cuando ante un objeto grande surgía una repulsión capaz de “superar el placer que resulta de su grandeza, novedad o belleza”. Sin embargo “a este horror y repulsión” lo acompañaba también “una mezcla de placer proporcional al grado en que sobrepasa y predomine alguna de estas cualidades”. Por “grandeza” Addison no entendía objetos simplemente grandes, sino que se refería a perspectivas anchas como “las vistas de un campo abierto, un gran desierto inculto, y las grandes masas de montañas, riscos, y precipicios elevados, y una vasta extensión de aguas, en que no nos hace tanta sensación la novedad o la belleza de estos objetos, como aquella especie de magnificencia que se descubre en estos portentos de la naturaleza”<sup>303</sup>

En los “Placeres de la Imaginación” de Addison las cualidades de lo bello, lo sublime y lo pintoresco se encontraban todavía entremezcladas y sus caracteres permanecían todavía difusos. La sistematización de las ideas de lo sublime y lo bello, y la delimitación más enfática de sus características, se produjo algunas décadas más tarde en la obra del filósofo irlandés Edmund Burke, “Acerca del Origen de Nuestras Ideas sobre lo Sublime y lo Bello” publicado en 1756 y que tuvo una enorme influencia posterior<sup>304</sup>. En dicha obra, Burke determinaba como algunos encuentros con la naturaleza podían dirigir la mente del espectador hacia ideas sublimes o hacia ideas bellas. Entre las fuentes de lo sublime, Burke señaló al poder, la oscuridad, la privación, la vastedad, la infinitud, lo difícil y la

<sup>301</sup> Nicolson, Marjorie Hope. 1997. Pág. 304, 305

<sup>302</sup> Addison, Joseph. Los placeres de la imaginación y otros ensayos de The Spectator. Edición de Tonia Raquejo. Madrid: Visor. 1991. Pág. 33

<sup>303</sup> Addison, Joseph. 1991. Pág. 138

<sup>304</sup> Nicolson, Marjorie Hope. 1997. Pág. 313



magnificencia —“una gran profusión de cosas, que son espléndidas o valiosas en sí mismas, es magnífica. El cielo estrellado, aun cuando se presenta de manera tan frecuente ante nuestra vista, nunca deja de producir una idea de grandeza”.<sup>305</sup> Experiencias como éstas, serían capaces de despojar al hombre de su control ya sea haciéndolo presa de fuerzas mucho más fuertes que la suya, como ocurriría en el caso del poder, impidiéndole ver con propiedad, como ocurriría ante la oscuridad, privándole de su normal coordinación, como sucedería ante la privación, o impidiéndole ver algún límite tranquilizador, como sucedía ante el infinito. Para Burke estas fuentes de lo sublime serían capaces de provocar diferentes pasiones. Cuando estas “causas operan de manera más poderosa” producían asombro, que para Burke equivalía a “aquel estado del alma, en el cual todos los movimientos se suspenden, con algún grado de horror. En este caso, la mente está tan enteramente llena con este objeto, que no puede mantener cualquier otro, ni por consiguiente razonar en aquel objeto en el cual se emplea”<sup>306</sup>. El asombro era el efecto de lo sublime en su grado más alto, pero en grados menores aparecían la admiración, la reverencia y el respeto.<sup>307</sup> Otra pasión era la del terror y a juicio de Burke, ninguna otra, era capaz de “privar a la mente de manera tan eficaz de todos sus poderes de acción y razonamiento” como el miedo, “que al ser una aprehensión del dolor o de la muerte, opera de tal manera que se parece al dolor verdadero. Cualquier cosa que sea entonces terrible en lo que concierne a la vista, también es sublime, ya sea que esta causa de terror sea inducida con grandeza de tamaño o no, porque es imposible mirar algo como insignificante, o despreciable, que pueda ser peligrosa”<sup>308</sup>

Para Burke todas las fuentes de lo sublime eran una variante del poder, que a su vez emanaba naturalmente del terror, que sería “la fuente común de todo lo que es sublime”<sup>309</sup>

Entre lo bello y lo sublime había “un notorio contraste”. Los objetos sublimes son vastos en sus dimensiones y los hermosos son comparativamente pequeños. Los objetos bellos eran suaves y pulidos, los grandes ásperos y descuidados. La belleza debiera evitar la línea recta, mientras que lo grande parecía amarla. La belleza debía de ser luminosa y lo grande era necesariamente oscuro y sombrío. La belleza debiera ser ligera y delicada, mientras que lo grande debiera ser sólido e incluso macizo. Lo bello y lo sublime, concluye Burke, se diferenciaban en la medida en que lo sublime se fundaba en

<sup>305</sup> Burke, Edmund. A Philosophical Enquiry into the Origin of our Ideas of the Sublime and Beautiful by Edmund Burke, Esq. A new edition. London. A. Robertson Co. 1824. Sección XIII. La magnificencia Pág.135

<sup>306</sup> Burke, Edmund. 1824. Parte II. Sección primera. Págs. 97,98

<sup>307</sup> Burke, Edmund. 1824. Pág. 98

<sup>308</sup> Burke Edmund. 1824. Págs 98, 99. Marjorie Hope Nicholson define el terror, en el sentido del siglo XVIII como parte de una experiencia estética nueva, en la búsqueda de un lenguaje nuevo para expresar sentimientos mezclados de alegría y horror. Nicholson, Marjorie Hope. 1997. Pág 26

<sup>309</sup> Burke, Edmund. 1824. Sección V Poder. Págs. 110-111

el dolor, mientras que lo bello se basaba en el placer.<sup>310</sup>

La emoción ante lo sublime en la naturaleza, el terror que inspiraban los torrentes revueltos, las cataratas que se despeñaban desde lo alto, los riscos escarpados y las cumbres nevadas, fue en constante ascenso a lo largo del siglo XVIII. Así en 1755 el Doctor Samuel Johnson definía en su célebre diccionario la palabra “romantick” como algo “que recuerda los cuentos o los romances; extraño...improbable, falso...; fantástico; lleno de paisajes naturales”<sup>311</sup> y ya entrados los primeros años del siglo XIX pintores de paisajes como Philippe de Loutherbourg y J.M.W Turner (1775-1851) construyeron gran parte de su obra a partir del terror y el asombro que provocaba el espectáculo de las fuerzas de la naturaleza. Loutherbourg expuso en 1804, ante la admiración del público un cuadro llamado “Un Alud en los Alpes en el valle de Lauterbrunnen” y Turner exhibió en 1810 su “Caída de un alud en los Grisones”. El mismo Loutherbourg, que además de pintor oficiaba de escenógrafo, había montado en Londres en 1781 su “Eidophusikon”, un pequeño teatro en el cual escenificaba paisajes, vistas de ciudades y escenas de la literatura épica haciendo imitaciones de fenómenos naturales a través de cuadros en movimiento ayudado por efectos de sonido e iluminación. Una de sus representaciones se llamó “La tempestad en el mar y pérdida del barco al servicio de la India Haleswell”, en el que luces de colores animaban una escena pintada, al tiempo que se simulaba el estallido de un trueno, la acometida del las olas y el silbido del viento sacudiendo láminas de cobre, agitando una caja con porotos y haciendo temblar serpentinas de seda. Otra de sus escenas famosas fue una visión de las cataratas del Niagara.

La moda de los dioramas y panoramas cundió rápidamente en París y Londres en las décadas siguientes, dándole literalmente una nueva dimensión a la pintura de paisajes sublimes. Se trataba además de una manifestación de la insuficiencia de la representación bidimensional ante la imagen sublime, expresando de manera elocuente la impotencia expresiva que acentuaba la experiencia de lo sublime.<sup>312</sup>

Cuando Joseph Addison describió su paso por los Alpes, señaló que sus montes estaban quebrados en tantos peldaños y precipicios que su mente se llenó “con una especie de agradable horror.”<sup>313</sup> Con ello Addison acuñó una fórmula contradictoria que se constituyó virtualmente en el lema de la estética de lo sublime. En la solución de este oxymoron radica el fundamento del atractivo de la experiencia de lo sublime, ya que no se trataba simplemente de una experiencia dolorosa, sino que su terror debía de encerrar necesariamente alguna clase seguridad, de modo que ante un poder desbordante, la persona no se encontraba ante un peligro de muerte.<sup>314</sup> Recapitulando sus ideas, Edmund Burke señaló que “las pasiones que pertenecen a la auto preservación” son

---

<sup>310</sup> Burke, Edmund. 1824. Sección XXVIII Lo sublime y lo bello, comparados. Págs. 222, 223, 224

<sup>311</sup> Hugh, Honour. El Romanticismo. Madrid: Alianza editorial. 1981 Pág 26.

<sup>312</sup> Andrews, Malcolm. Landscape and Western Art. Oxford. Oxford University Press. 1999. Pág. 138

<sup>313</sup> Nicolson, Marjorie Hope. 1997. “El agradable horror”, en Págs 304, 305

<sup>314</sup> Andrews, Malcolm. 1999. Pág. 134

“deliciosas cuando tenemos una idea de dolor y peligro, sin estar realmente ante esas circunstancias”. Lo sublime sería entonces capaz de excitar esta clase de deleite, que no es propiamente un placer.<sup>315</sup> En términos del paisaje, según señala el historiador del arte Malcolm Andrews, este “delicioso horror” era provocado “por una bien calculada modulación desde la seguridad al peligro horroroso”. Es decir, las ideas de miedo y horror aumentaban dando vida a otras ideas; convirtiéndose gradualmente en placeres, en la medida en que pudiera surgir una sensación de seguridad en medio del dolor que provocaba el terror.<sup>316</sup> Esta fórmula del “agradable horror”, que acuñara Adisson, es una de las divisas recurrentes que utilizaron los autores de estos diez libros de viaje para describir la naturaleza americana, en un contexto general de una estética asociativa característica de la literatura de viajes de las primeras décadas del siglo XIX, que habitualmente se caracteriza genéricamente dentro del marco del romanticismo.

## A través de pampas y montañas

Por lo general el trayecto que siguieron estos autores comenzaba en la ciudad de Buenos Aires, para luego seguir en dirección hacia el poniente, atravesando el interior del continente, siguiendo antiguas rutas del comercio colonial que en ocasiones se empalmaban con el antiguo Camino del Inca, para luego proseguir con destino a la ciudad de Santiago y al puerto de Valparaíso. Entre este puerto y la capital de Chile, existía a su vez un camino de 17 leguas por el cual traficaban carretas con las mercaderías que provenían desde el puerto hacia el centro del país. Desde Santiago salía a su vez otro camino en dirección al oriente, por el cual transitaban recuas de mulas que cruzaban la cordillera de los Andes para surtir de mercaderías las ciudades de Mendoza y San Juan, entonces parte de la provincia de Cuyo. En la cordillera de los Andes esta ruta empalmaba con un antiguo tramo del camino del Inca por el cual circulaban el comercio y los correos del Tahuantinsuyo o el imperio Inca, desde sus puntos periféricos hacia su centro administrativo y religioso en Perú.<sup>317</sup> Entre las ciudades de Mendoza, San Juan y Córdoba había un camino de carretas y recuas que se dirigía hacia Buenos Aires. Dicho camino tenía a su vez un desvío hacia las provincias del Alto Perú, que adquirió gran importancia principalmente como un foco de salida de la riqueza de Potosí, una ruta que fue un transitado recurso del contrabando, que extraía la plata con rumbo al océano Atlántico.<sup>318</sup>

En la generalidad de los casos estos viajeros describieron un itinerario que iba en dirección de este a oeste, es decir hacia el Océano Pacífico, aun cuando uno de ellos,

---

<sup>315</sup> Burke, Edmund. 1824. Sección VIII Pág. 89

<sup>316</sup> Andrews, Malcolm. 1999. Pág. 134

<sup>317</sup> Zapata Gollan, Agustín. Caminos de América. Buenos Aires. Emecé. Libros del Buen Aire. 1945. Pág 64

<sup>318</sup> Zapata, Gollan Agustín. 1945. Pág. 76

Edward Hibbert, hizo el camino en la dirección inversa, es decir hacia Buenos Aires desde Lima o Santiago. Quienes partían desde Buenos Aires usualmente daban un rodeo hacia el norte, para luego retomar un trayecto en dirección hacia el poniente, que describía un semicírculo. Por lo general los viajeros se desplazaban a caballo y por momentos seguían la marcha en enormes y rústicos carretones de madera. El paso por la cordillera lo hacían a lomos de mulas o en el peor de los casos a pie. Viajaban “solos”, o en grupos, formados por sus familiares o compatriotas. Pero ya sea “solos” o en familia, siempre viajaba junto a ellos un grupo de peones locales, gauchos en las pampas, y huasos, en el campo chileno, que hacían las veces de guías o baquedanos y de porteadores que acarrearaban el equipaje y los pertrechos.

A lo largo de su recorrido por la pampa los viajeros se detenían al final de cada jornada a descansar en lo que llamaron casas de postas, que no eran verdaderas posadas como podría haber ocurrido en los caminos ingleses, entonces bien provistos con un sistema de posadas que era la envidia de los demás países europeos<sup>319</sup>, sino que modestas casas o refugios campesinos, donde se les prestaba alojamiento y comida: carne que faenaban y asaban los mismos peones.

La pampa les ofreció a estos viajeros un escenario novedoso. Pocas veces ellos habían estado ante una extensión de terreno tan vasta como ésta, que parecía no tener límites y en la cual podían galopar a sus anchas, a una velocidad impensable en los caminos ingleses. La mayoría de estos viajeros comparó esta pampa con un océano de tierra. Edward Hibbert señaló que desde un promontorio las planicies “parecían un vasto océano”<sup>320</sup>; Charles Brand, observó que las “...vastas pampas yacían extendiéndose ante nosotros como un suave mar, sin que nada obstruyera la vista...”<sup>321</sup>; Francis Head, por su parte, advirtió que “más allá de VillaVicencio había una vasta explanada de algo que, al comienzo, se asemeja mucho al océano, pero que uno pronto reconoce como la vastas planicies de Mendoza y las pampas”.<sup>322</sup>; Samuel Haigh, señaló, que el escenario de lo que llamó “el país de las pampas”, “parece (si la expresión pudiera usarse, y salvando a uno que otro toro) como un mar de tierra”<sup>323</sup> y Joseph Andrews anotó que no sería impropio llamar a “esta inmensa llanura” como un “océano terrestre”. Andrews agregó más adelante que “el horizonte, ininterrumpido, y aparentemente infinito, es algo abrumadoramente vasto para la mente del espectador”<sup>324</sup>. Como lo sugieren estos fragmentos, las pampas se asociaban con la noción de vastedad que Edmund Burke asignaba a “la grandeza de dimensión”, que según añadió este autor era una poderosa

<sup>319</sup> Brewer, John. 1997. Pág. 641

<sup>320</sup> Hibbert, Edward. 1824. Pág. 60

<sup>321</sup> Brand, Charles. 1829. Pág. 41

<sup>322</sup> Head, Francis B. 1826. Pág. 146

<sup>323</sup> Haigh, Samuel. 1831. Pág. 59

<sup>324</sup> Joseph, Andrews 1826. Sec. Vol. Pág. 23

causa de lo sublime...”<sup>325</sup> No en vano para estos viajeros la experiencia de cruzar la pampa se caracterizó por lo general con términos de desazón; cierto malestar que se agrava al atravesar un escenario excesivamente monótono, que no ofrecía la menor variación ante la mirada. A ello se sumaba la impresión generalizada de atravesar un territorio tenido por salvaje, bajo la constante amenaza de la presencia casi fantasmal de bandas de indios o bandidos que, según decían, en cualquier momento podían volver a asolar los campos y a sus desvalidos habitantes. Para Robert Proctor la presencia de bandidos o “banditti” —usaban la expresión italiana heredada del “Grand Tour”— acentuaba el salvajismo de la pampa, que caracterizaba como “el campo desértico más salvaje imaginable”. Para este autor, las pampas eran “inmensas planicies que se extendían todo lo lejos que el ojo podía alcanzar, con apenas alguna diferencia en la superficie.”<sup>326</sup> Se trataba, según decía, de un escenario “extremadamente aburrido, ya que no hay ningún arbusto en el cual pueda descansar el ojo, ni un refugio excepto las casas de posta, para informarle que está en un mundo habitable”.<sup>327</sup> Luego, agregó que se trata de “el campo menos interesante que pueda encontrarse en el mundo; tan pocos objetos de curiosidad se presentan para romper todo el tedio de las perpetuas planicies e inhabitados desiertos. El ojo termina perfectamente extenuado de buscar algo nuevo”<sup>328</sup>

Esta recurrente imagen del mar de tierra, había sido acuñada previamente y es una fórmula que circula a través de todos estos libros. La imagen se encuentra con anterioridad en el libro “Spanish America or a descriptive, historical, and geographical account of the dominions of Spain in the Western Hemisphere continental and insular” publicado en 1818 por Sir Richard Henry Bonnycastle (1791-1848), un capitán del cuerpo de ingenieros reales que pasó buena parte de su vida en Canadá. En dicho libro, publicado por Longham, Hurst, Rees, Orme, and Brown, Bonnycastle señaló que en la pampa o planicie “el ojo vaga por sobre un espacio que se asemeja a un océano, no interrumpido, salvo por las manchas oscuras formadas aquí y allá por el ganado que pasta, o por los vagones viajando y sus escoltas”<sup>329</sup>. El trabajo de Bonnycastle, no era un libro de viaje o una memoria personal, sino un recuento antológico, basado en información de segunda mano; precisamente la clase de libro que necesitaba un viajero que se aprontaba a cruzar América en el Cono Sur.

Sin embargo, la pampa, no sólo despertó evocaciones asociadas a la vastedad, la monotonía o incluso la libertad de desplazamiento, sino también produjo en algunos de estos autores la impresión de estar viajando para atrás en el tiempo, hacia el pasado, ya que por momentos la pampa parecía ofrecer los remanentes del origen mismo de la

<sup>325</sup> Burke, Edmund. 1824. Sección VII “Vastedad” Pág. 124

<sup>326</sup> Proctor, Robert. 1824. Pág. 13

<sup>327</sup> Proctor, Robert. 1824. Pág. 14

<sup>328</sup> Proctor, Robert. 1824. Págs. 48, 49

<sup>329</sup> Bonnycastle, Richard H. Spanish America or a descriptive, historical, and geographical account of the dominions of Spain in the Western Hemisphere continental and insular”. London: Longham, Hurst, Rees, Orme, and Brown. 1818. Pág. 161

tierra, un período que allí no parecía ser tan remoto. Alexander Caldcleugh, por ejemplo, observa que “los rugosos caminos de la sierra” estaban “salpicados con los escombros de rocas primitivas”<sup>330</sup> y el capitán Head considera que a pesar de tener algunos habitantes, “el estado general del país” le pareció que se conservaba intacto “desde el primer año de la creación”. “Todo el país —continúo— tiene la noble marca de un Creador Omnipotente”<sup>331</sup> Caldcleugh incluso observó como “en diferentes períodos se habían descubierto huesos de “megaterio” (megatherium) en la proximidad de Buenos Aires”<sup>332</sup> y en su mapa hizo una observación del sitio del hallazgo.



*Detalle del mapa del libro *Travels in South America during the years 1819- 20-21 containing an account of the present state of Brazil, Buenos Ayres, and Chile*, donde se aprecia el sitio donde se encontró un diente de mastodonte.*

## Un océano de tierra

Luego de cruzar las pampas, los viajeros se apuraron a cruzar la cordillera de los Andes. El primer avistamiento de estas cumbres nevadas aparece en las travesías narradas en estos diez relatos, como un momento climático. Se trata de un acontecimiento que se presenta con las características de una aparición. Alexander Caldcleugh, escribió: “la puesta del sol desplegó un espectáculo que nada hará olvidar —ni el tiempo podrá borrar de mi memoria. La elevada cortina de los Andes, las grandes paredes que por tanto tiempo ansiosamente había deseado contemplar aparecieron ante

<sup>330</sup> Caldcleugh, Alexander 1825. Pág. 266

<sup>331</sup> Head, Francis Bond Head. 1826. Pág. 5

<sup>332</sup> Caldcleugh, Alexander. 1825. Pág. 155

---

mí...” Tal como señaló este autor, se trataba de un encuentro largamente esperado <sup>333</sup>, sin embargo este primer contacto directo, en este y otros casos pondrá en marcha una serie de referencias o figuras literarias relativas a las montañas y al mundo geológico, que de alguna forma se interpusieron entre este primer encuentro y un repertorio de ideas e imágenes previamente establecidas. Así, las descripciones que hacen los distintos viajeros de este primer contacto son singularmente similares. Peter Schmidtmeier, relató su primer vistazo de las montañas de la siguiente manera: “...fuimos gratificados con la vista de esa elevada cadena; nuestras opiniones al principio estaban divididas entre montañas y nubes, hasta que algunas de ellas, las cuales estaban aquí y allá bordeando la nevada Cordillera, pronto la dejaron, y no quedó más duda. El considerable ángulo que la misma cordillera, formaba con el horizonte, independientemente de las altas cumbres encima de él, era la causa de mucho asombro.” <sup>334</sup> Robert Proctor, por su parte, anotó que el 7 de abril él y su grupo también fueron “gratificados” con su primera vista de la Cordillera de los Andes. “Nadie —añade en su diario— puede imaginar el efecto que la vista de esta estupenda barrera de montañas produce en el viajero. Lo descubrí casi por accidente, porque mientras los peones fueron en busca de caballos, pasamos el tiempo dando vueltas en las inmediaciones: al fin mi vista fue capturada por lo que parecían ser, a una mirada pasajera, blancos pilares de nubes inmóviles. Sin embargo, con un poco de práctica en avistar la tierra desde el mar, pensé que había alguna semejanza con ello, y una vez que se disiparon las brumas interpuestas, se presentó un espectáculo que nunca podré olvidar. Las enormes montañas estaban enteramente cubiertas de nieve, y se elevaban tan alto que nos vimos obligados a forzar nuestros cuellos hacia atrás para poder mirarlas: parecían algo de otro mundo...” <sup>335</sup> La semejanza entre estos dos últimos pasajes es notoria. Ambos viajeros señalan haber sido “gratificados” por un encuentro que les produjo sensaciones de asombro o espanto, en un caso, y la impresión de estar “capturado” por una visión “de otro mundo”, en el otro. Los dos cuentan haberse confundido por un momento entre las cumbres y las nubes que las rodeaban, y tanto Proctor como Caldcleugh observaron que la impresión provocada por la cordillera, que el primero presenta como una “estupenda barrera”, les resultó perturbadora, ya que no encontraron medios para describirla. Los relatos del encuentro de Proctor y Schmidtmeier con las montañas fueron criticados por el viajero Charles Brand, quien en su libro, luego de advertir que su objetivo “no es criticar a otros viajeros, ya que de lo contrario, tendría material suficiente para llenar un volumen sobre quienes ya han escrito sobre Sudamérica”, comenta, sin mencionar a los autores, dos pasajes que pertenecen a los libros de Proctor y Schmidtmeier, señalando que no puede dejar de enmendar y condenar “visiones que nunca existieron y descripciones de peligros imaginarios, y circunstancias expuestas que podrían poner en peligro a cualquier viajero”. Brand observó que Proctor se encontraba a una distancia desde la cual difícilmente podía haber visto algo como lo que describe: “Sólo le preguntaré a este caballero —señala— ¿Qué fue lo que hizo para avistar la cumbre, cuando se encontraba en el valle de Uspallata;

<sup>333</sup> Caldcleugh, Alexander. 1825. Págs 280, 281

<sup>334</sup> Schmidtmeier, Peter. 1824. Pág. 164

<sup>335</sup> Proctor, Robert. 1824. Págs. 45,46

después de que sólo había viajado 100 millas en dirección a él, y le faltaban 69 millas para llegar? ¿Dónde estaba su cabeza en ese momento?...”<sup>336</sup> Luego cita a Schmidtmeyer señalando que la lectura de este párrafo le produjo una seria impresión, antes de entrar a la cordillera de los Andes, “que de no haber sido yo mismo un experimentado viajero, no dudaría en decir que podría haberme influenciado en mi siguiente camino”<sup>337</sup>.

Las críticas que Brand formuló respecto del trabajo de sus predecesores se fundaban en el propósito general que impulsa a estos libros de entregar una visión del recorrido lo más precisa y exacta posible. Sin embargo cuando el propio Brand describe su propia experiencia ante ese escenario, utilizó expresiones prácticamente idénticas a las empleados por los viajeros que él desautoriza. Su descripción es la siguiente: “Entramos al valle de Uspallata, donde la poderosa Cordillera irrumpió ante nuestra vista en toda su terrible magnificencia, cubierta con nieve hasta su misma base. Esta fue la primera vista completa que tuvimos de ella...Ahora, la masa completa irrumpió ante nuestra vista como un mundo de nieve. El asombro me aturdió; con la mayor avidez eché mi cabeza hacia atrás para observar sus poderosas cumbres, que sobresalían en medio de las demás, y pensé que era casi presuntuoso pretender la empresa de atravesarlas.”<sup>338</sup> Luego, agrega que le “sería casi imposible” dar una idea ajustada del espectáculo que lo rodeaba y pensaba que no sería posible que existiera en la naturaleza “una escena más salvaje o grandiosa que ésta”. Sin embargo, esto no le impidió intentar una descripción del “espumeante río” que yacía entre “dos montañas gigantes de casi 1500 pies de alto, y separadas por más de 200 yardas de distancia, ubicadas de tal manera, que para mirar sus cumbres teníamos que reclinar nuestras cabezas completamente detrás de nuestros hombros.” Detrás de todo “se encontraba la poderosa cordillera, una masa de nieve, que surgía para bloquear todo avance posterior. Así estábamos completamente encerrados en una madriguera de poderosas montañas, mirar hacia cualquier lado, atrás, detrás, derecha o izquierda, provocaba asombro —temor y admiración”<sup>339</sup>.

<sup>336</sup> Brand, Charles. 1828. Pág. 222

<sup>337</sup> Brand, Charles. 1828. Pág. 235. No lo dice expresamente, sin embargo, se trata de una cita a la página 123 del libro de Peter Schmidtmeyer.

<sup>338</sup> Brand, Charles. 1828. Págs. 93, 94

<sup>339</sup> Brand, Charles. 1828. Págs. 102, 103





*Cruzar la cordillera en pleno invierno además de causar “temor y admiración” podía ser algo peligroso. Aquí una mula cae despeñada al vacío, un primero de junio. La ilustración pertenece al libro *Travels in South America during the years 1821, 1822...* de Alexander Caldcleugh, publicado por la editorial de John Murray en 1825.*

Las expresiones utilizadas por estos viajeros para describir esta primera escena del esperado cruce por las montañas parecen ser perfectamente intercambiables, aun cuando pueda ellos pongan en duda la veracidad de sus testimonios o los objetan en términos de exactitud y precisión. En todos estos textos circulan expresiones como “terrible magnificencia”, “poderosa cordillera”; en todos ellos sus autores repiten la sensación de haber estado atrapados por la visión y aturcidos por el asombro que esta les causó. Todos, por último, tuvieron que torcer violentamente su cuello, para poder contemplar tan aterrador espectáculo.

Este hincapié en la precisión obedece a razones prácticas más o menos evidentes. La exactitud de la información entregada en estos libros de viajes fue una de las principales justificaciones para que estos se publicaran y circularan entre círculos lectores que por una u otra razón necesitaban tener información fiel respecto de la situación de esta región. Una información errónea o falsa podía exponer a los viajeros a situaciones peligrosas. Así antes de dar una información imprecisa parecía preferible guardar silencio, eso al menos hizo Edward Hibbert quien manifestó que “los Andes chilenos nunca han sido medidos con precisión, y las descripciones de sus respectivas alturas varían de manera tan considerable que casi tengo miedo de fijar cualquier número definido de pies...”<sup>340</sup> Alexander Caldcleugh, por su parte lamentó su “casi total carencia de instrumentos filosóficos”, en medio de los Andes, ya que “los barómetros, que había ordenado traer desde Inglaterra, no habían llegado antes de mi partida de Rio de Janeiro; y de haberme procurado tales instrumentos en Buenos Aires no había ninguna esperanza de imaginar que con su delicadeza hayan podido pasar la Cordillera de los Andes sin

<sup>340</sup> Hibbert, Edward. 1824. Pág. 41

quebrarse”. Caldcleugh concluye señalando que sólo contaba con “un simple instrumento para medir la profundidad y las direcciones de los estratos, y dos pequeños barómetros.”

341

## “La cumbre era grandiosa, horrorosa y magnífica”.

La Cordillera de los Andes y los fenómenos naturales asociados a ella, tales como el estruendo que causaban los ríos que corrían encajonados entre los desfiladeros o las caídas de agua o cataratas; las tormentas que se desencadenan en la mitad del invierno y la inmensidad del cielo estrellado, que permitían las noches pasadas a la intemperie, produjeron en sus autores asombro y horror, e hicieron surgir expresiones que manifestaban la grandeza y magnificencia del escenario natural. Tal es el caso de esta escena presentada por Joseph Andrews mientras atravesaba el desierto en dirección al Pacífico, en la que relata que se encontraba “atravesando las montañas más horrorosamente estupendas” cuya “terrorífica grandeza... no se igualaba a nada que haya visto anteriormente”<sup>342</sup>. O el caso de Charles Brand quien observó que “la vista de la cumbre era grandiosa, horrorosa y magnífica.”<sup>343</sup> Robert Proctor, por su parte señaló que su grupo se detuvo a acampar de noche en un lugar “grandioso y horroroso —en el lecho seco de un torrente, el cual, a pesar de lo disminuido, rugía en la distancia, mientras que las elevadas montañas, las cuales aquí se aproximaban muy cerca cada una de la otra, elevaban sus sublimes cabezas a los cielos.”<sup>344</sup> El mismo viajero, relató que algunos días después, finalizando su penosa travesía por los Andes, vio como detrás de su caravana no había nada más “que el valle que habían abandonado, en una inconmensurable profundidad, tenebrosa y solitaria: arriba nuestro, a cada lado, estaban las despeñadas cumbres y las puntas de las montañas cubiertas de nieve, que despuntaban todavía más alto hacia los cielos: ante nosotros la vista era todavía más tétrica y poco prometedor. Enormes montañas negras se apilaban juntas sin orden, y parecían mucho más desoladas y salvajes que las que ya habíamos atravesado. El descenso parecía solo conducirnos a una sombría guarida bajo el camino, mirarla casi nos producía mareo, ya que era mucho más escarpada y despeñada que el ascenso del otro lado.”<sup>345</sup> Edward Hibbert señaló que también fue “recompensado”, al llegar a la cumbre después de mucho esfuerzo, por una escena que era “grandiosa y magnífica en extremo”<sup>346</sup>.

<sup>341</sup> Caldcleugh, Alexander. 1825. Págs. 304, 305

<sup>342</sup> Andrews, Joseph. 1826. Sec. vol. Págs. 133, 134

<sup>343</sup> Brand, Charles. 1828. Pág. 144

<sup>344</sup> Proctor, Robert. 1824. Pág. 67

<sup>345</sup> Proctor, Robert. 1825. Págs. 79, 80



*Ascendiendo la cumbre de los Andes en agosto. “En lo más profundo del invierno”. Grabado a partir de una ilustración de Charles Brand, incluida en Journal of a Voyage to Peru: A Passage Across the Cordillera of the Andes, in the Winter of 1827. Performed on Foot in the Snow, and a Journey Across the Pampas. Brand recalcó que había cruzado la cordillera a pie.*

Fragmentos como los anteriores, se encuentran cargados de expresiones antinómicas tales como “grandiosa”, “horrorosa” y “magnífica”, que son variantes de aquella paradoja del “agradable horror” acuñada Joseph Addison. Una ambigüedad que en estos casos también evoca al violento choque de las fuerzas naturales del escenario montañoso que pretendían describir. Perspectivas ante las cuales el viajero respondió con un sentimiento complejo, en el que se entremezclaban el pasmo, la sorpresa, el placer y el terror o el horror. Francis Head observó que “...las formas de las montañas, y los salvajes grupos en los que estaban irguiéndose como una torre una sobre la otra, sólo

<sup>346</sup> Hibbert, Edward. 1824. Pág. 88

podían verse con pasmo y admiración” y que “la vista desde la cumbre era magnífica —era sublime; pero era, al mismo tiempo, tan terrible, que uno apenas podía evitar estremecerse”. Desde otra cumbre el mismo viajero pudo ver hacia abajo, y encontró más montañas con sus cumbres nevadas. La escena le pareció “triste e inhóspita”, pero también “un cuadro tan magnífico como sublime”.<sup>347</sup>



*Ilustración del libro de Charles Brand. Journal of a Voyage to Peru: A Passage Across the Cordillera of the Andes, in the Winter of 1827. Performed on Foot in the Snow, and a Journey Across the Pampas. El autor observó que los ingleses se demoraron en animarse a bajar la ladera nevada deslizándose por la nieve tal como sus guías. El descenso tenía sus riesgos, el bastón servía de freno.*

Una noche de tormenta en pleno invierno, en medio de las montañas, era una prueba difícil para los viajeros que atravesaban la cordillera y muchos de ellos vivieron esta experiencia. Joseph Andrews describe una tormenta refiriéndose a las estrellas como “la artillería del cielo” que “tocó a lo largo y alrededor de las ceñudas cumbres, en reiterados

<sup>347</sup> Head, Francis Bond. 1826. Págs. 156, 175, 229

truenos a los cuales ninguna comparación puede hacer justicia”. La tormenta, añade, le “hizo sentir cuan pequeños y mezquinos éramos nosotros, ante la magnitud de los agentes de la naturaleza en colisión”<sup>348</sup> En otra ocasión describe una tormenta “cuyas reverberaciones eran tan horrorosas, tan grandiosamente sublimes en su sonido, replicadas por el eco de una montaña a otra, a lo largo del valle y el acantilado, que ninguna pluma puede hacerle justicia —las maravillas de los Andes se ciernen más allá del poder del lenguaje para poder ser descritas. Deben de ser vistas para que conocer los terrores de su majestuosidad.”<sup>349</sup> No hacían falta truenos para que el cielo nocturno pudiera ofrecer una perspectiva asombrosa. A Samuel Haigh le pareció que “el cielo sin nubes tachonado con estrellas, que esparcían un brillo pocas veces visto en Europa, junto con las constelaciones de la Gran Cruz del Sur, y las nubes de Magallanes, le daban una sensación sublime a la noche chilena”<sup>350</sup>

Expresiones como las utilizadas en estas descripciones pueden ser interpretadas como un testimonio de la radical distancia que estos viajeros percibieron entre ellos y el paisaje por el que viajaron. La naturaleza al ser percibida como algo grandioso y terrible se presentaba como algo radicalmente al margen del ámbito humano. Se trataba también de un escenario ante el cual estos viajeros se minimizaron o empequeñecieron. No sólo en cuanto a su tamaño sino también en la medida en que aparecen desvalidos en sus capacidades, ya que el viajero no sólo no podía concebir este escenario estremecedor ante el cual se enfrentaba por primera vez, sino que tampoco pudo encontrar palabras que fueran capaces de describirlo correctamente y que pudieran expresar y transmitir a sus lectores una imagen satisfactoria de ellos. Una imagen que pudiera comunicar su novedad y grandeza, provocando en ellos sensaciones similares a las que habían experimentado ellos mismos. Este último es uno de los “problemas” que acarrea la experiencia de lo sublime, un “problema” que en cierta medida, es también un elemento constitutivo de la misma experiencia, ya que esta impotencia o inhabilidad del espectador de entregar una expresión adecuada de algo que resulta inefable resultaba siendo en definitiva el mejor homenaje, que podía hacerse a la naturaleza sublime. Como señala Malcolm Andrews, todo esto también puede interpretarse como “una manera de dramatizar la impotencia humana”, que al final era “una de las experiencias claves de lo sublime”. Sin embargo, Andrews advierte que esta incoherencia estratégica podía terminar convirtiéndose al cabo de un rato, en un cliché o una muletilla o recurso de estilo, donde en definitiva poco importa si efectivamente se da una descripción auténtica de este tipo de experiencias y lo que se privilegia es producir un texto de acuerdo con cierto estilo<sup>351</sup>.

En estos diez textos abundan expresiones o manifestaciones de esta clase de impotencia expresiva. Samuel Haigh, por ejemplo, ante el paisaje de Arequipa, en lo que

---

<sup>348</sup> Andrews, Joseph. 1827. Sec Vol. Pág. 137

<sup>349</sup> Andrews, Joseph. 1827. Sec Vol. Pág. 152

<sup>350</sup> Haigh, Samuel. 1831. Pág. 128

<sup>351</sup> Andrews, Malcolm. 1999. Pág. 135

entonces era el sur de Perú, señala que “la vista distante es magnífica en extremo; las altas y majestuosas montañas cubiertas de nieve, se extendían hacia el noreste en una diversificada grandeza, no se iguala a nada que yo haya visto alguna vez. Los diversos tintes que adquieren las montañas, cuando el sol lanza sobre ellas sus horizontales rayos, presentan una escena que no admite descripción”<sup>352</sup> Con regularidad se suceden también este tipo de “escenas que no admiten descripción” pero, sin embargo, rara vez se trata de lugares cuya descripción fuera del todo imposible, ya que estos viajeros las describieron echando mano de algunas referencias artísticas o pictóricas y a los medios expresivos del arte, tales como la paleta del pintor o a referencias literarias provenientes de la literatura romántica, como las novelas del novelista y escritor escocés Sir Walter Scott. Con el propósito “llevarles” a sus lectores estas escenas novedosas mediante referencias culturales que fueran fácilmente asimilables por ellos ya que podrían haber reconocer algo que hubieran apreciado previamente en alguna obra artística romántica, ya sean pinturas, novelas o poemas. Es así como por ejemplo, Edward Hibbert, señala que “en la puesta del sol, tuvimos el brillo acostumbrado, tintes de color para los cuales el arte no tiene medios de expresión, y un escenario cuya grandeza desafía toda descripción”<sup>353</sup> y Joseph Andrews observa que la situación por la cual pasó era una “escena adecuada para una novela”. “Aquí —añade— podría la pluma de (Walter) Scott pintar un escenario nuevo para el ojo europeo, y transformarlo en la morada de un amor triunfante o de un heroísmo que no tuvo la misma suerte. Aquí había grandeza, y belleza, y variedad suficiente para extenuar su vigorosa pluma”.<sup>354</sup> Más adelante, subiendo las montañas de los Andes, el mismo Andrews comenta que “nunca se ha presentado en cualquier otro lugar una vista de montaña más poderosa ante el ojo humano. Era una pintura para ser observada en silencio, porque el lenguaje se habría quebrado ante la profunda admiración en la que me sentí absorto”.<sup>355</sup> Por su parte, Samuel Haigh, señaló que la habitación de los gauchos en las pampas, tenía una atmósfera que se asemejaba a “los sombríos fantasmas en los poemas de Ossian”.<sup>356</sup>

<sup>352</sup> Haigh, Samuel. 1831. Pág. 393

<sup>353</sup> Hibbert, Edward. 1824. Pág. 35

<sup>354</sup> Andrews, Joseph. 1827. Sec. Vol. Pág. 11

<sup>355</sup> Andrews, Joseph 1827. Sec Vol. Pág. 156

<sup>356</sup> Haigh, Samuel. 1831. Pág. 57



*Campamento en Villavicencio, según una imagen tomada de Travels into Chile, over the Andes in the years 1820 and 1821, with some sketches of the productions and agriculture, mines and metallurgy; inhabitants, history and other features of America; particularly of Chile and Arauco de Peter Schmidtmeier. Litografía de A. Aglio hecha a partir de una ilustración tomada del natural por el autor.*

Este proceso de apreciar y describir el escenario natural como si se tratase de un paisaje pintado, encontró su manifestación más conspicua en el advenimiento de la estética de lo pintoresco. En 1757 Edmund Burke distinguió entre diferentes clases de gusto, contrastando las sensaciones producidas por lo bello con las que producía lo sublime. Entre estas dos el clérigo William Gilpin introdujo hacia 1770 la categoría de lo pintoresco, que no era suave y terso como la belleza, ni poderoso u oscuro como lo sublime, sino que irregular, áspero y asimétrico<sup>357</sup>.

<sup>357</sup> Brewer, John. 1997. Pág. 649



## Lo pintoresco

La estética de lo pintoresco podría definirse como el proceso de dar una respuesta a lo desconocido o lo nuevo, mediante una imagen proveniente del arte, ya sean pinturas y por extensión a novelas o romances que a su vez habían articulado respuestas semejantes. Esta respuesta estética se convirtió en una forma de ver la naturaleza, que apreciaba y valoraba un paisaje en la medida en que éste tuviera el poder de despertar asociaciones estéticas. Históricamente, lo pintoresco, de acuerdo a lo que señala Malcolm Andrews encerró una paradoja, ya que si bien por una parte se exaltaba al escenario natural, por su estado virginal, alejado del mundo del arte y el artificio, y se deleitaba en los resultados del accidente, el poder del tiempo y el crecimiento orgánico, celebrando lo extraño, lo salvaje y lo espontáneo; se nutría también de referencias o modelos de belleza provenientes de la pintura italiana y holandesa del siglo XVII, absorbiendo y reproduciendo imágenes, que volvían cada vez más familiar lo extraño y salvaje, neutralizando su propio atractivo original. Lo pintoresco de esta manera domestica el escenario natural reduciendo gradualmente su poder intimidante, diluyendo su extrañeza en una familiaridad consoladora; acomodándolo dentro de la experiencia de lo habitual, ya sea como una experiencia artística o como mera atracción turística. A través de lo pintoresco, en los términos de Andrews, se produce una “colonización estética del paisaje”<sup>358</sup>

De acuerdo a este autor, el gesto característico de lo pintoresco en términos generales es “acomodar, casi como un reflejo, la experiencia ante un escenario dado a convenciones pictóricas familiares”. Reduciendo así su carácter novedoso, uniformando su variedad tendiendo a que paisajes diferentes terminen pareciéndose entre ellos.<sup>359</sup>

Como señala Christopher Woodward, antes del surgimiento de esta forma de ver, las casas de campo de techumbres de paja y los molinos destartados, que no eran considerados aptos para figurar en un paisaje diseñado, así como tampoco lo eran las ruinas góticas, o los nudosos robles, o los viejos muros cubiertos de hiedra, pasaron a adquirir señorío estético.<sup>360</sup>

En la Inglaterra del siglo XVIII, lo pintoresco fue la expresión artística de la nueva “filosofía de asociación”, con anterioridad a este momento la belleza se juzgaba por leyes clásicas y el diseño arquitectónico se basaba en proporciones matemáticas. La belleza perfecta era considerada una configuración geométrica objetiva, en circunstancias que la belleza pintoresca fue la primera estética en sugerir que la belleza podía ser de carácter subjetivo, trasladando a las artes visuales una teoría según la cual la mente trabajaba por

<sup>358</sup> Andrews, Malcolm. 1999. Pág. 129

<sup>359</sup> Andrews, Malcolm. 1999. Pág. 131

<sup>360</sup> Woodward, Christopher. In Ruins. London. Random House. 2001. Pág. 119



la asociación. Lo pintoresco era una forma de mirar que se nutría de los métodos de composición de pintores del siglo XVII como Claude Lorrain y Salvatore Rosa, a través de los cuales esta se remontaba hasta los modos clásicos del Renacimiento. La composición pintoresca se basaba en una geometría que proporcionaba una estructura lineal esencial, que enmarcaba una escena natural mediante un encuadre. Esto, más el uso de gradaciones de tonos contrastados relativa o agudamente, permitían que una pintura se volviera el correlato de un sentimiento humano que podía ser de serenidad, nostalgia, reposo, temor o fe. Se trataba entonces de paisajes estructurados que se vinculaban o “asociaban” a sentimientos. Así como sucede ante el escenario de lo sublime, lo pintoresco también ofrecía un repertorio determinado de expresiones y sensaciones disponibles frente a distintos aspectos de la naturaleza. Lo pintoresco implicaba entonces no sólo el despliegue de asociaciones artísticas sino también el despliegue de asociaciones morales complejas. De modo que el paisaje natural podía ser objeto de representaciones diferentes e incluso contradictorias.<sup>361</sup>

En el caso de estos viajeros los recursos de lo pintoresco surgieron para reducir a moldes familiares la novedad de una naturaleza que aparecía a los ojos de estos espectadores como radicalmente distinta a todo cuanto habían visto previamente. En las planicies de la Pampa, la escena pintoresca sirvió de alivio para la vastedad y como reposo para la vista ante un paisaje que se describía como un escenario fatigosamente monótono. En las cordilleras, lo pintoresco surgió mediante imágenes que probadamente conjuraron y evocaron sentimientos a través de imágenes convencionales que reducían la radicalidad y aspereza de las cumbres andinas. En ambos casos se trató de la adecuación del escenario observado a escenas que vincularon o “llevaron”<sup>362</sup>, debidamente procesado, un escenario extraño a una audiencia metropolitana que podía reconocerlo en un repertorio de imágenes o asociaciones familiares. Como señala John Brewer la naturaleza era algo que debía ser atrapado, coleccionado y llevado de regreso a la sociedad culta, donde podía admirarse como un trofeo. Los relatos de viajes contribuyeron a un proceso en que la naturaleza desconocida fue exotizada y en dicho proceso la estética de lo pintoresco tuvo un papel paradójico. El culto de lo pintoresco implicaba traducir lo que a la distancia parece salvaje e indomable en algo más ordenado y civilizado que podía ser apreciado por la audiencia metropolitana en la comodidad de la casa.

Lo pintoresco actuaba cuando podía posarse figurativamente un marco sobre la naturaleza en el cual se reunieran algunos elementos convencionales que formaran “vistas” o “escenas” o “cuadros”, casi como si se tratara de un montaje de utilería teatral. El espectador, mentalmente en este caso, armaba composiciones que reproducían mediante una selección y una síntesis una escena proveniente de la pintura o la literatura y la visualizaban en medio de un escenario que no había sido descrito en estos términos. En estos libros, hay dos tipos de escenas o vistas que llaman la atención por su recurrencia. Una de ellas evoca escenas de la vida en el campo, no escenas de labores cotidianas asociadas al trabajo y la producción, sino que manifestaciones de la vida rural

---

<sup>361</sup> Brewer, John. 1997. Pág. 650

<sup>362</sup> Pagden, Anthony. 1993. Págs. 21 y siguientes

en su dimensión más salvaje. Es así como, por ejemplo, que la imagen del gaucho se convirtió en un emblema que evocaba ideas de salvajismo, libertad e independencia. Head, por ejemplo, señaló: “El pasto áspero es el único producto; y en el verano, cuando está crecido, es hermoso ver el efecto del viento al pasar por encima de esta extensión salvaje de pasto ondulante: son hermosas las sombras entre el café y el amarillo —la escena se sitúa más allá de toda descripción— no hay habitación ni ser humano a la vista, salvo ocasionalmente la salvaje y pintoresca silueta del gaucho en el horizonte”.<sup>363</sup>

A continuación también son frecuentes las descripciones que narraban el final de una jornada de travesía, cuando los gauchos o los peones se reunían alrededor del fuego, tal como sucede en esta imagen que entregó Peter Schmidtmeier: “La escena, triste y sin vida que nos rodeaba, se llenó de pronto de animación en el lugar donde estábamos. Luego se vio un gran fuego y se escuchó el crepitar la madera, y, con un ruido todavía más alegre la carne que se asaba sobre él. El agua para los mates hervía con fuerza. Incluso podía esperarse el lujo de dos platos: cebollas con pimientos estaban listos para ser vertidos en un potaje de carne, y darle un sabor tan grande, como el que nunca produjo la más consumada ciencia y ejecución de un profesor en gastronomía presidiendo sobre un diestro cocinero, a un paladar digno de un príncipe y un matiz más rico que el que nunca diera un Salvator Rosa a una puesta de sol en un cielo italiano. No, incluso más que esto: porque el esquisto y el porfirio estaban en todos lados replicando el sonido y el estallido de los morteros, que molían la *carne*, o carne seca para nuestros muleteros y peones...”<sup>364</sup>

---

<sup>363</sup> Head, Francis B. 1826. Pág. 146

<sup>364</sup> Schmidtmeier, Peter. 1825. Pág. 214



*Un alto en el camino, en los Baños de Cauquenes. Escenas como esta perteneciente al libro *Travels into Chile, over the Andes in the years 1820 and 1821, with some sketches of the productions and agriculture, mines and metallurgy; inhabitants, history and other features of America; particularly of Chile and Arauco de Schmidtmeier*, dibujada en el lugar por James Paroisien y litografiada por A. Aglio, son recurrentes en estos libros.*



*Un alto en el camino, en los Baños de Cauquenes. Escenas como esta perteneciente al libro *Travels into Chile, over the Andes in the years 1820 and 1821, with some sketches of the productions and agriculture, mines and metallurgy; inhabitants, history and other features of America; particularly of Chile and Arauco de Schmidtmeier*, dibujada en el lugar por James Paroisien y litografiada por A. Aglio, son recurrentes en estos libros.*



*Se trata de una escena característica de la pintura romántica. Thomas Gainsborough, (1727-1788) por ejemplo pintó hacia fines del siglo XVIII estos Landscape with Gypsies y Gypsie Encampment Sunset, en los que puede verse una escena similar*

Es interesante observar que lo pintoresco se aplicó no sólo ante el paisaje sino que también a sus habitantes, que de alguna forma, se percibían como integrados a él, como árboles o rocas, en un marcado contraste con los viajeros, quienes expresaban su total alienación respecto de una naturaleza percibida como salvaje, terrible e inabarcable. En esta última cita de Schmidtmeyer, llama la atención su referencia a Salvatore Rosa, el pintor napolitano del siglo XVII que comúnmente se señala como uno de los artistas que inauguraron el gusto por lo pintoresco, lo que termina por convertir a la escena en una referencia perfectamente formularia de la idea de lo pintoresco. Otro detalle importante es el hecho de que esta cita provenga de un escritor suizo, que utilizó con propiedad figuras retóricas que tradicionalmente se han atribuido al romanticismo inglés del siglo XIX. Esto, entre otras cosas, podría darnos una pista acerca de porque él ha sido generalmente considerado por muchos autores posteriores como un viajero inglés disfrazado.

La otra escena pintoresca recurrente en estos relatos se articula cuando se reúnan en un marco determinados elementos como muros o cercos desmoronados, una huerta, un arroyo o una pequeña caída de agua, algunos animales pastando en desorden, un fondo de montañas y edificios en ruinas. Una vez más, se trata de escenas campestres en las cuales por lo general a la distancia se ve todo cultivado pero que en una inspección más próxima se evidencia la falta de industria o aseo, elementos que normalmente son objeto de una valoración negativa. Esto último, en este y otros casos se mitiga, o condona, por la comparecencia de lo pintoresco. Tal como puede verse en esta

Lámina de *Travels into Chile, over the Andes in the years 1820 and 1821...* de Schmidtmeier, que reproduce el rincón de Portezuelo, con sus señoritas encantadoras y abundante vegetación, como una isla en medio del océano de tierra de la pampa.



Es así, por ejemplo, como Robert Proctor señala que “la única escena agradable que (vio) vimos en Chile” fue “una vista de un campo bien cultivado”. “Viajamos —añade— alrededor de una legua a través de pequeños cotos de alfalfa y trébol, y campos donde el grueso rastrojo amarillo mostraba que acababa de sacarse una abundante cosecha de trigo. Nos topamos con unos pocos “ranchos” de barro dispersos a lo largo del camino, el cual, a pesar de ser ofensivamente sucio era muy pintoresco, desde su situación en el medio de los huertos de manzanos e higueras, mientras los techos están generalmente cubiertos por deliciosas uvas”.<sup>365</sup> Otra escena pintoresca característica es esta, que el mismo Proctor describió en los alrededores de Lima: “...la pequeña villa de Yasso estaba ubicada en la situación más romántica, con sus campos verdes y árboles frutales casi

<sup>365</sup> Proctor, Robert. 1825. Págs. 86, 87

colgando por sobre el torrente, que corría a lo largo, golpeando su blanca espuma contra los grandes fragmentos de roca que obstruían su curso. La escena se hizo más pintoresca por las ruinas de un gran edificio, el cual tenía el aspecto de los restos de un edificio gótico, pero al averiguar supe, que sólo había sido un ingenio, o un horno de fundición para la plata: estaba en decadencia, así como la mina a la cual pertenecía”<sup>366</sup> Esta descripción introduce un elemento fundamental de la estética de lo pintoresco que son las ruinas, ya que tal como ha observado Nigel Leask, el término pintoresco fue definido en 1794 por el teórico inglés Uvedal Price, uno de los más influyentes teóricos de esta fórmula estética, no sólo como una referencia a una visión del paisaje para el arte de la pintura, sino también en alusión a los efectos ruinosos que pueden observarse tanto en la naturaleza como en la cultura.<sup>367</sup>

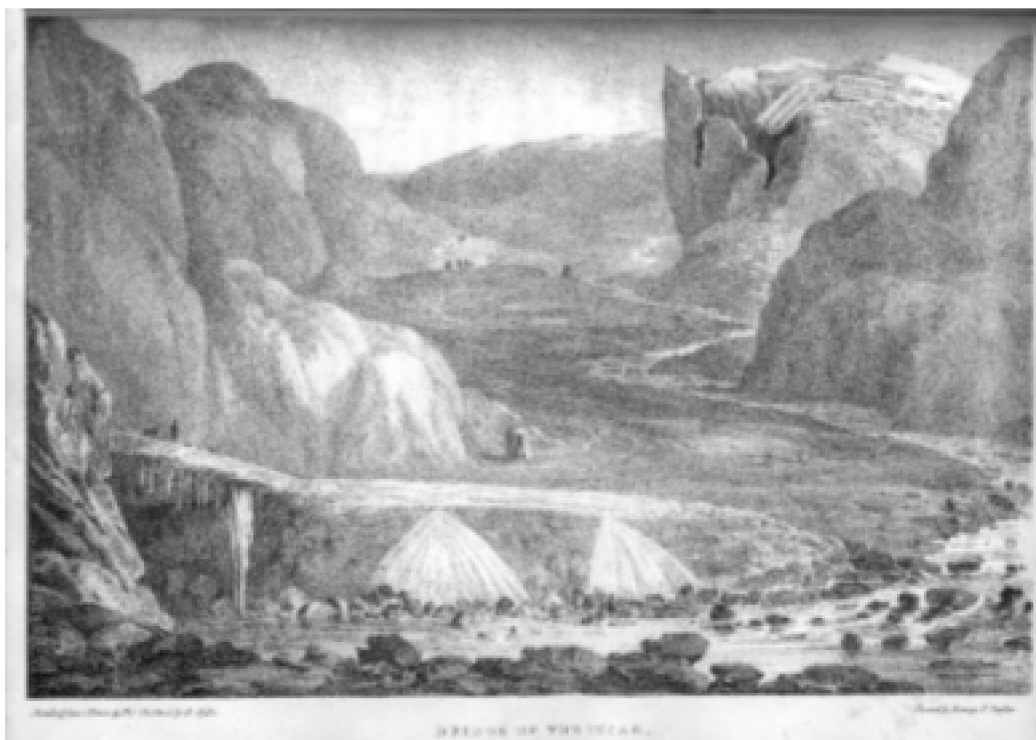
Las ruinas fueron una ocasión fructífera para hacer meditaciones, en la medida en que ellas evidenciaban tanto los efectos del tiempo como las consecuencias que en ellas habían tenido las obras del hombre. Así Joseph Andrews meditó ante las ruinas de los establecimientos jesuitas de Sinsacate, Córdoba. observando como “el lugar, altamente favorecido por la naturaleza, había sido alguna vez el orgullo del arte, pero ahora se había vuelto un monumento de decadencia”.<sup>368</sup> Ante estas mismas ruinas, este autor señaló que se trataba de “las tristes reliquias del sistema más artero y exhaustivo, que el ingenio del hombre había ideado para subvertir los mejores principios de nuestra naturaleza.”<sup>369</sup>

<sup>366</sup> Proctor, Robert 1825. Pág.309.

<sup>367</sup> Rubiés, Joan Paul and Elsner Jás. *Voyages and Visions*. Leask, Nigel. “The Ghost in Chapultepec”. London: Reaktion, 1999. Pág. 195

<sup>368</sup> Andrews, Joseph 1827. Págs. 102, 103

<sup>369</sup> Andrews, Joseph 1827. Págs. 102, 103



*Puente del Inca, de Schmidtmeier. En la cumbre contigua el viajero observó las ruinas de una edificación primitiva*

En estos relatos hay ruinas por montones. Es frecuente, por ejemplo, que en medio de las montañas las rocas presenten el aspecto de enormes castillos derruidos o edificios geológicos, sacados de un cuento o un romance. Haigh observó entre los acantilados “La fantástica apariencia de las altos acantilados colgantes, en ambos lados del valle, tenía un efecto muy pintoresco; algunas de estas rocas, a la distancia, tenían el aspecto de un gigantesco castillo encantado, como lo describe un romance oriental”<sup>370</sup> y Schmidtmeier admitió que “un montón de una arenisca suave y gruesa, ligeramente teñida de rojo, verde y amarillo” a lo lejos le pareció como “las ruinas de una catedral gótica de una magnitud proporcional al escenario, con grandes y numerosas lápidas delante de ella, medio enterradas en la arena o fragmentos separados del edificio; cuyo admirable efecto se hacía todavía más sorprendente por algo de un poco de nieve en el techo”<sup>371</sup> Francis Head vio también, al otro lado de un río, “una de las formaciones geológicas más singulares de las que hemos sido testigo. En la cumbre de un acantilado había una enorme montaña perpendicular de porfirio, quebrada en almenas y torres, que le daban exactamente la apariencia de un viejo castillo, a escala, sin embargo, era totalmente el tema de una novela.”<sup>372</sup> Entre Tupiza y Cotagaita, al sur de Potosí en lo que hoy es Bolivia, a Joseph Andrews las cumbres de las montañas le parecieron “pináculos y torres,

<sup>370</sup> Haigh, Samuel. 1831. Págs. 119 120

<sup>371</sup> Schmidtmeier, Peter. 1825. Pág. 219

<sup>372</sup> Head, Francis Bond. 1826. Pág. 160

presentando la apariencia de abadías arruinadas o de pueblos moriscos dilapidados. Nada puede ser más sombrío y melancólico que estas eminencias que naturalmente tienen la forma de castillos.”<sup>373</sup> John Miers, cruzando la cordillera observó como sobresalía una formación de roca que le pareció un “vasto castillo” de forma cuadrada, flanqueado por torres. Tanto le impactó este “castillo de cuentos de hadas”, ubicado en una eminencia de alrededor de 1500 pies por sobre un ancho valle, que se dio el tiempo de dibujarlo.<sup>374</sup>

Para estos viajeros las ruinas fueron tanto el testimonio de la agencia del hombre como los vestigios de una o más convulsiones geológicas, que habían ocurrido incluso de manera reciente. Tanto en caso como en el otro hay un paralelo entre las ruinas y las grandes convulsiones o revoluciones, sean estas de naturaleza geológica o de carácter político. Las descripciones que consignó Anton Zachariah Helms en su viaje por el Alto Perú a fines del siglo XVIII de las convulsiones geológicas andinas tienen un paralelo con la revolución indígena de Tupac Amaru a la que Helms le atribuyó el estado de abandono de algunas de las minas de la región.<sup>375</sup> Algunos años más tarde, hacia 1822, cuando el capitán inglés Basil Hall que había sido enviado a las costas del Pacífico Sur, en una misión destinada a examinar las potencialidades de las minas de la región, presencié los efectos del terremoto que sacudió Chile en 1822, observó que así como habían terremotos de índole natural capaces de sacudir dramáticamente la tierra, también había terremotos humanos como las revoluciones, que podían poner a la sociedad en ruinas. Las revoluciones a las que aludía el capitán Hall eran evidentemente las guerras de la independencia, las cuales a sus ojos habían desmantelado el orden colonial tradicional, sumiendo a estos países en una atmósfera de caos y desgobierno, que afectaba severamente a sus habitantes.

En la mayoría de estos libros de viajes se observa un paralelo entre la revolución política de la Independencia americana —entendiendo por revolución la acepción ideológica que tenían las revoluciones francesa y americana y no su sentido estricto, es decir de ser una vuelta completa al origen— y las recientes convulsiones geológicas que habían modelado la geografía física de la región. Ambas conmociones, una de orden político y las otras de orden natural o físico, habían dejado en ruinas tanto al mundo natural como al orden social. Esta impresión general de atravesar un mundo en ruinas tuvo implicancias de carácter cultural y político, en la medida en que el correlato humano de aquellas convulsiones que habían triturado los bloques de granito había puesto a las ciudades, campos y minas en un total estado de abandono. Un diagnóstico que sirvió como un mecanismo que justificó la presencia de la empresa civilizadora inglesa.

---

<sup>373</sup> Andrews, Joseph. 1826. Second Vol. Págs. 70,71

<sup>374</sup> Miers, John. 1826. Pág. 306

<sup>375</sup> Helms, Anton Zachariah. 1806. Págs. 57, 58



## V Naturaleza productiva

En las visiones de lo sublime y lo pintoresco generalmente se enfrentaban o entrecruzaban distintas visiones del paisaje y el mundo natural que resultaban opuestas y en ocasiones incluso paradójales o contradictorias. Algo que no debiera resultar demasiado extraño, tomando en cuenta que la retórica de lo sublime surgía a partir de una ambigüedad y que lo pintoresco sugería y ponía en movimiento actitudes complejas sobre el mundo natural que no siempre armonizaban sino que apuntaban hacia diversas direcciones. Esto se debe, según sugiere Brewer, a que la visión del paisaje o el mundo natural era de naturaleza dinámica, mutable y compleja, y no se trataba de algo que pudiera darse por sentado fácilmente. Una de las contradicciones o paradojas más llamativas que se observa en la visión del mundo natural expresada por estos autores se encuentra en el enfrentamiento de dos discursos sobre la naturaleza que surgieron de manera paralela en el siglo XVIII, comúnmente conocido como la era de la “Ilustración” o la “Era de la Razón”. Es algo curioso que la retórica de lo sublime se haya articulado con tanto entusiasmo en medio de esta época, ya que, tal como observa Malcolm Andrews, la experiencia de lo sublime era, casi por definición en la medida en que irrumpía en la mentalidad racional concentrando su fuerza en las emociones una subversión del orden, la coherencia o la organización estructurada. Algo que a primera vista aparece en total discrepancia con los valores tradicionalmente asociados con el siglo XVIII europeo. La oscuridad, las tinieblas, la casi total pérdida del control visual e intelectual sobre el medio, son valores que discrepan con las “luces” que desplegó con tanto orgullo la Ilustración europea en el siglo XVIII, sin embargo estos son precisamente los atractivos en los cuales se fundó la experiencia de lo sublime, tal como los propuso Edmund Burke en su

obra que tuvo una enorme influencia en la estética europea.<sup>376</sup>

Lo sublime, por otra parte estimulaba un radical distanciamiento o extrañamiento entre el hombre y el mundo natural, tal como se ve en las descripciones formuladas por estos autores en las que la naturaleza aparece al margen del ámbito de lo humano, que aquí figura empequeñecido y minimizado. Esto, por otra parte, entra en abierta contradicción con otra tendencia que dominó en el pensamiento ilustrado que desarrolló una dimensión utilitaria de la naturaleza, o en otros términos, una visión esencialmente optimista de ésta, opuesta al fatalismo de épocas anteriores en las cuales la naturaleza se veía con un sesgo pesimista.

La llamada “filosofía natural”, fue una de las innovaciones propias del siglo XVII que el discurso ilustrado asimiló e incorporó dentro de su propio acervo cultural constituyéndose entre ambos una alianza formidable. A partir de esta se argumentó de que así como “de un reloj podía inferirse la existencia de un relojero, del estado de cosas de la naturaleza podía igualmente, inferirse la existencia de un relojero divino”, es decir un artífice que había puesto en marcha un prodigioso artefacto que funcionaba siguiendo leyes que eran susceptibles de ser descubiertas y expresadas de manera matemática.<sup>377</sup> Fue así como el “ecopesimismo” teológico, que caracterizó a visiones del mundo como la que propugnaba Thomas Burnet, fue desafiado por una visión esencialmente optimista de la naturaleza que el pensamiento ilustrado asumió en plenitud, aun cuando paradójicamente habían surgido a partir de obras como la del propio Burnet, para quien la tierra era un gran valle de lágrimas.<sup>378</sup> Según el fallecido historiador Roy Porter, la actitud característica de la ilustración inglesa hacia la naturaleza fue este carácter positivo que se expresaba en el descubrimiento, la apertura, observación y experimentación del mundo natural.<sup>379</sup> Un mundo natural, valga la redundancia, cada vez más “naturalizado” o “desespiritado”; despojado de la presencia divina.

Esta nueva actitud reafirmaba los derechos que el hombre tenía sobre la tierra en la que le había tocado vivir<sup>380</sup>, una naturaleza que “podía ser pesada, medida y dominada”. Más aún no se trataba sólo de un derecho sino también de un deber de aplicarse a esta conquista de la naturaleza, para, en palabras de Francis Bacon, “gloria de Dios y alivio de la condición humana”. La naturaleza ya no era sagrada, ni tenía un alma y no había nada de impío en el hecho de utilizarla y dominarla. El progreso de la ciencia se volvió así el pivote de la propaganda ilustrada y la ciencia fue promovida en su dimensión más utilitaria, como un motor de progreso para la nación.<sup>381</sup> El prestigio de la ciencia creció, y

<sup>376</sup> Andrews, Malcolm. 1999. Pág. 132

<sup>377</sup> Porter, Roy. 2001. Págs. 138,139

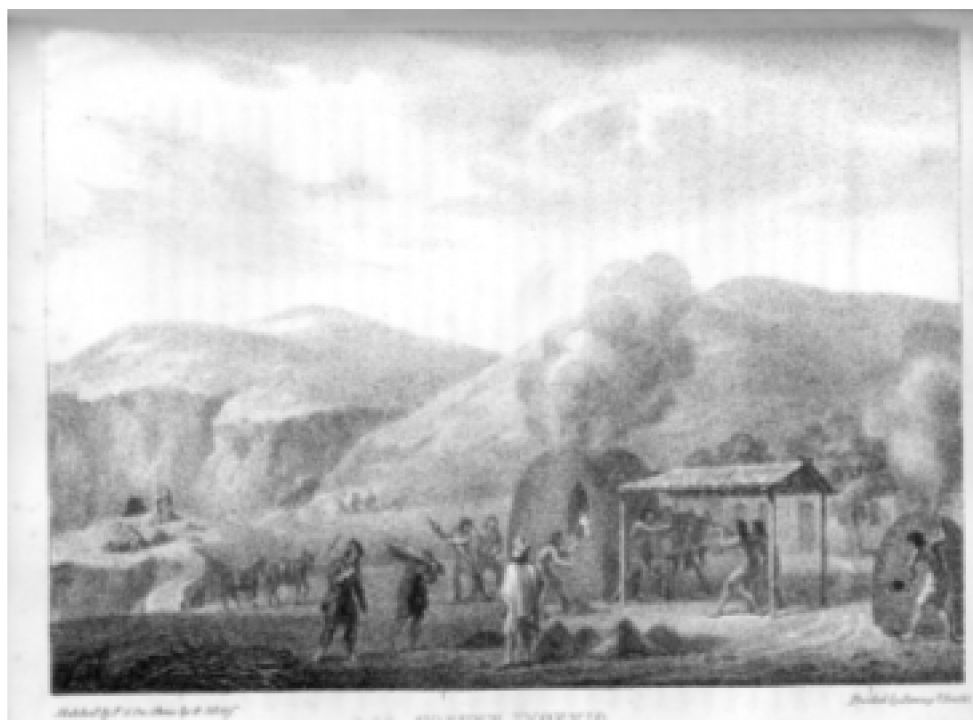
<sup>378</sup> Porter, Roy. 2001. Pág. 300

<sup>379</sup> Porter, Roy. 2001. Pág. 51

<sup>380</sup> Porter, Roy. 2001. Pág. 140

<sup>381</sup> Porter, Roy. 2001. Pág. 144

fue ampliando los horizontes y alimentando las esperanzas del hombre humanas: “todo parecía entonces estar abierto a investigación, a la medición y el análisis”. Proliferaron tablas de mediciones y censos cuantitativos y creció la convicción de que no sólo los eventos naturales y los sucesos sociales eran fundamentalmente gobernados por la ley natural, y eran por lo tanto susceptibles de “enumeración científica, explicación y control.”<sup>382</sup> Aquella visión de desperdicio y ruina universal, propugnada por Burnet y otros, fue removida, y la mente se obsequió con el agradable prospecto de una sabia y duradera previsión para la economía de la naturaleza.<sup>383</sup>



*Ingenio de cobre a partir de un dibujo de Schmidtmeier, donde se detalla gráficamente el rudimentario procedimiento de purificación y fundición del metal a cargo de trabajadores indígenas.*

Esta visión que presentaba al mundo natural como el único escenario para la realización del hombre en sus capacidades terrenales entraba en una evidente contradicción con la visión de la naturaleza propugnada por la experiencia de lo sublime, que enfatizaba precisamente los valores opuestos. Sin embargo, los autores de los libros estudiados en este trabajo abrazan plenamente esta singular paradoja, ya que los escenarios que miraban con admiración y estupefacción eran precisamente los que estaban llamados a explotar. No hay que perder de vista que la cordillera de los Andes, como señalara Helms no sólo era “una fuente de minerales para ser explotados para el desarrollo industrial” sino que “la más grande y rica cadena de montañas en el mundo” y de que habían “pocos casos en Europa de montañas como estas con una abundancia tan

<sup>382</sup> Porter, Roy. 2001. Págs. 144 a 149.

<sup>383</sup> Porter, Roy. 2001. Pág. 302

generalizada de metales preciosos, o sus vetas, como en esta parte del globo”.<sup>384</sup> Sin embargo, esta famosa cordillera era también la fuente desde donde emanaban con tanto entusiasmo todas aquellas imágenes de lo sublime, que además de invitar a la contemplación de la grandeza de la naturaleza, sugerían que el hombre era un ser insignificante y desvalido.

¿Hasta que punto se opone esta imagen de la naturaleza presentada en su más radical “otredad” o en el mejor de los casos como un objeto de admiración pasiva, y esta otra en que ella aparecía como una mera fuente de recursos a partir de los cuales el hombre consolidaría su desarrollo? Para darle alguna solución a este dilema es importante tomar en cuenta que esta visión de lo sublime no logró paralizar completamente a estos autores. El caso del viajero Joseph Andrews en este sentido resulta ejemplar.

Andrews que se presentó a sí mismo como un “amateur en lo bello y lo sublime”<sup>385</sup>, expresó de manera palpable como podían convivir armónicamente estas dos actitudes hacia el mundo natural, que estimulaban la admiración a partir del despliegue retórico de la estética de lo sublime, y por otra miraban el paisaje como algo que debía de ser explorado, catalogado y aprovechado industrialmente. Andrews lleva estas dos perspectivas al extremo de lo grotesco al señalar ante un paisaje que contemplaba en medio del mayor asombro, que “cada centímetro (de este escenario) debe hacerse productivo”<sup>386</sup> En su caso, la contemplación de la belleza del mundo natural retrocede una y otra vez ante sus ganas de explotarla. Así, por ejemplo, en Tucumán, Andrews luego de describir al monte Aconquija como un escenario que no ha sido sobrepasado por ningún otro en la tierra, “en términos de grandeza y sublimidad”, observó que “dentro de su vientre majestuoso, sentando con su cabeza por encima de las nubes, y cubierta con un sombrero de nieves eternas; hormigueaban las riquezas de oro y plata”.<sup>387</sup> Más adelante, Andrews exclamó: “¡Allí estaban ellas ante mí, aquellos pilares del Universo, de los cuales tanto han escrito Ulloa, y otros viajeros, y de los que inspirados poetas han cantado! Se espera que estas maravillas de la creación, puedan seguir siendo exploradas por los remotos ingleses, se sometan a la herramienta del minero, y sean administrados para la riqueza comercial del país.” Sin embargo, luego de haber contemplado estas montañas en ese estado de embelezo y recogimiento, el autor cuenta como él y su acompañante comenzaron a construir proyectos imaginarios: “Levantamos hornos de fundición, vimos en nuestra imaginación una multitud de trabajadores moviéndose como atareados insectos a lo largo de las eminencias, y nos imaginamos la salvaje y vasta región poblada por las energías de los Británicos...”<sup>388</sup> Esta actitud no sólo se aplicó a

<sup>384</sup> Helms, Anton Zachariah. 1806. Apéndice Pág. ix y Pág 75.

<sup>385</sup> Andrews, Joseph. 1827. Sec vol. 11

<sup>386</sup> Andrews, Joseph. 1827. Sec vol. Pág. 68

<sup>387</sup> Andrews, Joseph. 1827. Sec. vol. Pág. 198

<sup>388</sup> Andrews, Joseph. 1827. Sec vol. Págs. 214, 215

las montañas, sino también a los centenarios bosques que este autor también encontró en las cercanías de Tucumán. “Nunca antes, señala, había visto tal magnificencia vegetal. Miré a aquellos patriarcas forestales hasta que los ojos me dolieron, cubiertos de musgo con la edad, rodeados con enredaderas, y tachonados con parásitos como estrellas por todas partes, en el tronco y las ramas. Parecían contemporáneos con el tiempo antiguo, y proveían asociaciones de ideas de vejez, que en Europa inspiran las fortificaciones en ruinas... Si esos árboles, como los de los poetas pudieran haber hablado, yo les hubiera preguntado, porque sentía casi un deseo irresistible de hacerlo, ¿Por cuánto tiempo han estado de pie? ¿Acaso desde el amanecer de la creación? Cualquier cosa que ellos me hubieran respondido, ellos habrían temblado de miedo si hubieran conocido mis pensamientos, y descubierto que su final no estaba lejos, porque Don Tomás y yo calculábamos, que pocos años de la utilización del capital de una compañía, podrían hacer en ellos un estrago total.”<sup>389</sup>

La tierra, señaló algunas páginas más adelante: “sonreía en el orgullo de la belleza de la naturaleza, y sólo deseaba la mano del hombre para que la hiciera producir cien veces el doble.”<sup>390</sup>

Estas expresiones consignadas por Samuel Haigh, quien a diferencia de Andrews no era minero sino comerciante, pueden servir como una excepción que confirma la regla. Haigh, en ellas expresa esta misma contradicción al advertir que “la naturaleza parecía haber puesto sus tesoros minerales aquí en orden de evitar que la humanidad se acercara a ellos”. “No puedo comprender, agregó inmediatamente, como cualquier ser de mente razonable, puede consentir a ser enterrado vivo entre indios, lejos de la sociedad, muchas veces medio muerto de hambre por la falta de provisiones, sujeto a un clima horrible...en la búsqueda amasar una riqueza que podría haber conseguido con la mitad de la industria y privación en su casa”<sup>391</sup>

Una solución para esta oposición de dos visiones de la naturaleza podría estar encontrarse en el argumento de Peter J Bowler, quien señala que “existía un movimiento subyacente que estaba dirigido a tratar la tierra como un sistema natural y no un producto que había surgido directamente de la mano del creador”, que de alguna manera coexistía con aquella visión que realzaba la admiración de la naturaleza como la manifestación de un poder supremo. Admitir que la tierra, agrega Bowler, era el producto de procesos naturales facilitaba mucho las cosas a las clases comerciantes, y les ayudaba a justificar su interferencia en el sistema.<sup>392</sup> Otra opción sería tomar estas exaltaciones e invocaciones a lo sublime como meras efusiones retóricas o fórmulas que obedecerían más bien a una estética que sería la consecuencia de una adscripción a un determinado género literario, antes que a una reacción directa y genuina ante lo nuevo y lo desconocido.

<sup>389</sup> Andrews, Joseph. 1827. Págs 223 y 224

<sup>390</sup> Andrews, Joseph. 1827. Pág. 260

<sup>391</sup> Haigh, Samuel. 1831. Págs 360, 361.

<sup>392</sup> Bowler, Peter. 1993. Págs. 111 y 112

## La oscuridad

Francis Bond Head escribió que a lo largo de su viaje iba escribiendo notas con observaciones e impresiones, principalmente para entretenerse al final de cada jornada. Porque se trataba de notas tomadas en el lugar de los hechos, se excusó por el carácter fragmentario de éstas y su falta de acabado, no obstante estos defectos los justificó advirtiendo también que no publicaba estos apurados apuntes con el propósito de producir deleite estético, sino con la idea de que “tal vez ellos puedan contribuir en hacer visible la oscuridad.”<sup>393</sup> Esta “oscuridad” a la que aludía, era el interior del continente americano, una región todavía en penumbras, que sus palabras y su empresa pretendían iluminar para reducir la general ignorancia que existía acerca de ella en Europa y particularmente en Inglaterra. La penetración del interior de los continentes desconocidos, fue una modalidad característica de la exploración y del viaje romántico de las primeras décadas del siglo XIX.<sup>394</sup> Los viajeros que habían visitado estas regiones en siglos anteriores, en su mayoría balleneros o contrabandistas, piratas o corsarios, viajaban en barcos que circunnavegaban la tierra y apenas bordeaban estos continentes, en este caso particular el cono sur del continente americano, obteniendo apenas vistazos de la situación del interior de estos países. Ello principalmente a consecuencia del bloqueo en que el Imperio español mantenía a sus colonias.<sup>395</sup> Una vez que este bloqueo terminó, los viajeros ingleses pudieron ingresar al continente e iniciar el reconocimiento de una región hasta entonces a penas conocida, o que, tal como escribió Head, se encontraba en la oscuridad o en penumbras.

Este general desconocimiento impulsó a estos viajeros a consignar cada rasgo relevante del estado actual de estos países, tales como la situación de sus habitantes y sus recursos naturales, sean estos minerales, vegetales o animales que debían de ser inventariados y de preferencia estudiados para conocer las potencialidades económicas que ellos ofrecieran a la empresa europea. Cada uno de estos diez libros de viajes, intentó a su manera proporcionar la mayor cantidad de información posible de acuerdo a la posición y los conocimientos de sus respectivos autores. Por lo general en esa dirección apuntaban las advertencias que todos ellos formularon en los prefacios o prólogos de sus libros al excusarse, con los excesos retóricos habituales en este tipo de apologías, por su falta de preparación intelectual, de la prisa con la que viajaban y de la falta de elegancia de su pluma. Por lo general estos autores hicieron su viaje a toda velocidad, aun cuando algunos como John Miers permanecieron bastante más tiempo en la región, e incluso, como ocurrió con Samuel Haigh, hicieron varias excursiones sucesivas a estos países a lo largo de la década. Algunos de estos viajeros tenían cierta

<sup>393</sup> Head, Francis. H. 1826. Preface x,xi y xii

<sup>394</sup> Leask, Nigel. 2004. Pág. 3

<sup>395</sup> En ese sentido Pratt, Mary Louise. 1997. 39

formación científica especializada, como es el caso de John Miers o Alexander Caldcleugh, pero la mayoría de ellos eran marinos y militares que sólo contaban con la formación técnica que proporcionaba proporcionada por el ejército y la marina inglesa <sup>396</sup> .

Este impulso de reunir la mayor cantidad de información posible acerca de la mayor cantidad de aspectos de la situación de estos territorios, le dio a la mayoría de estos libros un peculiar carácter misceláneo. Muchos de ellos tienen apéndices en los cuales se agrega o sistematiza toda la información que no pudo insertarse en el relato del viaje propiamente tal, que a menudo toma la forma de un diario pormenorizado de incidentes. Una lista de los contenidos incluidos en la sección de apéndices que trae el libro de Alexander Caldcleugh sirve de ejemplo para ilustrar este último aspecto. Caldcleugh señala haberse propuesto “recolectar cada hecho que se relaciona con el gobierno, los recursos y las expectativas de los países visitados” <sup>397</sup> y sus descripciones trataron diferentes ramas de la historia natural, del reino mineral, vegetal y animal; pero también recayeron en aspectos políticos, comerciales y sociales de estos países —las costumbres y el estado moral de las “clases mejores”, las “clases bajas” y también respecto de los nativos; el estado de las artes, la educación, las existencias de las bibliotecas, la influencia de la religión. Caldcleugh cruzó las pampas tomando notas “...primero por una ligera esperanza de que el lector general no vaya a encontrarlas demasiado desprovistas de interés, y a partir de la certeza, de que ellas probarán ser de considerable utilidad para el viajero a punto de iniciar el viaje”. <sup>398</sup> Mientras viajaba, también coleccionó especies, deteniéndose de tanto en tanto para recoger muestras de rocas y plantas. Su sección de apéndices es una especie de gabinete escrito, formado por alrededor de treinta acápite que como si fueran gavetas, incluyen, entre otras cosas: observaciones meteorológicas tomadas a bordo del *Superb*, durante su viaje de Plymouth a Río; el resultado del examen hecho a las aguas de la bahía de Botafogo; el número de esclavos importados a Río de Janeiro durante el año 1823; un resumen del proyecto de constitución política de Río; un proyecto de constitución para el imperio de Brasil; información sobre el viento pampero en el Río de la Plata; observaciones meteorológicas hechas en Buenos Aires en 1822; información sobre el viaje del mineralogista Zachariah Helms a Sudamérica; información sobre el movimiento marítimo de Buenos Aires en 1823; traducción del mensaje del poder ejecutivo a la asamblea legislativa de Buenos Aires; un fragmento en italiano con información entomológica tomado de un libro de Termeyer; una lista de nacimientos y defunciones en Buenos Aires en agosto de 1820; datos sobre la población de la provincia de Río de la Plata; el estado del movimiento de fondos de la Contaduría General de Buenos Aires; una reproducción de un fragmento de Félix de Azara sobre los Indios Pampa; una lista de gobernadores de Buenos Aires entre 1819 y 1821; algunas noticias sobre las rentas y el erario de Buenos Aires; traducciones de algunas canciones peruanas llamadas “tristes”, con su correspondiente versión original; la indicación de las postas en el camino de Mendoza a Santiago por el paso del Portillo; el decreto de

<sup>396</sup> Smith, Bernard. *Imagining the Pacific*. Melbourne: Melbourne University Press. 1992. Págs. 28-31

<sup>397</sup> Caldcleugh, Alexander. 1825. Pág. 155.

<sup>398</sup> Caldcleugh, Alexander. 1825. 240

convocatoria al Congreso Nacional chileno; noticias sobre el erario chileno; datos de las alturas de las cumbres de la cordillera, según Bauzá; un detalle de la ruta de Santiago a Mendoza por el paso de Uspallata; una traducción de un texto de Dobrixhoffer sobre Córdoba y una información sobre los empréstitos contratados por Brasil, Buenos Aires y Chile en el mercado londinense. Tal como puede verse a partir de estos contenidos, estos libros a partir de la narración que surge del trayecto recorrido por sus autores, van sumando diversas observaciones y digresiones que llegan a convertir a algunos de ellos en verdaderos “cajones de sastre”, en los que se acumulaba toda clase de datos útiles.

Si cada libro procuró acopiar la mayor cantidad de información posible, hay que añadir que estos libros en su conjunto de alguna manera formaron una red de referencias cruzadas, de citas intertextuales, en la medida en que cada uno de ellos comentó y muchas veces criticó la exactitud de la información proporcionada por sus predecesores. Todos estos autores compartieron el impulso de Head, de emprender la tarea de iluminar la oscuridad en la que esta región se encontraba sumida, con un propósito que muchas veces se encontraba más allá de la pura satisfacción de sus propios intereses privados. En este sentido, de la lectura de estos libros se desprende que todos estos autores compartieron una causa, que equivalía a un compromiso personal con la causa del Imperio Británico. Muchos de ellos trabajaron activamente en la promoción, expansión y mantenimiento de este imperio. Head, por ejemplo, era un oficial de la Armada Británica y fue designado gobernador de Canadá. Con anterioridad a esa designación había sido comisionado como teniente en los Ingenieros Reales en 1811 y también sirvió en el Mediterráneo, llevando a cabo una medición de Lanzarote, en las islas Canarias. Luego naufragó cerca de Trípoli y más tarde visitó Atenas y Roma. Head también sirvió en Francia y Bélgica en 1815 y vio la acción de la batalla de Waterloo.<sup>399</sup> Por su parte, Joseph Andrews afirmó haber viajado por muchas partes del globo a lo largo de su vida<sup>400</sup> y reveló que poco antes de hacer su primer viaje a Chile, en 1818, había estado en Nueva Guinea. Después de este viaje presentó al gobierno inglés un proyecto para hacer un reconocimiento de dicha isla con “naturalistas y personas científicas”, para lo que se reunió con Joseph Banks, el célebre naturalista y mecenas científico que participó en el segundo viaje del capitán Cook. Este proyecto no prosperó y el entusiasta Joseph Andrews se lamentó que los misioneros ingleses no hayan tenido la ocasión de civilizar a los habitantes de aquel país y con ello haber establecido “un lucrativo mercado para los artesanos ingleses”<sup>401</sup>. El oficial Charles Brand, es otro ejemplo interesante de esto mismo, y otra prueba de que estos viajeros se veían a sí mismos como servidores de la causa del imperio, ya que afirmó haber viajado por la costa de Norteamérica en 1814 a bordo del *Majestic*<sup>402</sup> y luego por las tierras del interior de Sudáfrica<sup>403</sup> y agrega en otra

<sup>399</sup> Howgego, John Raymond. 2004. Pág. 277

<sup>400</sup> Andrews, Joseph. 1827. Págs. 257 y 312

<sup>401</sup> Andrews, Joseph. Sec. Vol. Págs 308, 310.

<sup>402</sup> Brand, Charles. 1828. Pág. 133

<sup>403</sup> Brand, Charles. 1828. Pág. 284.



---

ocasión que los últimos dieciocho años de su vida los pasó recorriendo “el ancho escenario del mundo”, “vagando de clima en clima, visitando las pestilentes costas de Madagascar y Sudáfrica, ardiendo en los desiertos de Namaqua y congelándome en las regiones de Nueva Escocia...”<sup>404</sup>

Este compromiso con el Imperio, implicaba la adhesión a una fase de la historia imperial británica que ocurrió entre fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XX, un período en el cual se fortaleció la conciencia nacional inglesa y se afianzó la identidad nacional con una percepción de la superioridad moral británica basada, entre otras cosas, en una noción compartida de ser una nación predeterminada a un designio mayor. Una nación escogida para llevar a cabo una misión moral. Así, Christopher Bayly señala que “la agudización del nacionalismo y el evangelismo fue paralela a una agudización de actitudes raciales.” De manera que los ingleses de aquella época percibieron de manera acentuada su mayor jerarquía racial, por sobre la de los demás pueblos del planeta.<sup>405</sup>

En virtud de esta adhesión a una causa superior, estos autores no presentan sus libros justificándolos como obras de gran valor en términos literarios o científicos; ni tampoco pretenden legitimarse ellos mismos en cuanto “autores”, en un sentido también literario o científico, sino como viajeros experimentados. Y en este contexto haber viajado implicaba haber recorrido las rutas de la expansión imperial británica, en ocasiones por sus enclaves más recónditos.

Este interés de estos viajeros por la propagación de la causa del imperio implicaba participar del compromiso de impulsar la marcha de la civilización. De tal modo que esta referencia de Head a la “oscuridad”, no es puramente literal, y no se trata tan sólo de iluminar aquello que se desconoce y que por lo tanto permanece a oscuras, sino también de “iluminar” el estado cultural y moral de estas regiones. En las pampas, Head señaló que era más arduo sortear los “obstáculos que provenían de las manos del hombre, que cualquier otro que pudiera surgir de las manos de la naturaleza”. Haciendo una alusión literaria, Head añadió pocas líneas después, que “la celebrada escena de confusión en los campos moriscos de Ariosto era ordenada, comparada con el caos que prevalecía en las pampas, cuando las provincias estaban en guerra entre ellas, y todo el país, lejos y cerca, se encuentra armado; la gente a medio civilizar.”<sup>406</sup>

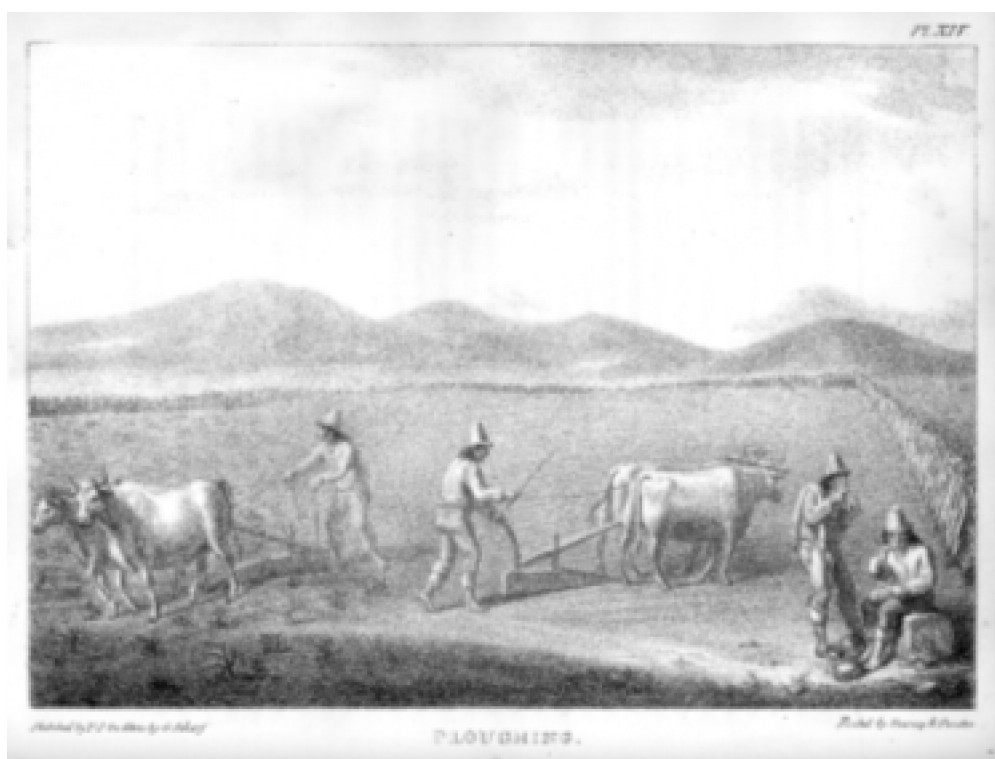
Este “caos de las pampas” se manifestaba no sólo en una atmósfera de tensión por las asonadas de las cuadrillas de guerrilleros, sino también en el estado de sus campos de cultivo. En términos generales, todos estos viajeros condenaron el estado de abandono en el que se encontraba el campo de estos países, que les pareció incultivado o fundamentalmente no explotado de acuerdo a sus prácticas agrícolas. Así, por ejemplo, prácticamente todos estos viajeros se detuvieron a observar que los campos no les parecían debidamente delimitados o deslindados. En este sentido, estos viajeros participaron de esa actitud hacia el campo, que de acuerdo a Keith Thomas predominó en

<sup>404</sup> Brand, Charles. 1828. Págs. 314, 315.

<sup>405</sup> Bayly, Christopher. 1993. Pág. 147

<sup>406</sup> Head, Francis. B. 1826. Págs. 2 y 3

la Inglaterra del siglo XVIII <sup>407</sup> en la cual imperó una ideología del mejoramiento o del aprovechamiento de la naturaleza. <sup>408</sup> Esta ideología no sólo exaltaba la productividad de los recursos sino que también la vinculaba con una noción estética de tal manera que una tierra debidamente poblada, domesticada y productiva, era considerada hermosa. <sup>409</sup> A ojos de estos autores un paisaje cultivado se distinguía por sus formas cada vez más regulares: cercos ordenados y artificiales que deslindaban la propiedad privada distinguiéndola de las tierras de cultivo comunal, surcos trazados por arados que también seguían paralelamente la línea de los cultivos. Se trataba de terrenos que podían ofrecer una visión de simetría y orden, asuntos que no encontraban en estos lugares, donde sólo veían el caos reinante. Tal como advierte Keith Thomas esta forma de ordenar la tierra y los cultivos no sólo implicaba una manera eficiente de usar el espacio, sino también un medio satisfactorio de imponer orden en medio de un mundo natural, desordenado y salvaje, colonizándolo. <sup>410</sup>



*Campeños arando en Schmidtmeyer. El rústico método de arar el campo chileno fue un motivo de sorpresa para casi todos estos autores, así como la ausencia de cercados en los campos, que aquí aparecen proyectados hacia el horizonte.*

Estos autores describieron el paisaje no cultivado con malestar, desazón e incluso

<sup>407</sup> Thomas, Keith. *Man and the Natural World*. New York: Pantheon. 1983. Pág. 255.

<sup>408</sup> En ese sentido también. Jardine, Nicholas. et. al. 1997. Spray, Emma. "Political, natural and bodily economies." Págs 178-196.

<sup>409</sup> Thomas, Keith. 1983. Pág. 255.

<sup>410</sup> Thomas, Keith. 1983. Pág. 257.

irritación. Lo que se hace especialmente patente cuando la vista desde la distancia les prometió campos ordenados y productivos, por lo tanto hermosos, que una vez de cerca no eran más que campos salvajes y descuidados, donde las plantas y los árboles frutales habían crecido de manera espontánea sin el menor orden y simetría.

Esta visión o actitud hacia el paisaje agrícola comenzó a modificarse en Inglaterra a finales del siglo XVIII, con la difusión de la estética de lo pintoresco en Inglaterra, por autores como William Gilpin y Uvedal Price, quienes en términos generales propugnaron un cambio de mentalidad, en el cual el campo salvaje dejó de ser considerado como algo necesariamente desagradable o incómodo y comenzó a verse incluso con admiración en la medida en que era una manifestación de la naturaleza en su estado puro. Según Thomas, incluso con anterioridad a los últimos años de dicho siglo el paisaje salvaje dejó de ser estimado como un algo detestable y fue volviéndose algo que incluso podía llegar a percibirse como un medio de renovación espiritual para el hombre. Esta inclinación hacia el paisaje natural o salvaje, donde apenas podía percibirse la mano del hombre alcanzó su culminación en la estética del romanticismo.

En estos autores, que escribieron en el apogeo del romanticismo el campo salvaje sólo podía percibirse de una manera favorable dentro del marco señalado de lo pintoresco, que respondía a escenas rigurosamente tipificadas en la cual debían de reunirse determinados elementos propios de un esquema mental. Al margen de la escena pintoresca, toda la naturaleza, apareció representada como algo repugnante.

Esta noción de la oscuridad vinculada a lo salvaje, se asocia con aquella impresión manifestada por estos viajeros en la que viajar o internarse por el continente equivalía a retroceder en el tiempo, hacia un pasado indeterminado. Como si avanzar por un territorio inexplorado, o en penumbras, fuera equivalente a retroceder temporalmente hacia un pasado también oscuro. Existía, entonces la percepción de ir retrocediendo hacia un momento originario o a un caos primigenio, mientras avanzaban a través de un paisaje que exhibía las evidencias o vestigios de una convulsión o de una revolución que había modelado el espacio geográfico y social. Retrocediendo en el tiempo mientras penetraban por un territorio donde la civilización no había reclamado su señorío.

En ese momento imperaba una idea según la cual la sociedad se desarrollaba a través de etapas sucesivas, que se iban superponiendo y superando a lo largo del tiempo. De acuerdo a esta idea los pueblos americanos se encontraban situados en un estado de inferioridad con respecto de los europeos del norte, que se suponían situados en la cúspide del orden histórico y cultural. Esta superioridad, les transmitía a los súbditos del imperio británico esa especie de deber implícito de tener que “llevar civilización, opulencia e industria a cada parte del globo”<sup>411</sup>

La repulsión que les producía a estos viajeros el abandono de estos campos encerraba, sin embargo, una paradoja, ya que esta misma situación de abandono que tanto denostaban era la misma que les garantiza la disponibilidad de estas tierras para sus propias empresas. De modo que este abandono actuaba también como una justificación que legitimaba la intromisión inglesa. Mary Louise Pratt señala que esta

<sup>411</sup> Bayly, Christopher. 1989. Pág. 203

contradicción, sería propia de aquellos a quienes denomina “exploradores de avanzada del progreso capitalista”, cuya misión era “codificar lo que ellos consideran atrasado y, según el vocabulario de la anticonquista, disponible para el progreso”.<sup>412</sup>

## Una cuestión de carácter

El propósito general de estos viajeros de obtener y entregar información sobre los territorios recorridos podía cumplirse entregando datos precisos acerca de hechos, es decir entregando información estadística contable y también determinando el carácter de los paisajes y los pueblos que visitaban. Para lograr este último objetivo todos estos autores recurrieron a un esquema conceptual proveniente del siglo XVIII que postulaba una relación de determinación entre la geografía y el clima y la constitución física y el estado moral de sus habitantes.<sup>413</sup> Cada clima y cada raza tenían supuestamente un carácter determinado, que la mirada abarcadora del viajero estaba destinada a captar, incluso a partir de un encuentro fugaz y superficial. Buffon en su célebre *Histoire Naturelle* (1749-1804) determinó los modos de vida que la especie humana tenía en los distintos lugares del globo, haciendo eco de aquella máxima postulada por el Barón de Montesquieu que afirmaba que “el imperio del clima es el primero de todos los imperios”. Buffon consideraba que los diferentes climas eran los responsables de la producción de diversos tipos raciales y le asignó al clima del Nuevo Mundo la producción de una flora y fauna degeneradas.<sup>414</sup>

Esto ciertamente era una expresión del sentimiento de superioridad y hegemonía cultural que los europeos del norte<sup>415</sup> sentían por sobre las demás razas de la tierra que se manifestó en toda clase de fórmulas generalizadoras, que en el caso del continente sudamericano derivaron en aquello que Mary Louise Pratt denominó como los mecanismos de la “anticonquista”, es decir la elaboración de un paradigma descriptivo que se “apoderaba del planeta de manera benigna y abstracta” permitiéndole al viajero de Europa del Norte ejercer su hegemonía cultural, preservando su inocencia, sin recaer en los vicios que se le atribuían al imperialismo español, conquistador de tomo y lomo, además de fanático y esclavista, y por lo mismo culpable y condenable.<sup>416</sup>

Esta actitud, o forma de ver el mundo, era un corolario y a la vez un impulso para los procesos de investigación de las ciencias naturales<sup>417</sup>, pero también era una forma de

---

<sup>412</sup> Pratt, Mary Louise 1997. Pág 76.

<sup>413</sup> Bayly, Christopher. 1989. Pág. 147 y Pagden, Anthony. 1993. Págs. 149-153.

<sup>414</sup> Jardine, Nicholas. et. al. 1997. Word, Paul B. “The Science of man”. Pág. 204.

<sup>415</sup> Pratt, Mary Louise. 1997. Pág. 76 y siguientes.

<sup>416</sup> Pratt, Mary Louise. 1997. Págs. 107, 114.

responder a las expectativas que se cifraban entonces en la metrópolis sobre estos libros de viaje. Ya que cada viajero que partía a una de las remotas regiones sobre las cuales se cernía la hegemonía europea, tenía que regresar, en este caso a Londres, no sólo con un testimonio detallado de sus experiencias en tierras lejanas, sino también con noticias acerca del carácter de estos lugares y los población que los habitaba, de tal manera que su libro fuera una herramienta útil para el desarrollo de la industria y el comercio, que veía en aquellos lugares y sujetos, eventuales campos de proyección para su expansión cultural y mercantil.

En la descripción que hicieron estos autores de los pueblos del cono sur, se observa de manera evidente un prejuicio negativo generalizado hacia las razas mezcladas. Actitud que no fue privativa de estas experiencias sudamericanas, sino que un signo que caracterizó las incursiones inglesas de este período por otras partes del mundo.<sup>418</sup> Por una parte, las medias castas o los criollos en general —que entonces y aún hoy constituyen la gran mayoría de la población americana— ofrecieron un gran desafío a este modelo mental donde las diferentes razas del mundo se caracterizaban según el clima o el medio geográfico, ya que la variedad de razas mezcladas: mestizos, mulatos, cuarterones, zambos, chinos, etc. hicieron de esta tarea un asunto mucho más difícil de lo que podían hacerlo las razas puras. Así al menos lo expresó Alexander Cadlcleugh cuando anotó que “si la población fuera compuesta de un solo color, el carácter dominante podría ser descrito con mucha más facilidad.”<sup>419</sup>

La descripción del carácter no tenía que recaer simplemente en los rasgos físicos o externos de los pueblos, sino también en aquellos aspectos de orden moral, y a pesar de todas estas dificultades y obstáculos estos viajeros igualmente aventuraron descripciones de lo que consideraban las características primordiales —o esenciales la mayoría de las veces— de los pueblos con los cuales se toparon. En general, la principal objeción que estos viajeros expresaron acerca de la “raza criolla” se basó en la herencia hispánica. Para los ingleses, los españoles eran un pueblo degradado por una serie de vicios, como su recurrencia a la tiranía y su filiación a una religión idólatra y la mayoría de los defectos que observaron en los criollos provenían de ellos o eran una consecuencia de ellos. Sus prácticas despóticas, su fidelidad a una religión supersticiosa o su negligencia o inhabilidad para educar a sus antiguos súbditos de manera adecuada. Los españoles, a juicio de estos viajeros, habían corrompido a sus súbditos americanos mediante instituciones, algunas de ellas infames, como la inquisición; otras autoritarias o despóticas, como el régimen de trabajo forzado y otras supersticiosas, como su forzada y pretendida a la religión de Roma. Esto es significativo, ya que en buena medida este aserto implicaba modificar aquel modelo de pensamiento que le atribuía al clima la determinación de las características propias de una raza, puesto que al advertir que estas características también podían deberse al influjo de instituciones, se desprendía que tal como las instituciones corrompidas habían sido capaces de degradar a un pueblo,

<sup>417</sup> Pratt, Mary Louise. 1997. Págs. 107, 108.

<sup>418</sup> Bayly, Christopher. 1989. Pág. 143.

<sup>419</sup> Caldcleugh, Alexander. 1825. Pág. 75.

nuevas instituciones virtuosas podrían elevarlo a una mejor condición moral. Alexander Caldcleugh da testimonio de estas actitudes, cuando hizo una crítica al legado hispano, y señalando, al mismo tiempo, que a pesar de todo el pueblo podía limpiarse. Este autor señaló que “al describir a los criollos de todas las partes del nuevo mundo, siempre ha sido la tendencia darles a ellos los vicios de la madre patria y ninguna de sus virtudes; y cuando se considera de que clase de personas estaban compuestas las primeras colonias europeas, principalmente de aventureros y criminales, tal vez por algún momento inicial la imagen dibujada de sus excesos de ninguna manera fue demasiado coloreada; pero es satisfactorio pensar, que una población puede como el agua sucia, ser limpiada con el tiempo y la tranquilidad, y hundiéndose las partículas gruesas hacia el fondo, surja una raza virtuosa...”<sup>420</sup>

John Miers es otro ejemplo elocuente de estas actitudes en sus lapidarios juicios respecto del estado moral de los chilenos. Dictaminó que, “la degradación moral del pueblo era algo increíble”, y que esta se debía en buena medida al “sistema intolerante en el que son criados, y es exacerbado por el terror que estimulan los sacerdotes y por el tiránico dominio ejercido sobre sus entendimientos: se les enseña obediencia implícita, decepción intolerable y absurdo fanatismo; cada sentimiento bueno y moral es podado al brotar; la industria humana y la ingenuidad son destruidos, por la creencia de que la confianza en la Virgen es más eficaz que la contribución al proceso de la naturaleza.”<sup>421</sup> Tanto para Miers como para los demás autores de estos libros, los peores de todos los vicios que podían encontrarse en los criollos americanos eran legado hispano. Así, según él, los chilenos, “heredaron de los españoles su característica nacional prominente, un altanero orgullo en tiempos prósperos; un vil servilismo en la adversidad; tiranía hacia los inferiores, y obediencia pasiva a los superiores”. Los chilenos, según este mismo autor, “heredaron la ingratitud hispana en igual grado, y logran en su carácter nacional una adecuada ilustración del adagio que afirma que “para hacer de tu vecino un enemigo sólo tienes que hacerle un favor”.<sup>422</sup>

El encono con el que los viajeros ingleses denostaron al criollo sudamericano, tenían a modo de reverso una actitud entusiasta hacia los nativos. Es algo paradójal, ya que los indios también habrían podido hacerse merecedores de su desprecio por su estado de retraso y gracias al antiguo prejuicio negativo que existía en Europa hacia los nativos americanos. Helms ya había manifestado esta situación hacia 1790, al observar que “el criollo, un descendiente del colono español, es de una complexión café, y su grandes ojos expresivos indican la violencia de sus pasiones. En su carácter moral difiere de sus progenitores en casi todos los aspectos: y aun cuando ha nacido con un genio capaz de obtener cualquier cosa que ennoblezca a la humanidad; ya sea por una educación que ha sido descuidada en la mayor medida, él se vuelve flojo, licencioso, e burdo en su conversación; un hipócrita, e infectado con un fanatismo ciego y maligno. Tiraniza a sus esclavos, pero en general, por su desordenado amor por el placer, él mismo es dominado

<sup>420</sup> Caldcleugh 177

<sup>421</sup> Miers, John. 1826. Sec. Vol. Pág 223.

<sup>422</sup> John Miers Op. Cit. Pág 249 vol 2

por sus mujeres mulatas o negras, que lo gobiernan de manera despótica. Es reservado e insidioso en el más alto grado, el juguete de cualquier pasión desordenada, inmoderadamente hinchado de orgullo, y mal dispuesto hacia todo lo que es europeo...Bajo el opresivo yugo de tales hombres, por siglos han vivido los indios, y consecuentemente anhelan las bendiciones de la libertad”.<sup>423</sup>

El criollo podía tener todos los defectos de los españoles y ninguna o casi ninguna de las virtudes que podrían haber obtenido de “sus progenitores” indígenas, que se reputaban prácticamente extintos. Esto en buena medida respondía a una revitalización del mito del “buen salvaje” y a una noción generalizada según la cual los indígenas de América habían sido exterminados casi en su totalidad por sus conquistadores<sup>424</sup>, de tal modo que sólo sobrevivían contadísimos nativos “puros” libertarios e independientes. Estos dos últimos aspectos fueron manifestados por el viajero suizo Peter Schmidtmeier quien señaló que “...muchas de sus tribus están ahora completamente extinguidas, y las que todavía existen, están muy disminuidas” y al agregar que “...no puede decirse que los indios originales han pasado gradualmente a sus razas mezcladas y que hayan sido reemplazados por ellas; porque después del lapso de tres siglos, la proporción de estas últimas es al presente quizás solo de la décima parte, del número que de los primeros a la época de la conquista”. Esta desaparición de los indios puros fue otra señal de la crueldad española; algo que a ojos de este y otros viajeros era todavía más reprochable ya que estos conquistadores españoles se autoproclamaban abogados del cristianismo.<sup>425</sup>

Este entusiasmo hacia los nativos se concentró entre lo que estos viajeros llamaron los “indios pampa” y los “indios araucanos” y aquí el prejuicio positivo también emanó del desdén que los ingleses sentían por los españoles —y que aquí bien podría ser una consecuencia de ese refrán que dice que los enemigos de mis amigos son mis amigos, y los araucanos tenían una fama internacional de ser los más pertinaces enemigos que los españoles habían encontrado en sus dominios de América. Pero también corresponde agregar que esta apreciación positiva se tiñó por su condición de indios libres y no sometidos y por lo tanto virtuosos, un actitud que según lo observó Christopher Bayly tuvieron los ingleses ante otros pueblos nativos independientes del mundo<sup>426</sup>. Esto último en el caso de los pampas y los araucanos se manifestó en la admiración que produjeron en estos viajeros sus grandes habilidades como jinetes, que era un indicio de su vida libre e independiente. “La valiente nación de los araucanos, señaló Alexander Caldcleugh, ha resistido sola las armas y las lisonjas de los europeos. No es exagerado afirmar, que esta sola nación le ha costado a los españoles más sangre y riqueza que todas las otras que han caído bajo su yugo en este continente.”<sup>427</sup>

<sup>423</sup> Helms, Anton Zachariah. 1806. Pág. 15.

<sup>424</sup> Schmidtmeier, Peter. 1825. Pág. 114.

<sup>425</sup> Schmidtmeier, Peter. 1825. Pág. 120

<sup>426</sup> Bayly, Christopher. 1989. Pág. 155.

<sup>427</sup> Caldcleugh, Alexander. 1825. Págs 323,324.

De alguna forma, tanto el desprecio que estos viajeros sintieron por la tiranía española, como la viva admiración con la que vieron la independencia de los pueblos nativos, pueden tomarse como corolarios del ideario romántico que repudiaba enérgicamente al despotismo de las autoridades centrales y ensalzaba los impulsos de libertad, independencia y autodeterminación local. Una noción romántica acerca de la raza que Bayly observó compartieron los ingleses ubicados otros rincones del Imperio Británico entre fines del siglo XVIII y las primeras décadas del siglo XIX. Así, según este autor, se estimó que “las razas libres, no corrompidas por la superstición y la dependencia y remanentes de una edad de heroísmo e inocencia, todavía habitaban algunas zonas de la tierra”. Esta condición les hacía merecer un cupo entre los planes ingleses, ya que según también observa este autor, estos pueblos, “también podrán volver su amor natural por la libertad en la búsqueda de la autosuficiencia a través de la industria”.<sup>428</sup>

Algunos de estos viajeros le agregaron a este entusiasmo, peculiares sentimientos de comprensión respecto de la situación de los indios, llegando incluso a manifestar una disposición de ponerse en el lugar de ellos, en un gesto de empatía que nunca manifestaron respecto de los criollos y su ánimo independentista. Schmidtmeier, por ejemplo, al comentar algunas costumbres nativas, señaló que los “indios podrían también encontrar causa justa para reprochar mucha injusticia humana, en las instituciones y costumbres de algunas de las naciones más educadas” y observó que era necesario tener “la visión más verdadera y comparativa que sea posible del estado de la humanidad, sin la sombra que se ha arrojado sobre ella, por larga costumbre, prejuicios, y la propia presunción, después de lo cual los epítetos de salvajes brutos y bárbaros pueden muchas veces suavizarse o descartarse, y subsistir en la mente la impresión, de que se hará más justicia en nuestra estimación de todo elevando la gran proporción de la humanidad a la cual generalmente se extienden, y rebajándonos nosotros”.<sup>429</sup> Head, por ejemplo, anotó que “después de ver la fertilidad y belleza de un país tan interesante, es doloroso considerar lo que han sido y todavía pueden ser, los sufrimientos de los indios. Cualquiera sea su carácter físico o moral, sean más o menos insignificantes en cuerpo o en mente que los habitantes del viejo mundo, todavía son seres humanos puestos ahí por el Altísimo; el país les pertenece, y por lo tanto ellos merecen la consideración de cualquier hombre que tenga religión suficiente para creer que Dios no ha hecho nada en vano.”<sup>430</sup> Head señaló que tuvo poco tiempo y pocas oportunidades de ver muchos indios, pero por lo que dijo haber escuchado de ellos, “creía sinceramente que eran un grupo de hombres tan bueno como el que nunca existió en las circunstancias en las que se encuentran”.<sup>431</sup> Como pueblo guerrero, a Head, los indios le parecieron admirables. Tenían un sistema militar que, a su juicio, nada tenía que envidiar a cualquier otra nación

---

<sup>428</sup> Bayly, Christopher. 1989. Pág. 154.

<sup>429</sup> Schmidtmeier, Peter. 1825. Págs. 112,113

<sup>430</sup> Head, Francis. B. 1826. Pág. 118.

<sup>431</sup> Head, Francis. B. 1826. Págs. 119, 120.



del mundo.<sup>432</sup> “Su profesión —añadió— es la guerra, su comida es simple, y su cuerpo se encuentra en tal estado de salud y vigor, que puede levantarse desnudo de la planicie donde ha dormido, y sin inconvenientes mirar con orgullo su imagen, que la blanca helada ha marcado en el pasto”. Head llevó su entusiasmo al extremo de afirmar que “siempre lamenté mucho no haber tenido tiempo para lanzar lejos mis ropas y hacerle una visita a algunas de las tribus ...Habría sido curioso haber observado a los jóvenes divirtiéndose en las pampas en tal estado de naturaleza salvaje, y haber escuchado los sentimientos y las opiniones de los ancianos.”<sup>433</sup> Este mismo autor aseguró también que “tan pronto como lleguen las armas de fuego a manos de estos valientes hombres desnudos, ellos se dejarán caer sobre la escala política tan repentinamente como si ellos hubieran caído de la luna”.<sup>434</sup> Este último comentario revela que su imagen de los nativos, así como la de otros de estos autores, estaba congelada en el pasado, ya que los nativos hacía ya bastante tiempo que habían incorporado las armas europeas. A esto, Head, añadió que por razones que escapaban a su comprensión, “las tribus salvajes y despreciadas de nuestro propio mundo muchas veces se han precipitado del polo hacia las regiones ecuatoriales, y como la atmósfera del norte, han helado y corregido los lujos del sur” y esto mismo debía esperarse de la unión entre araucanos e indios pampa, cuya hora todavía no había llegado, pero que era inminente. Tarde o temprano estos jinetes despreciados “montados en los descendientes de los mismos caballos que fueron traídos por sobre el Atlántico para oprimir a sus ancestros” iban a precipitarse desde las regiones frías a las que habían sido empujados en dirección a las zonas ecuatoriales y “con irresistible furia proclamaran a la conciencia culpable de nuestro mundo civilizado, que la hora de la retribución ha llegado”<sup>435</sup>

Las caracterizaciones establecidas por estos viajeros eran por lo general generalizaciones aventuradas y hasta descomunales, pero también podían ser sorprendentemente detalladas, tomando en cuenta que en la generalidad de los casos, estas caracterizaciones se dirigían a establecer comparaciones entre los diversos pueblos. Así, Caldcleugh, por ejemplo, detectó diferencias entre los caracteres de los habitantes de las distintas provincias de Río de la Plata, observando que el Santafecino, “es más salvaje, menos respetuoso de las leyes”...que el habitante de Buenos Aires y que el Cordobés, “es más industrial”; tal como el habitante de Tucumán. En cambio, el oriundo de Santiago del Estero era “industrial pero descontentadizo”, mientras que las provincias de Mendoza y San Juan, eran a su juicio “industriales y mercantiles”<sup>436</sup>

Este impulso caracterizador debe relacionarse con la disposición que tuvo el viajero de este período por sumergirse en el “color local”, y consecuentemente de establecer

<sup>432</sup> Head, Francis. B. 1826. Pág. 122.

<sup>433</sup> Head, Francis. B. 1826. Pág. 127.

<sup>434</sup> Head, Francis. B. 1826. Pág. 130.

<sup>435</sup> Head, Francis. B. 1826. Pág. 132.

<sup>436</sup> Caldcleugh, Alexander. 1825. Pág. 183.

“tipos locales” a partir de la descripción de costumbres, atuendos y artefactos, tales como adornos, arreos y otra clase de implementos más o menos ornamentales y vistosos. Un rasgo que es un corolario de la mirada pintoresca y que ha sido considerado como propia del viaje romántico.<sup>437</sup> Así, los gauchos de la pampa, a pesar de ser unánimemente considerados como una “raza bárbara”, fueron admirados por su habilidad como jinetes y su amor por la independencia y la libertad. Samuel Haigh, señala que los gauchos viven arriba del caballo y que “no existe un ser más franco, libre, e independiente” para luego pasar a describir su atuendo, sus adornos, su montura y el lazo<sup>438</sup>, ensalzados como si se tratara de emblemas de su vida libre. Charles Brand, por su parte, afirmó que “los nativos de las Pampas son una raza de hombres notablemente buena y bien parecida, con rostros expresivos e inteligentes. Siendo impulsados por necesidad a ganarse la vida por sus propios medios ellos han adquirido un aire muy independiente; y al vivir casi siempre montados a caballo, se aproxima incluso a la nobleza. Sus buenas cualidades son muy notorias: trátalos educadamente y ellos siempre te retribuirán de manera mucho más allá de lo esperado (...) “Sus ideas son todo igualdad: el humilde peón, y mi señor, serán igualmente tratados por el simple gaucho con el título de señor”.<sup>439</sup> Los peones chilenos, en cambio, en términos generales, les parecieron a estos viajeros peores jinetes, pero más cordiales que los gauchos, a pesar de su inclinación a sacar el cuchillo ante la menor provocación. Alexander Caldcleugh observó que “...los huasos son más avanzados en civilización que los gauchos de Buenos Aires, y tienen los vicios propios de ésta. En lugar de dejar que sus pasiones corran salvajes como el último, son lisonjeros y engañadores; y mientras en uno puede depositarse toda la confianza, poca o ninguna confianza puede ponerse en el otro. Engañar y no ser descubierto es la alegría del chileno, aun cuando tal vez nada pueda irritarlo hasta cometer un asesinato; sin embargo varios casos de robo cometidos con tal crimen han ocurrido en el centro de esta ciudad”.

440

John Miers, a quien Mariano Egaña llamó “el más furioso denostador de Chile”, fue particularmente duro en su juicio sobre el carácter del chileno. Sus observaciones sorprenden en su detalle. Así, según él, “la dilación es algo inseparable del carácter del chileno”<sup>441</sup>; “no existe ningún patriotismo real entre los chilenos, ni son capaces de mantener algún sentimiento de desinterés hacia sus congéneres”<sup>442</sup>; “los insensibles chilenos, (demuestran una) universal falta de respeto por los muertos”<sup>443</sup> y “tienen un tipo

<sup>437</sup> Porter, Roy. Ed. *Rewriting the self*. Cardinal, Roger. *Romantic Travel*. London, New York. Routledge 1997. Pág. 140

<sup>438</sup> Haigh, Samuel. 1831. Págs 53, 54, 55.

<sup>439</sup> Brand, Charles. 1829. Pág. 73.

<sup>440</sup> Caldcleugh, Alexander. 1825. Pág. 370 y en el mismo sentido Proctor, Robert. 1824. Págs 95 y 110.

<sup>441</sup> Miers, John. 1826. Sec. Vol. Pág 24.

<sup>442</sup> Miers, John. 1826. Sec. Vol. Pág. 139.

<sup>443</sup> Miers, John. 1826. Sec. Vol. Pág. 261.

de astucia instintiva, que los lleva a cometer muchos actos de crueldad.”<sup>444</sup>

Tratándose de los limeños la perspectiva fue todavía peor. Robert Proctor, por ejemplo, comentó que “si caminando por las calles de Lima encuentras a un hombre con un rostro de un color amarillo pálido, espiando a través de un capote o una gran capa, que le rodea apretadamente la garganta, con un cigarro de papel en su boca, y un pequeño sombrero de ala angosta encajado en su cabeza, puedes estar seguro que se trata de un limeño. Si un hombre elegante bien vestido pasa a tu lado, si no es un europeo, él proviene de otros estados de la América Hispana”<sup>445</sup> y Miers, por su parte, estimó que los pocos peruanos que habían, es decir la minoría no indígena, eran “afeminados, indolentes, y faltos de iniciativa”<sup>446</sup>

Un aspecto llamativo en estos diez libros es la atención que sus autores pusieron en las mujeres sudamericanas. Todos ellos parecen estar de acuerdo en considerar que las mujeres de estas latitudes eran sensuales, engañosas, perturbadoras y peligrosamente tentadoras. Vistos hoy día sus comentarios son obviamente sexistas; pero habría que considerar que ellos se basaban en la presunción imperante según la cual las mujeres de las latitudes del sur necesariamente compartían las características del clima cálido en el cual vivían. De tal modo que la coquetería, la sensualidad y el misterio invariablemente debían de rodear a las mujeres meridionales, convirtiéndolas en una amenaza latente para el viajero incauto proveniente del hemisferio norte. Joseph Andrews, observó, por ejemplo, que “las damas de Córdoba son adeptas al uso de sus buenos ojos, los cuales ellas saben como manejar con terrible efecto”<sup>447</sup> y las habitantes de las pampas le parecieron tan salvajes como el escenario en el que vivían. Su impudor le resultó especialmente perturbador a Andrews quien describió lo que llamó “una escena de carácter único”, cuando vio desde la ribera del río como, mujeres “*in puris naturabilis*, se sumergían en la corriente”<sup>448</sup> La escena le resultó pintoresca, ya que en su imaginación estas nadadoras se convirtieron en “ninfas del agua” como recién salidas de un cuadro de Claude Lorrain. Pese a que esta región no fue para Andrews, precisamente “el Jardín del Edén”, señaló que “si las hijas de Eva varían aquí en complexión, algunas de ellas ciertamente ilustran la inocencia de sus primeros padres antes de la caída”<sup>449</sup>

Las descripciones de Andrews llegan a ser novelescas hasta el ridículo. En estas mujeres el viajero vio “margaritas en sus mejillas” y observó que “sus ojos disparaban el brillo, no de pepitas de zafiro, sino que de esas de cristal negro, desde unos ojos *negros como la muerte*, tales como los que describe Byron. Sus sonrisas no eran engaños de

<sup>444</sup> Miers, John. 1826. Sec. Vol. Pág. 243.

<sup>445</sup> Proctor, Robert. 1824. Pág. 235.

<sup>446</sup> Miers, John. 1826. First. Vol. Pág. 265.

<sup>447</sup> Andrews, Joseph 1827. Pág. 87.

<sup>448</sup> Andrews, Joseph. 1827. Pág. 128.

<sup>449</sup> Andrews, Joseph. 1827. Pág. 128.

artificio, pero poseían la recomendación de una simplicidad tan compleja como embrujadora”<sup>450</sup> Samuel Haigh fue una víctima de estos mismos hechizos: el joven viajero describió a algunas de las jóvenes de la Pampa como “muy hermosas, su complexión de un rudo color oliváceo, con un destello de salud en sus mejillas” amén del mentado par de ojos negros. Cuenta como su corazón se reblandeció al mirar por primera vez a las hijas del encargado de la casa de postas. “Nunca había visto un rostro más simétricamente hermoso, sus grandes ojos lánguidos parecían emitir corrientes de luz, y el juguetón oyuelo de su mentón hacia que su mirada fuera muy cautivadora; ¡pero ay! *“surgit amari aliquid”*, su figura no era de ningún modo acorde con su rostro.”<sup>451</sup> Sin embargo, la inocencia que demostraban estas mujeres a menudo no se encontraba en la mirada de sus espectadores. Head, cuenta por ejemplo una anécdota que le ocurrió mientras descansaba en un refugio en la pampa. Al dar la vuelta a la esquina se encontró con una “figura femenina moliendo maíz”, una joven de 16 años de edad que apenas estaba vestida con una “rústica enagua de lana”, y un poncho sobre sus hombros. “Tan pronto como aparecí frente de ella, cuenta Head, ella cerró su poncho por delante con una mano, y siguió moliendo el maíz con la otra: sin embargo, tan pronto como le hice algunas pocas preguntas acerca del maíz, ella comenzó a explicarme toda la operación seriamente y con gran ingenuidad, y trabajando el mortero con ambas manos, me demostró su arte con la práctica y la teoría, moliendo y explicándome, al mismo tiempo”.<sup>452</sup> Tal como sugiere Head, al volver a moler el maíz con ambas manos la joven dejó de cerrar el poncho que la cubría y se concentró en explicarle, con total ingenuidad al extranjero que estaba frente a ella en qué consistía su trabajo, pero éste parecía haber estado más concentrado en su cuerpo que en conocer los detalles de la molienda.

El diagnóstico de la mujer urbana es muy distinto de aquel de las mujeres de los campos, a menudo confinadas al espacio de la casa y dedicadas a sencillas labores domésticas. Lo que más parece haberles impresionado de la mujer de la ciudad fue precisamente la libertad con la que salían de su casa y dejaban el espacio que les estaba naturalmente reservado para salir a deambular por las calles. Como señalé las observaciones de estos viajeros respecto de la mujer responden al mismo sistema de pensamiento que vincula las condiciones de la geografía y el medio ambiente no sólo con la fisonomía de sus habitantes sino también con su situación moral. Samuel Haigh, señaló por ejemplo, en relación con las mujeres de Buenos Aires, que muchas de ellas tenían muy buen aspecto, “y que algunas eran perfectas bellezas en el exquisito trazo de sus rasgos, sus complexiones son usualmente pálidas e inclinadas al oliva; la nariz aquilina, y hay mucha dulzura en torno a la boca. Los grandes ojos oscuros, por los cuales las bellezas españolas son merecidamente celebradas, ocasionalmente disparan hacia adelante una descarga de expresión que escasamente se encuentra en los climas del norte (...) pero nadie, que ha observado la gracia y facilidad con la que anda una dama de Buenos Aires, podrá por un instante dudar en expresar su admiración”.<sup>453</sup> Pero

<sup>450</sup> Andrews, Joseph. 1827. Pág.130.

<sup>451</sup> Haigh, Samuel. 1831. Pág. 71.

<sup>452</sup> Head, Francis B. 1826. Pág. 115.

el caso de las mujeres de Buenos Aires no podía extrapolarse a las de otros lugares y estos autores también llevaron sus caracterizaciones algo más lejos estableciendo comparaciones entre las mujeres de Buenos Aires, las de Mendoza, Santiago y Lima y una vez más, las limeñas se llevaron la peor parte. Para Samuel Haigh las damas de Buenos Aires, tenían “maneras similares a las de las europeas”<sup>454</sup> y las de Santiago no sólo “son muy hermosas”, sino que además tienen “mejores complexiones que las de cualquiera que haya visto en Sudamérica”<sup>455</sup> Pero este mismo viajero añadió más adelante una advertencia que puede ilustrar la opinión circulante entre los viajeros respecto de la mujer chilena. Señaló haberse visto en el deber de “contradecir la impresión que algunos viajeros han tratado de infundir en la mente del público, en relación con el estado de la moral en Santiago, particularmente en lo que concierne al bello sexo; no es cierto que este pueblo sea un lugar inmoral”.<sup>456</sup>

<sup>453</sup> Haigh, Samuel. 1831. Págs. 16, 17.

<sup>454</sup> Haigh, Samuel 1831. Pág. 148.

<sup>455</sup> Haigh, Samuel 1831. Pág. 148.

<sup>456</sup> Haigh Samuel 1831. Págs. 211, 212.



*Imagen de dos tapadas limeñas en Travels in South America during the years 1821, 1822... de Alexander Caldcleugh, publicado por la editorial de John Murray en 1825*

La mayor objeción que plantearon las limeñas, a los ojos de estos viajeros, se concentró en su vestimenta, principalmente en el estrecho manto que envolvía sus cuerpos, delineando su silueta y que les dejaba tan sólo un ojo a la vista. Este vestido resultaba ser la materialización de objeciones bastante más serias, ya que, de acuerdo a Robert Proctor, el manto “contribuye muchísimo a ayudarlas a llevar a cabo aquellas intrigas que su educación les ha enseñado a creer que son el principal objetivo de su existencia. La saya y el manto tienen la doble ventaja de mostrar una buena figura de la manera más excitante y de asegurar totalmente de ser reconocido a quien lo lleva.”<sup>457</sup> El manto le proporcionaba a la mujer la ventaja de poder caminar libremente por la ciudad sin ser reconocida. Asunto que para estos autores fue un motivo de temor ya que la limeña gracias al parapeto que les proporcionaba su vestimenta podía desplazarse por la

<sup>457</sup> Proctor, Robert. 1824. Págs. 235, 236.

ciudad con la misma libertad con la que podía hacerlo un hombre. Así, Charles Brand se sorprendió de ver mujeres montadas a caballo “con un par de pequeñas espuelas de plata en el pie más pequeño que yo jamás haya visto” y le chocó ver a dos “mujeres elegantes —cómo podría decirlo— ¡fumando cigarros! Fue entonces cuando la saya y el manto se toparon con mi vista, de manera que en conjunto las novedades más sorprendentes parecían existir en las damas; y no puedo decir que haya admirado alguna de ellas ya sea montar de lado a caballo, fumar a través de un hermoso par de labios, una figura elegante exhibida a cada vuelta por el sayo y el manto. Ricos y variados eran los colores de estos últimos vestidos; pero no pude evitar compararlas con momias ambulantes, en lugar de la parte más bella de la creación”<sup>458</sup> Esta capacidad de movimiento femenina proporcionada por el incógnito podía volverse algo peligroso para el varón desprevenido. Peligros que se manifiestan en esta anécdota contada por Alexander Caldcleugh: un inglés que estaba en Lima, mientras él estaba allí, observó una hermosa figura en la calle y se decidió a seguirla para conocer su domicilio. La siguió unas pocas cuadras y al entrar a su casa la mujer echo hacia atrás su manto; y “para su gran remordimiento descubrió una cara negra”<sup>459</sup>

Este modelo de pensamiento que planteaba la determinante influencia que ejercían la geografía y el clima en la constitución física y moral de los habitantes suponía, sin embargo, algunos problemas, que generaban contradicciones que ponían a prueba su propia eficacia. Uno de ellos se originó a partir de las observaciones que estos viajeros hicieron al caracterizar a los indios mineros. Algo que ya había notado Helms a fines del siglo XVIII, cuando observó que los indios trabajaban en las minas, en condiciones que ningún europeo sería capaz de resistir, ya sea por el clima, la altura, la falta de comida o el exceso de trabajo.<sup>460</sup> Décadas más tarde Head también observó con sorpresa, la fuerza con la que trabajaban estos mineros nativos, señalando que ningún europeo tenía tal fuerza o podía trabajar tan de manera tan dura. Contrastó luego esta vida de trabajos forzados, en tan penosas condiciones, con la vida independiente del gaucho. “Cuando uno contrasta, señaló, su situación, con la vida independiente del gaucho, es sorprendente que ellos puedan continuar voluntariamente una vida de tal dureza.”<sup>461</sup> Sin embargo, estas observaciones de Head le extrañaron s a Joseph Andrews, a quien no le parecía coherente que Head reconociera la gran fuerza física de esta gente y los presentara al mismo tiempo como seres de “aspecto miserable, cuyos semblantes pálidos y cuerpos exhaustos, parecían asimilarse con la escena que los rodeaba”.<sup>462</sup>

Las regiones meridionales con climas cálidos, se suponía que producían pueblos de un temperamento igualmente cálido, o incluso ardiente, como escribió Joseph Andrews,

<sup>458</sup> Brand, Charles. 1828. Págs. 176, 177.

<sup>459</sup> Caldcleugh, Alexander. 1825. Págs. 60, 61, 62.

<sup>460</sup> Helms, Anton Zachariah. 1806. Págs. 15, 16.

<sup>461</sup> Head, Francis B. 1826. Págs. 233, 236.

<sup>462</sup> Andrews, Joseph. 1827. Pág. Xxii.

para quien los habitantes de estas regiones eran “fáciles de enojar, de fuertes pasiones, y cálidos en sus afectos y la amistad”. “En estos climas, concluyó Andrews, las pasiones, las virtudes y los vicios de la humanidad, son como una inundación de lava”.<sup>463</sup> Sin embargo, esta idea se contradice con la afirmación compartida por la generalidad de estos viajeros de que el principal vicio o defecto de los sudamericanos era su indolencia y pasividad. Peter Schmidtmeier observó esta contradicción al señalar que “los habitantes a quienes tuve la oportunidad de observar, consistían principalmente en criollos, y en razas mezcladas. Estas han sido representadas como muy apasionadas, pero no puedo pensar que sus pasiones, sean tan fuertes como las de los europeos del norte. Ellos son excesivamente crueles con los animales, pero esto se debe a la ausencia de sentimientos, más que al trabajo de las pasiones, y a la indulgencia con la que liberan su fuego interior” (...) Las pasiones fuertes podrán estimular brotes de afecto y de furia, pero una caricia dada a un niño, un caballo o un perro, es algo que jamás vi en Sudamérica. Parecen afectuosos entre ellos, pero son, yo creo, en cierto grado lo son de manera negativa o pasiva. En aquellas ocasiones cuando un hombre de la pampa se verá serio, uno de Chile podrá estar riéndose...”<sup>464</sup>

Un rasgo que acusó la generalidad de estos autores, entre los habitantes de esta región de Sudamérica, fue la indolencia. Para Caldcleugh, por ejemplo, no cabía la menor duda de que la moral de los bonaerenses “era muy por lejos superior a la de muchos estados europeos, aun cuando la indolencia de los nativos milita en gran medida contra este hecho.”<sup>465</sup> Para él, “el general grado de indolencia que más o menos se esparce por todas las clases”, era el mayor defecto que podía mencionarse en estos países.<sup>466</sup> Para Miers, por otro lado, “la indolencia de sentimientos” era “inherente al carácter chileno”<sup>467</sup> y el mismo Joseph Andrews, después de haber hecho esa comparación del temperamento de los criollos con la lava ardiente, señaló que un buen tema para meditar sería encontrar las diferencias que había entre sus guías y sus mulas<sup>468</sup>. Si bien este juicio relativo a la indolencia fue un asunto compartido, su causa se atribuyó o interpretó de diferentes maneras. Para algunos esta indolencia era consecuencia de la falta de educación, mientras que para otros era resultado de la falta de necesidades, ya que la naturaleza y la relativa abundancia en que vivían estos sujetos hacían de cada esfuerzo no sólo algo innecesario sino que también molesto y humillante. “La gente, escribió Head, vive de lo que la naturaleza les da, sin la menor industria.”<sup>469</sup> La indolencia también podía

<sup>463</sup> Andrews, Joseph. 1827. Pág. 163.

<sup>464</sup> Schmidtmeier, Peter. 1825. Pág. 115.

<sup>465</sup> Caldcleugh, Alexander. 1825. Págs. 177, 178.

<sup>466</sup> Caldcleugh, Alexander. 1825. Pág. 179.

<sup>467</sup> Miers, John. 1826. Pág. 149.

<sup>468</sup> Andrews, Joseph. 1827. Págs. 28, 29.

<sup>469</sup> Head, Francis, B. 1826. Págs. 11, 12, 97.



también deberse a la falta de población y al aislamiento. Todas estas distinciones permiten inferir que este rasgo del carácter era susceptible de modificarse y que, más que ser un rasgo esencial de la personalidad o la constitución física de estos pueblos o una consecuencia de la geografía, se debía a la historia y a las circunstancias en que se encontraban. Esto resultaba relevante ya que en general se asumió que el contacto con los ciudadanos ingleses habría de ayudar a esta gente, no sólo a explotar sus recursos naturales productivamente, sino también a mejorar su educación y su estado moral, en definitiva no sólo a mejorar su situación física, sino también el estado de sus almas. De modo que así tal como ciertas instituciones infames habían contribuido a degradar a los sudamericanos, instituciones nobles y elevadas deberían de ayudarlos a subir en la escala de la civilización.

Una observación curiosa respecto de este conocimiento del carácter de un pueblo la formuló John Miers cuando señaló que el Director Supremo chileno, Bernardo O'Higgins "manifestaba en sus medidas políticas un total desconocimiento de la naturaleza humana y del carácter chileno."<sup>470</sup> Curiosamente Miers creía saber aquello que O'Higgins ignoraba, ya que, a juzgar por su libro, él parecía conocer cabalmente como era el carácter del chileno. Pero todavía más curioso es el hecho de que Miers, haya advertido que "la mayoría de los criollos de Sudamérica", incluidos los chilenos, "son sorprendentemente astutos para apreciar el carácter de los individuos". Este raro talento, que según Miers también era uno de esos rasgos distintivos del carácter de este pueblo, era algo natural o adquirido por la necesidad, ya que, los chilenos, "como aquellos habitantes de naciones más civilizadas no tienen la oportunidad de estudiar el carácter humano en libros o instrucciones derivadas de otros".<sup>471</sup> A partir de esta afirmación se desprende que captar el carácter de un pueblo, era un conocimiento que se aprendía a partir de libros y no necesariamente de la experiencia directa. Por lo mismo no, debiera sorprender, que en estos libros que tanto aluden a los caracteres locales, haya tan sólo dos pasajeras consideraciones respecto del idioma de estos países, y no es aventurado pensar que ninguno de ellos hablaba correctamente el castellano y que difícilmente pudo haberlo aprendido a lo largo del viaje —Schmidtmeyer confesó que mientras viajaba iba haciendo "pequeños progresos en el idioma español"<sup>472</sup>. Ello sugiere que ninguno de estos viajeros pudo haber sostenido una comunicación fluida con los locales que les hubiera permitido sustentar sus juicios en una base empírica de mayor validez.

<sup>470</sup> Miers, John. 1826. Sec. Vol. Pág 136.

<sup>471</sup> John Miers Op. Cit. Pág 247 vol 2

<sup>472</sup> Schmidtmeyer, Peter. 1825. Pág. 246.



## VI Observaciones políticas

Paralelamente con determinar el carácter de los habitantes de esta región, estos autores hicieron observaciones respecto de la situación política de los países en que estos sujetos vivían. Por lo general se trata de observaciones tendientes a determinar la estabilidad política de estas nacientes Repúblicas. Detalle que era una condición determinante para ponderar el avance de las especulaciones inglesas en ellas. Por esa misma razón todos estos libros contienen informes respecto de esta situación o breves noticias o resúmenes de los acontecimientos de la revolución de la independencia. Por lo general estos informes u observaciones adoptaron la forma de diagnósticos e invariablemente concluyeron con moralejas o consejos, y, en ocasiones también, con pronósticos o augurios. Algunos de estos diagnósticos son agrios, como es el caso del informe que hace John Miers respecto de Chile, pero otros son más amables e incluso esperanzadores. Algunos de ellos son drásticos pero también los hay flexibles, llegando a demostrar un notable grado de distanciamiento respecto de su propia cultura al analizar y comprender los fenómenos locales, asunto que llevó a algunos autores a formular observaciones positivas del estado político y cultural de los países sudamericanos, en detrimento de sus propios hábitos, costumbres e instituciones políticas. Sin embargo, es destacable que ninguno de estos viajeros dejó de hacer un llamado urgente al orden y a la estabilidad para las repúblicas del Cono Sur, aun cuando, en términos generales, sus diagnósticos hayan sido diversos y ofrecieran distintas respuestas a la pregunta de cómo deben organizarse estas nuevas Repúblicas. Estos llamados al orden, en términos generales, llevan a estos viajeros a sostener la necesidad que tenían todas estas repúblicas de proveerse de leyes y textos constitucionales capaces de proporcionarles un

marco institucional de gobierno, que puedan de alguna forma mejorar el estado moral de sus ciudadanos. Algunos, como es el caso de Joseph Andrews<sup>473</sup>, caen en el habitual prejuicio de los países del norte de Europa según el cual los países meridionales, ubicados en las zonas cálidas del planeta, necesitarían de gobiernos autoritarios fuertes para contener los instintos naturales del populacho ingobernable y políticamente inmaduro. Otros, en cambio, exponen opiniones democráticas que sugieren que estos países no podrán llegar a un estado de civilización si unos pocos oligarcas reemplazan a las autoridades coloniales españolas. Peter Schmidtmeier, señala por ejemplo, que la gran masa de la población de Chile permanece “sometida y en la ignorancia”, incapaz de formarse una opinión y elegir al tipo de gobierno que quiera o que pueda convenirle. Todas las tierras, agrega este autor, la riqueza, el comercio, el poder y la influencia, se encuentran repartidas en pocas familias, que para colmo se encuentran demasiado divididas respecto de la clase de gobierno que desean darse —monarquías, repúblicas, uniones federales; sólo están de acuerdo en que el actual estado político es demasiado imperfecto.<sup>474</sup> Luego, este autor agrega que los viajeros europeos eran mirados como si provinieran “de un *crisol*, en el cual han sido *ensayadas* todas clase de constituciones y gobiernos durante los últimos treinta años” y se les preguntaba “cuál de todos ellos es *el más puro*, y que mejor se ajustará a su nueva situación”. Sin embargo, para él, el desorden era una consecuencia inevitable de los conflictos propios de la Independencia y sólo era una cuestión de tiempo y dinero lograr que las cosas llegaran a *decantar*. Resulta curioso observar como Schmidtmeier utiliza metáforas o imágenes metalúrgicas (todas las cursivas son mías) para describir la situación de estos países. Se refiere también a que los “buenos *moldes* constitucionales”, aun cuando son necesarios no son suficientes para este propósito, ya que es necesario que la sustancia que se forme en ellos sea la adecuada. Para ello, según este autor, los hombres deberán hacerse “razonablemente buenos mediante una educación vigilante y ejemplos virtuosos”; de no ser así, agrega, “deberán *fundirse*, y *refundirse* una y otra vez, y los cuerpos políticos y morales así formados nunca serán firmes y duraderos...”<sup>475</sup> Para Schmidtmeier, Chile tenía excepcionales condiciones “para el mejoramiento”, ya fuera por sus ventajas naturales o por la capacidad de sus habitantes. El problema estaba en que la tierra, “sólo está reservada a unos pocos.”<sup>476</sup> Una vez más se trataba de consecuencias funestas de los vicios del legado español, no sólo debido a la perpetuación de esquemas de poder despóticos, sino también al estado de abandono en el que los españoles mantuvieron y dejaron a sus antiguas colonias.

Este abandono de sus antiguos detentadores había contribuido a que el paisaje se encontrara en un estado ruinoso. Pero las ruinas se atribuían también a la acción de la revolución de la Independencia, que en general fue vista con suspicacia y desaliento por

---

<sup>473</sup> Andrews, Joseph. 1827. Pág. 191.

<sup>474</sup> Schmidtmeier, Peter. 1825. Pág. 97

<sup>475</sup> Schmidtmeier, Peter. 1825. Págs. 97, 98

<sup>476</sup> Schmidtmeier, Peter. 1825. Pág. 99

estos viajeros. En términos generales, este estado de abandono, ya sea consecuencia de los antiguos detentadores españoles como de los esfuerzos criollos por deshacerse de ellos, se constituyó en la piedra de toque para que surgiera lo que Mary Louise Pratt, llamó una estética negativa <sup>477</sup>, que actuó como una legitimación de la intervención inglesa ante el abandono y descuido general en el que se encontraba el continente.

Así, de acuerdo a estos autores, España había probado de manera palpable su incapacidad para levantar esta región de la oscuridad en la que se encontraba sumida, en dirección hacia la luz de la razón y el desarrollo industrial. Otros consideraron que sus titulares criollos carecían de la madurez necesaria para llevar a cabo sus designios. Ante este escenario político, sus riquezas naturales y sus habitantes se encontraban abandonados y desaprovechados. Era entonces el turno de los ingleses de ocupar el lugar de estos antiguos propietarios tan despóticos como inoperantes y de tutelar el avance de las nuevas autoridades. Para ello, los ingleses exhibían como credenciales su espíritu de trabajo y su desarrollo industrial, pero su hegemonía, a diferencia de la española, no iba a instaurarse por la fuerza de las armas, sino a través del comercio y la influencia indirecta. Fue aquí donde surgió con fuerza esta suerte de impulso vocacional que se asoma subrepticamente en estos libros, en los cuales la civilización se esgrime como una noción que combinaba el impulso del desarrollo material con el progreso moral de sus habitantes. Es por ello que esta inoperancia que estos viajeros percibieron en los antiguos dominadores españoles, así como el estado de abandono y desaprovechamiento actual de las tierras, fue percibida con una sensación de malestar e incomodidad. Así lo manifestó Alexander Caldcleugh, cuando escribió que “era doloroso pensar qué gran proporción de las riquezas del Nuevo Mundo se había perdido por la ignorancia de los descubridores”. <sup>478</sup> Toda esta retórica, sensiblera si se quiere, de dolor y tristeza, servía como una fórmula de compensación para el avance inglés y para alentar el impulso de hacer de estas riquezas desatendidas un patrimonio propio. Eso al menos deja en claro el capitán Head, cuando escribió acerca de la importancia de obtener información acerca de aquellos “países donde nuestro dinero yace enterrado” <sup>479</sup>, o como lo expresó Joseph Andrews, cuando anota que Inglaterra sacará provecho “de esa riqueza por la cual España hace tanto sacrificó su moral, su honor, y su humanidad”. <sup>480</sup>

## Mapas y topografía

El teniente de navío José de Espinosa y Tello y el alférez Felipe de Bauza, fueron dos miembros de la célebre expedición de Alejandro de Malaspina que a fines del siglo XVIII

<sup>477</sup> Pratt, Mary Louise 1997. Pág. 262

<sup>478</sup> Caldcleugh, Alexander. 1825. Pág. 352.

<sup>479</sup> Head, Francis. B. 1826. Preface Pág. V

<sup>480</sup> Andrews, Joseph. 1827. Sec. Vol. Pág. 306

practicó un exhaustivo reconocimiento de los dominios del Imperio Español mediante una circunnavegación por el mundo que se prolongó por más de cinco años. Según cuenta Barros Arana, Espinosa y Bauzá se enfermaron en Lima a consecuencia del exceso de trabajo y de las fatigas del largo viaje. Malaspina, consideró arriesgado que estos dos maltrechos oficiales cruzaran en barco el Cabo de Hornos y los dejó en Valparaíso para que siguieran por tierra el viaje hacia Buenos Aires, donde se reintegrarían a la flotilla de la expedición. A Bauzá y Espinoza se les unió más tarde el botánico Luis Née, quien debía de hacer el mismo viaje por tierra a través de los Andes, herborizando o recolectando muestras botánicas y todas aquellas especies naturales que considerara dignas de interés con el propósito de llevarlas a España para enriquecer los fondos de las colecciones locales.

A lo largo de su trayecto desde Valparaíso a Santiago, ciudad donde Espinoza y Bauzá residieron bastante tiempo, y luego a través de la cordillera y la pampa, los dos miembros de la expedición de Malaspina reunieron una serie de observaciones geográficas que les permitieron levantar una “carta esférica de la parte interior de la América Meridional para manifestar el camino que conduce de Valparaíso a Buenos Aires”. Dicha carta, que Barros Arana consideró como el primer levantamiento cartográfico científico levantado sobre este territorio, fue grabada en Londres en 1810, bajo la supervisión del propio Espinosa. La carta incluía además un detalle del paso cordillerano de Uspallata.<sup>481</sup>

Fue una triste ironía del destino que esta carta levantada con tanto esmero por destacados oficiales del imperio español haya sido útil para los exploradores del imperio, rival, el imperio británico, ya que esta carta permaneció en Inglaterra y sirvió de base para todas las elaboraciones topográficas que practicaron los ingleses por el interior del continente, particularmente de la ruta que atravesaba el cono sur desde Buenos Aires a Valparaíso.

Sin embargo, la carta española no parecía ser suficiente. Así al menos se desprende de la actitud del siempre descontentadizo John Miers, quien mientras cruzaba la pampa muchas veces lamentó que no hubiera un mapa exacto del territorio por donde viajaba. En ocasiones esto incluso llegó a exasperarlo, como la vez en la que anotó en su diario, que “Nuevamente sentí seriamente la falta de un mapa correcto del país”.<sup>482</sup>

Uno de los aspectos fundamentales del proyecto compartido por estos viajeros de reconocer y describir el interior del sur del continente americano, aquella “oscuridad” a la que aludió el capitán Head, fue su propósito de construir un mapa de la región, que les permitiera establecer una ruta de comunicación por tierra al interior del continente. Pero, un mapa de esta zona, además de servir de guía a comerciantes, agentes y viajeros en general, era también un instrumento que permitía la colonización de un espacio salvaje. Un mapa es capaz de reducir un territorio a una forma material de carácter regular contenida en un objeto plegable y portátil que podía abarcarse de un solo vistazo.

---

<sup>481</sup> Barros Arana, Diego. Historia General de Chile. Parte Quinta. Santiago: Rafael Jover. 1893. Cap XIX. Parte V. Págs 146 y 147, nota 37.

<sup>482</sup> Miers, John. 1826. Págs. 23 y 30.

Head, manifestó esta asociación entre penetración territorial, civilización y labor cartográfica, cuando anotó que había pequeños pueblos y establecimientos dispersos en el vasto territorio de la pampa, que trazaban lo que llamó “el esqueleto de un mapa de civilización”.<sup>483</sup> Lo que faltaba, entonces era darle un cuerpo a ese esqueleto.

En eso consistió este empeño de construir un mapa y en proporcionar información que diera cuenta del estado de los caminos, posadas, casas de postas, puentes, ríos, pasos cordilleranos y accidentes del relieve en general. Un propósito coincidente con el esfuerzo que mostraron estos viajeros por entregar medidas precisas de las distancias que había entre estos hitos, así como datos relativos a la altura de las montañas, la temperatura, y velocidad de los vientos y descripciones de la naturaleza geológica del suelo. Operaciones que generalmente podían practicarse mediante los llamados “instrumentos filóficos”, tales como barómetros, telescopios, termómetros y teodolitos y que certificaban su seriedad y confiabilidad como viajeros y autores.

Muchos de estos viajeros confeccionaron mapas del área y elaboraron tablas y listas donde se exponían estas mediciones. En algunos casos se trata de mapas topográficos, que presentaban la dirección de los ríos, la ubicación de las montañas y las cadenas montañosas y otros rasgos notorios como la ubicación de volcanes y cumbres más elevadas y la distribución de determinadas concentraciones de rocas y minerales, designadas mediante determinados colores, que auguraban más riquezas en el interior de la tierra.<sup>484</sup>

A diferencia de los mapas nacionales, estos mapas no tenían un alcance geopolítico, ya que en ellos lo relevante no era demarcar figurativamente el territorio de un determinado Estado Nación, sino que abarcar una región al margen de las fronteras nacionales. Su tema era un área de interés comercial y estaban destinados a ser utilizados por propósitos supranacionales, en este caso, al servicio de otra potencia.

Este lenguaje metafórico de posesión puede leerse tanto en los mapas como en la representación pictórica del paisaje. Mirando un mapa, señala Malcolm Andrews, “podemos disfrutar de una visión dominante del territorio, sea esta una parroquia o un continente, identificando sus límites, distinguiendo sus ondulaciones físicas; podemos captar la relación que hay entre cada uno de sus hitos más llamativos. Entre más miramos un mapa más información obtenemos. De manera similar las “perspectivas” de paisajes pueden dar al espectador la sensación placentera de ser el monarca de aquello que su mirada alcanza a visualizar, tal como la vista captada desde la cumbre de una colina ofrece un amplio panorama a través de un campo parchado con diversos colores”.

485

A medio camino entre el mapa y el paisaje, entendido como una representación

<sup>483</sup> Head, Francis. 1826. Pág. 10.

<sup>484</sup> La noción de formación, según Martin Rudwick, consiste en una categoría acuñada en el siglo XVIII, una formación es una congregación de rocas, medianamente similares, más o menos separadas de las formaciones adyacentes. Tiene un carácter distintivo y se separa más o menos claramente de las demás. La noción implicaba una clasificación de los minerales de acuerdo a las relaciones espaciales de rocas observadas en el terreno, en una región determinada. Jardine. Nicholas. et. al. 1997. Rudwick, Martin. Pág. 274

pictórica de la naturaleza, se encuentra la topografía, que de acuerdo a lo señalado por Bernard Smith, históricamente fue determinante en la valoración o apreciación de la pintura del paisaje como una de las bellas artes. La topografía tuvo en Inglaterra una dimensión eminentemente utilitaria al servicio del ejército y la marina. Los pintores topográficos fueron de gran utilidad cuando se necesitó reproducir paisajes con el objeto de proporcionar información fidedigna para propósitos estratégicos. En la cultura visual inglesa el caso de Thomas y Paul Sandby resultó ser paradigmático. Una vez que se suprimió la revolución Jacobita en Escocia, a mediados del siglo XVIII, estos dos hermanos —Paul Sandby tenía apenas 16 años— fueron enviados como dibujantes militares bajo las órdenes del coronel David Watson ya que las autoridades inglesas comprendieron que la mejor manera de someter las tierras escocesas era mediante un amplio programa de construcción de caminos y puentes, lo que implicaba un recuento exhaustivo de dicho territorio mediante registros visuales. Esta fue la primera vez que se puso en marcha un plan de esta naturaleza dentro de las Islas Británicas, materializándose una alianza entre el dibujo y la dominación territorial a través de la visión topográfica. El recuento oficial de David Watson debía proporcionar información que respaldara la continuación de un programa de construcción de un sistema de fuertes estratégicos, caminos y puentes; planes que luego se extendieron hacia el sur de Inglaterra, y que se continuaron implementando durante las guerras napoleónicas, en la guerra con España y más tarde, en la empresa inglesa de expansión colonial a lo largo del siglo XIX. A partir del trabajo de representación topográfica, un paisaje extraño se civilizaba y volvía cada vez menos bárbaro y salvaje, haciéndose a su vez más inglés y más civilizado mediante un ejercicio de ocupación metafórica.<sup>486</sup>

En las academias marítimas inglesas se enseñaba a los futuros oficiales las destrezas del dibujo con el propósito de que pudieran registrar información, hacer mapas y tomar vistas de la costa para propósitos de navegación. “La defensa del reino, como señaló Bernard Smith, impulsó técnicas de dibujo que permitieron más tarde abarcar una apropiación emocional del paisaje en términos de lo bello, lo pintoresco y lo sublime. No sólo del paisaje inglés sino también de otros paisajes de ultramar”<sup>487</sup>

---

<sup>485</sup> Andrews, Malcolm. 1999. Pág. 77

<sup>486</sup> Bernard, Smith 1992. Págs 28, 29 y Schama, Simon. *Landscape and Memory* London: Harper Collins 1995 Pág. 466.

<sup>487</sup> Bernard, Smith 1992. Pág 30





*Mapa de la región de la pampa de John Miers, incluido en el primer volumen de su obra. En el segundo volumen de sus viajes Miers incluyó otro que detallaba la sección de la cordillera de los Andes por la cual hizo sus recorridos.*



*Mapa de la región de la pampa de John Miers, incluido en el primer volumen de su obra. En el segundo volumen de sus viajes Miers incluyó otro que detallaba la sección de la cordillera de los Andes por la cual hizo sus recorridos.*



*Mapa de la misma zona de Alexander Caldcleugh*



*Mapa del camino de Buenos Aires a Valparaíso de Samuel Haigh.*

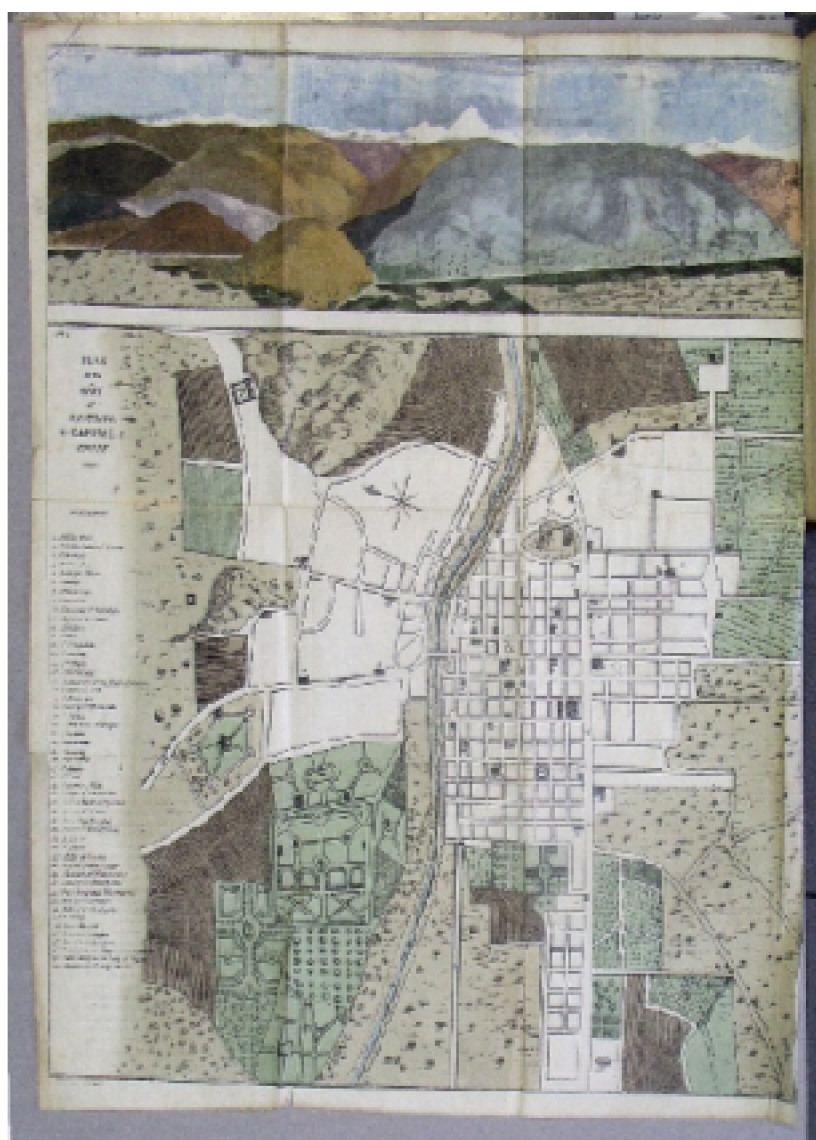
## Visiones topográficas

En estos diez libros de viajes encontramos algunas descripciones del paisaje que a pesar de ser escritas o verbales, pueden asimilarse a representaciones de visiones topográficas de carácter visual en la medida en que articulan la prospección o el avistamiento de un territorio con un propósito similar de apropiación metafórica. Generalmente se trata de vistas captadas desde una eminencia que le permitió al autor-espectador una visión amplia del panorama. Lo importante es que en estos vistazos el espectador parece

extender una retícula imaginaria por sobre espacio desconocido o considerado como salvaje, ordenándolo y ciñéndolo desde su posición privilegiada. Así, por ejemplo, Joseph Andrews señaló que él y su grupo de acompañantes se dirigieron a una eminencia "...que dominaba una admirable vista central de la propiedad, desde el lado próximo a la pampa, desde donde podía verse el horizonte lejano, una línea de mar de un océano de tierra, suavizándose a lo lejos en una inmensa distancia, desde el primer plano debajo de nuestros pies. Al otro lado ensanchadas colinas y montañas, las cuales se encumbraban en los cielos, hijas de los Andes".<sup>488</sup> Samuel Haigh, por su parte, detalló como observó que "desde la cumbre de la Cuesta Zapata hay una visión del camino, extendiéndose en línea recta, por 9 millas, y la vista termina en el campanario de la iglesia de Casablanca. El efecto de esto es hermoso en un campo tan salvaje; mirando hacia abajo del camino, desde el parque de Windsor hacia el castillo, podrá dar alguna idea de éste...El camino recto comienza en la base de la montaña; se tiende a través de uno de estos fértiles valles, que abundan en maíz, vegetales y frutas"<sup>489</sup>

<sup>488</sup> Andrews, Joseph. 1826. Págs. 213, 214

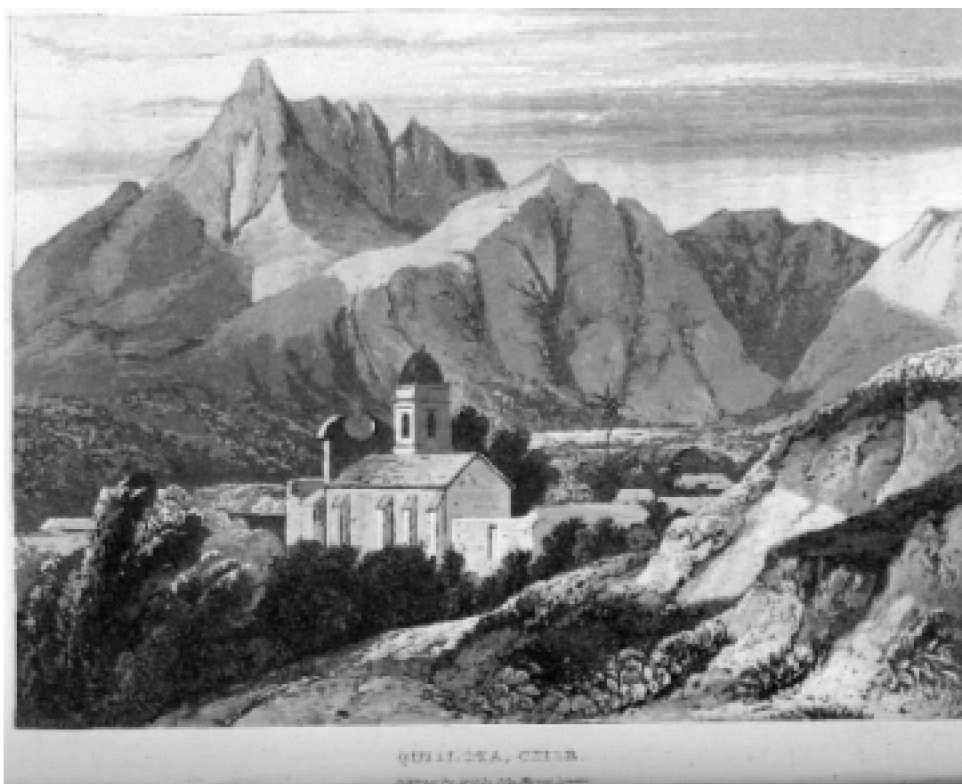
<sup>489</sup> Haigh, Samuel. 1831. Págs. 169, 170



*Este plano de la ciudad de Santiago hacia 1824 incluido en la obra de Peter Schmidtmeier, refuerza la vinculación de topografía y cartografía al llevar en su parte superior una vista topográfica de la ciudad desde un punto indeterminado.*

La traducción de las convenciones gráficas de la topografía en un texto escrito es más clara en el caso de esta escena descrita por Robert Proctor, relatando el momento cuando él y el capitán Henry Prescott —a cargo de la base naval en la costa peruana— treparon una montaña detrás de la ciudad de Lima, desde donde el autor señala que: “obtuvimos una vista de pájaro de la capital, el océano y el campo adyacente”, “la perspectiva —añadió— ampliamente retribuyó por nuestros esfuerzos en alcanzar la cima, ya que el campo se esparció como un mapa debajo de nosotros. La tierra cultivada a lo largo de la costa era de un ancho de alrededor de seis millas; luego comenzaban las áridas colinas, y en los intervalos entre medio de ellas, observamos pequeñas franjas angostas de tierra cultivable, y aquí y allá pequeños puntos cercados, como islas entre medio del desperdicio”.<sup>490</sup> Una visión muy similar recoge Charles Brand en su diario, cuando escribe que: “después de recorrer alguna distancia a través del hermoso valle,

ascendimos una *cuesta* muy empinada, desde cuya cumbre había una vista de lo más encantadora. A la izquierda yacía el hermoso y fértil valle de Quillota, limitado a la distancia por colinas ondulantes, cubiertas con rica verdura, con muchas manchas tendidas en buenas plantaciones. A nuestra derecha miramos la planicie de Santa Rosa, yaciendo a nuestros pies como un mapa, con el rápido río desenvolviendo su curso serpenteante hasta perderse de vista, al dar la vuelta a las montañas en la distancia, por sobre lo cual de nuevo la poderosa Cordillera cubierta de nieve”<sup>491</sup>



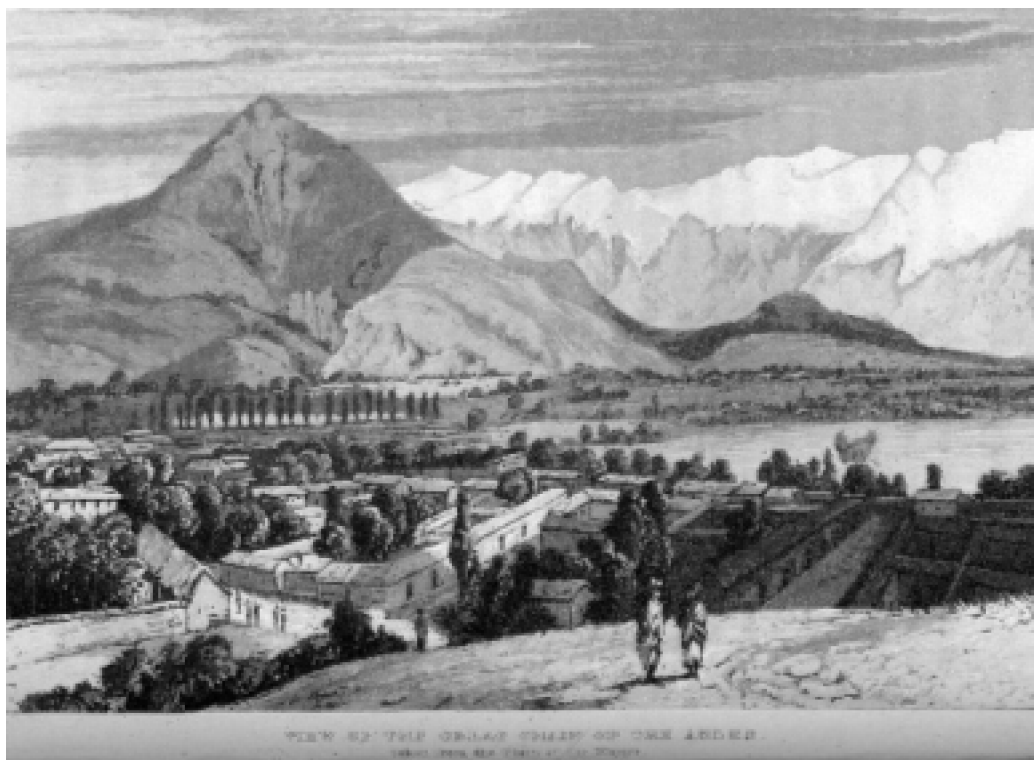
*Vista de Quillota pretence al trabajo de Alexander Caldcleugh.*

En ambos casos, el paisaje observado bajo su mirada dominadora que intentaba civilizar y al mismo tiempo tomar posesión de manera metafórica de un espacio salvaje, se vuelve una representación visual, un mapa. En todos estos casos, la visión del viajero emprende un “vuelo de pájaro” desde un punto que comanda una gran perspectiva de territorio y flota por sobre una superficie de tierra ordenándola, de manera que ya no se trata de una vastedad sin límites de tierra abandonada sino que de un espacio abarcable y delimitado. Es elocuente que en los casos de Proctor y Brand el paisaje se ofrezca ante ellos como un mapa desplegado y que este se encuentre a sus pies, disponible, como si hubiera estado esperando su llegada. La imagen de Quillota que ilustra el texto en la página precedente corresponde al libro de Alexander Caldcleugh y es una litografía hecha a partir de una ilustración de William Waldegrave, quien también fue el autor de la siguiente ilustración del mismo libro en la cual se aprecia una perspectiva topográfica

<sup>490</sup> Proctor, Robert. 1824. Págs. 297, 298

<sup>491</sup> Brand, Charles. 1828. Pág. 163

hacia la Cordillera.



*Vista del valle del Maipú tomada del libro de Alexander Caldcleugh. Litografía hecha a partir de una ilustración de William Waldegrave*

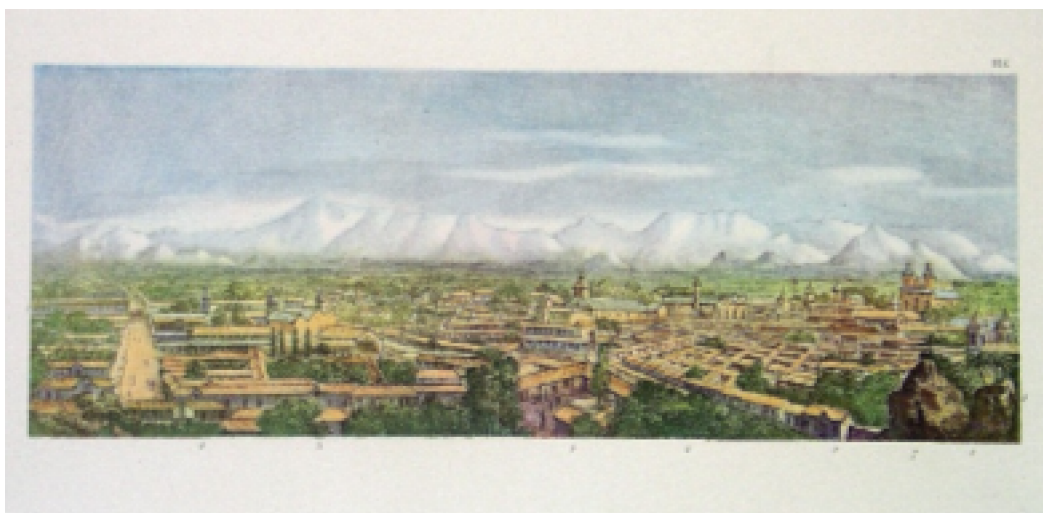
Esta imagen que su autor identifica como Vista desde el Maipú hacia la cordillera, es sin embargo una vista desde el cerro Santa Lucía. William Waldegrave es el autor de *A series of Panoramic Views of Saint Jago, the Capital of Chili. From the original drawings made by the Hon. Captain William Waldegrave in 1821*, obra impresa en Inglaterra en 1823 y la imagen precedente es un detalle de una de sus vistas panorámicas que se dirige hacia el nororiente. Como puede observarse la lámina incluida en el libro de Caldcleugh corresponde al primer segmento de la toma panorámica. Esto me hace pensar que la vista de Waldegrave fue obtenida a partir de un montaje de distintas “tomas” hechas mediante algún mecanismo óptico. Posiblemente una cámara oscura, aun cuando la desformación de la línea recta de las calles sugiere el uso de algún lente.





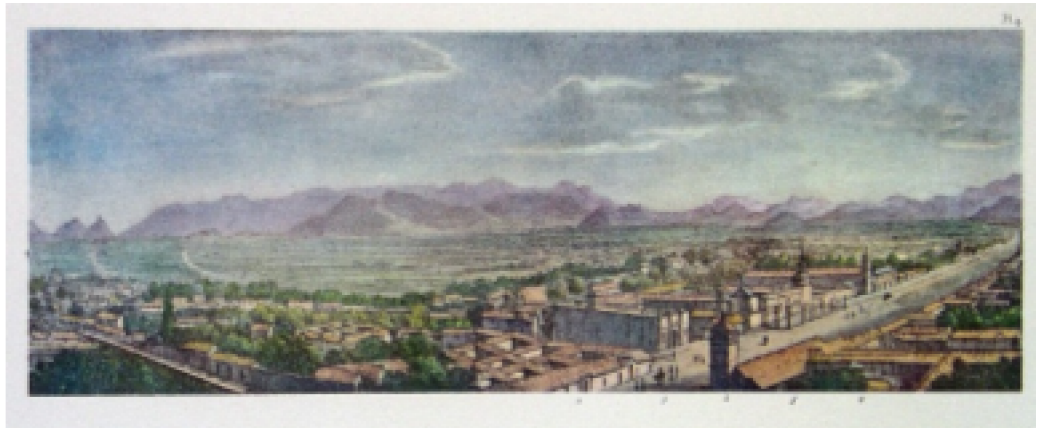
*Vista panorámica de William Waldegrave, que se dirige hacia el oriente. En el primer segmento se observa el cerro San Cristóbal.*

Waldegrave era teniente del HMS Creole, que se dirigió a las costas de Sudamérica en 1820 para integrar la Estación Naval inglesa en los mares del sur. El teniente pasó breves temporadas en Valparaíso y Santiago, de las cuales resultaron sus vistas tomadas desde la eminencia del cerro Santa Lucía y rodean a dicho cerro en forma completa abarcando el campo circundante hasta una distancia de 80 millas<sup>492</sup>.



*Vista del Santa Lucía hacia la Iglesia de la Merced, en dirección hacia el noroeste.*

<sup>492</sup> Waldegrave William "A series of Panoramic Views of Saint Jago, the Capital of Chili. From the original drawings made by the Hon. Captain William Waldegrave in 1821", Santiago de Chile. Reedición de la Sociedad de Bibliófilos de Chile, 1965.



*Vista del Santa Lucía hacia la Iglesia de la Merced, en dirección hacia el noroeste.*



*Vista hacia la Cañada o Alameda de las Delicias, en dirección sur.*



*Vista hacia el suroriente.*



## VII Proyectos

El territorio que se desplegaba ante la mirada de estos autores fue percibido como algo que se encontraba disponible para que estos viajeros materializaran los planes que traían entre manos. Ante el escenario de la pampa argentina Robert Proctor observó que “aún cuando el país tenga un aspecto seco y poco interesante para el observador superficial, todavía hay material suficiente para la especulación. El suelo es el más fértil que pueda imaginarse, consistiendo en una fina marga oscura de varios pies de profundidad, y el clima es tan favorable, que los productos de otros países podrían cultivarse aquí con gran perfección”. “Todo lo que hace falta, concluyó este autor, es una población activa para cultivar el suelo, y lo suficientemente numerosa para resistir las incursiones de los indios.”

<sup>493</sup> El terreno fértil y desaprovechado no sólo necesitaba, sino que incluso esperaba la llegada de una “población activa” y el arribo de sus productos o manufacturas. Así lo observó Francis Bond Head, cuando señaló que “el campo estaba esperando la llegada de millones de hombres y plantaran ciudades y araran la tierra”. <sup>494</sup> Es poco probable que esos millones de hombres a los cuales se esperaba con tanta avidez fueran más gauchos o gente de la pampa. Necesariamente debía tratarse de hombres y mujeres de Europa, particularmente europeos del norte.

El paisaje americano era visto como un campo de posibilidades, en el cual podía y debía desplegarse y propagarse la misión civilizadora europea <sup>495</sup>, de preferencia

<sup>493</sup> Proctor, Robert. 1825. Pág. 17

<sup>494</sup> Head, Francis B. 1826. Pág. 7

inglesa. Pero, el problema era que este terreno no se encontraba vacante, sino que estaba habitado por pueblos enteros, que trataban de darle forma a sus nacientes repúblicas por sobre los cimientos arruinados de la administración colonial. Este proceso necesariamente convulsionado, por el cual pasaban los criollos que intentaban organizarse políticamente, en circunstancias que todavía no se había disipado completamente el humo y la polvareda de las batallas de la independencia y cuando persistía latente la amenaza de una nueva embestida española, fue visto por estos ingleses como un obstáculo para sus planes. Por esa razón los diagnósticos que hicieron de la situación política de estas repúblicas, además de ser llamados perentorios al orden, iban aparejados en la mayoría de los casos, con una serie de proposiciones y proyectos que pretendían llevarse a cabo en estos territorios.

En ocasiones, se trató de los planes que estos propios viajeros intentaron concretar y en otros se trató de proposiciones que ellos mismos formularon como llamados o invocaciones genéricas, tal como si hubiesen sido reflexiones en voz alta destinadas a despertar la inquietud e iniciativa de sus lectores en la metrópolis.

Estos diez libros de viaje son manifestaciones de un momento en el proceso de avance Británico hacia Sudamérica, que tuvo el doble propósito de aprovechar las ventajas comerciales y los recursos naturales ofrecidos por estos países y extender la misión civilizadora británica por el mundo. Un doble alcance que convergía en la medida en que el proceso civilizador tenía como propósito último capacitar a los ciudadanos sudamericanos para hacer de ellos eventuales consumidores de mercaderías o manufacturas inglesas. En ese sentido, civilizar equivalía también a integrar al sudamericano en una red de intercambios comerciales. Así por ejemplo, Alexander Caldcleugh observó que en Buenos Aires las pocas manufacturas que se encontraban en manos de los indios, quienes “traen unos pocos artículos insignificantes, hechos de cueros y plumas de avestruz; y unos pocos bienes manufacturados como ponchos y toscas ropas de lana”. “No es raro, añade luego este autor, que en unos pocos años, una industria manufacturera inglesa supere el uso del poncho; aun cuando, hasta este momento no hayamos sido capaces de fabricar algo que se le iguale”.<sup>496</sup> Reemplazar el tradicional uso del poncho por una indumentaria moderna, de confección industrial, era una de las tareas de la educación europea, generando con ello una nueva demanda para adquirir productos de procedencia inglesa. No bastaba, entonces, con ofrecer trajes ingleses, sino que también había que crear la necesidad de adquirirlos.

Joseph Andrews, imaginó a las provincias de la Plata convertidas en un mercado por donde circularían los productos ingleses. En su plan imaginario, superponía por sobre el territorio del interior del continente una red de rutas terrestres y marítimas interconectadas, que vincularían los mercados del Atlántico, el Pacífico y el Alto Perú, permitiendo el flujo expedito de bienes provenientes de Inglaterra. De acuerdo con su plan, una reducción en los derechos de aduana permitiría la recuperación de los arruinados mercados del Alto Perú que sería aprovechada por Buenos Aires y permitiría

---

<sup>495</sup> Pratt, Mary Louise 1997. Pág. 268

<sup>496</sup> Caldcleugh, Alexander. 1825. Págs. 160, 161.

también el reembolso de los elevados gastos del traslado de mercaderías por tierra o por mar, a través del Cabo de Hornos hacia los puertos del Pacífico.<sup>497</sup>

Los proyectos ideados por estos autores deben situarse junto a otras empresas inglesas de distinta naturaleza efectuadas o planeadas en la misma época en Sudamérica. Tal es el caso de la misión Hidrográfica comandada por el Capitán Philip Parker King que recorrió el litoral del extremo austral de América desde Montevideo a Chiloé haciendo prospecciones de sus costas y de la profundidad de sus aguas entre 1826 y 1830, con el propósito de hacer más segura la navegación inglesa por aquella zona. Esta empresa y otras excursiones inglesas que abordaron el continente americano, ya sea por mar o por tierra, tendieron una red imaginaria que abarcaba al continente, bordeándolo por su litoral y atravesándolo en lugares estratégicos, de tal manera que se facilitara el avance de la empresa global británica. También podrían relacionarse estos proyectos con otros planes de alcance diferente como fueron el proyecto educacional implementado por James Thomson, quien con el beneplácito de los gobiernos de turno hizo esfuerzos por implementar un método británico de educación conocido como la enseñanza Lancasteriana<sup>498</sup>, que de alguna manera permitían el desarrollo este doble propósito de asegurar los mercados sudamericanos y de civilizar a sus habitantes.

## Colonización

El comercio entre Inglaterra y las repúblicas del cono sur fue adquiriendo entre fines de la primera década del siglo XIX y la primera mitad de la segunda década, una creciente importancia. Sin embargo, según estos autores esta mejora sólo podría ser significativa en la medida en que las condiciones políticas internas garantizaran la mínima estabilidad para su pleno desenvolvimiento. Samuel Haigh, observó como en un poco más de un lustro el comercio británico en Buenos Aires había logrado aumentar, a pesar del estado de anarquía que había prevalecido en el país. Hacia “1821, señaló, había 320 barcos a fuera de Buenos Aires, de los cuales 114, eran ingleses; y en 1822, había 304, de los cuales 167 eran ingleses<sup>499</sup>, Robert Proctor, por su parte, vio que la caótica ciudad de Lima estaba llamada a ocupar, en tiempos de prosperidad, “un lugar de la mayor importancia comercial para Gran Bretaña”<sup>500</sup>, sin embargo, mientras tanto, las cosas no iban nada bien y tuvo que dejar rápidamente el país, “siendo tan poco próspero el aspecto político de los asuntos en Perú, en lo que concierne a la causa de la libertad, y habiéndose rendido a sí mismo el gobierno de una manera tan desgraciada”<sup>501</sup>

<sup>497</sup> Andrews, Joseph 1827. Pág. 39

<sup>498</sup> Barros, Arana. Historia General de Chile. Tomo 13 Capítulo X. Santiago. Rafael Jover. 1893. Pág. 597

<sup>499</sup> Haigh, Samuel. 1831. Págs. 160 a 163.

<sup>500</sup> Proctor, Robert. 1824. Pág. 290

Para Peter Schmidtmeier el principal problema estaba en el reducido tamaño del mercado chileno, que era incapaz de absorber las mercancías inglesas. Las ventas inglesas por lo demás sólo podían ser de un volumen insignificante. A su juicio, el principal obstáculo para esta expansión comercial radicaba en la concentración de la riqueza del país que se acumulaba en manos de unos pocos. “Muchos barcos de Inglaterra, después de vender aquí lo que pueden, zarpan de nuevo hacia la costa de Perú con la principal parte de sus cargas; y allí, no ha ocurrido pocas veces, que por la expectación existente de toda clase de medios de consumo, una gran cantidad de población se ha visto decepcionada”<sup>502</sup>

Buena parte de estos planes o propuestas de acción formulados por estos autores tomaron la forma de proyectos de emigración o colonización, más o menos concretos. La emigración les ofrecía la posibilidad de consumir este doble propósito de aprovechar los recursos americanos y al mismo tiempo de educar, casi por contagio, a la población local. Para Head el gran “desideratum” que tenían estos países era la llegada de población. De acuerdo a él, la escasez de pobladores sólo podría perpetuar el estado de cosas que estaba vigente al momento de su llegada, en el cual “las provisiones para vivir necesariamente se obtendrán con facilidad, y la gente permanecerá en la indolencia”. El aumento de población, en cambio acarreará más necesidades que impulsarán a los habitantes a trabajar más. A sus ojos, la emigración era sólo cosa de tiempo, ya que el excedente de población del Viejo Mundo “indudablemente se derramará hacia esos países, trayendo con ello diferentes hábitos, idioma y costumbres.”<sup>503</sup>

Joseph Andrews, por su parte, sugirió futuras inmigraciones de ingleses a Argentina.<sup>504</sup> y cuenta que en el interior de las Provincias Unidas, “se propuso invitar la emigración desde Gran Bretaña, mediante garantías de territorio a cualquier compañía que pudiera establecerse correctamente en la provincia”.<sup>505</sup> Peter Schmidtmeier, por su parte en enero de 1821 le propuso al Director Supremo chileno, Bernardo O’Higgins, un plan de fundar colonias agrícolas formadas por familias suizas sacadas principalmente de cantones católicos. La proposición alcanzó a ser aprobada por el Senado en acuerdo del 9 de marzo siguiente, pero quedó sin efecto.<sup>506</sup>

Estas propuestas de colonización estuvieron revestidas de cierto carácter oficial al estar orientadas a proyectos masivos patrocinados por empresas particulares, o al ser respaldadas por los gobiernos locales, como fue el caso de las propuestas de Schmidtmeier; pero, también adoptaron la forma de simples invocaciones o llamados

---

<sup>501</sup> Proctor, Robert. 1825. Pág. 364

<sup>502</sup> Schimdtmeier, Peter. Págs. 299, 300

<sup>503</sup> Head, Francis B. 1826. Págs. 309,310

<sup>504</sup> Andrews, Joseph. 1827. Pág. 241

<sup>505</sup> Andrews, Joseph. 1827. Pág. 283

<sup>506</sup> Barros Arana, Diego. 1893. Pág. 591 n.

genéricos dirigidos al lector metropolitano. Así Andrews, por ejemplo, invitó a todo aquel que quisiera asomarse por estas tierras y tuviera intenciones de medrar. En su camino hacia Salta, anotó que las condiciones de este territorio le ofrecían “una oportunidad a cualquier inglés industrial con un pequeño capital para hacer una bonita fortuna en pocos años”.<sup>507</sup>

El establecimiento de las compañías mineras en tierras americanas satisfacía en parte estos planes de colonización, por cuanto implicaba la llegada de mano de obra inglesa. Se trataba de un rubro, que necesitaba de un considerable despliegue de esfuerzos físicos para levantar las minas abandonadas o por lo general subutilizadas, pero también, como señaló Andrews, requería trabajadores que tuvieran conocimientos metalúrgicos específicos para obtener provechos que de otra forma no podrían conseguirse. Esta clase de “conocimiento científico”, era necesario, ya que, según el diagnóstico de Andrews las montañas de los Andes todavía guardaban riquezas desconocidas que esperaban ser descubiertas y explotadas.<sup>508</sup> El capitán Head viajó junto a una cuadrilla de mineros ingleses provenientes de Cornwall, que pretendían instalarse en tierras sudamericanas para trabajar sus minas y Andrews comentó en su libro de manera oblicua estos planes. Observó, que si se trata de traer “unos pocos mineros inteligentes de Europa, calificados en el conocimiento de producciones minerales”, debía traerse preferentemente técnicos alemanes que, a su juicio, eran “mejor versados que los ingleses en la producción de minas”; “más fuertes, pacientes, y constantes”, y “mucho menos delicados y puntillosos por minucias” que los mineros de Cornwall. Para Andrews, estos mineros eran “intratables si se les contraría en lo más mínimo. Armonizan juntos, “uno para todos”, pero no con extraños; y sus disposiciones y hábitos por ningún medio corresponden con el temperamento experimentado y placido y la disposición de los sudamericanos”.<sup>509</sup>

Es interesante notar que mientras estos viajeros intentaban darle forma a estos proyectos, el ministro plenipotenciario chileno en Londres, Mariano Egaña solicitaba a una compañía minera que se hiciese “cargo en Chile de abrir caminos, y componer especialmente el de la cordillera que conduce a Mendoza, haciendo al efecto sus especulaciones con el gobierno directamente”, siguiendo el ejemplo de otras compañías que se intentaba formar entonces para Colombia “con el objeto de abrir el istmo de Panamá, establecer la navegación por buques de vapor, y abrir caminos y canales...” Señaló, sin embargo que su propósito no era fácil de conseguir, aunque creía que la primera compañía de minas chilenas podía “tomar a sus cargo algunos de estos proyectos, según me lo han dado a entender”.<sup>510</sup>

A pesar de sus propios planes de traer mano de obra calificada europea a América,

<sup>507</sup> Andrews, Joseph. 1827. Pág. 278

<sup>508</sup> Andrews, Joseph. 1827. Págs. 52,53,54

<sup>509</sup> Andrews, Joseph. 1827. Págs. 209, 210

<sup>510</sup> González E., Javier 1984. Pág. 119

Peter Schidtmeyer fue bastante escéptico de los resultados que pudieran esperarse de una empresa de tal naturaleza. En su libro escribió que “el establecimiento de extranjeros industriosos en Chile es indudablemente una gran ventaja, para un país tan poco poblado, y en el cual todavía hay recursos considerables, aun cuando parcialmente disponibles: pero sería todavía un beneficio más grande, extender el alcance para la industria a los mismos chilenos, y ofrecer a ellos tal incentivo y medios de mejoramiento que podrían evitar su emigración”<sup>511</sup> Andrews, mientras tanto, creía que era más ventajoso aconsejar a los empresarios ingleses que dirigieran sus capitales a la zona antes de traer trabajadores inmigrantes. Del mismo modo antes de importar voluminosas maquinarias era preferible extender el alcance de la industria a los trabajadores locales. “Uno no puede dejar de lamentarse —señalaba— al ver en un país tan bueno, tantos objetos capaces de mejorar, y de dar sustento y comodidad a una numerosa población, así como riqueza al capitalista, abandonados en el suelo desaprovechados por falta de dinero para reinstaurarlos”<sup>512</sup>

No hay que olvidar que Andrews, escribía a la luz del fracaso de las compañías mineras y que su libro en buena medida es una reflexión en torno a esta experiencia fallida. A su entender, las minas de Sudamérica merecían una segunda oportunidad, ya que, “no porque Sudamérica al presente no posea (y esto es una suposición aventurada) el rango político ni el carácter moral, vamos a abandonarla a su destino, dejar todas los planes de beneficio recíproco de amabas naciones que puedan obtenerse de ella, dejar de tratar de recuperar nuestras perdidas ni mejorar esos admirables países por nuestra influencia y ejemplo”<sup>513</sup> Sin embargo, para lograr estos planes era necesario un cambio de estrategia y, a juicio de Andrews, la clave de la influencia británica tenía que ser el aporte de capital. Estas ideas no eran nuevas, ya a fines del siglo XVIII, el alemán Zachariah Helms había hecho un diagnóstico similar de la situación. Antes de dejar Sudamérica este minero señaló: “debo, para información de mis lectores, dar unas pocas observaciones generales relativas a Buenos Ayres y Perú”. Según su informe, las minas de oro y plata, eran la principal fuente de riquezas de estos países, el comercio interior no era digno de considerarse y el comercio exterior, a que a causa de la falta de desarrollo cultural y la escasez de población, se encontraba en manos de los europeos. “Casi todas las minas en Perú fueron abiertas primero por desertores del ejército y la armada, marinos y otros vagabundos; y continuaron siendo trabajadas sin cumplir con las leyes y las regulaciones mineras”<sup>514</sup> A continuación Helms añadió que las cosas mejorarían significativamente “si Perú, Chile y Buenos Aires tuvieran las mismas ventajas que el más poblado e industrial reino de México, donde se han establecido bancos reales y privados para el apoyo e impulso, y adelantándole dinero a los trabajadores de ellas; y donde, al encontrarse menos alejadas de la madre patria, se presta una obediencia más

<sup>511</sup> Schidtmeyer, Peter. 1825. Pág. 299

<sup>512</sup> Andrews, Joseph. 1827. Pág. 73

<sup>513</sup> Andrews, Joseph 1827. Preface Pág. xxiii

<sup>514</sup> Helms, Anton Zacharia. 1806. Pág. 109

---

estricta a las leyes y existe un mejor sistema de policía y economía”<sup>515</sup>

Resultaba entonces más conveniente dejar que los trabajadores nativos siguieran trabajando las minas en las condiciones precarias —o derechamente miserables— en que lo hacían, acostumbrados a pasar privaciones que los mineros ingleses jamás tolerarían y dejar que estos permanecieran en sus casas. Era más preferible que viajaran los capitales y dejar a los ingleses y las máquinas en casa, ya que se corría el riesgo de perderlo todo. Bastaba con “un desembolso prudente para remunerar a los mineros nativos, unos pocos mineralogistas astutos y mineros supervisores enviados desde Europa”.

Para Andrews el asunto radicaba en determinar quién iba a reemplazar a los antiguos propietarios de minas o a quienes habían ejercido como “habilitadores”, es decir a los españoles por ese entonces arruinados o desaparecidos. “En este asunto, agregaba, gira la principal cuestión de las ventajas mineras. ¿Quién restablecerá los principales suministros del viejo sistema español?”<sup>516</sup> Los habilitadores, como explicó Andrews, no eran precisamente mineros ni propietarios de minas, sino “personas que hacen adelantos a los mineros para iniciar y efectuar sus operaciones”. John Miers en su libro también sugirió esta misma estrategia: “Las muchas asociaciones surgidas en Londres con la mira de trabajar las minas de Chile probablemente encontrarán más de su interés tomar el papel de habilitadores, y no el de los mineros, porque descubrirán que los nativos pueden trabajar las minas con mucha mayor economía de lo que ellos posiblemente pueden. Esto yo lo podré demostrar cuando el tema venga a ser más minuciosamente detallado.

Nuestros compatriotas en casa están evidentemente engañados al imaginar que lo chilenos entienden poco del arte de la minería: al contrario, puede asegurárseles que son mineros muy diestros y eficientes, y no sólo producirán la veta en la superficie de la tierra a un costo mucho menor que otros, sino que también en sus procedimientos rudos y económicos, ellos extraerán los metales a un costo mucho menor”<sup>517</sup>

El entusiasmo de Andrews era incombustible. A su juicio, “la buena voluntad de los sudamericanos hacia Inglaterra es ilimitada, pero ellos no tienen todavía el poder para mostrarla de manera más explícita. Saquemos ventaja de estos gentiles sentimientos mediante una retribución adecuada”. De acuerdo a él, el comerciante, el artesano y el propietario de barcos, ingleses por su puesto, se hacían la siguiente pregunta: “¿por qué sus ganancias en el Nuevo Mundo disminuían en lugar de aumentar? ¿Por qué sus naves (...) no podrían también haber sido empleadas con los productos de la Industria Británica en el Pacífico? La respuesta a todas estas preguntas para él era “obvia”. El sudamericano está “exhausto”, “decepcionado”, por los recursos que ha debido anticipar en el pago de sus deudas. La guerra, además, ha despoblado el país y ha arruinado el capital que alguna vez tuvo. Las minas han permanecido abandonadas durante “este

---

<sup>515</sup> Helms, Antono Zacharia 1806. Págs. 111,112

<sup>516</sup> Andrews, Joseph. 1827. Págs. 310, 311.

<sup>517</sup> Miers, John. 1826. Págs. 380, 381

ruinoso tumulto civil” y el sudamericano “no tiene a nadie más que al extranjero para pedir ayuda y reanimar su industria interna”(…) “Sus minas no son burbujas: adecuadamente administradas y cuidadosamente supervisadas, sus ganancias serán seguras; no, ciertamente, por planes de apuestas en la bolsa de comercio, sin sentido, repentinos y flacos, y esperanzas de ricas ganancias casi antes que las minas puedan abrirse, sino que por un sistema de economía cuidadoso tal como se practica en Europa entre personas acostumbradas a aventurarse en empresas similares. Las pasadas burbujas de todo tipo involucraron en su vil carácter muchos planes de genuino valor para el país, que fueron igualmente correspondidos por el clamor popular... Así hemos dejado pasar la más favorable oportunidad de hacer que Sudamérica contribuyera exclusivamente en nuestro beneficio”<sup>518</sup>

Una vez que Andrews, recibió la noticia de que sus planes habían sido abortados en Londres, concentró sus acciones en el puerto de Coquimbo, ubicado en la región del norte chileno donde se concentraba la minería del cobre. Allí, Andrews se contactó con Jorge Edwards, uno de los pioneros de la banca chilena —y habilitador consumado— que llegaría a formar una inmensa fortuna. Según se desprende de los planes de Andrews para desarrollar “empresas mineras” y de sus propios escritos, no bastaba solo con tener un adecuado conocimiento de las riquezas mineralógicas existentes, sino que además era necesario conocer cabalmente la situación política de la zona y el funcionamiento de sus leyes y tribunales. En uno de sus apéndices, después de hacer una relación de la situación de la provincia minera de Coquimbo, Andrews hace lo que llama “unas pocas observaciones acerca del gobierno y la gente” del lugar. Del tono de estas observaciones se desprende el alcance y el carácter de su proyecto: observó que en Coquimbo “las leyes se administran completamente, y los castigos en los casos criminales se aplican de manera muy parcial. A las familias de influencia se les permite interferir demasiado con las decisiones de las cortes. Los chilenos son gente muy dócil y fácil de gobernar, particularmente los habitantes de la provincia, y uno puede viajar por ella muy solo sin correr el menor riesgo”<sup>519</sup>.

## La voz de los demás

No es usual que estos autores reproduzcan las opiniones o las percepciones que tuvieron los sudamericanos o los habitantes de estos territorios ante su presencia. Andrews, en este aspecto es una excepción, ya que en su libro cuenta del caso de un viejo jesuita en el interior del territorio argentino, que “llegó a la cámara de representantes, y poniéndose de rodillas, suplicó a los miembros de la manera más ferviente, que si valoraban su propiedad, a sus mujeres y sus hijas, o tenían algún respeto por su santa religión, deberían detener todas los avances, y evitar la admisión de herejes ingleses. Añadió que bajo la pretensión de la minería, ellos jugarán en América el mismo juego que han jugado

<sup>518</sup> Andrews, Joseph. 1827. Págs. 306 a 309

<sup>519</sup> Andrews, Joseph. 1827. Págs. 320, 321 sec vol



en la India, y subyugarán a todo el país.”<sup>520</sup> Si este jesuita vio a los ingleses como una amenaza, un gobernador de Salta, según lo consignó Andrews, manifestó una visión mucho más optimista, al señalar, que él y su gente, miraban “hacia las energías y poderosos recursos de Gran Bretaña para recuperar nuestros asuntos; para la ventaja mutua de ambos países”<sup>521</sup> Esta última opinión resume la justificación que formuló Andrews para validar la interferencia inglesa en estos países sudamericanos, que podría ser descrita como un rescate, en el que por un lado se encontraba la naturaleza americana exhausta y por el otro se encontraba el carácter, la “energía” y los “poderosos recursos” inglés. Andrews sostenía que se trataba de un intercambio, en el que ingleses y sudamericanos, se verían beneficiados de manera recíproca. Los alcances de su proyecto se manifiestan en una curiosa escena ocurrida en Tucumán durante una reunión entre él y otros ingleses y algunas autoridades y personalidades de la región. Andrews describe esta anécdota en un tono sospechosamente teatral y sus expresiones son sorprendentes. Tomando la palabra en la asamblea, Andrews, se dirigió a la audiencia señalando: “Me enteré de un absurdo rumor que se ha hecho circular empeñosamente, literalmente, que los ingleses, bajo el pretexto de la minería, muy pronto tomaran posesión de todo el país. “Lejos”, dije yo, “¡Generosos tucumaneses! Lejos de desmentir tal propósito, debo empeñarme en establecer su veracidad. Los ingleses van a tomar posesión de su país, no, ciertamente, por la fuerza de las armas en contra del gobierno; sino que por una modalidad de conquista la cual será igualmente beneficiosa para y ellos mismos, al traerles los recursos de su capital e industria así como maquinarias para levantar los tesoros ocultos de las abandonadas montañas de ustedes, y para hacer fructíferas sus empobrecidas llanuras. Ellos tomarán posesión de su país al ponerlo bajo el dominio de un espíritu de diligencia, trabajo activo, y bien fundado sentido moral. Ellos tomarán posesión de su país cuando ellos se radiquen entre ustedes, mezclando la sangre inglesa con aquella de las justas y amorosas hijas de Tucumán”<sup>522</sup>

Según apuntó Andrews, su sorprendente alocución fue recibida con frenesí, e incluso con una ronda de brindis en honor a Lord Canning, a quien él mismo le dedicó sus escritos. En esta misma ocasión, Andrews dijo a los asistentes que: “Cuanto antes se establezcan los ingleses entre ellos, más temprano será beneficiado el cuerpo político por sus hábitos de industria y su completo ejemplo.”<sup>523</sup> Como si sus palabras no hubieran sido lo suficientemente enfáticas, Andrews añadió que “la perseverancia inglesa, su industria y empresa, encuentran una llave para entrar en cada esquina del mundo. El nombre de Inglaterra, que los viejos españoles convirtieron una expresión de reproche en estas provincias, es ahora uno de respeto. La gente incluso en el centro de este remoto continente es más ilustrada y liberal, exhibe más inteligencia, y ya posee mejores nociones de lo que contribuirá al bienestar de su país, que el monarca y los consejeros

<sup>520</sup> Andrews, Joseph. 1827. Pág. 177

<sup>521</sup> Andrews, Joseph. 1827. Pág. 286.

<sup>522</sup> Andrews, Joseph. 1827. Pág. 233.

<sup>523</sup> Andrews, Joseph. 1827. Pág. 177.

del viejo país; y no está muy lejos el día cuando en perfecto conocimiento de la situación relativa en las naciones europeas, los tucumanenses aprenderán a mirar con desdén, la ignorancia e imbecilidad de los reyes de Indias”<sup>524</sup>

Las elocuentes expresiones de Andrews tenían mucho de cinismo en toda su desvergüenza tragicómica. Cuesta dejar de pensar que su insistencia al señalar que “los ingleses tomarán posesión de su país”, pudo haber sido recibida con razonable desazón por su público. Pero, a sus ojos, la intromisión inglesa era legitimada y justificada en virtud del propio carácter de los ingleses, es decir por su espíritu de diligencia, trabajo y bien fundado sentido moral. Por lo demás prometía beneficios compartidos, prometiendo que ambas partes quedarían contentas con el negocio. En su perorata, Andrews destacó su referencia a las mujeres de Tucumán y naturalmente se puede asimilar la situación de la naturaleza americana con la de los cuerpos de aquellas “justas y amorosas hijas de Tucumán”, tanto la naturaleza como los cuerpos serían poseídos por el espíritu de empresa inglés. Una posesión, que según advirtió, traería consecuencias benéficas para el cuerpo político del país, que se verá beneficiado con una vivificante y purificadora inyección de sangre inglesa. Ante esto resultan comprensibles las aprensiones del jesuita y sus llamados a salvaguardar la propiedad, las mujeres y las hijas de los criollos que lo escuchaban.

El mutuo beneficio prometido por Andrews, sólo podía funcionar a la luz de un proyecto civilizador eficaz, ya que de otra manera la ganancia de un negocio que proponía intercambiar recursos naturales por bienes ingleses no podría ser recíproca. Sin embargo, estas propuestas de intercambio eran estimuladas por los representantes de estas nacientes Repúblicas en Londres y mientras Andrews hacía su encendida arenga a los tucumanenses, al otro lado del Atlántico los plenipotenciarios americanos en Londres, como fue el caso del chileno Mariano Egaña y del argentino Bernardino Rivadavia, estimularon la formación de empresas similares a las que estos mismos ingleses estaban tratando de llevar a cabo en Sudamérica. Los esfuerzos de Egaña por dirigir mano de obra calificada y capitales europeos hacia Chile, hacen que la retórica propagandística de Andrews sea algo más que un monólogo dirigido a la pared, ya que testimonian que sus palabras tuvieron eco entre las autoridades de aquellas tierras, que pretendían propósitos concordantes.

A pesar del entusiasmo de las palabras de Andrews y de otros de estos autores, hubo también algunas notas disonantes. Como aquella propuesta por Alexander Caldcleugh, quien, luego de sostener que la aplicación del capital a las minas chilenas sólo podrá resultar beneficiosa en la medida en que estos países se establezcan, y den “perfecta seguridad a la propiedad”, observó que no habría que perder de vista que si todas las minas se trabajaran debidamente, era más que probable que la plata llegara a Europa a un precio muy bajo.<sup>525</sup> Otro tanto ocurrió entre algunas autoridades locales chilenas que vieron con recelo a las ambiciones inglesas. El ministro de exterior Ventura Blanco, por ejemplo, le escribió Egaña, respecto de su propuesta de establecer un banco

---

<sup>524</sup> Andrews, Joseph. 1827. Págs. 180, 181.

<sup>525</sup> Caldcleugh, Alexander. 1825. Págs. 354, 355.

---

con capitales ingleses en Chile, señalándole, que “los ingleses, por una fatalidad necesaria, se han apoderado ya de todas las fuentes de riqueza y prosperidad de nuestro país, y si a esto se agrega el único recurso que casi queda a sus naturales, cual es el establecimiento de un banco, en que cuando menos tengan las dos tercias partes de acciones, en vano nos gloriaremos de haber roto la dependencia de la antigua metrópoli: otra no menos fuerte, aunque menos directa, y más solapada, sustituirá a aquélla, y el monopolio español habrá cambiado sólo de nombre”.<sup>526</sup>

Sin embargo a pesar de estos planes propuestos con tanto ardor, el libro de Andrews y otros más terminan con notas de melancolía y remordimiento. Andrews, incluso consideró que su libro era el testimonio del fracaso de sus ilusiones. Lo que se desprende del exagerado patetismo de expresiones desesperanzadas como esta: “¡Ay! El semblante británico, el cual todos esperábamos profunda y mutuamente que resplandeciera sobre su país, y que operara como una palanca movilizandó sus energías, al levantar sus tesoros escondidos, ha sido denegado. Los gérmenes de industria, que se esperaban echaran raíces en su lujuriente suelo, no han germinado. Mi indecible pesar se ha mezclado con su pesimismo, el balance es entonces igual; y si pudiera pedir un deseo yo preferiría, que el documento que prometió tales esperanzas hermosas y fútiles, pueda en justicia ser destruido, en lugar de ser preservado como un monumento visible de reproche”<sup>527</sup>

<sup>526</sup> González E., Javier 1984. Pág. 262

<sup>527</sup> Andrews, Joseph. 1827. Págs. 250, 251.



## VIII Derrota y vulnerabilidad

Todos los proyectos propuestos por estos autores terminaron en el fracaso, principalmente a causa del colapso de las compañías mineras formadas en el mercado británico, pero también por otras razones, como ocurrió por ejemplo en el caso de John Miers quien no pudo instalar su planta de laminación de cobre en Chile, o el de Robert Proctor quien debió volver precipitadamente a Inglaterra porque las convulsiones en Perú le hicieron desaconsejable permanecer allí, especialmente después de que un grupo de “bandidos”, como él señala, amenazara a su hijo<sup>528</sup>.

Cada vez que alguno de estos autores aludió al colapso de las compañías mineras, se utilizaron expresiones dramáticas. Joseph Andrews, por ejemplo, confesó “que nunca había encontrado una desilusión más severa” como la que sintió luego de saber que su misión había sido cancelada; para luego agregar, “que no le cupo en la cabeza descubrir que mi laborioso viaje y mis esfuerzos habían sido inútiles”<sup>529</sup>. Esta desazón de alguna forma se propagó como un malestar por todos estos libros, ya que de alguna forma u otra el fenómeno del colapso de las compañías mineras —y todos sus incidentes relacionados— afectaron a todos sus autores. Incluso algunos como fue el caso de Samuel Haigh, llegaron al extremo de preferir sólo insinuar, o derechamente eludir el asunto. Comentando los fallidos proyectos en el mineral de Huantajaya, una mina que según señaló “gozaba de la mayor confianza pública”, advirtió que ante la crisis

<sup>528</sup> Proctor, Robert. 1825. Pág. 354

<sup>529</sup> Andrews, Joseph 1827. Sec vol. Págs 129, 130

financiera, cada uno de sus asociados “se volvió presa del pánico.”<sup>530</sup> “Fui un testigo involuntario, señaló luego, de la desesperación de muchos de mis compatriotas, y del sacrificio de tantos bienes ingleses, enviados por estas compañías”. “No será una tarea agradable, agregó, describir el embargo de las mercaderías y cómo estas fueron subastadas al mínimo y como muchos trabajadores fueron abandonados sin un penique”<sup>531</sup> Este autor incluso se refirió al momento de la quiebra como “choques eléctricos de un pánico indescriptible.”

Es bastante probable que este desastre financiero ocurrido entre 1825 y 1826 trajera a la memoria de estos autores el incidente de la llamada “South Sea Bubble” o “La Burbuja del mar del sur” que remeció el mercado londinense justo un siglo antes con destempladas especulaciones relacionadas con el mercado Sudamericano. “La Burbuja del mar del sur”, fue el nombre peyorativo con el cual se conoció a la “Compañía del Mar del Sur”, que comenzó a desarrollarse en Londres a partir de 1711, a instancias del político Robert Harley quien la proyectó como una manera de aprovechar las ventajas comerciales que proporcionaba el mar del sur a los comerciantes ingleses. El éxito de esta compañía en última instancia dependió de la preservación de un delicado equilibrio diplomático entre Inglaterra y España, que no prosperó y al que se le añadieron arriesgados procedimientos financieros, que terminaron por precipitar a la compañía en una tremenda quiebra que desacreditó de manera ignominiosa a sus principales especuladores. Fue después de este fracaso que la Compañía pasó a llamarse la “Burbuja del Mar del Sur”, aludiendo a la manera precipitada como este negocio se infló y reventó.<sup>532</sup> Fue a esa “Burbuja” a la que se refirió Joseph Andrews, cuando señaló que las minas americanas, “no son burbujas”, usando una expresión, que junto con revelar como estas empresas americanas podían despertar entre sus lectores asociaciones con experiencias amargas del pasado, ilustraba de manera conveniente su propósito de convencer a sus lectores que estas minas americanas merecían una segunda oportunidad, a pesar de la imprudente especulación de la que habían sido objeto.

Esta sensación de fracaso que ronda estos libros aparece acentuada por las acuciosas descripciones que hicieron sus autores de los grandes esfuerzos y de las privaciones que sufrieron al cruzar el continente americano de costa a costa. El viaje a través de la pampa y la cordillera, muchas veces en pleno invierno, fue descrito generalmente como una experiencia radical que implicaba un enorme desgaste físico. Helms, ya había anunciado en los últimos años del siglo XVIII que el tránsito entre el calor de los valles y el penetrante frío de las cumbres nevadas, era capaz de socavar la salud física y síquica del europeo más robusto: “le atacará una agitada fiebre, o lo dominarán los temblores, el reumatismo, y una melancolía nerviosa”<sup>533</sup> Es algo habitual que todos

---

<sup>530</sup> Haigh, Samuel. 1831. Págs. 371, 372

<sup>531</sup> Haigh, Samuel. 1831. Pág. 374

<sup>532</sup> Williams, Glyn. *The Great South Sea: English Voyagers and Encounters. 1570-1750.* New Haven and London. Yale University Press. 1997. Pág. 206.

<sup>533</sup> Helms, Anton Zacharia. 1806. Pág. 30

estos autores viajeros detallan minuciosamente a lo largo de sus relatos las penalidades que sufrieron, transmitiendo la impresión general de que un viaje a través de estos territorios, era todo un desafío personal. Así el medio ambiente americano aparece como un espacio preñado de amenazas visibles e invisibles, y un entorno donde el europeo no encontrará ninguna de las comodidades que lo esperaban en sus casas. Charles Brand, que cronológicamente fue el último de estos viajeros en cruzar el continente, da testimonio elocuente de esto, al anotar en su diario el miedo que sintió ante la perspectiva de cruzar la cordillera, principalmente a causa de “los diversos reportes que hemos escuchado del peligro, las vidas que ya se han perdido, la falta de certeza de poder continuar, y la total carencia de testimonios correctos acerca del estado de lo que ahora aparecía de manera tan horrorosa frente a nosotros, hacía de nuestra situación algo aún más precario y dudoso.”<sup>534</sup>

La fatiga física y especialmente la retahíla de incomodidades que implicaba un viaje de esta naturaleza fueron en estos libros el pretexto para que en ellos se canalizara la voz de la primera persona del singular de sus autores. De tal manera que la narración minuciosa de acontecimientos e incidentes sólo se interrumpe para dar paso a las expresiones de la subjetividad que adoptó generalmente la forma de la queja y el reclamo. A tal punto, que en estos libros lo autobiográfico o confesional resulta por lo general asimilable a la expresión de un cuerpo vulnerable, ya sea en su dimensión física o moral ante la experiencia del viaje.

Es habitual que estos autores presentaran en su relato consejos a quienes se animaran a seguirlos en el futuro. Sin embargo las recomendaciones que Charles Brand incluyó en su diario de viaje resultan peculiares puesto que estaban destinadas a que los viajeros venideros pudieran “reducir el impacto de esta experiencia en sus cuerpos” mediante algunas “precauciones necesarias que debían tomarse respecto de la salud”. A juicio de este autor, “ningún hombre podía emprender un viaje por mar y por tierra, experimentando tales repentinos cambios de clima, atmósfera, temperatura, dieta, hábitos, etc. sin que su constitución dejara de pagar por ello”.<sup>535</sup> Su lista de precauciones al viajero que se prepara a cruzar el continente, es exhaustiva y hasta escalofriante: “...Antes de comenzar un viaje a través de las Pampas, (o en cualquier parte en el interior de un país extraño) debo recomendarle al viajero, más especialmente si ha llegado recientemente de Europa, o si ha sido confinado en una ciudad grande y populosa, viviendo una vida sedentaria, tomar 5 granos de calomel en la noche y una dosis de sales de Epsom la mañana siguiente; que expulsarán cualquier sustancia excrementicia que se haya alojado en las entrañas...” A continuación, Brand le advierte al futuro viajero, que se desplazará a “una velocidad apenas conocida en Europa” y que someterá a su cuerpo a agitaciones que le ocasionarán “una gran secreción de bilis, la cual generalmente produce diarrea”, que será seguida por “una gran constipación”. Sus extremidades, según él, se inflamarán dolorosamente a causa de tanto galopar, y su respiración se hará difícil. Esto último podrá atenuarse, en gran medida, si el viajero “se recuesta de espaldas, inmediatamente después de haber desmontado, con sus brazos y piernas extendidas...”

<sup>534</sup> Brand, Charles. 1828. Págs. 93, 94

<sup>535</sup> Brand, Charles. 1828. Págs. 314, 315

La concentración de sangre o la prolongada exposición al sol abrasador probablemente ocasionarán en el viajero severos dolores de cabeza, que podrá aliviar “poniendo el pie en agua caliente, y aplicando paños humedecidos con vinagre, (si este ha podido obtenerse) y agua fría, o sólo agua fría”. Para Brand no hay mejor remedio “refrigerante” que los llamados polvos de Seidlitz y en el caso de que estos no pudieran obtenerse, el viajero no deberá titubear “por un vano temor” en extraer inmediatamente “una adecuada cantidad de sangre”, “para descargar las venas distendidas”.<sup>536</sup>

Las prevenciones y consejos de Brand, que al lector actual podrán parecer exageradas, son un indicio elocuente de las ansiedades o aprehensiones que podía generar un viaje de esta naturaleza entre los ingleses. Una señal de la extremada sensación de vulnerabilidad que sentían respecto de su propio cuerpo o constitución física y una medida de la influencia que se le atribuía al medio externo sobre el organismo humano.

El desafortunado caso de Edward Hibbert, quien al igual que Brand viajaba en una misión de mensajería a través del continente —los dos decían llevar importantes despachos— es aún más elocuente respecto de esta compleja relación existente entre el viajero, su cuerpo y la travesía prolongada por un territorio desconocido, considerado como salvaje, ya que Hibbert murió al terminar su viaje e incluso en su libro se sugiere que fue una víctima de él.

Su libro, publicado en forma póstuma y anónima, se presenta en su frontispicio como “nada más que el catálogo de vejaciones que acometieron a un individuo al pasar los Andes en el medio del invierno, y consecuentemente, al cruzar el continente de Sudamérica”. El malogrado Hibbert contó en su libro o “catálogo de vejaciones”, el padecimiento que le significó el calor calcinante en la montaña: “cada partícula de nieve brillaba en los rayos de sol, y resplandecía con un efecto subyugante. ¡Cómo sufrí con el calor mientras vadeaba a través de ella! Tal vez caminé muy rápido, la impetuosidad de mi temperamento instándome a seguir; quizás me superó la fatiga de seguir el paso...”<sup>537</sup> A lo que agregó el “desconsuelo moral”, que le infligieron los peones, quienes incrementaron su fatiga física, al mantenerlo permanentemente engañado respecto de las distancias que debían recorrerse. “La constante desilusión, anotó, creó una irritabilidad mental que contribuyó más a cansar mi cuerpo de lo que lo hubiera hecho caminar el doble de distancia”<sup>538</sup>. Tan mal llegó a sentirse, que creyó no poder llegar vivo a Mendoza y añadió que “apenas me importó si lo hacía o no.”<sup>539</sup>

Una observación que prueba cuán usual fue que estos autores se extendieran en el detalle de las penurias experimentadas a lo largo de su viaje, es esta afirmación que hace Samuel Haigh, cuando señala: “No molestaré al lector enumerando las privaciones que

---

<sup>536</sup> Brand, Charles. 1828. Págs 315-318

<sup>537</sup> Hibbert, Edward. 1824. Pág. 48

<sup>538</sup> Hibbert, Edward. 1824. Págs. 49 y 50

<sup>539</sup> Hibbert, Edward- 1824. Pág. 51



soporté durante cada etapa de mi viaje, ni explayándome describiendo a todos y cada uno de quienes me encontré, como *me parece ser mucho la costumbre* entre los viajeros modernos. No pienso que sea importante afirmar, día a día, si nuestra hospedera era “linda” o “fea”, o si su hija era tímida o gentil, ni que a veces comimos carne sin pan, y que en otras, pan sin carne, y no puedo decir, que después de un día de fatiga, siempre me di cuenta si acaso estaba sentado encima del cráneo de un caballo o de un burro. Ni tampoco horrorizaré al sensible detallándole las postas, donde las ratas se entretenían mordisqueando mi pelo y mis pulgares, mientras yo yacía en una piel, en el vano empeño de procurarme una siesta, y como muchas veces y casi siempre, al despertarme en la mañana, me encontré *clavado como una carpa* por las numerosas vinchucas, chinches, y pulgas, que infectan esta región en todas direcciones”<sup>540</sup>. Curiosamente, en este pasaje Haigh ironizó sobre los vicios que observó en los demás libros de viaje, pero simultáneamente cayó en el mismo objeto de su sátira, al sostener de manera oblicua, aquello que se niega a decir directamente. Sin embargo, Haigh no se dio tanta maña al describir otra de las principales incomodidades que sufrieron él y los demás viajeros: la soledad o el asilamiento entre los peones. “Estaba sentado escribiendo, anotó Haigh, con mi espalda en la puerta, cuando escuché una voz inglesa exclamar, “¿Cómo te sientes después de tu viaje?” El sonido de mi lengua nativa me sorprendió casi tanto como lo hizo la huella del pie a Robinson Crusoe, y volviéndome, percibí a mi amigo, Mr John Robinson, quien había dejado Buenos Aires unos pocos días antes de mi, con destino a Chile, y a quien yo cría estaba entonces *muy lejos y arriba de las colinas*”<sup>541</sup>

Esta sensación de soledad, que Haigh llegó a comparar con la que sintió el personaje de ficción Robinson Crusoe abandonado en su isla, vino reforzar la sensación de vulnerabilidad y desamparo. Es conviene recalcar que esta mentada soledad aludía por lo general a la falta de compañía inglesa y no estrictamente a un estado de abandono total, ya que la mayoría de las veces estos viajeros se encontraban en la compañía de peones o guías locales. Sin embargo, esta obligada convivencia ya sea con gauchos, peones o huasos, según el lugar donde estuvieren, lejos de paliar el aislamiento, pareció haberlo reforzado. Todos estos autores recalcaron el desagrado que les significó compartir los hábitos de gauchos y peones, comiendo y durmiendo con ellos en los mismos refugios. La convivencia forzada parece haber sido algo perturbador, tal como puede desprenderse de estas palabras de Charles Brand, cuando observó lo siguiente: “conseguimos algo de carne cocida, sin pan ni sal, todos comiendo desde el mismo plato, con conchas por cucharas, y nuestros dedos y dientes como cuchillos y tenedores... Todos nos acostamos en el suelo de barro en la misma habitación con la familia...”<sup>542</sup> Una tormenta en medio de la cordillera hizo de esta cercanía algo obligatorio e incluso algo aún más estrecho, y por lo mismo más incómodo. Brand señaló que “mirar como pasaba la tormenta desde este inhóspito refugio, es algo en extremo tenebroso y

<sup>540</sup> Haigh, Samuel. 1831. Págs 50 y 51

<sup>541</sup> Haigh, Samuel. 1831. Pág. 82 “Over the hills and far away” es el título de una canción popular en el ejército Británico, del tiempo de Marlborough, asociada con las guerras Napoleónicas.

<sup>542</sup> Brand, Charles. 1828. Pág. 26

horrible. He presenciado un huracán en el desierto —naufragios— fuego y tormentas en el mar— pero nada puede igualar la terrorífica y horrible apariencia de una tormenta de nieve en los Andes.”<sup>543</sup> Todos estos autores invariablemente abominaron el ritual de compartir el mate con sus compañeros de viaje sentados en corro en torno a una fogata chupando del mismo tubo o boquilla y lo describieron como algo que llegó a producirles náuseas.<sup>544</sup> Para Hibbert, por ejemplo, sus acompañantes eran “semi bárbaros” y le parecieron “demonios en lugar de seres humanos, ya que algunos de ellos no se habían lavado y afeitado desde el día en que dejaron a sus madres”<sup>545</sup>. Señaló que fue algo natural o justificable sospechar de ellos<sup>546</sup> y por esa razón durmió con una pistola en cada mano.<sup>547</sup> En el caso de Hibbert, esta sensación de aislamiento adquirió un patetismo mayor, ya que él testimonió haber sentido “una profunda sensación de mortificación” al hallarse en tan completa dependencia de los deseos de personas que se encontraban bajo su servicio”.<sup>548</sup> “Que sensación de soledad debe sentir cada extranjero, exclamó, al relacionarse con esta gente”. “Conversar con ellos, concluyó, es perder el tiempo” Llegó a decir que sinceramente creía que el mejor método que un inglés podía adoptar para cruzar este continente, era “etiquetarse a si mismo como una valija de productos: “A Buenos Aires —mantener en un lugar seco—”<sup>549</sup>

Mientras comía con estos bárbaros, en torno a una gran olla de madera, y turnándose la única cuchara disponible, Hibbert llegó incluso a dudar de su propia identidad.<sup>550</sup> Para colmo, mientras esto sucedía, su propia apariencia externa iba modificándose de manera notoria. A su regreso a Buenos Aires vio el reflejo de su rostro en el espejo y descubrió con sorpresa cuánto había cambiado después de dos meses de viaje: “Mis ojos eran de color escarlata, mi pelo gris; y la cara a pesar de todas las precauciones, se había hinchado a un enorme tamaño, reseca por el frío y despellejada por el sol”, escribió espantado.<sup>551</sup> En Buenos Aires, donde señala haber vivido varios meses, se encontró, que tras un año de ausencia pocos amigos suyos pudieron reconocerle.<sup>552</sup> Robert Proctor, por su parte, contó que supo del caso de viajeros que habían “llegado a Chile muy ciegos, y (que) permanecieron así por muchos días, todo su

<sup>543</sup> Brand, Charles. 1828. Pág. 138

<sup>544</sup> Brand, Charles. 1828. Pág. 40

<sup>545</sup> Hibbert, Edward. 1824. Pág. 34

<sup>546</sup> Hibbert, Edward. 1824. Pág. 7

<sup>547</sup> Hibbert, Edward. 1824. Pág. 34

<sup>548</sup> Hibbert, Edward. 1824. Págs. 44, 45

<sup>549</sup> Brand, Charles. 1828. Págs. 94 y 95

<sup>550</sup> Hibbert, Edward. 1824. Pág. 116

<sup>551</sup> Hibbert, Edward. 1824. Pág. 55

rostro, y especialmente sus labios, se hincharon tanto que sus amigos apenas los reconocieron.” Mientras que a él y a su gente sólo se les hincharon los labios y sus caras, que luego se despellejaron.<sup>553</sup> Haigh, por su lado observó que en la cordillera a él y a su comitiva, “el constante reflejo del sol en la nieve, durante el día anterior, casi nos había dejado ciegos, nuestros labios eran de color azul, e hinchados por el frío hasta el doble de su verdadero tamaño, y cuando intentábamos hablar, la sangre fluía de ellos”.<sup>554</sup>

No todos los cambios físicos fueron negativos o necesariamente dramáticos. Mientras Edward Hibbert terminó escupiendo sangre<sup>555</sup>, el capitán Head sintió que su cuerpo se galvanizaba tras las extenuantes sesiones de cabalgata, que se prolongaron por tres o cuatro meses. En su libro testimonió haber adquirido “una condición que sólo puedo describir diciendo que sentí que ningún esfuerzo sería capaz de matarme”. El súper hombre de Head, que una vez publicado su libro mereció el mote de “galloping Head” o “cabeza galopante”, afirmó que llegaba a extenuar un promedio de 10 o 12 caballos al día<sup>556</sup>

Samuel Haigh, cuenta que presencié un cambio de apariencia radical: “un hombre joven entró con un poncho y grandes patillas negras, y sin ninguna ceremonia abordó al señor S. en el idioma inglés, con un “¿Tío, no me conoces?” Nuestro huésped, luego de escrutar la cara del extraño por algún tiempo, descubrió que era realmente su sobrino, quien cuando apenas era un muchacho, había sido enviado río arriba para buscar un cargamento de mate...Se había acostumbrado tanto a las costumbres de los nativos, y, por la continua residencia, en apariencia era casi tan rudo y salvaje como ellos, habiendo casi olvidado su propio idioma”.<sup>557</sup>

La generalidad de estos autores estuvo de acuerdo al observar que el clima de esta región de Sudamérica era por lo general algo opresivo y enervante. Una vez más, Charles Brand dio al respecto algunos consejos a los futuros viajeros. Según señaló, “la peculiar sequedad en la atmósfera” del clima chileno, impedía la libre transpiración, quemaba y reseca la piel, ocasionando noches intranquilas, pérdida del apetito y depresiones del espíritu. Aconsejó a los viajeros “vigilar la complexión y no entregarse demasiado libremente a los placeres de la mesa...¡Dios guarde al hombre a quien le de por tomar licores en tal clima! Por poca que sea la cantidad con la que comience, es seguro que lo derrotará hasta volverse un hábito, cada vaso que siga al anterior requerirá de un estímulo adicional, hasta que su sistema termine tan debilitado, que no podrá seguir adelante sin él; seguirá una sucesión de horribles consecuencias, hasta producir la

<sup>552</sup> Hibbert, Edward. 1824. Pág. 146

<sup>553</sup> Proctor, Robert. 1825. Pág. 80

<sup>554</sup> Haigh, Samuel. 1831. Págs. 117, 118

<sup>555</sup> Hibbert, Edward. 1824. Pág. 105

<sup>556</sup> Head, Francis. B. 1826. Pág. 51

<sup>557</sup> Haigh, Samuel. 1831. Pág. 325

hipocondría: se le dará rienda suelta a la fatal desilusión, que sólo hará más grave la enfermedad y traerá consigo una seguidilla de síntomas nerviosos, los cuales usualmente terminan en locura y en muchos casos, suicidio. Este es un cuadro funesto, pero sin embargo verdadero —muchos casos de melancolía de este tipo han sido presenciados en Chile, Valparaíso y Buenos Aires, y le han ocurrido a sectores que eran altamente respetables”<sup>558</sup>. Head, por su parte, al comentar los planes de emigración británica que se ventilaban en la época advirtió que “...Un solo hombre podrá creerse capaz de resistir los efectos de la mala compañía, que podrá disfrutar el clima y la libertad del país, y con esfuerzo ahorrar una suma de dinero para traer de regreso a Inglaterra, —pero él encontrará muchas dificultades inesperadas. La principal de ellas para un hombre de trabajo es el clima, que en verano es tan terriblemente caluroso que su constitución es incapaz de resistirlo, y cada vez que tenga ganas de trabajar descubrirá que sus fuerzas le abandonan, y que es subyugado por una debilidad que hasta entonces desconocía. En ese momento deseará estar de regreso en Inglaterra”.<sup>559</sup> El mismo capitán manifestó haber sido testigo de los efectos que causó el clima sobre muchas compañías de ingleses “seleccionados en Cornwall por su buen comportamiento, y que llegaron a las Provincias (Unidas de la Plata) con la mejor disposición de mantener su carácter...pero la baratura de los licores, y el calor del clima, fueron incentivos para beber, que ellos encontraron muy difíciles de resistir”<sup>560</sup> A raíz de ésta y otras experiencias, Head concluyó que quienes habían tenido la imprudencia de radicarse en estas tierras “han pasado sus días en decepción y remordimiento —que la constitución de cada individuo había sido más o menos perjudicada —que sus principios religiosos habían sido completamente destruidos...”<sup>561</sup> Para él, la mejor manera de comprobar la salubridad del clima de Chile no era “el brillo de sus estrellas, o el color de la luna, sino que la apariencia de los rostros de los hombres y mujeres; y ciertamente el pueblo de Chile en general, y de Santiago en particular, no tiene una apariencia saludable. Los ingleses aquí, también, se ven muy pálidos y exhaustos; y aún cuando ellos se mantienen en contacto entre ellos, me parece, que una fuerte dosis de viento británico, con nieve y lluvia, y un poco de lo que los escoceses llaman “mañanas amargas”, les haría a ellos un gran bien.”<sup>562</sup> Comparando la situación de los mineros de Cornwall con los de América del Sur, ya que a su entender resultaba más ventajoso trabajar una mina en Cornwall que una ubicada en América, Head señaló: “El clima y el calor excesivo de Sudamérica eran desfavorables para los grandes ejercicios físicos, y el carácter general del país es la indolencia”. A su juicio, a estas desfavorables condiciones atmosféricas se sumaba la perversión del clima moral, dada la falta de un clima propicio de regulaciones y competencia e industria, capaz de estimular a los trabajadores en Inglaterra.”<sup>563</sup>

<sup>558</sup> Brand, Charles 1828. Págs. 210, 211, 212

<sup>559</sup> Head, Francis. B. 1826. Págs. 314, 315

<sup>560</sup> Head, Francis. B. 1826. Págs. 315, 316

<sup>561</sup> Head, Francis. B. 1826. Pág. 317

<sup>562</sup> Head, Francis. B. 1826. Pág. 202

Los testimonios anteriores, relativos al aislamiento, soledad y temor que sintieron estos viajeros al atravesar un territorio desconocido bajo el influjo de un medio ambiente considerado como hostil e incluso lesivo con su propia constitución, llegan a conformar un cuadro en el que resalta la vulnerabilidad de estos viajeros. Una fragilidad que no sólo se limitó sólo a su complexión física, sino también a su disposición moral, e incluso a su propia identidad. La noción de “constitución” o “complexión” utilizada por estos viajeros tenía una connotación física, pero también moral, que se vinculaba con una idea de un determinado carácter nacional, que estaba afincado en una geografía y en un clima determinadas. Por esa razón Head señaló que habría bastado sólo con un poco de “viento inglés”, para devolver a la vida a estas alicaídas constituciones inglesas en medio del clima de América del Sur.

---

<sup>563</sup> Head, Francis. B. 1826. Págs. 294 y 295.



## IX El Desengaño y el Imperio

El sentimiento de frustración o derrota que se encuentra en estos libros también puede atribuirse al desengaño que manifestaron sus autores tras su primer encuentro directo con Sudamérica, en la medida en que estos libros revela que habían grandes expectativas respecto de estos países, que en buena medida se destruyeron tan pronto como estos viajeros llegaron. Esa es precisamente la expresión que utiliza Samuel Haigh al comienzo de su libro, cuando señala que en Inglaterra existían “grandes expectativas”<sup>564</sup> respecto de la región y que “los nombres de Chile y Perú eran casi sinónimos de oro y plata”. Sin embargo el mismo Haigh concluyó su libro admitiendo que “los mercados sudamericanos han sido muy exagerados” y que era “muy difícil obtener ganancias favorables” de ellos.<sup>565</sup> Impresiones similares a esta, que evidenciaban el tamaño de las expectativas para luego manifestar desaliento y desengaño, se repicaron en los demás libros, particularmente respecto de Chile. Alexander Caldcleugh, por ejemplo, señaló haber encontrado “el estado político y minero del país exactamente al revés de lo que esperaba al salir de Inglaterra”<sup>566</sup> y Robert Proctor al ver el territorio de lo que llamaba Chile, desde los Andes, observó “que a partir de lo que había leído en relatos de otros viajeros” creyó que podría “extender mi vista hacia Chile, descrito como el país más rico

<sup>564</sup> Haigh, Samuel. 1831. Pág. i

<sup>565</sup> Haigh, Samuel. 1831. Pág. 380

<sup>566</sup> Caldcleugh, Alexander 1825. Pág.

del globo, desplegado a nuestros pies como un mapa, y recompensando nuestro esfuerzo con infinitud y exhuberancia de sus vistas. Me decepcioné mucho al encontrar una realidad muy opuesta.”<sup>567</sup> John Miers, por su parte, habló desdeñosamente de “las nociones que se sostienen en Europa respecto del hermoso país de Chile”<sup>568</sup> después de que había advertido que “ha sido la práctica de todos exagerar en gran medida cada cosa conectada con Sudamérica, y tomará bastante tiempo para que se remuevan las impresiones falsas que circulan en el mundo acerca de la naturaleza general y local del país. Fantasma de riqueza y poder, y de influencia, han sido creados para alimentar la codicia de los españoles; la población, los recursos, y capacidades de la tierra han sido magnificadas en cada punto para continuar con esta decepción. Ningún recuento de los países podía publicarse sin la aprobación de la Corte de España; y se recurrió a todos los expedientes posibles para permitir que los españoles individualmente obtuvieran provecho del sistema colonial; mientras para mantener la distinción o influencia de la madre patria, se ofreció toda la oposición y degradación posible a los criollos. Toda la población se mantuvo en la mayor ignorancia y atraso posible. Este engaño ha sido continuado por tres siglos; pero ha llegado el momento de desenmascarar al esqueleto del mago, y remover el oro de los tesoros imaginarios y paraísos inventados del nuevo mundo.”<sup>569</sup>

Buena parte de las nociones que tenían estos viajeros sobre esta región de América, estos “fantasmas de riqueza” de los que habló Miers, provenían de lecturas que habían hecho antes de partir. Peter Schmidtmeier, dio un indicio de esto último al señalar que “una de las preparaciones necesarias para visitar países extranjeros, particularmente aquellos que son lejanos, es procurarse respecto de ellos tanta información como sea posible”. Después de haber leído todo cuanto ha podido acerca del país que va a visitar, el viajero, agregó Schmidtmeier, se encontrará “capacitado para impartir algo de su conocimiento a los habitantes, quienes, aun cuando estén ellos bien informados, muchas veces aprenden ellos mismos lo que ignoraban de su propio país. Pero esto puede apenas suceder en Chile y sus Andes. Yo y también muchas personas a quienes encontré allí, sentimos mucha sorpresa y decepción de la inexactitud de muchos de los relatos existentes sobre aquella parte de Sudamérica”.<sup>570</sup>

Es curioso, que Schmidtmeier pretendiera que el viajero llegara al país de su destino dispuesto a enseñarle a sus habitantes todo aquello que ellos ignoraban de su propio territorio, tal se suponía que era el estado de ignorancia en el que estos se encontraban. Sin embargo, en el caso de Chile, incluso esto resultaba inútil, porque tanto este autor como los demás, consignaron que la información disponible sobre dicho país era muy inexacta y exagerada. Todos los autores que manifestaron su desengaño hicieron una crítica similar a las fuentes de información que habían consultado antes y durante su

---

<sup>567</sup> Proctor, Robert. 1825. Págs. 79 80

<sup>568</sup> Miers, John. 1826. Sec. Vol. Pág. 344

<sup>569</sup> Miers, John. 1826. Págs. 264, 265.

<sup>570</sup> Schmidtmeier, 1825. Págs. 34, 35



viaje. Robert Proctor, por ejemplo, dijo que “tanto había escuchado del hermoso y fértil campo chileno” que “esperaba ver al menos, en una mayor escala, una vista como la que alcancé desde el valle, en el cual está situado el pueblo de Santa Rosa. Cuán decepcionado estuve al mirar, tan lejos como el ojo podía alcanzar, una arrugada e infértil sucesión de colinas: de hecho nunca antes había visto una escena más estéril (...)”<sup>571</sup> La decepción de Proctor no terminó allí, ya que, en su camino a Valparaíso, advirtió que “nunca antes había viajado por un territorio con tan poca apariencia de capacidad, y tan incapaz de sostener una gran población.”<sup>572</sup>

¿Cómo fue que estos viajeros se formaron esta preconcepción tan entusiasta sobre el “hermoso y fértil campo chileno” y sobre los demás países del cono Sur?

Es muy probable que la culpa de todo esto la tenga lo que Peter Bradley ha llamado el “Encanto del mar del sur” y los fabulosos “cuentos del oro”<sup>573</sup>, quimeras que circulaban en Inglaterra desde hacia varios siglos. Samuel Haigh reveló en su libro cómo la leyenda del mar del sur todavía ejercía su influjo, al escribir este entusiasta elogio del Pacífico: “Hay algo en la primera vista del poderoso Pacífico, que produce un encantamiento: lo mencionan con interés casi todos los viajeros; en mi pareció recrear sentimientos e ideas de tiempos pasados. Todas esas visiones de los romances de la primera juventud de repente volvieron a aparecer, al contemplarlo extendido ante mí, en una ancha y azul amplitud, como un espejo resplandeciente brillando al sol. Ninguna vela a la vista, ni la espuma de una ola, ni nada que agitara su “terrible tranquilidad”, sus aguas yacían durmiendo tan calmadas como en el primer día de su descubrimiento. Pensé en el templo del sol en el Cuzco; en Lima, con sus puertas de plata. Volvieron a mi mente, imágenes difusas de los Incas, Pizarros y Almagros, en este primer avistamiento del océano, que debió haber sido el escenario de sus proezas. La política de España mantuvo alejadas de estas aguas toda otra bandera salvo la suya, y sus olas pocas veces han sido perturbadas, excepto por bucaneros, o por hombres como nuestro salvaje y aventurero Drake, cuyo nombre alguna vez formidable, ahora se ha empequeñecido hasta volverse un refrán, para asustar a los niños”.<sup>574</sup>

Conviene detenerse en este último párrafo, que encierra muchos de los elementos que caracterizaron a estas primeras incursiones inglesas a través del sur de América. Esta vista del océano, según señala el autor, pareció recrear en él, “sentimientos e ideas de tiempos pasados”, “visiones de los romances” leídos en su juventud. El Pacífico apareció ante él dormido desde “el primer día de su descubrimiento”, a pesar de que habían transcurrido ya tres siglos del primer avistamiento de Balboa. Esta “terrible tranquilidad”, en la que parecían descansar sus aguas, era una imagen propia de la misma estética de lo sublime que caracterizó la visión que estos viajeros tuvieron para

<sup>571</sup> Proctor, Robert. 1825. Pág. 90

<sup>572</sup> Proctor, Robert. 1825. Pág. 101

<sup>573</sup> Bradley, Peter. Navegantes Británicos. Madrid: Mapfre. 1992. Pág. 47

<sup>574</sup> Proctor, Robert 1825. Págs. 174, 175

describir la cordillera de los Andes y las vastedades de la Pampa, ese otro océano de tierra. El Pacífico, según esta visión, todavía aparecía como aquel “mar clausurado” controlado por el imperio español; el mismo cuya precaria tranquilidad habían desafiado a través de los siglos las expediciones de Francis Drake y sus epígonos y que las expediciones de Cook, Vancouver y otros viajeros y naturalistas habían puesto a disposición de la ciencia e imaginación de la cultura europea del siglo XVIII.<sup>575</sup>

## Mirando hacia atrás

Para reconstruir la idea que estos viajeros traían consigo al llegar al Cono Sur de América es necesario remontarse atrás en el tiempo, hasta llegar a los comienzos de la carrera imperial británica, una empresa que nació en gran medida como un intento de imitar los éxitos que españoles y portugueses habían obtenido en Asia y América.<sup>576</sup>

Los navegantes ingleses se animaron a atravesar el Océano Atlántico con mayor frecuencia a partir de la segunda mitad del siglo XVI, en buena parte a causa de la envidia que les provocaba la riqueza comercial española, pero también gracias a la reducción de sus tradicionales exportaciones de paños.<sup>577</sup> Inglaterra fue la primera nación europea que envió a sus navegantes a investigar los límites meridionales del Imperio Español en Sudamérica y a explorar las costas del llamado mar del sur, con miras a conocer aquellos territorios de los cuales el Imperio español obtenía tantas riquezas.<sup>578</sup> La relación entre las incursiones inglesas a las costas sudamericanas del Océano Pacífico y el surgimiento de la idea del Imperio inglés parece ser estrecha, desde el momento en que el cosmógrafo y astrólogo inglés John Dee declaró que la célebre circunnavegación que había emprendido Francis Drake hacia 1577, era el comienzo de un auténtico “imperium britannicum”.<sup>579</sup> A partir de esto no resultaría entonces exagerado decir que el origen de la ambición imperial inglesa se encontraba en sus empresas navales rumbo al mar del sur, en un momento en el cual la exploración del Pacífico implicaba reconocer una nueva ruta hacia las indias orientales, hacia lugares más o menos legendarios como Catay, Cipango, Ofir y Tarsis y también descubrir la llamada “Terra Australis incognita”.

<sup>575</sup> Bernard, Smith. *European vision and the south Pacific*. New Haven and London: Yale University Press. Second Edition 1985. Pág 8

<sup>576</sup> Al respecto Bradley, Peter. 1997. Págs. 16,17. Más sobre el carácter imitativo de las empresas inglesas y francesas en Pagden, Anthony. *Señores de todo el mundo. Ideologías del Imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos xvi, xvii y xviii)* Barcelona: Península 1997. Pág. 91.

<sup>577</sup> Bradley, Peter. 1992. Págs. 16, 17

<sup>578</sup> Bradley. Peter. 1992. Pág. 265

<sup>579</sup> Pagden, Anthony. 1997. Pág. 88

El famoso viaje de Drake, con su afortunada captura de un galeón español cargado de oro prometió nuevos “hallazgos” en las costas de los dominios hispanos en el Pacífico y permitió que los encantos de este mar y sus tierras aledañas comenzaran a ejercer su influjo en la imaginación y las ambiciones imperiales de los ingleses. Las costas del Pacífico eran consideradas como inagotables fuentes de oro y la vastedad de sus confines, que hasta entonces se consideraban un dominio reservado para los españoles, prometía la existencia de un nuevo continente austral hasta entonces desconocido. Fue así como surgió “una mezcla de geografía especulativa y de narraciones apócrifas” que mantuvieron vivas las esperanzas inglesas de encontrar un nuevo continente en la “Terra Australis incongnita”<sup>580</sup>, en un impulso que también equivalía a prolongar el procedimiento europeo de recolocar las maravillas y fantasías, que alguna vez en su imaginación habían poblado las tierras de África, Asia y América, sobre territorios todavía ignorados. Se creía que allí podría existir algo no menos quimérico que aquellas tierras donde vivían las amazonas o los hombres con cabezas de perro. Por otro lado, sus tierras se reputaban capaces de obsequiar al hombre con todo lo necesario para la vida, lugares donde la gente podría disfrutar vidas plenas de virtud y libres de las terribles represiones de la civilización. Fueron precisamente los relatos de viajeros los que se encargaron de alimentar abundantemente esta visión de exploración y fantasía.<sup>581</sup>

Por otra parte, Drake así como otros corsarios o piratas ingleses, habían demostrado también que era mucho más conveniente y más barato saquear la fortuna española del Nuevo Mundo, en lugar de establecer un imperio comercial que le hiciera el peso desde Europa. Mientras tanto, paralelamente comenzó a circular insistentemente la idea de que el extremo austral del continente era una zona deshabitada o por último escasamente poblada.<sup>582</sup> Con el correr de los años, en la medida en que la existencia de una población real en las costas occidentales de América se fue haciendo una realidad cada vez más difícil de soslayar, esta última idea fue modificándose hasta dar lugar a otra noción que sostenía que estas tierras a pesar de estar pobladas, no estaban lo suficientemente bien aprovechadas o se encontraban subutilizadas por sus detentadores coloniales. Chile, en tanto, a los ojos de los ingleses, era considerado como un territorio presuntamente despoblado. Se consideraba que los 1600 kilómetros de costa del mar del sur situados más allá de Concepción quedaban fuera de la jurisdicción española, mientras que algo similar se pensaba respecto del estuario del río de la plata y los 3900 kilómetros de costa que seguían hacia el sur en dirección al estrecho de Magallanes”.<sup>583</sup>

Los teóricos del imperio inglés afirmaban que su imperio, a diferencia de su rival español, más que un Estado Universal era un protectorado de diversos intereses. Según esta imagen el imperio respondía a proyectos de carácter privado, a diferencia de los asentamientos franceses y españoles que habrían sido promovidos por el Estado.<sup>584</sup>

<sup>580</sup> Williams, Glyndwr, 1997, p.48.

<sup>581</sup> Bradley, Peter. 1992. Pág. 143

<sup>582</sup> Bradley, Peter. 1992. Pág. 201

<sup>583</sup> Armitage, David citado en Pagden, Anthony. 1997. Pág. 166

Según señala Anthony Pagden está diferencia, que no era necesariamente real, al menos en teoría y a partir de la situación de los establecimientos ingleses en América del norte, les sirvió a los ingleses como un elemento crucial para el desarrollo de su propia identidad cultural como un imperio opuesto al español<sup>585</sup>. La extracción de metales preciosos fue otro de estos elementos diferenciadores “teóricos”. Según señala Pagden, tanto ingleses como franceses estimaban que la explotación minera había sido uno de los principales objetivos económicos de la corona española, por mucho que tal como ellos, el Imperio Español también hubiera obtenido considerables y continuados beneficios a partir del comercio con sus colonias de ultramar. Sin embargo, hacia la decadencia final del imperio español y para el momento de su desintegración generalizada hacia 1830, la importación de metales era considerada como la única fuente fiable y definitiva de su riqueza<sup>586</sup>. Los franceses y los ingleses, en cambio, sostenían que ellos le habían dedicado mucha más atención al comercio y a la agricultura, aun cuando en realidad también ellos habían viajado impulsados por el deseo de encontrar oro. El problema fue que ellos tuvieron menos suerte que sus rivales españoles, ya que tal como advierte Pagden, “los españoles no fueron los únicos europeos que creyeron en la existencia de una relación casi escatológica entre el oro y la devoción. La diferencia estuvo en que sólo España tuvo suerte, tal como lo expresó Adam Smith, ellos fueron la única potencia imperial a la que la Fortuna le presentó “algo que no difería mucho de la profusión de metales preciosos que andaban buscando”<sup>587</sup>. Sólo cuando a ingleses y franceses se les hizo patente que no había otro México y otro Perú a su alcance, pasaron a considerar sus colonias como fuentes de riqueza, no minera ni humana, sino agrícola y comercial, a pesar de que “la profunda diferencia de la historia imperial española con respecto a la de los demás poderes europeos no fue su sistema político ni sus creencias religiosas, sino la infortunada casualidad que puso en sus manos las minas de México y Perú.”<sup>588</sup>

Tal como advierte Anthony Pagden, a mediados del siglo XVII ya se había puesto de manifiesto que “el futuro de los imperios no residía en la adquisición de territorios sino en el comercio, y este no se basaba en la adquisición de territorios, sino en el control de los mares.”<sup>589</sup> La posición insular de Inglaterra hizo que el transporte marítimo fuera la base esencial de su comercio y la única forma mediante la cual podían contactarse con territorios separados por océanos de distancia. La navegación, fue así “la base auténtica de la riqueza de las naciones”<sup>590</sup> y el poderío británico se cifró en metáforas e imágenes

<sup>584</sup> Pagden, Anthony. Pág. 166

<sup>585</sup> Pagden, Anthony. Pág. 167

<sup>586</sup> Pagden, Anthony. 1997. Pág. 92

<sup>587</sup> Pagden, Anthony. 1997. Pág. 93

<sup>588</sup> Pagden, Anthony. 1997. Pág. 98

<sup>589</sup> Pagden, Anthony. 1997. Pág. 152

<sup>590</sup> Pagden, Anthony. 1997. Pág. 152

de expansión marítima. El océano, literalmente, le daba su forma a la isla y sus aguas fueron el único vehículo de su apreciado y reverenciado comercio. El océano pasó entonces a ser vital en las mitologías imperiales británicas, no tanto porque el imperio se apoyara en la marina, sino gracias a que por generaciones se estimó que el poder del mar había sido lo que había hecho del imperio británico algo distintivo y benevolente, ya que si los demás imperios, descansaban en la conquista militar, mientras que los marinos ingleses por esencia traerían libertad y prosperidad a los distintos rincones del mundo.<sup>591</sup>

La presencia marítima inglesa empezó a crecer significativamente a partir del siglo XVIII, logrando vencer no sólo las dificultades propias que significaba armar una flota, tomando en cuenta la escasa población de la isla y su carencia de armamento adecuado

592 .

## Proyectos imperiales

A las autoridades inglesas se les propusieron una serie de proyectos destinados a explorar y reconocer el Océano Pacífico. Algunos de ellos estaban interesados en desentrañar misterios geográficos o en resolver problemas de navegación, como fueron los casos de las tentativas de descubrir un paso hacia el Pacífico por vía del noreste, pero generalmente era difícil distinguir si estas misiones, como aquellas que intentaban hacer un reconocimiento de las costas de la Patagonia y el litoral chileno o las que buscaban islas en el Atlántico sur, respondían a un intento de exploración o si estaban impulsadas por motivos de tipo comercial o estratégico.<sup>593</sup> Sobre todo si se toma en cuenta que la corona inglesa pretendió ocupar la costa Pacífico en el extremo sur de América con el propósito de romper el bloqueo comercial impuesto por la corona española a sus colonias de América.

Tal como observa Peter Bradley, en Inglaterra surgieron tempranamente una serie de “cuentos del oro chileno” que hablaban de las inmensas riquezas mineras de esta remota región del planeta. Es curioso que estos cuentos comenzaran a circular antes de que los cronistas narraran la “historia” de la conquista del Perú por Francisco Pizarro.<sup>594</sup> El primero de esta larga lista de proyectos, fue aquel que en 1526 le propusieron a la corona los mercaderes Robert Thorne y Roger Barlow, quienes convinieron en patrocinar una expedición bajo la dirección de Sebastián Caboto, para visitar el mar del sur y las indias orientales tras doblar el Estrecho.<sup>595</sup> En 1541, Roger Barlow terminó su “Briefe Summe of

<sup>591</sup> Colley, Linda. 1992. Pág. 47

<sup>592</sup> Las limitaciones materiales en cuanto a tamaño geográfico, población, fuerzas, armadas y tecnología militar. Colley, Linda. *Captives. The story of Britain's pursuit of empire and how its soldiers and civilians were held captive by the dream of global supremacy.* London. Penguin. 2002. Pág. 8

<sup>593</sup> Bradley, Peter. 1992. Pág. 17

<sup>594</sup> Bradley, Peter. 1992. Pág. 201

Geographie” en el cual hacía mención de una sierra rica en metales al oeste del río de la plata y de la existencia en el litoral chileno de “un monte donde dicen que vive un rey, y donde hay oro y plata en gran abundancia, y todos sus vasijas y los banquillos en que se sienta son de oro y plata”.<sup>596</sup> Cuando subió al trono la reina Isabel I, en 1558, las visitas de marinos y mercaderes ingleses a las indias Occidentales, aumentaron e incluso la propia reina contribuyó, en dos ocasiones, con barcos suyos a las empresas que tuvieron lugar en esa década.<sup>597</sup> El 19 de abril de 1570, cuenta Bradley que el embajador español en Londres escribió al rey Felipe II comunicándole que un portugués, un tal Bartolomé Bayao, le había presentado al consejo privado de la reina, un plan “para ocupar y colonizar uno o dos puertos en el reino de Magallanes, a fin de tener entre sus manos el comercio del mar del sur así como para aproximarse tanto como quisieran al Perú.”<sup>598</sup> En 1574, surgió el proyecto de Richard Grenville quien se especula habría pretendido “explorar y tomar posesión de la costa” de lo que hoy se conoce como el cono sur de Sudamérica, tanto en su ribera Atlántica como en la que daba hacia el Pacífico, especialmente en la provincia de Arauco<sup>599</sup> o tal vez alcanzar la mítica Terra Australis Incognita. No se sabe mucho más de este proyecto, porque al final todo quedó en el aire, pero luego, algunos años más tarde, vendría la circunnavegación de Drake, quien entre 1577 y 1580 fue el primer inglés en cruzar las aguas del Estrecho de Magallanes para entrar en las aguas del Pacífico Sur. Poco después siguieron este rumbo las excursiones de Edward Fenton, entre 1582 y 1583, las del Conde de Cumberland, entre 1586 y 1587, y la de Thomas de Cavendish, entre 1586 y 1588.

Sin embargo, tras hacer un balance entre los elevados costos y los ocasionales, pero importantes, beneficios, el número de excursiones inglesas al mar del sur fue disminuyendo. Pero el prestigio de las riquezas sudamericanas no declinó. Así, a fines de la década de 1579, Richard Hakluyt declaró que “el estrecho de Magallanes es la principal puerta de entrada tanto al tesoro de las Indias Orientales como de las Indias Occidentales. Y quien sea dueño de este estrecho puede considerarse dueño de las indias Occidentales”. El mismo famoso geógrafo consignó luego en su clásica recopilación de exploraciones un testimonio que señalaba a la provincia de Arauco, como “un lugar maravillosamente rico y lleno de minas de oro, que todavía no había sido sometido en ningún momento por los españoles, que siempre volvían con la mayor pérdida de hombres. Porque estos indios son maravillosamente desesperados y descuidados de sus propias vidas con tal de vivir su propia libertad e independencia”<sup>600</sup>

<sup>595</sup> Bradley, Peter. 1992. Pág. 200

<sup>596</sup> Bradley, Peter. 1992. Pág. 200

<sup>597</sup> Bradley, Peter. 1992. Pág. 200

<sup>598</sup> Bradley, Peter. 1992. Pág. 201

<sup>599</sup> Bradley, Peter. 1992. Pág. 203

<sup>600</sup> Bradley, Meter 1992. Pág. 202. Hakluyt, Richard, The Principal Voyages of the English Nation. London. Everyman's Library. 1926. Vol 8. Pág. 216

En 1655, un personaje curioso llamado Simón de Cáceres presentó a Oliver Cromwell un ambicioso plan de conquista de Chile, asunto que fue desechado por el ministro. Sin embargo, hacia 1662, llegaron al virreinato del Perú noticias de que los ingleses pensaban enviar una expedición de 8 barcos para tomar el puerto de Valdivia. Las noticias eran inexactas pero no estaban muy lejos de la realidad, ya que el escenario apuntado era el correcto, aun cuando las dimensiones de la empresa hayan sido menores.<sup>601</sup>

Con posterioridad a la Restauración monárquica, a fines del siglo XVII, se le planteó un nuevo proyecto de conquista austral al rey Carlos II que no tuvo inmediata acogida, pero que seis años después, en 1669, tomó forma en la desafortunada expedición de John Narborough, quien zarpó con instrucciones de hacer un descubrimiento en el Pacífico Sur, y si era posible, establecer “las bases de un comercio en la región”. Las órdenes de Narborough incluían no dañar a ningún español ni recalar en cualquier lugar de la costa. A diferencia de las expediciones de corsarios de años anteriores, ésta misión supuestamente no era hostil a los españoles, pero no por eso dejaba de ser igualmente amenazadora. Fue entonces cuando comenzó a formarse con mayor fuerza una imagen idílica del Reino de Chile. Narborough anotó en sus diarios que allí se encontraba la mayor cantidad de oro de América.<sup>602</sup> A bordo de esta expedición viajaba un misterioso agente llamado Don Carlos, quien decía conocer la región austral gracias a experiencias anteriores. A la llegada de la expedición inglesa al puerto de Valdivia, Don Carlos desapareció para sólo reaparecer cuando el “Sweepstakes” se disponía a zarpar. Tuvo mala suerte y cayó en manos españolas. Cuentan que Don Carlos extenuó a sus captores con sus disparatadas historias, atribuyéndose diversas identidades entre las que estaba la de ser hijo ilegítimo del príncipe Ruperto del Palatinado, pero poco tiempo antes de agotar la paciencia de sus captores y que ellos decidieran terminar de un solo golpe con su vida y sus mentiras, el prisionero confesó<sup>603</sup> que los ingleses intentaban establecer un asentamiento para dominar el Estrecho; tomar Valdivia, mantenerla contra el poder español y desde ahí saquear y destruir el puerto del Callao y absorber la navegación en el mar del sur.<sup>604</sup>

Narborough, también advirtió que “el comercio más ventajoso del mundo”<sup>605</sup> podía establecerse en el litoral Americano que daba al Pacífico Sur. Sin embargo, con posterioridad a su viaje, la región no despertó mayor interés en la corona sino que estimuló la codicia de “empresarios particulares”, es decir piratas, bucaneros y corsarios

<sup>601</sup> Bradley, Peter. 1997. Pág. 206. Ver también Boehne, Günther. Judíos en el Chile colonial. Santiago Editorial Universitaria. 1963. Documentos.

<sup>602</sup> Williams, Glyn. 1997 Pág.79

<sup>603</sup> Williams, Glyn. 1997 Pág. 80. Además ver, Barros, José Miguel. Alcances de “La expedición de Narborough a Chile: Nuevos Antecedentes. Punta Arenas. Anales del Instituto de la Patagonia Vol 18 1988 Págs. 36-59

<sup>604</sup> Preston, Diane. A pirate of exquisite mind. William Dampier. London. Walker. 2004 Pág. 59.

<sup>605</sup> Williams, Glyn. 1997. Pág.84

<sup>606</sup> como Basil Ringrose, Lionel Wafer y especialmente William Dampier, que se dirigieron a sus costas. <sup>607</sup> El bucanero Lionel Wafer le dio al duque de Leeds del Almirantazgo británico breves descripciones de los más importantes puertos en la costa Pacífico y le advirtió que si España persistía en mantener esos puertos cerrados para los comerciantes extranjeros los ingleses debían establecerse en ellos por la fuerza. Según sus informaciones, la captura de los pueblos chilenos de Valdivia o Coquimbo traería claras ventajas para los comerciantes extranjeros, ya que no sólo se trataba de puertos bien ubicados para los barcos que venían del sur, sino que además tenían una población nativa amargamente hostil a los españoles. Wafer recalca que Chile “abundaba en toda clase de riquezas como oro plata y etc.” <sup>608</sup> Mientras tanto Inglaterra pasaba por un escenario de creciente tensión internacional ocasionada por la guerra de sucesión española posterior a la muerte de Carlos II, en 1702. Una guerra en la que intervinieron Inglaterra, España y Francia y que sumió al destino de los dominios hispanos en América en la mayor incertidumbre. Lionel Wafer no estaba solo en sus proyectos. El prolífico y multifacético Daniel Defoe tenía planes como el y en 1701 publicó un panfleto bajo el título de “Razones contra una guerra”, en el cual sostenía que era mucho más conveniente seguir una guerra marítima contra España en sus colonias en lugar de seguir peleando en Europa. <sup>609</sup> A la pasada Defoe ponderaba la riqueza y la vulnerabilidad de las colonias españolas ubicadas en el Pacífico Sur. El mismo escritor y propagandista envió al rey Guillermo III, para quien actuaba como consejero no oficial, un plan donde le sugería instalar establecimientos ingleses en las costas del Pacífico, capturando las localidades costeras chilenas de Valdivia y Coquimbo. El rey murió antes de acoger su propuesta y, como era de costumbre, la guerra siguió en su escenario habitual. <sup>610</sup>

Fue entonces, cuando comenzó a tomar forma el proyecto de la Compañía del Mar del Sur y cuando los “cuentos” de las riquezas del sur de América convergieron y comenzaron a circular profusamente. En 1711, Robert Harley presentó ante la Cámara de los Comunes su plan de establecer una Compañía del Mar del Sur y al día siguiente se imprimió un panfleto que describía las riquezas sudamericanas. <sup>611</sup> Tras ello Harley recibió diversos oficios de particulares que ponderaban las riquezas de las tierras aledañas al mar del sur y que celebraban sus posibilidades comerciales. John Pullen, un antiguo gobernador de Bermuda, le propuso a Harley enviar un poderoso escuadrón con el objeto de ocupar la isla de Juan Fernández, atacar Arica y Panamá, capturar los galeones de Manila y apoderarse de Chile. Otro empresario, le propuso capturar la

---

<sup>606</sup> Williams, Glyn. 1997. Pág.84

<sup>607</sup> Williams, Glyn. 1997. Pág.84 y Preston, Diane, 2004, Págs 58 y 59

<sup>608</sup> Citado en Williams, Glyn. 1997, Pág.134

<sup>609</sup> Glyn Williams 1997 Pág. 134

<sup>610</sup> Glyn Williams 1997 Págs. 134, 135

<sup>611</sup> Glyn, Williams 1997 Págs. 161, 162

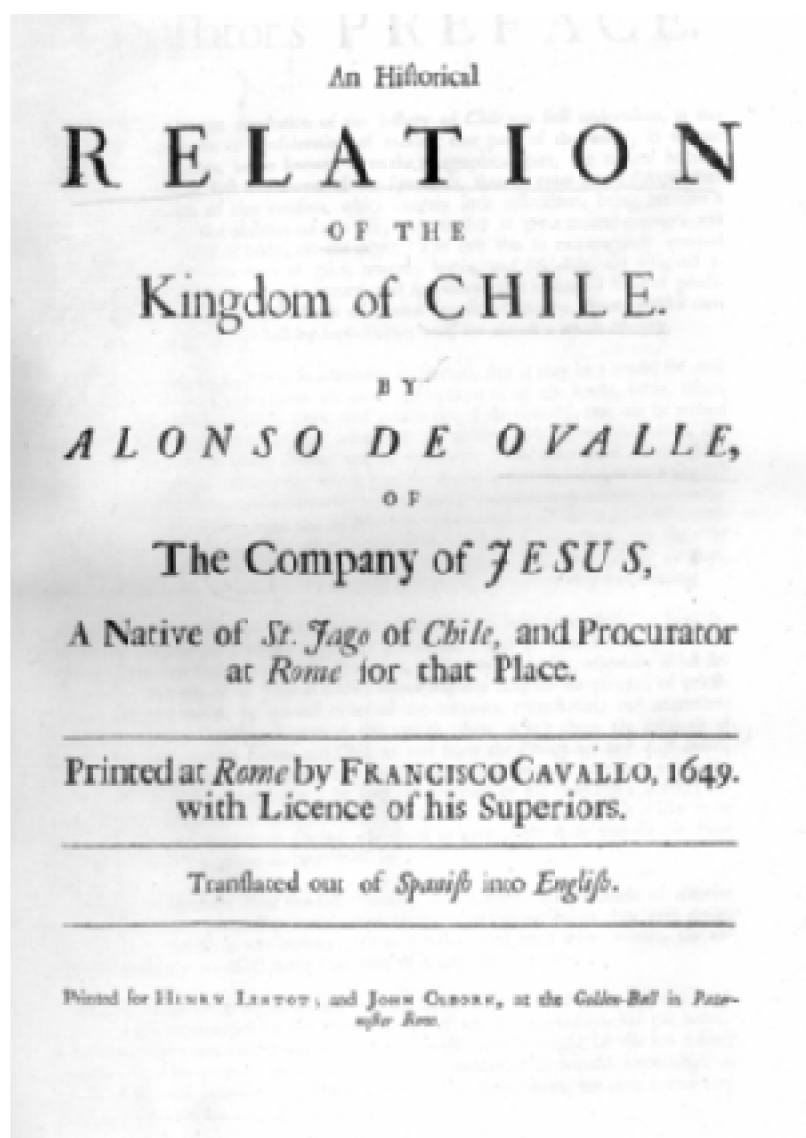


localidad de Bahía Anegada ubicada en la costa Atlántica y luego el puerto de Valdivia en la costa Pacífico, un lugar donde la población española se encontraba dispersa y acosada por indios hostiles. Según este informe, Chile era un país productivo de clima templado, que ofrecía un buen prospecto para la venta de ovejas inglesas y su interior contaba con riquezas auríferas de dimensiones legendarias. Otro autor, abogó anónimamente por el establecimiento de una colonia en las costas de Tierra del Fuego a las que curiosamente se refirió como un país “fructífero y placentero”.<sup>612</sup> Entre estos consejeros y propagandistas espontáneos —y también enigmáticos— se encontraba el cartógrafo y cosmógrafo Herman Moll, que se convirtió en uno de los principales difusores de la “Compañía del Mar del Sur”. A Moll, se le atribuye la autoría de un libro publicado en el año 1711 titulado “A view of the coast, countries & islands within the limits of the South Sea Company”, donde se reunió toda la información disponible que había sobre las costas, los países y las islas comprendidas dentro de los límites de la concesión de la compañía, junto a un mapa de la región para el uso de los navegantes y empresarios.<sup>613</sup> En este tratado, Moll señaló a Chile como uno de los lugares más ventajosos de Sudamérica, afirmando que “nada podía ser más placentero y delicioso, o mejor provisto con todo lo que es requisito para una vida de lujos que el Reino de Chile”. La fuente de estas anotaciones tan favorables sobre Chile y la costa Pacífico, según señaló Moll —o quien quiera que haya escrito este libro— provenían de la Historia de Chile del jesuita Alonso de Ovalle, escrita y publicada en Italia en 1649 y traducida en Inglaterra en 1703 bajo los auspicios de la Royal Society y reeditada en 1745 en la Colección de Viajes publicada por Churchill.<sup>614</sup>

<sup>612</sup> Glyn, Williams 1997 Pág. 165

<sup>613</sup> Glyn, Williams 1997 Págs. 165, 166

<sup>614</sup> Moll, Herman. A view of the coast, countries & islands within the limits of the South Sea Company. London: printed for J. Morphew, 1711



La “Compañía del Mar del Sur” despertó mucho interés en la prensa de la época y el grafómano y también hiperkinético Daniel Defoe encontró en ella una buena ocasión para insistir en uno de sus temas predilectos y le reveló a Robert Harley, su plan que no era otro que aquel propuesto al rey Guillermo algunos años antes, donde abogaba por la instalación de colonias inglesas en Chile y en las costas del Atlántico sur. Según Defoe, la colonia chilena formaría el eje de un nuevo comercio, con su clima templado, indígenas amigables, tierra fértil y minas de oro. Chile, a los ojos del autor de “Robinson Crusoe”, era el equivalente de Jamaica como centro de las acciones en el agitado mar Caribe en el Pacífico Sur.<sup>615</sup> Defoe, insistió en la localización de su región preferida, sin especificarla precisamente, pero era “un secreto a voces” que se trataba de Chile. Las razones que lo tentaban a hacer esta elección eran que los españoles apenas retenían el control sobre los puertos claves del territorio y que buena parte de este no estaba bajo su dominio. Por ello advirtió que “una colonia en Chile, quizás unida a un establecimiento en la costa del

<sup>615</sup> Moll, Herman. 1711 Pág. 169

Atlántico opuesta, cambiaría todo el tenor de la aproximación inglesa al mar del sur”<sup>616</sup>



*Carta de navegación del Estrecho de Magallanes por Hermann Moll.*

Según observa Glyn Williams, a partir de esta época puede observarse un cambio en los planes ingleses respecto del Mar del Sur. Decidieron deponer su actitud beligerante para adoptar una más pacífica, en la que se esperaba dar libre curso al capital y a las habilidades inglesas en lo que se consideraba un ambiente con inmensas ventajas naturales que se estimaban vergonzosamente desaprovechadas por los españoles. Entre los autores ingleses y franceses que criticaban la administración imperial española del siglo XVIII existía una idea errónea según la cual la corona española hasta las reformas Borbónicas de fines del siglo XVIII, había desconocido el valor comercial de sus colonias.<sup>617</sup> Para los ingleses la desocupación de las tierras, su desaprovechamiento o su virtual abandono, sirvieron como una legitimación y un verdadero llamado para ocuparlas. Se trataba de un argumento que ya había actuado como una justificante para ocupar las tierras que pertenecían a los indígenas americanos<sup>618</sup> y que bien podía servir para legitimar sus tentativas en los dominios españoles. Durante el siglo XVIII, esta idea confluyó con aquella actitud cultural que veía a la naturaleza como un recurso que debía de ser aprovechado para obtener su máximo beneficio para el hombre.

A partir de entonces, fue que comenzó a tomar forma una idea del imperio que se

<sup>616</sup> Moll, Herman. 1711 Pág. 170

<sup>617</sup> Pagden, Anthony 1997. Pág. 91

<sup>618</sup> Respecto de este argumento, como justificante de dominación de los indígenas Pagden, Anthony. 1997. Pág. 104

basaba en un esquema de retribuciones, en el cual la misión civilizadora británica se pagaría a cuenta de los recursos naturales y de la mano de obra que proporcionarían los nativos.

Sin embargo, “La compañía del Mar del Sur” fue una burbuja que no tardó en reventarse y su derrumbe definitivo coincidió, en lo que podría ser cruel ironía del destino, con la llegada a los puertos ingleses de la expedición de Woodes Rogers y Edward Cooke que traía un millonario botín proveniente del Pacífico. Al llegar, Cooke y Rogers repitieron argumentos similares a los propagados por Defoe, Bowery y Moll y reafirmaron el potencial comercial de ese Chile de papel. De acuerdo a ellos, en Chile el clima era saludable, los españoles eran pocos y se encontraban acorralados por los indios; y en el interior de su territorio había minas de oro y plata. En los recuentos de Cooke, Chile aparecía “como la más rica y más deliciosa de las provincias en el universo” o como “el país más feliz en el mundo por la temperatura del aire”, con una inmensa riqueza subterránea, “consistente en minas de oro, plata, cobre, estaño, aluminio y plomo”. Curiosamente, Cooke jamás había estado en Chile y lo que es más sorprendente es que sus optimistas informaciones sobre la situación de Chile se basaban, nuevamente, en el relato del Padre Alonso de Ovalle.<sup>619</sup>

Hacia fines del mes de enero de 1712 algunos documentos de la Compañía revelan que a Harley se le sometió un nuevo plan esta vez consistente en hacer una expedición a los mares del sur de tamaño descomunal cuyos propósitos finales no estaban del todo claros.<sup>620</sup> Pero al igual que todos estos planes fabulosos y ambiciosos este proyecto nunca se hizo realidad. Esta expedición frustrada, fue en definitiva el primer y último proyecto emprendido al alero de la “South Sea Company” en relación con el Mar del Sur, ya que posteriormente la malograda compañía se concentró en la explotación del vergonzoso negocio de su asiento esclavista.<sup>621</sup>

El último trabajo que el entusiasta Daniel Defoe dedicó al Mar del Sur fue su libro “New Voyage Round the World by a course never sailed before” publicado en 1724, del cual ya he hecho mención anteriormente. Este viaje falso que habría tenido lugar en 1713 —una vez que la paz había vuelto a Europa— concretó de manera vicaria los anhelos de su autor de abrir el comercio en los Mares del Sur bajo la bandera inglesa. Buena parte de este “libro de viajes” transcurre en Chile, un territorio que Defoe describe curiosamente en los mismos términos auspiciosos utilizados por Moll, siguiendo de manera evidente la misma fuente: la Historia de Alonso de Ovalle.<sup>622</sup> Es necesario advertir que este libro del Padre Ovalle era exageradamente entusiasta en su descripción de las riquezas chilenas, principalmente porque tenía claros propósitos de propaganda. La obra monumental había sido escrita en pleno siglo XVII, en el esplendor del barroco hispánico, y su objetivo

---

<sup>619</sup> Williams, Glyn. 1997. Págs. 171-172, 175-176

<sup>620</sup> Williams, Glyn. 1997. Pág. 174

<sup>621</sup> Williams, Glyn. 1997. Pág. 174

<sup>622</sup> Defoe, Daniel. 1725.

manifiesto era convencer al rey de España de enviar más misioneros jesuitas al Reino de Chile. Entre otras razones, fue por eso que Ovalle describió a este reino como un lugar predestinado por la providencia divina o una especie de “Tierra Prometida Austral”.<sup>623</sup>

Los aventureros imaginarios de Defoe diseñaron un plan de acción ficticio, en cierta medida, bastante similar al que siguieron los viajeros ingleses de comienzos del siglo XIX, justo un siglo más tarde, ya que ambos se propusieron cruzar el continente americano, en el caso de Defoe desde el sur de Chile, pasando a través de los Andes para establecer una conexión entre la costa del Atlántico y la del Pacífico. De acuerdo a este falso libro de viajes, los viajeros putativos “debían tomar la distancia exacta de los lugares, y llevar un diario de su travesía, levantar cruces e hitos en todas aquellas estaciones adecuadas” llevando también “todos los instrumentos necesarios para la observación, lentes de perspectiva, compases de bolsillo, etc”.<sup>624</sup>

Los planes ingleses de llevar a cabo una expedición al Mar del Sur, con auspicio oficial y con propósitos comerciales y militares de largo alcance, se materializaron algunas décadas más tarde con la expedición marítima liderada por George Anson.<sup>625</sup> En septiembre de 1739, dos antiguos empleados de la Compañía del Mar del Sur, Hubert Tassell y Henry Hutchinson,<sup>626</sup> que tenían experiencia de primera mano en tierra sudamericana le escribieron al primer ministro Robert Walpole sugiriéndole que un escuadrón 8 barcos de guerra con 1500 soldados, fuera enviado al Cabo de Hornos para atacar las costas de Sudamérica. A fines de dicho mes, Tassell y Hutchinson expusieron este plan personalmente a los dos consejeros mayores del gobierno, Sir Charles Wager, primer Lord del Almirantazgo y Sir John Norris, Almirante de la flota.<sup>627</sup> En septiembre de 1739 ante un pequeño grupo de ministros se expusieron dos esquemas de acción separados. El primero consistía en enviar barcos a las islas Filipinas para capturar el galeón proveniente de Asia a Acapulco -el legendario galeón de Manila, o de Acapulco según su punto de origen. Mientras que el segundo contemplaba operaciones a lo largo de las costas de Chile y Perú por barcos enviados hacia el Pacífico y que cruzarían por el Cabo de Hornos: “el escuadrón tomaría Chile con la ayuda de sus habitantes descontentos con el gobierno peninsular y saquearía la gran casa del tesoro en Lima y tal vez establecería un gobierno favorable a los comerciantes ingleses. Desde ahí se dirigirían a Panamá. Una parte de la expedición se desprendería para fortificar Juan Fernández.

Hacia mediados de Octubre de ese año, el plan conjunto se redujo a uno solo, significativamente más modesto que consistía en una expedición de tres barcos a lo largo de las costas de Perú y Chile.<sup>628</sup> Distintos compromisos impidieron que se enviara una

<sup>623</sup> Somarriva, Marcelo. Milagros y Maravillas en la obra del Padre Ovalle. Trabajo inédito.

<sup>624</sup> Defoe, Daniel 1725. Pág. 138

<sup>625</sup> Williams, Glyn. 1997 Pág. 215

<sup>626</sup> Williams, Glyn The Prize of all oceans. London: Penguin. 2001 Pág. 6

<sup>627</sup> Williams Glyn 1997. Pág. 215

expedición a Manila e hicieron imposible reclutar fuerzas terrestres de cualquier tamaño para doblar el Cabo de Hornos.<sup>629</sup> Para comandar la expedición se designó a George Anson,<sup>630</sup> un experimentado oficial de 42 años, a quien se le comunicó una versión simplificada del plan original<sup>631</sup> que tenía como objetivo capturar el puerto de El Callao y utilizarlo como base de futuras operaciones. En las instrucciones se incluían cláusulas que autorizaban a Anson instigar la rebelión criolla en el Perú y en el caso de que los criollos ricos se negaran a rebelarse de las autoridades españolas, se le autorizaba a ganarse la voluntad de los mulatos y esclavos negros oprimidos, ofreciéndoles la libertad. Se trataba de una proposición incendiaria, y claramente contradictoria con las prácticas inglesas tomando en cuenta que ellos controlaban buena parte del tráfico de esclavos. Este último punto no tuvo el menor eco en las ordenes que se le impartieron a los oficiales, pero sin embargo, ilusorias o no, estas instrucciones, como observó Glyn Williams, “manifestaban las primeras nociones en círculos de gobierno de que la apertura más promisoría para los comerciantes ingleses sería que el imperio hispano americano, con o sin ayuda externa, se moviera hacia la independencia”.<sup>632</sup> Si las informaciones que habían proporcionado los consejeros y propagandistas eran veraces, la llegada de estos barcos a las costas de Sudamérica llevaría al colapso de la autoridad española en Chile y Perú.

<sup>628</sup> Williams Glyn. 2001. Pág. 6

<sup>629</sup> Williams Glyn. 2001. Pág. 8

<sup>630</sup> Williams Glyn. 2001. Pág. 10

<sup>631</sup> Williams Glyn. 2001. Pág. 10

<sup>632</sup> Williams Glyn. 2001. Pág. 6



*El accidentado recorrido de la expedición de Lord Anson por el extremo austral*

La expedición de Anson terminó siendo un fracaso respecto de su plan original, pero sus propósitos resurgieron en una nueva misión comisionada al comodoro John Byron, un veterano de la expedición de Anson, que había naufragado en las costas del extremo austral de Chile.

Más de dos décadas después, de este trágico incidente, Byron volvió al Pacífico Sur a cargo de una expedición formada por las naves Dolphin y Tamar. El objetivo de su viaje era “el avance del comercio” de Gran Bretaña, lo que en definitiva probaba ser cualquier cosa con tal de asentar la hegemonía inglesa en el Mar del Sur. A la larga, el proyecto original de la expedición comandada por Byron, pretendía consolidar las frustradas ambiciones de Anson, en su intento de hacer avanzar el comercio en el Pacífico sin aspirar a hacer descubrimientos o exploraciones científicas, en aras de aumentar el conocimiento humano.<sup>633</sup>

La expedición del Comodoro John Byron zarpó hacia el Pacífico en 1764 y fue la

<sup>633</sup> Gallagher, Robert E. Ed. Byron's Journal of his Circumnavigation 1764-1765. London: The Hakluyt Society 1964. Pág. xxxi

primera misión marítima del reinado de George III, un período en el cual los ingleses alcanzaron la cima de los viajes de exploración con el Capitán Cook, iniciados sólo cuatro años después. Las exploraciones de Cook significaron un hito histórico por cuanto en ellas se entrecruzaron de manera inédita el progreso científico, la exploración geográfica y el avance imperial. Sin embargo, el viaje de Byron no pretendió aglutinar misiones tan complejas como estas.

La empresa de Byron surgió en medio del mayor sigilo y su primer objetivo fue llevar a cabo los planes de Anson y luego encontrar un paso desde el Pacífico hacia el Atlántico por el norte. La expedición debía hacer escala en Río de Janeiro para luego dirigirse hacia el Cabo de Buena Esperanza y buscar la hipotética isla Pepys. Un plan alternativo contemplaba evitar este paso Atlántico y explorar el Atlántico sur en la dirección contraria, para luego dirigirse hacia las islas Falklands. La siguiente fase del viaje sería recorrer la costa oeste de Norte América, previa escala en el litoral chileno, para encontrar un pasadizo con dirección al oriente y regresar a través de él con rumbo a Inglaterra. Si no encontraba este paso debía seguir en la dirección contraria y proceder por las costas de Asia.<sup>634</sup> Sin embargo, Byron desatendió estas instrucciones y simplificó los planes de su expedición hasta el mínimo. De hecho, su vuelta al mundo fue la más rápida emprendida hasta la fecha.<sup>635</sup> No fue al Cabo de Buena Esperanza<sup>636</sup>, sino que se dirigió directamente hacia Puerto Deseado en la costa de la Patagonia, buscó la inexistente isla de Pepys y desembarcó en las islas Falklands; seguidamente cruzó el Estrecho de Magallanes y desde las costas de la Patagonia pasó a la isla de Juan Fernández tomando un la ruta hacia los mares de la Polinesia con rumbo a la India. En esos mares Byron avistó algunas islas menores y de manera casi milagrosa eludió los archipiélagos mayores de la Polinesia, como la isla de Tahití, que por un azar pudo prorrogar, por algunos años al menos, su aislamiento secular.

El 12 de enero de 1765, Byron recaló en la esquina noroeste de las Falklands. Pero tal como lo temían las autoridades en Inglaterra, llegaban tarde, ya que nueve meses antes había desembarcado en la isla Louis Antoine Bougainville. Este célebre matemático y explorador del Antiguo Regimen había equipado dos barcos a sus expensas, con los que zarpó del puerto de Saint Malo en septiembre de 1763. Bougainville tomó posesión formal de dichas islas para Francia e instaló un establecimiento colonial. Los ingleses por su parte igual tomaron posesión de la isla. Sus intenciones imperiales se revelan en una carta enviada por el Conde de Egmont al Duque de Grafton, fechada en julio de 1765, donde el primero describe a esta isla austral como “la llave a todo el Océano Pacífico” o una base para la proyección de los intereses británicos y luego añade que “esta isla deberá comandar los puertos y el comercio de Chile, Perú, Panamá, Acapulco, y en una palabra todo el territorio español frente a ese mar”. El conde de Egmont precisa que esta será una posición más lucrativa para Inglaterra y más fatal para España en una guerra futura y le advierte además de su posición frente a “la costa de Chile desde el Estrecho

<sup>634</sup> Gallagher, Robert E. 1964. Págs. xliii y xliv

<sup>635</sup> Gallagher, Robert E. 1964. Pág. xliv

<sup>636</sup> Gallagher, Robert E. 1964. Pág. xlv



de Magallanes a la Isla de Chiloé que es totalmente salvaje, deshabitada por los españoles, y poseída por los más guerreros de todos los indios nativos en perpetua hostilidad con España. El país también abundando por sobre el resto, en minas de oro y plata”.<sup>637</sup>

El viaje de Byron no tuvo el menor mérito científico ni geográfico, sin embargo alcanzó una enorme celebridad debido a que los miembros de su tripulación sostuvieron que habían visto gigantes en las costas de la Patagonia. Además por una casualidad las memorias de Byron y su gente pasaron a formar parte de las publicaciones de viajes editadas por Arrowsmith, en las cuales se incluían los viajes de Wallis y el Capitán Cook, que si hicieron importantes descubrimientos científicos, de modo que el escueto recorrido de Byron adquirió una inmerecida estatura científica.

Curiosamente los viajes de Anson y Byron, de mediados del siglo XVIII, estuvieron impulsados por el mismo espíritu de dominación mercantil que motivó a los navegantes isabelinos de fines del siglo XVI, como Francis Drake y sus sucesores. Se ha estimado como algo sorprendente que estos viajes hayan revitalizado con tantos siglos de diferencia, la ambición inglesa de abrir nuevos campos de comercio en el Pacífico dando la vuelta al mundo. Planes que estaban en la primera línea de la política nacional inglesa bajo la reina Isabel I<sup>638</sup> y que buscaban eminentemente apoderarse del oro de las Indias.

Con los años el carácter de los proyectos ingleses hacia América se fue modificando a raíz de acontecimientos que transformarían la política exterior inglesa, como la independencia de sus colonias de Norteamérica, la Revolución Francesa y el advenimiento de Napoleón que sumió al continente europeo en décadas de guerra continua.

En ellos fue determinante también la evolución que tomó la carrera imperial británica, particularmente gracias a su establecimiento en la India. Así, en 1780, el gobierno inglés aprobó un proyecto del coronel Fullarton que pretendía atacar Sudamérica por el Atlántico, desde Europa, y por el Pacífico, desde la India. Hasta allí se envió la instrucción de enviar 1500 soldados ingleses y 2000 cipayos a la costa Pacífico, con el propósito de tomar algunos puntos estratégicos y de ofrecer la independencia a los ciudadanos de México, Perú y Chile. También se preparó una expedición hacia Buenos Aires que debió desviarse al Cabo de Buena Esperanza, pero que tuvo el propósito de tomar la ciudad de Buenos Aires y desde ahí dirigirse al norte con la idea de ofrecer ayuda a la revuelta indígena de Tupac Amaru II, que conmocionaba el sur de Perú y buena parte de la región de los Andes. Sin embargo tal como ocurrió con muchos de estos proyectos, esta idea no pasó de ser más que eso, un plan delirante, que no por eso dejó de sobresaltar a las autoridades en España.<sup>639</sup>

Al terminar la Guerra de Independencia de los Estados Unidos, que tuvo lugar entre 1775 y 1782, asumió, en 1783, como primer ministro el joven político “torie” William Pitt.

<sup>637</sup> Gallagher, Robert E. 1964. Documento 2. Pág. 161.

<sup>638</sup> Williams. Glyn. 2001. Pág. 4.

<sup>639</sup> Roberts, Carlos 2000. Pág 46

Inglaterra en ese momento comenzaba a dar los primeros pasos de la Revolución Industrial gracias a la invención de la máquina a vapor y otros adelantos tecnológicos.<sup>640</sup>

Ese mismo año, hay antecedentes de que una asociación revolucionaria en Chile envió delegados a Londres para solicitar ayuda a cambio de ciertas ventajas comerciales. El gobierno inglés, consecuentemente, planeó una nueva expedición al Cono Sur, proyectando enviar a Chile 2000 hombres y 4000 a Buenos Aires. Ambas expediciones debían dirigirse hacia el norte, donde recibirían la ayuda de aquellos indios sublevados que habrían sido previamente concertados por esta asociación revolucionaria. Sin embargo, este plan, tan misterioso como descabellado, fue truncado por las consecuencias que trajo el final de la guerra de la independencia de Estados Unidos que de alguna forma detuvo los planes expansionistas británicos o les dio un nuevo cuño.<sup>641</sup>

William Pitt ejerció el poder como Primer Ministro por dos períodos breves que lograron consumir su acelerada existencia. El primero fue entre 1783 y 1801 y el segundo entre 1804 y 1806. Pitt, una joven promesa del partido Tory, habría aprendido la lección que le significó a Inglaterra la pérdida de sus colonias en Norteamérica y evitó cualquier plan de conquistar las colonias españolas, optando más bien por la alternativa de propiciar su independencia con miras a adquirir ventajas mercantiles.

Mientras tanto la capital del imperio británico, se fue constituyendo como un polo de atracción para las elites sudamericanas que acariciaban la idea de deshacerse del dominio español. El centro de estos conspiradores fue el venezolano Francisco de Miranda, quien hacia 1785 se encontraba haciendo una peculiar gira revolucionario-sentimental por Europa que se prolongó por años. Miranda escogió a la ciudad de Londres como su principal centro de operaciones para montar su proyecto de independizar al continente americano. Se reunió con el Primer Ministro Pitt, a quien le solicitó apoyo económico para que las colonias españolas logaran su independencia a cambio de ofrecerle privilegios mercantiles. Los proyectos de Miranda eran bastante grandiosos e incluso quiméricos, ya que entre otras cosas planeaban la formación de un gran estado panamericano cuyo trono estaría ocupado por un descendiente de los Inca<sup>642</sup>. Pitt, por su parte, actuaba con bastante prudencia y cálculo, subordinando toda ayuda inglesa a la eventualidad de que estallara una guerra entre España e Inglaterra, situación para nada lejana en el explosivo escenario europeo que dejó la Revolución Francesa. Los proyectos de Miranda encontraron una respuesta bastante tibia entre las autoridades inglesas, pero el venezolano persistió obstinadamente en sus empeños de emprender una expedición a Venezuela con apoyo británico.

En 1796, España y Francia conjuntamente le declararon la guerra a Inglaterra, lo que propició el surgimiento de nuevos proyectos de expediciones hacia Sudamérica. Ese mismo año se propuso una nueva expedición desde la India hacia la costa oeste de América y otra a Venezuela y el Río de la Plata, que partiría desde El Cabo de Buena

---

<sup>640</sup> Roberts, Carlos 2000. Pág. 42

<sup>641</sup> Roberts, Carlos 2000 Pág. 47

<sup>642</sup> Harvey, Robert 2002. Pág. 56

Esperanza, Sudáfrica. Sin embargo, la expedición debió de abandonarse, otra vez gracias a la evolución de los acontecimientos en Europa. Pero no tardaron en surgir nuevos proyectos: en 1799 el general Sir Robert Abercromby le envió un informe al gabinete proponiéndole dos expediciones, una desde El Cabo al Río de la Plata y otra de las islas Barbadas hacia Venezuela. Tampoco fue el único proyecto en surgir. Hubo varios más, que respondían a un patrón similar que contemplaba avances hacia Venezuela desde las islas Barbadas y hacia el Río de la Plata, desde Ciudad del Cabo, con miras a proclamar la independencia de dichas zonas del dominio español y liberar sus mercados al comercio exterior, ejerciendo sin embargo, una tutela sobre los pueblos recién independizados para evitar que se sumieran en el caos.<sup>643</sup> Detrás de todas estas tentativas estaba la mano de Miranda, quien actuaba como un febril promotor y como un entusiasta —y también exagerado— informante de la situación de las colonias españolas.

En 1802, Inglaterra, Francia, España y Holanda se trenzaron en la paz de Amiens, que apenas alcanzó a durar un año. Una vez que se hubieran reestablecido las hostilidades, Miranda le propuso al ministro de guerra del nuevo gobierno, Nicholas Vansittart, y al almirante William Home Popham un nuevo plan para independizar Sudamérica, que consistía en una invasión masiva al imperio español en América. Esta invasión comenzaría con un desembarco cerca de la costa de Venezuela y proseguiría con desembarcos de la flota Británica en diversos puntos estratégicos que literalmente seguían una hilera que rodeaba el continente. El plan no despertó el menor interés en las autoridades británicas y hacia 1804 Inglaterra había suspendió toda acción contra Sudamérica, mientras siguiera la paz con España, ya que los ingleses querían asegurar el apoyo español en su guerra contra Napoleón.<sup>644</sup> Esta nueva paz tampoco duró mucho, pero William Pitt, de nuevo en el gobierno, esta vez prefirió conservar la calma. La verdad es que no confiaba demasiado en el éxito de los planes de Miranda y tampoco tenía dinero suficiente para financiar una empresa de esa magnitud. Miranda, sin embargo, todavía era considerado como una buena carta para hostigar a los españoles.

El 12 de diciembre de 1804, España le declaró oficialmente la guerra a Inglaterra y entre ese año y el siguiente hubo ocho proyectos diferentes de intervención inglesa en Sudamérica, todos ellos anteriores de la partida de Popham hacia la ciudad del Cabo que daría lugar a la invasión a Buenos Aires. Incluso entre finales de 1805 y comienzos de 1806 hubo tres proyectos más, que aspiraban a que un miembro menor de la realeza europea, el Duque de Orleans, ocupara un trono en América.<sup>645</sup>

A fines de 1805 el general William Carr Beresford y el comandante Sir Home Popham se dirigieron a tomar Ciudad del Cabo impulsados por la ruptura de la Paz de Amiens y la victoria del almirante Nelson en Trafalgar.<sup>646</sup> Antes de salir, Popham habría

<sup>643</sup> Roberts, Carlos. 2000. Pág. 55

<sup>644</sup> Roberts, Carlos 2000. Págs. 69, 70

<sup>645</sup> Roberts, Carlos 2000. Págs. 76 a 82

<sup>646</sup> Roberts, Carlos 2000. Pág 94 y Harvey, Robert. 2001. Págs 31, 32.

estado en conversaciones con Pitt sobre la posibilidad aprovechar el impulso para apoderarse de la ciudad de Buenos Aires. Sin embargo, no se sabe con exactitud si el gobierno inglés auspicio directamente los planes de Popham, que en sus inicios eran una expedición destinada a dirigirse a Venezuela para respaldar la tentativa revolucionaria que Miranda había lanzado desde Estados Unidos. Finalmente Popham tomó un nuevo rumbo que terminó sirviendo de inesperado aliciente para consumir la Independencia de Buenos Aires.<sup>647</sup>

Se dice que habría antecedentes que prueban que Popham viajó a Ciudad del Cabo resuelto a emprender una expedición al Río de la Plata, una vez que hubiera terminado su misión en Sudáfrica. Todo ello siempre y cuando la situación política europea le fuese propicia y una vez que hubiesen desaparecido los inconvenientes que obstaculizaban los proyectos que tanto él como Miranda habían sometido a la aprobación de Pitt.<sup>648</sup> Sin embargo, Pitt agotó su acelerada existencia a fines de enero de 1806, algunos días después de que Ciudad del Cabo capitulara ante las fuerzas de Popham y Beresford y ambos partieran hacia Buenos Aires por su cuenta y riesgo.

En Inglaterra, asumió el poder Lord William Grenville, un primo del anterior primer ministro, pero que militaba en el bando político contrario, es decir el "tory". Grenville formó lo que se llamó el "Gabinete de los Talentos", llamado así por la congregación de luminarias que convocó para su gobierno, todos ellos miembros de distintos partidos, pero todos con una marcada afiliación liberal.

El día 28 de junio de 1806, tras una pequeña escaramuza militar, en la cual las fuerzas militares inglesas que sumaban 1600 hombres, apenas sufrieron la muerte de un soldado, se alzó la bandera británica en Buenos Aires. Las noticias de este suceso tardaron poco más de dos meses en llegar a Londres, donde fueron recibidas con entusiasmo entre los círculos mercantiles y con reprobación por parte de las autoridades del nuevo gabinete. Aun cuando, el día antes de la llegada de esta noticia, el secretario de Guerra del gobierno, William Windham le había escrito a su jefe, el primer ministro Lord Grenville, diciéndole que pensaba que Inglaterra debía apoderarse de algunas zonas de Sudamérica sin contribuir a hacer una revolución. Una vez que Inglaterra se hubiese posesionado de algún punto, añadía Windham, sería fácil extender la conquista al resto del continente.<sup>649</sup> La invasión de Popham, no autorizada al menos en apariencia, seguía una línea similar a la expuesta en la carta de Windham y correspondía también a un esfuerzo de conquista militar. El autor Carlos Roberts, de manera poco convincente, señala que este afán de conquista habría sido propiamente el punto de vista de la política liberal que veía la situación americana con ojos meramente expansionistas, a diferencia del punto de vista conservador, animado por Pitt y su gobierno, que era más proclive a la Independencia de Sudamérica. Sin embargo, resulta difícil calificar o determinar las intenciones últimas de ambas ideologías respecto de América, ya que en ambas el

---

<sup>647</sup> Roberts, Carlos 2000. Pág. 93

<sup>648</sup> Roberts, Carlos. 2000. Pág. 105

<sup>649</sup> Roberts, Carlos. 2000. Pág. 247

propósito final de su política hacia América del Sur, no era precisamente altruista, sino que se orientaba al mismo propósito de obtener el establecimiento de una política favorable a la intervención inglesa en las colonias del alicaído Imperio Español.<sup>650</sup>

Después de la noticia de la toma de Buenos Aires se produjo una verdadera “proyectomanía”<sup>651</sup> de perspectivas fantásticas que pretendían llevar a cabo la conquista total de Sudamérica, con el propósito de aprovechar su comercio y sus minas. Prueba de ello fue que al llegar la noticia de la ruptura de las negociaciones entre Inglaterra y España, a la casa Lloyd’s, los grandes banqueros y comerciantes prorrumpieron en una ola de aplausos frenéticos. A partir de entonces la influencia del alto comercio se convirtió en un factor decisivo para inclinar al gobierno Whig a seguir la aventura conquistadora de Sudamérica.<sup>652</sup> Una prueba que permite ver cómo se discutían al interior del gabinete británico planes para atacar Sudamérica, es la correspondencia de Lord Grenville<sup>653</sup> Existe una carta de Sir John Dalrymple<sup>654</sup> enviada a este primer ministro en la que se ventilan detalladamente estos asuntos. Lo curioso es que las sugerencias planteadas por Dalrymple estaban estrechamente relacionadas con un proyecto que se detalla en los apéndices de un libro titulado “Memoirs of Great Britain and Ireland”, fechados el 3 de noviembre de 1787, en los que se hace una relación de una expedición proyectada al mar del sur entre 1779 y 1780 por “empresarios” particulares y otra expedición a los mares del sur que se planeaba efectuar en 1762. En el proyecto se proponían posibles ataques tanto al Mar del Sur como a las regiones de Yucatán y La Plata, ataques que según dichos informes, “no requerirán de ejércitos, ni flotas reales y significarán pocos gastos. Ellos arriesgarán pocas vidas y podrán en realidad llevarse a cabo por corsarios” Además, se proponía una expedición desde las Indias Orientales con destino a las Filipinas a Chile o México, de acuerdo a cómo se presenten las circunstancias.

En 1806 se envió desde Inglaterra una expedición a cargo de Samuel Auchmuty con el propósito de reforzar a William Beresford en Buenos Aires y el 12 noviembre 1806, se envió otra más esta vez a cargo de Robert Craufurd con el objeto de conquistar Chile. El objeto de esta misión formada por 4700 hombres era capturar los puertos fortificados de la costa de Chile, ocupando como base el puerto de Valparaíso. La expedición no debía llegar hasta el virreinato del Perú, el cual sería objeto de una expedición particular. Si Craufurd lograba tomar Santiago debía abrir comunicación permanente hacia Buenos Aires por vía terrestre, con miras a estimular objetivos comerciales y militares. Se le recomendaba, además, no interferir en los gobiernos locales, prefiriendo dejar a los criollos en los puestos de gobierno, debía además conciliar a la población y hacerle creer

<sup>650</sup> Roberts, Carlos. 2000. Pág. 252

<sup>651</sup> Roberts, Carlos. 2000. Pág. 262

<sup>652</sup> Roberts, Carlos. 2000. Pág. 254

<sup>653</sup> Roberts, Carlos. 2000. Pág. 272

<sup>654</sup> Mullet, Charles F. Documents British Schemes Against Spanish America in 1806. Spanish AMHR Vol 27 May. Missouri. University of Missouri. 1947 Págs 271-2

que el motivo de la expedición era dar protección y no apropiarse de un buen botín. Tampoco tenía que hacer ninguna promesa de independencia y todos los ciudadanos franceses que se encontraran en la colonia debían ser expulsados. El almirante Murray debía seguir la ruta del Cabo de Hornos o llegar hacia el Cabo de Buena Esperanza y desde ahí seguir rumbo al Pacífico por vía del océano Índico, según las condiciones del clima.<sup>655</sup> Sin embargo, una vez que se obtuvieron las alarmantes noticias de que la ciudad de Buenos Aires, había sido recuperada por las fuerzas criollas a cargo de Santiago Liniers, se le ordenó a Craufurd, que modificara el destino de su misión y se dirigiera directamente a Buenos Aires donde debía ponerse a las órdenes de Samuel Auchmuty, quien a su vez dependía del comandante en jefe de las fuerzas de Sudamérica, el general John Whitlocke quien fue ignominiosamente derrotado por las fuerzas criollas.

En 1807 asumió un nuevo gobierno tory, encabezado por Lord Castlereagh, primer ministro y George Canning, como Secretario de Asuntos Exteriores. Con la anuencia de Miranda, se prepara una tercera expedición comandada esta vez por el general Wellesley, el futuro duque de Wellington, además de Beresford y Miranda, destinada a independizar América. Sin embargo esta misión también debió modificar su destino y se desvió a España en julio de 1808, que entonces había sido invadida por las fuerzas de Napoleón lo que ponía el destino de las provincias americanas dependientes de España en un escenario singularmente incierto.<sup>656</sup> Ante esta situación Castlereagh le escribió a Sydney Smith, una carta fechada el 4 de agosto de 1808 en la que le advertía que “si desgraciadamente España cayera en manos de Bonaparte” era el deber de Gran Bretaña impedir que Sudamérica cayera en la misma esclavitud. La intervención inglesa, según Castlereagh, no debería tender “a soberanía ni a ocupación territorial, y limitará sus vistas a formar una conexión con los dominios españoles en Sudamérica que sea mejor calculada para proteger su independencia y sus recursos contra los designios del común enemigo.”<sup>657</sup>

---

<sup>655</sup> Roberts, Carlos. 2000 Pág. 256

<sup>656</sup> Harvey, Robert 2002. Págs. 77 a 80

<sup>657</sup> Roberts, Carlos 2000. Pág. 469

---

## X ¿Duerme el león inglés?

Los intereses que tuvo el editor Rudolf Ackermann en Sudamérica no bastan para explicar la publicación de un libro falso como *Letters from Buenos Ayres and Chile with an original history of the latter country*, donde, entre otras cosas, se sostenía que Chile era el “reino más templado y adecuado para los europeos, más que cualquier otro en este vasto continente”<sup>658</sup> y se hacía un urgente llamado para despertar al león inglés y que este diera un salto a estas regiones. La publicación de este libro, por lo demás, antecedió en varios años a las obras destinadas al público sudamericano que Ackermann publicó con la asistencia de José Joaquín de Mora. Un prospecto de esta casa editorial adjunto a estas *Letters from Buenos Ayres and Chili...*, anunciaba la publicación, entre otros títulos, de un viaje ilustrado por el Rhin, una disputa entre el arzobispo de Constanza y el Papa de Roma, una historia de la litografía y un libro ilustrado sobre residencias rurales. Libros que, además de las abundantes ilustraciones que prometían, tenían en apariencia muy poco que ver con este sospechoso título.

No está demás preguntarse si acaso Ackermann sabía o no que publicaba un trabajo falso, en cuyo caso los engañados por su autor seríamos todos. Pero, de no haberlo sabido ¿se hubiera dado tanta maña en evitar cualquier referencia directa a su presunto autor? No olvidemos que su nombre no aparece por ningún lado y que sólo se le identifica, remitiendo a otro libro publicado y firmado por un tal John Constante Davie. ¿Por qué razón, entonces, no mencionó a su autor de manera directa? ¿No era ésta una forma de eludir sus responsabilidades en la comisión de un engaño?

<sup>658</sup> (Anonimo) Davie John Constance. 1819 Pág. 57

Haya o no actuado Rudolf Ackermann en la más completa ignorancia, como buen editor que era bien sabía que el libro se publicaba en la oportunidad indicada, ya que hacia 1819 llegaron a Europa las noticias de la victoria del Ejército de los Andes sobre las fuerzas realistas, en la Batalla de Chacabuco, lo que anunciaba a los europeos que los mercados del Cono Sur se encontraban abiertos para sus aventuras mercantiles. No en vano, a partir de entonces se desencadenó la llegada masiva de empresarios ingleses al Cono Sur, entre quienes se encontraba el joven Samuel Haigh, el primero de estos autores en llegar a América del Sur. Esto último permite establecer una constante en la publicación de estos libros, ya que tanto estas “cartas” falsas, como los demás títulos abordados en este trabajo, se publicaron a raíz de determinadas coyunturas, o de importantes acontecimientos que se verificaron en América y que resultaban relevantes en la incipiente relación que el mercado británico pretendía establecer con los mercados americanos. O bien se trata de libros que salieron a la luz a raíz de incidentes ocurridos en la metrópolis, que determinaron el destino de las inversiones inglesas en América. En ambos casos, se trató de coyunturas políticas o económicas que hicieron necesaria la publicación de información relevante respecto de esta región del continente. Por ello, es perfectamente probable que Ackermann haya publicado este libro confeccionado apurado por las circunstancias, y que en la necesidad, más o menos urgente de poner a la disposición del público un libro que entregara información sobre América del Sur y no teniendo ninguno verdadero que ofrecer, Ackermann haya decidido armarse uno. Las circunstancias, por lo demás, le auguraban el éxito. Con ello, se revivía una práctica que se había hecho habitual en el siglo anterior donde los falsos libros de viajes, como los que escribió Daniel Defoe, proliferaron de manera alarmante.<sup>659</sup> El problema era que entonces era cada vez más probable e incluso fácil verificar de primera mano la veracidad de las afirmaciones contenidas en libros de viajeros sospechosos. Cuando las fronteras de esta región antes clausurada se habían abierto a las incursiones de ingleses y otros europeos interesados en recorrerla.

Los falsos libros de viajes, como estas *Letters from Buenos Aires and Santiago...*, son fuentes documentales históricas de poca, o tal vez ninguna validez, si lo que se busca es obtener información testimonial sobre una región determinada o de hechos o datos, cuantificables y objetivos, pero sin embargo, estos libros falaces pueden ser guías muy útiles para conocer las diversas actitudes o prejuicios, negativos o positivos, que existían en cierta época respecto a una determinada región del mundo. En ese sentido la publicación de estas *Letters...* resulta útil para medir la expectación que existía en Inglaterra, respecto de la situación del cono sur de América en las primeras décadas del siglo XIX, ya que este libro es un buen compendio de ideas recibidas y puede servir para cernir las nociones que circulaban en Inglaterra sobre América antes de la llegada de estos viajeros ingleses al Cono Sur. Permitiéndole al lector verificar qué aspectos provenían de la cultura libresca y cuáles de la experiencia directa de estos viajeros.

Es evidente que un editor publica un libro, ya sea falso o verdadero, con la esperanza de venderlo ojalá lo más posible. Pero, no obstante esto, tratándose de un libro hechizo como estas *Letters*, la situación se vuelve todavía más interesante, ya que esto podría dejar en evidencia la existencia de una demanda que un editor estaría

---

<sup>659</sup> Adams, Percy. G 1962. Págs 1-18



dispuesto a satisfacer a cualquier, o casi cualquier precio, llegando incluso a montar un libro falso. Esto reforzaría la idea de que hacia las primeras décadas del XIX existía en Inglaterra una urgencia bastante apremiante por obtener noticias americanas frescas, como las que podía traer un viajero.

Uno de los elementos más curiosos de estas *Letters...* es que, a pesar de su falsedad, tiene varios puntos de contacto con los demás libros de viajes estudiados en este trabajo, que podrían ser tomados con generosidad como sus sucesores viajeros de la “vida real”. En estas *Letters* hay muchas de las ideas o imágenes que caracterizan a los demás libros posteriores. Se observa una actitud similar hacia los españoles quienes aparecen caracterizados por su “avaricia, ambición y crueldad” y a quienes se desprecia, por vanagloriarse de haber conquistado “un país cuyos habitantes indefensos los recibieron en sus costas y les dieron la bienvenida, y con la mayor hospitalidad suplieron cada una de sus necesidades, considerándolos como los hijos del sol, cuyos rayos benéficos calientan y animan toda la naturaleza”.<sup>660</sup> Un desprecio que se extendió hacia la Iglesia, particularmente en relación con las costumbres de los sacerdotes —el autor señala, por ejemplo, que la orden que lo acogió “...no practica(ba) ningún tipo de abstinencia”<sup>661</sup> —. Un desdén por España y su gente que también tuvo como correlato una actitud positiva respecto de los nativos, genéricamente llamados como indios “araucanos”, a quienes el autor encomia por su independencia y sus virtudes militares, advirtiendo que ellos “...no sólo serían buenos súbditos sino también valientes soldados, algo que los españoles han descubierto a su propio costo...”<sup>662</sup> Una visión de los indígenas, que igualmente hizo surgir una renovada versión del mito del buen salvaje con singulares implicaciones helénicas, o más bien espartanas, ya que el autor observa de los araucanos “la inocencia con la que están hechos, y la pureza del estilo con el que están terminados, hablan a favor de una capacidad que podría, con poco esfuerzo, exhibir un espíritu tan fino como aquellos de Grecia y Roma, en cualquier cosa que respecte a la guerra”.<sup>663</sup> Respecto del paisaje de esta región de Sudamérica el autor se expresa en términos bastante similares a los de los demás libros de viaje estudiados aquí. Su descripción de la cadena montañosa de los Andes es, por ejemplo, bastante similar a la que un siglo antes había hecho Daniel Defoe y como las demás también remite la estética de lo sublime. En estas *Letters...* el cruce ficticio de la cordillera se describe en los siguientes términos: “comenzamos a subir, en un orden lento y solemne, uno por uno, parecía imposible avanzar de a dos salvo en los pequeños valles que parecían dispersarse aquí y allá, que servían de lugares de descanso para el viajero arriesgado, y de no ser por estos, en mi opinión, sería totalmente imposible efectuar un pasaje por sobre montañas apiladas sobre montañas.”<sup>664</sup> Las mujeres de Argentina,

<sup>660</sup> (Anónimo) Davie John Constance. 1819 Pág. 3

<sup>661</sup> (Anónimo) Davie John Constance. 1819 Pág. 35

<sup>662</sup> (Anónimo) Davie John Constance. 1819 Pág. 14

<sup>663</sup> (Anónimo) Davie John Constance. 1819 Pág. 30

<sup>664</sup> (Anónimo) Davie John Constance. 1819 Pág. 43

Chile e incluso Perú —a pesar de que su “viaje” parece no haberlo llevado hasta esas tierras— también son aquí un aspecto del mayor interés y aparecen como criaturas venales y apasionadas. Un detalle bastante significativo de estas “Letters...” son las cinco láminas con ilustraciones de mujeres que acompañan al texto. Todas ellas, ilustraciones imaginarias, tan falsas como el texto que acompañan y que pretenden ilustrar. Esto hace preguntarse de qué valor documental pueden tener imágenes como éstas, provenientes de un texto imaginario.







Otro aspecto singular que comparten estas *Letters*... con los demás libros estudiados, es una peculiar vocación imperial, expresada como un compromiso nacional. Que aquí también tomó la forma de invocaciones dirigidas al pueblo inglés para que asuma el cumplimiento de una misión en América del Sur. “No puedo dejar de preguntarme”, señaló este viajero imaginario, “¿por qué duerme el león inglés —por qué mis compatriotas no se convierten en los abogados de los millones que sufren, y los verdugos del asesinato, la rapiña y el saqueo? Con qué alegría recibiré la noticia, de que una fuerte flota y una armada de ingleses ha desembarcado en estas costas, para librar al miserable de sus cadenas, y del amargo yugo de la esclavitud y opresión; para abrir las puertas de la libertad a millones”.<sup>665</sup>

Un llamado que lleva incorporada la justificación legitimadora de la intromisión inglesa en los asuntos de esta región; ya que se trataría de una misión, que a juicio de este autor consistiría en proteger y liberar a quienes sufren y en erradicar a quienes les inflingen tanto dolor y sufrimiento. ¿Quién habrá sido “este miserable encadenado”? Todo indica que se trataba de los indios, los pocos “de raza pura” que habían sobrevivido a los apremios y abusos causados por los españoles.

Este como los anteriores puntos de convergencia que se encuentran entre estas *Letters* y los demás títulos, corresponden a “lugares comunes” o a tópicos relativos a las tierras del Cono Sur y a la posición de los ingleses en estas tierras, que habrían circulado

---

<sup>665</sup> (Anónimo) Davie John Constance. 1819 Pág. 6

en Inglaterra durante las primeras dos décadas del siglo XIX propulsados precisamente por libros de viaje como estos, ya sean verdaderos o ficticios, y otros trabajos de carácter especulativo o antológico sobre América del Sur, como los libros de William Walton<sup>666</sup> (1754-1857) o del ya mencionado, Richard Henry Bonnycastle, publicados en Londres en 1814 y 1818, respectivamente.

Cabe luego preguntarse, qué papel ocuparon estos tópicos o “esquemas” en relatos de viajes como los estudiados en este trabajo presumiblemente verdaderos. ¿Se interpusieron entre la experiencia directa de sus autores y el testimonio que dejaron de ella? ¿Pueden estos tópicos condicionar o determinar la veracidad del contenido de un libro de viajes? ¿Tiene, por último algún sentido buscar alguna verdad en libros de viajes como estos? Sería bueno tener alguna respuesta concluyente para estas preguntas. Pero, por el momento puedo aventurar algunas conjeturas y establecer ciertas premisas. Primero que resulta inevitable admitir la presencia de tópicos y lugares comunes en relatos de esta naturaleza, e incluso en cualquier texto de carácter literario. Luego, puede concluirse que tópicos o esquemas tales como las visiones o representaciones sobre los indígenas americanos, los españoles o la naturaleza americana, son una muestra de ideas o preconcepciones existentes en Inglaterra a comienzos del siglo XIX y que podrían considerarse como constitutivos de su horizonte o utillaje cultural.

Estas fórmulas convencionales actuaron como mecanismos capaces de reducir la extrañeza que les ocasionaba a estos viajeros el contacto con lo nuevo o lo desconocido, en la medida en que garantizaban la conformidad del relato con un conjunto de nociones respecto de América del Sur que circulaban en Inglaterra. Y al mismo tiempo estas fórmulas les ayudaron a estos autores a comunicar una experiencia radicalmente nueva.

Este conjunto de esquemas también aseguraron que estos relatos se adscribieran al género literario de la literatura de viaje, en la medida en que participaban de un conjunto de convenciones propias de este género literario, en particular de aquellos relatos de viajes referidos al extremo austral del planeta. Estos esquemas pudieron haber surgir al momento de armar el libro para su publicación, o bien mientras su autor tomaba sus notas o apuntes en plena travesía, cuando todavía la noción de publicar un libro era una alternativa remota. De tal manera que estas fórmulas no sólo le sirvieron al autor para comunicar a sus lectores lo que ellos habían visto y vivido en América, sino también para poder asimilarlo y comprender lo novedoso de su experiencia, solucionando un desafío que bien podría ser una variante de lo que Anthony Pagden llamó el “principio de vinculación”. Es decir, el intento de traducir una variedad de experiencias propias de un mundo ajeno a las prácticas del propio, asimilando y testimoniando una experiencia esencialmente novedosa a una audiencia metropolitana.<sup>667</sup>

Un viaje como el que hicieron estos autores era toda una experiencia, tomando en cuenta la cantidad de incidentes y la diversidad de impresiones que el viajero podía percibir. Asunto que se hace todavía más patente en el intento de recogerlas y asimilarlas

<sup>666</sup> Walton, William. An expose on the dissensions of Spanish America, intended as a means to induce de Mediatory interference of Great Britain in order to put an end to a destructive civil war. London Printed for the Author 1814.

<sup>667</sup> Pagden, Anthony. 1993. Páginas 21 y siguientes

en un relato. De esta manera, estas fórmulas o convenciones les sirvieron a estos autores para reducir lo que Simon Schama calificó como la engañosa brecha que separa el acontecimiento vivido de su narración posterior <sup>668</sup>, en un esfuerzo que puede enmarcarse en la tentativa realista predominante en las expresiones culturales del siglo XIX y que el pintor inglés John Constable sintetizó al expresar la imposibilidad consustancial de su intento de traspasar un paisaje de varios kilómetros en una tela de apenas un metro cuadrado <sup>669</sup>.

Sin embargo todavía resta responderse si estas convenciones o tópicos se integraron conformando un discurso propiamente tal, en el sentido que le han dado a esta noción autores como Foucault y más tarde Edward Said, es decir si estos lugares comunes formaron un “repertorio del cono sur” o un conjunto de nociones autónomas de la realidad, que se retroalimentaba en pos de preservar una superioridad cultural hegemónica y dominante de carácter imperial sobre una región periférica. <sup>670</sup>

Al respecto, es importante no perder de vista que de estos libros se esperaba que satisficieran una necesidad bastante concreta, que en un primer nivel equivalía a proveer información útil a su audiencia que tenía intereses en la región. Afanes especulativos de índole comercial y también literaria o imaginativa, como podían ser la información sobre el mercado americano y las visiones de una naturaleza espectacular. Esto era algo que sus editores conocían perfectamente bien, ya que muchos de ellos estaban familiarizados con la publicación de libros de viaje y tenían vínculos “contantes y sonantes” con los asuntos sudamericanos. En ese sentido, una de las tesis de este trabajo ha sido sostener que estos libros relativos a “las cosas de América” fueron producidos como medios a través de los cuales se pretendía difundir información útil sobre el Cono Sur de América, en respuesta a una situación política y económica que vivían Europa y América: la convergencia de una gran demanda de información sobre una región con una abundante oferta de la misma.

Sin embargo, admitir la presencia de fórmulas o esquemas en estos libros, no debería convertirlos necesariamente en meros testimonios del horizonte cultural de sus autores, invalidando su valor documental respecto de las realidades que presenciaron e intentaron describir o transmitir. Es decir estos libros no sólo hablan de quienes los escribieron, sino que también tienen mucho que decir respecto de aquellos países y pueblos que visitaron. En ese sentido es conveniente seguir los resguardos planteados por Linda Colley, quien respecto de los relatos de cautiverio de ingleses en los siglos XVII y XVIII, señaló que estos testimonios no eran necesariamente “textos seguros”, en la medida en que sólo corroboraban puntos de vistas europeos preexistentes acerca de otras sociedades <sup>671</sup>, sino que también se arriesgaban a indagar sobre lo nuevo o lo

---

<sup>668</sup> Colley, Linda. 2003 Págs. 89, 90

<sup>669</sup> Honour, Hugh. 1981 Pág 71

<sup>670</sup> En la construcción de un discurso. Foucault, Michel, Las palabras y las cosas. México: Editorial Siglo XXI 1971. Pág 57-82, 127-163. Said, Edward Orientalismo. Madrid, Debate 2001. Págs 135-137

<sup>671</sup> Colley, Linda 2002 Pág. 15

desconocido. De esto último se desprende que estos libros de viajes, tal como ocurre con los testimonios de cautiverio estudiados por Linda Colley, no sostuvieron una perspectiva unívoca, reconociblemente inglesa o necesariamente imperialista respecto del mundo no europeo. Tomando en cuenta que sus impresiones y representaciones, a pesar de la serie de lugares comunes que aglutinaron, no confluyeron necesariamente en una misma dirección, si no que admitieron variantes y matices.

Todo esto contribuye a derribar cualquier idea que sostenga que, al menos entre estos viajeros ingleses existió una visión uniforme o monolítica respecto de América, forjada exclusivamente a partir de prejuicios, en su mayoría negativos. Ello no obstante a que estos libros en muchas ocasiones se construyeran menos a partir de la observación directa de la realidad que de una herencia literaria que al final resultó ser decisiva. Modelando una imagen del hemisferio Sur, y particularmente del Cono sur, proveniente del pasado, de antiguos testimonios que existían sobre la región e incluso de trabajos surgidos de la imaginación literaria, los cuales conformaron un imaginario “especulativo” que libros de viajes como los estudiados en este trabajo recogieron, articularon y pusieron en marcha. Así en estos libros convivieron ideas o imágenes literarias o ficticias que prolongaron una huella literaria proveniente del pasado con testimonios directos o de primera mano recogidos por sus autores en su condición de testigos de la situación de estos países. De tal manera que sus autores prolongaron una verdadera cadena literaria que transmitía de eslabón en eslabón determinadas imágenes del extremo sur de América, relativas al mundo natural y a la situación de sus habitantes. Sin embargo, a comienzos del siglo XIX, este imaginario “especulativo” literario propulsó y le dio sentido a una verdadera asonada de especulaciones de carácter mercantil o financiero, que como se ha visto resultaron frustradas en un fracaso rotundo que también echó por tierra todas las especulaciones de carácter literario.

## Viajes románticos

Los diez libros estudiados en este trabajo surgieron a lo largo de un decenio que ha sido llamado como “la época de oro del viaje romántico”<sup>672</sup>. ¿Que se entiende por viaje romántico? ¿Pueden o no caracterizarse como tales, los testimonios escritos a partir de estas experiencias? En un intento de definir la literatura de viajes del romanticismo, Roger Cardinal estableció una oposición entre las ideas de este período y las de la Ilustración, distinguiendo entre ambos idearios de manera tajante. La literatura de viajes romántica, según este autor, se opondría a la correspondiente al siglo anterior en la medida en que ésta última habría sido objetiva, impersonal y científica y habría estado impulsada, principalmente por un deseo de obtener mayor conocimiento. En circunstancias que la literatura de viajes del romanticismo era subjetiva, autobiográfica y más que responder a un impulso de conocimiento del mundo exterior, respondía a un afán de conocimiento y exploración del propio viajero<sup>673</sup>. Esta definición presenta algunos problemas para los propósitos de este trabajo, puesto que todos los libros estudiados en éste justificaron (su

<sup>672</sup> Porter, Roy. Ed. Cardinal, Roger. 1997. Pág. 142

publicación) como vehículos de información útil o, en el mejor de los casos, objetiva y cuantificable. A sus autores les pareció mucho más importante acumular información relativa a hechos y cosas, potencialmente útil para los próximos viajeros, en lugar de expresar sus propios sentimientos o emociones. Por esa razón, en estos trabajos hay pocas observaciones subjetivas y todavía menos anotaciones de carácter autobiográfico. Estos viajeros parecen haber estado mucho más preocupados de la objetividad y la precisión de sus observaciones, dos valores que Cardinal asigna como preponderantes de la narrativa de viajes del siglo anterior, que de exaltar su propia subjetividad.

Según señala Michael T. Bravo, la precisión fue un elemento distintivo de las exploraciones a lo largo del siglo XVIII y de los testimonios que los viajeros dejaron de ellas. La exactitud y la precisión, de acuerdo a Bravo, le añadieron una nueva dimensión crítica y a veces polémica al lenguaje del viaje; haciéndole un espacio a juicios que distinguieran respecto de la confiabilidad de sus observaciones. Permitiendo el debate y la argumentación en aras de la fiabilidad de las observación. De tal manera que una medición o cualquier dato objetivo eran estimados como superiores en términos descriptivos, que una observación de carácter literario o una opinión personal.<sup>674</sup>

Sin embargo, los libros de viaje analizados en este trabajo junto con privilegiar la precisión de sus observaciones utilizaron al mismo tiempo de manera recurrente las estéticas de lo sublime y lo pintoresco que a diferencia del lenguaje de la precisión privilegiaban la exaltación de lo inconmensurable y de escenarios que no se ajustaban a la apreciación neoclásica de la medida y la línea recta. Se trataría entonces de dos lenguajes diferentes que podrían haberse articulado de manera conflictiva, pero que sin embargo convergieron en la medida en que las estéticas de lo sublime y lo pintoresco al igual que las actitudes y disposiciones derivadas de un impulso por la precisión y la exactitud tendían a domesticar o colonizar lo desconocido, en este caso la naturaleza o el paisaje del Cono Sur de América que esperaba incorporarse a una red de empresas del comercio imperial europeo.<sup>675</sup> Como observa Bravo, las técnicas de medición, dibujo y descripción contribuyeron a formar un vocabulario común de exactitud en una tecnología aplicable a lo largo del imperio, pero esta no se encontraba exenta de ambigüedades retóricas. Lo que no habría impedido que la narrativa de viaje a partir de mediados del siglo XVIII se volviera cada vez más un instrumento clave del imperio para describir, valorizar y cartografiar el mundo que aspiraba a poseer.<sup>676</sup>

A pesar de esta última distinción, los diez libros estudiados en este trabajo, comparten muchos de los elementos que Roger Cardinal asignó como característicos de la literatura de viajes del romanticismo, tales como su fascinación por el contacto con pueblos extranjeros, la exploración de tierras remotas, la obsesión por la inmersión en “el color local” y la atracción por lo exótico entre otros elementos románticos.<sup>677</sup> Del mismo

---

<sup>673</sup> Porter, Roy. Ed. Cardinal, Roger. 1997. Pág. 144

<sup>674</sup> Rubiés, Jean Paul, Elsner Jas. Ed. Bravo, Michael. 1999. Pág 163

<sup>675</sup> Rubiés, Jean Paul, Elsner Jas. Ed. Bravo, Michael. 1999. Pág 165

<sup>676</sup> Rubiés, Jean Paul, Elsner Jas. Ed. Bravo, Michael. 1999. Pág 166



---

modo, se ha considerado que el culto por una estética asociativa, como las retóricas de lo sublime y lo pintoresco, con sus correlativas expresiones de meditación, contemplación y ensimismamiento, ocasionadas por una naturaleza visualizada como un paisaje, serían también prácticas y usos característicos del romanticismo<sup>678</sup>.

No obstante esto, todavía hay muchos elementos considerados como propios del romanticismo como género artístico y fenómeno cultural europeo, que rebotan al toparse con estos libros de viaje. El más significativo de ellos se centra en que estudios de la literatura de viajes del romanticismo, como el del mismo Cardinal, tienden a centrarse en autores que son figuras literarias de renombre o en escritores profesionales, que por lo general son los manifestantes más insignes del movimiento. En circunstancias que los autores estudiados aquí, no son autores escritores, en un sentido literario del término, ni tampoco creadores o artistas.<sup>679</sup> De manera que, tratándose de autores de segunda o tercera línea, si es que existe tal categoría habría que ver cómo ellos, escritores ocasionales, como militares, empresarios o mineros se relacionaron con un movimiento cultural cuyas características se han determinado a partir de la obra de sus cultores más preponderantes, que probablemente hayan estado plenamente concientes de las dimensiones culturales de su obra y de las pugnas ideológicas que esta englobaba. En el fondo aquí se trataría de ver cómo autores que viajaron, tomaron apuntes y terminaron publicando un libro, sin muchas veces habérselo propuesto, participaron, utilizaron y trataron con formas, usos y giros establecidos por la alta cultura. Ello nos conduce a revisar el estatuto del autor de un libro de viajes, tomando en cuenta que quienes escribieron estos libros, no fueron aristócratas que viajaron para recrearse o ilustrarse, como fue en un momento el caso del Grand Tour europeo, ni artistas que obedecieran a un impulso interior, que los llevara a buscar nuevos horizontes en una “invitación al viaje”, libre, o antojadiza e inexplicable. Los autores de estos libros no fueron a Sudamérica por el puro placer de hacerlo, antes bien viajaron por deber y en muchas ocasiones lo hacían en pos de la promoción social, que un esfuerzo de esta naturaleza podía significarles en sus carreras, tal como lo reveló Edward Hibbert, cuando señaló que la razón de orden personal por la cual emprendió su viaje fue la esperanza de avanzar el mismo en su profesión, “un motivo siempre lo suficientemente poderoso, pero doblemente entonces, en un momento cuando la paz opone una barrera a la ambición militar mucho más insuperable que los Andes”<sup>680</sup>.

Podría decirse entonces que estos autores asumieron posturas de carácter ilustrado a la vez que románticas en una convivencia que sólo podría resultar contradictoria si se insiste en ver ambas actitudes como compartimientos estancos, definiendo un período cultural a partir de formulaciones opuestas respecto de su precedente o siguiendo criterios negativos. Sin embargo, si se admite que entre la ilustración y el romanticismo,

<sup>677</sup> Porter, Roy. Ed. Cardinal, Roger. 1997. Págs. 135-147

<sup>678</sup> Leask, Nigel 2004. Pág. 5

<sup>679</sup> Leask, Nigel 2004. Pág. 6

<sup>680</sup> Hibbert, Edward. 1824. Pág. 109

no hubo una barrera infranqueable sino diversos puntos de contacto y contagio, o si se considera que la visión del mundo característica del romanticismo se encontraba hacia las primeras décadas del siglo XIX todavía impregnada de nociones y valoraciones propias del ideario ilustrado del siglo anterior, estos trabajos resultan singularmente interesantes. Del mismo modo estos libros obras de autores menos concientes de los alcances o implicancias estéticas de su trabajo, permiten observar cómo podían circular ideas, nociones e imágenes de la alta cultura en obras menores de autores que no tenían ambiciones de escritores, pero que manejaban muchos de los códigos representativos no sólo del género literario de la literatura de viajes sino también del cuerpo de ideas y principios del romanticismo, entonces tan boga. Manifestando cómo la cultura literaria del periodo perneaba hacia capas que se encontraban al margen de los círculos literarios. En este sentido resulta llamativo observar como estos autores utilizaron referencias o alusiones literarias, como citas a la obra de Walter Scott o los poemas de Ossian, trucados por McPherson, y emplearon figuras o tópicos literarios propios de la estética de lo sublime y lo pintoresco que en ese mismo momento eran tan extendidos entre la comunidad letrada que Jane Austen se daba el gusto de parodiarlos en su primera novela *Northanger Abbey*<sup>681</sup>. Asimismo, estos libros sugieren la existencia de una interacción o de un diálogo entre líneas estéticas y ámbitos tradicionalmente disociados de estas como lo fueron los discursos geológicos y biológicos, que ayudan a enriquecer la noción tradicional del romanticismo.

Sin embargo, al observar cómo estos autores “dialogaron” o “negociaron” con algunas expresiones salientes de la cultura de la época, no está de más preguntarse si acaso ellos no estaban “remedando” figuras literarias que entonces eran de uso corriente, como podría suceder tratándose de la estética de lo sublime o lo pintoresco. En ese sentido el estudio de estos libros de viaje sugiere que en buena medida la literatura de viajes del romanticismo o incluso el propio romanticismo como estilo y forma de ver la vida podía reducirse a un conjunto de convenciones y prácticas que se encontraban bastante establecidas en el ámbito del subgénero literario del libro de viajes. Llegando un poco más lejos, no sería muy aventurado preguntarse si acaso la filiación de estos libros con la estética dominante del romanticismo puede haber sido responsabilidad de sus editores, que conocían perfectamente bien las convenciones del género y las inquietudes y necesidades de su audiencia.

Sin embargo, tampoco parece ser aconsejable llevar esta sospecha demasiado lejos y así, por ejemplo, minimizar del todo el impacto que pudo haber tenido entre estos viajeros la naturaleza americana, con su espectáculo de cumbres nevadas y vastas planicies.

Uno de los aportes más significativos de la obra de Mary Louise Pratt es su llamado a repensar la noción del romanticismo a la luz de la experiencia de los viajeros europeos en lo que llama las “zonas de contacto”, es decir, en aquellos puntos ubicados en la periferia de los centros dominantes donde los países de Europa del norte interactuaban con aquellas regiones tenidas por atrasadas en una geografía cultural que asociaba al Sur de América con el sur de Italia y España. De acuerdo a Mary Louise Pratt el

---

<sup>681</sup> Brewer, John 1997 Pág 615, 616, 617.

“romanticismo” europeo pudo articular nuevos discursos sobre América, Egipto, África del Sur, Polinesia o Italia, pero éste también fue modelado, de regreso por la cultura de dichas regiones en un camino que tenía dos sentidos y no uno solo, en un modelo “difusionista” tradicional, en el cual una cultura irradia y otra se limita a tomar apuntes y a reproducir pasivamente. El romanticismo, de acuerdo a esta autora, entre otras cosas consistiría “en los desplazamientos de las relaciones entre Europa y otras partes del mundo, sobre todo las dos Américas que en ese momento estaban precisamente liberándose de Europa”. Mary Louise Pratt llega incluso a sostener que el romanticismo podría haberse originado precisamente en estas zonas de contacto de América, África del norte y los Mares del Sur.<sup>682</sup> Este análisis es tributario de las investigaciones propuestas por Bernard Smith ya en 1960 en su clásico trabajo “European Vision and the South Pacific” y en su continuación “Imaging the Pacific” en las que sugiere que el Mar del Sur fue un verdadero laboratorio cultural, donde los imperios del norte de Europa pusieron a prueba diversos alcances de su cultura. Entre los cuales destacó el abandono de modelos epistemológicos ligados a la tradición por una aproximación empírica a la formación del conocimiento que influyó significativamente en distintos aspectos de la cultura europea de regreso a casa<sup>683</sup>.

De este modo cabría preguntarse si libros como los comentados aquí, habrán contribuido a insertar un conjunto de motivos e ideas en la cultura europea surgidos de su propia experiencia en estos viajes, como por ejemplo su relación con la naturaleza o un determinado paisaje, la emancipación de las nuevas repúblicas y el surgimiento de nuevas naciones con nuevos espacios de libertad, aventuras y mucho color local. De modo que este contacto europeo con el Cono Sur le haya permitido al discurso romántico una modulación más intensa de la que hasta entonces había tenido, tal como el contacto con la geografía americana le permitió a la especulación mineralógica y geológica acceder a nociones que hasta entonces no se habían vislumbrado.

## El imperio

Sin embargo, a pesar de este espíritu romántico no hay que perder de vista que en muchos de estos libros de viajes hay una visión sombría de las revoluciones de la Independencia. Una actitud, que, entre otras cosas, se refleja en el reiterado llamado al orden que hacen a estas Repúblicas para que se constituyan políticamente en Estados capaces de proporcionar las garantías mínimas para el comercio. Así como en una continua apreciación del estado de abandono en que se encontraban estas Repúblicas, como una tierra en ruinas. Esta visión desfavorable o pesimista hacia las revoluciones debe verse a la luz de la Europa de 1815, de la Santa Alianza y de los movimientos absolutistas surgidos en ella a partir de la derrota de Napoleón. Esto último apunta al contexto político en el cual se desarrollaron estos libros que he intentado desarrollar en

<sup>682</sup> Pratt, Mary Louise 1997. Págs 243 y sigs.

<sup>683</sup> Smith, Bernard 1985 y 1992.

este trabajo.

En este contexto destaca el marco político proporcionado por el imperio, entendido como la manifestación de un momento histórico determinado y no como una entidad abstracta. En ese sentido en este trabajo intenté trazar un bosquejo de la genealogía del proyecto expansionista británico hacia el Cono Sur, con el propósito de señalar la existencia de eventuales relaciones entre estas antiguas experiencias de los siglos XVI, XVII y XVIII y las incursiones británicas de las primeras décadas del siglo XIX. Se trataría de algunas constantes de larga duración útiles para iluminar y esclarecer muchos de los aspectos más salientes de estos libros de viaje que constituyeron algunas de las primeras penetraciones británicas en el continente americano. Luego destacué la vinculación personal que estos viajeros expresaron hacia una empresa imperial de largo alcance, que de alguna forma corresponde con lo que se ha denominado “el segundo Imperio Británico”, que entre sus características más sobresalientes tuvo un marcado acento nacional y un sesgo conservador<sup>684</sup>. Esta suerte de compromiso con la causa del imperio se deduce a partir de la trayectoria de estos viajeros y se manifestó en términos directos o expresos, a través de sus declarados proyectos de expansión y ocupación, y de manera tácita o implícita mediante una serie de formas de representación que encerraban metáforas de colonización y ocupación territorial. Así tanto la estética asociativa, como el despliegue de una mirada de carácter topográfico y el impulso cartográfico pueden ser integradas en una forma de representar la realidad americana que se enmarca en una empresa expansionista. Para expresar esto último he asumido que estos autores podrían haber adherido a una serie de posiciones o actitudes intelectuales y políticas sin expresarlo de manera explícita. Es por eso que integré expresiones y representaciones como las visiones de la naturaleza y el paisaje con manifestaciones expresas de carácter imperial que tomaron forma en proyectos o propósitos enunciados expresamente tales como planes de inversión de capitales británicos y la promoción de proyectos de colonización, entre otros, que en el fondo revelaban que sus planes además de perseguir la consecución de sus propios intereses formaban parte de una empresa compartida y aglutinante de alcance mayor.

Sin embargo, este compromiso con una causa imperial puso de manifiesto una considerable diversidad de enfoques o una variedad de aproximaciones, las cuales no permiten probar la existencia de una actitud única, monolítica, o predecible respecto de esta región; sino que al contrario, revelan puntos de vistas diversos e incluso contradictorios de estos autores. Ello sugiere que si efectivamente existió un discurso sobre América a lo largo del siglo XIX este fue formándose con el tiempo y no de manera unidireccional sino que a través de un proceso de recepción y selección posterior que hicieron otros viajeros y autores europeos y también los miembros de las elites locales americanas. Ellos, en definitiva, habrían contribuido a homogeneizar y comprimir un cúmulo de visiones variadas e incluso contrapuestas sobre América del sur en un discurso que tomó forma a lo largo del siglo XIX.

En el propósito de determinar los diversos contextos, que permitan situar e iluminar estos trabajos puse especial énfasis en el fracaso, la decepción y el desengaño que

---

<sup>684</sup> Baily, Christopher 1989. Págs 1-15.

surgieron de estos viajes. No sólo el fracaso de las compañías mineras y el frustrado negocio de los empréstitos, sino que una sensación de frustración y decepción, producida por el derrumbe de muchas de las expectativas que se habían cifrado sobre el Cono Sur de América.

Sugiero que el fracaso fue el pivote en torno al cual giraron, en mayor o menor medida, todos estos libros de viaje. Tanto aquellos que fueron publicados antes de los últimos meses de 1825, es decir antes de la crisis económica, como aquellos que salieron una vez que se había producido esta crisis y que surgieron como un intento de determinar sus causas y que fueron justificados por sus autores, en el propósito común de entregar información y de justificar un error atribuido eminentemente a la falta de ésta. En general, el fracaso de las compañías mineras determinó drásticamente el curso de la especulación inglesa en el Cono Sur, dejando, según señala Claudio Véliz, una impresión muy profunda en Londres. Habría sido necesario que transcurriera una generación antes de que se restableciera la confianza financiera perdida en las empresas Sudamericanas y sólo veinte años más tarde pudo volverse a levantar un segundo préstamo en el mercado de Londres, que estuvo eminentemente destinado a pagar las deudas contraídas en el préstamo anterior. De acuerdo a lo observado por Véliz, en las tres décadas posteriores a 1825 los ingleses sólo comprometieron modestos montos de capital, lo que no impidió que el comercio entre ambos países fuese aumentando progresivamente.<sup>685</sup> De acuerdo a este autor, en el caso chileno el colapso de las compañías mineras tuvo consecuencias que trascendieron a la industria minera, ya que esta experiencia frustrada contribuyó a fortalecer la mano de los políticos conservadores que siempre habrían visto a los extranjeros con sospecha. Entre estos conservadores resaltaba la figura de Mariano Egaña, para quien la experiencia inglesa habría sido determinante en el fortalecimiento de sus visiones centralistas y conservadoras. Egaña quien tuvo una participación protagónica en las reformas centralistas que siguieron a la revolución de 1829, tuvo una influencia decisiva en las deliberaciones y los resultados finales de la convención que diseñó la constitución de 1833, que rigió la vida de la nación chilena por los próximos cien años.<sup>686</sup>

Sin embargo, en un estudio posterior, el historiador Gabriel Salazar sostiene que la influencia británica en el establecimiento del llamado “Estado Portaleano” habría tenido una orientación diferente, a la advertida por Véliz.<sup>687</sup> Para Gabriel Salazar, la presencia de las naves inglesas de la Estación del Pacífico, junto a los barcos de otras potencias del hemisferio norte, transformó la ola mercantil inglesa que había llegado a las costas de Chile desde antes de la independencia chilena en un asedio “militarizado” contra la legislación económica local. Esta presencia foránea, a juicio de este historiador, se habría constituido “en un factor *desorganizativo*, que desnormativizó las actitudes y conductas de los funcionarios de aduana, de Gobierno y de los propios mercaderes locales.” Esta influencia o presión habría provocado una consecuente “desmoralización” de la clase

<sup>685</sup> Véliz, Claudio 1975. Págs 654, 655, 657

<sup>686</sup> González E., Javier 1984 Págs. 656, 657

<sup>687</sup> Sálazar, Gabriel 1994

mercantil chilena, “creando una situación anómica, que caotizó y confundió por arriba los movimientos sociales que, desde abajo —como era el caso de las bases “pipiolas”— intentaban construir un Estado productivista y democrático”. Esta “ola mercantil inglesa” se habría montado sobre el contrabando que infiltraba mercaderías foráneas desde comienzos del siglo XVIII, e incluso desde antes, hasta convertirse a partir de 1817 en un asedio “permanente, sistemático y navalmente protegido” a los mercados locales. Para Salazar los efectos de esta intromisión no se limitaron a presionar a los funcionarios aduaneros y los legisladores locales, sino también habrían logrado desmoralizar “la ética y legalidad proteccionista y productivista bajo-coloniales”, a través de un proceso gradual, confuso, pero también resistido, en el cual a la larga se habría logrado la claudicación total de la oligarquía criolla, que acabó rendida ante esta modernización impuesta desde afuera o desde arriba.

Salazar, a diferencia de Véliz, sostiene que el movimiento mercantil criollo, que según él estaba asociado con los intereses propugnados por el triministro Diego Portales, que en 1830 erigió y sostuvo mediante las armas una institucionalidad estatal y una ética administrativa, no desalojó a los comerciantes ingleses y las naves de la armada británica que se habían apoderado del comercio exterior, del cabotaje y aun del comercio al menudeo, rubros que la legislación colonial y postcolonial les prohibía expresamente. Al contrario, esta institucionalidad habría consolidado una modernización impuesta desde afuera. Modernización, que según este autor, habría hundido su “alienidad” “hasta el fondo de la sociedad local”.

Las conclusiones de Salazar sugieren, sin decirlo expresamente, que de alguna forma la influencia de los comerciantes o empresarios ingleses habría sido decisiva en el proceso de constitución del Estado chileno, en la medida en que ellos no sólo habrían presionado para lograr la promulgación de una legislación y el establecimiento de prácticas favorables a sus intereses y propósitos, sino que también habrían minado la moral de las clases mercantiles nacionales que venían implementando formas de desarrollo acordes con su propio ritmo y usanza.

Pero es el momento de regresar a los libros que constituyen el tema de este trabajo, y que en buena medida son el testimonio directo de varios de estos mismos empresarios o aventureros capitalistas ingleses de la “oleada mercantil” aludida por Salazar. Un testimonio, que según he observado, puede caracterizarse por el desengaño y la decepción ante proyectos fallidos e ilusiones perdidas. ¿De qué manera podría conciliarse esta actitud general de fracaso con el triunfo general de la empresa inglesa en Chile y el resto de las repúblicas americanas durante las décadas siguientes? Una respuesta podría encontrarse en el hecho de que a pesar de esta general impresión de fracaso, estos libros contribuyeron al desarrollo de futuras empresas inglesas en América al proporcionar un acervo de información útil respecto de esta región. Información que fue constituyéndose en un archivo americano, que asistió e iluminó futuros desarrollos de marcado acento imperial como la “Steam Navigation Company” en las costas del océano Pacífico, o las comunicaciones telegráficas a través de la cordillera de los Andes, las líneas de tren que se fueron extendiendo a través de estos territorios y los ambiciosos proyectos mineros que tomaron forma en Chile, Perú y Bolivia.

Pero también, ya que estos testimonios de experiencias fallidas contribuyeron a

cimentar la idea de que América del Sur se encontraba en deuda con Inglaterra. El capitán Head señaló, por ejemplo, que mientras la gente se lamentaba por las pérdidas ocurridas, la causa que había ocasionado la ruina general de estas compañías seguía todavía en pie, y tanto él como sus compatriotas seguían “en la ignorancia de los países en los cuales nuestro dinero se encuentra enterrado.”<sup>688</sup> Joseph Andrews, compartió esta visión cuando señaló: “Allí estaba la tierra y aquí el capital”, señaló, “sólo de esta manera América podría habernos retribuido de manera más que suficiente”.<sup>689</sup> Esta noción de que en América del sur se encontraba enterrado el dinero inglés, contribuyó a consolidar un argumento que serviría para justificar la presencia inglesa en América, ya que de alguna manera ella tenía que resarcirse de una gran deuda pendiente.

Una prueba de este último aspectos la proporciona el libro *South America and the Pacific comprising a Journey across the Pampas and the Andes from Buenos Aires to Valparaíso, Lima and Panama*, escrito por Peter Campbell Scarlett y publicado en Londres en 1838. Peter Campbell Scarlett proponía el establecimiento de una sociedad naviera de vapores ingleses que recorriera la costa occidental de América en combinación con líneas ferroviarias y canales de navegación que cruzaran el continente, permitiendo la unión de ambos océanos, facilitando con ello el flujo de mercaderías desde y hacia Inglaterra. Estos proyectos encontraron eco en Chile, en el empresario norteamericano radicado en Valparaíso, William Wheelwright, cuyos planes coincidían con el acariciado proyecto de Campbell y que de alguna forma materializaban el anhelo de algunos de los viajeros estudiados aquí que pretendieron establecer una red de conexiones mercantiles capaz de conectar el flujo de recursos americanos de manera directa y expedita hacia la metrópolis inglesa.

Es evidente que Peter Campbell Scarlett procesó la información contenida en los libros de viajes estudiados en este trabajo y que lo precedieron en sus empresas. A algunos de estos autores Campbell los cita de manera expresa, como es el caso de Head<sup>690</sup> y Caldcleugh<sup>691</sup>, pero aun cuando no mencione a los demás, resulta evidente que a todos los leyó y digirió, a juzgar la cantidad de expresiones, conclusiones y temas característicos de ellos que comparte. Sin embargo, Peter Campbell Scarlett llevó los proyectos y las ambiciones de sus predecesores mucho más lejos, proponiéndose “estrechar el cerco marítimo inglés” sobre las regiones de América del Sur, ya que a su juicio, el comercio inglés sólo podría mejorar “si a los barcos de guerra se les permitiera visitar con más frecuencia los diversos puertos en la costa desde Valparaíso a Panamá permitiéndole mayor seguridad a los comerciantes ingleses contra las revoluciones, asegurando las propiedades de todas las personas residentes en estas costas están tan

<sup>688</sup> Andrews Joseph, 1827. Preface V

<sup>689</sup> Andrews, Joseph 1827. Preface XXII

<sup>690</sup> Scarlett Peter Campbell. *South America and the Pacific: comprising a journey across the Pampas and the Andes, from Buenos Ayres to Valparaiso, Lima and Panama : with remarks upon the Isthmus /by the Hon. P. Campbell Scarlett ; to which are annexed, plans and statements for establishing steam navigation on the Pacific.* London : Henry Colburn, 1838. P.115, 247

<sup>691</sup> Scarlett Peter Campbell 1838 P. 209

expuestas, por la debilidad de sus gobiernos y los sucesivos cambios, que son consecuencia de esta misma debilidad.”<sup>692</sup> En su obra, Peter Campbell Scarlett reprodujo los informes de su socio Wheelwright, quien sugirió a las autoridades inglesas implementar en América algo similar a lo que habían desarrollado en la India.<sup>693</sup> Según este empresario norteamericano, Inglaterra se encontraba en “el momento propicio para desarrollar un esquema similar en el hemisferio occidental, abrazando regiones al otro lado de los Andes, iguales en dimensiones geográficas a aquellas del este, y que si bien no tienen el mismo carácter y grado de interés, están sin embargo íntimamente conectadas con el comercio y el intercambio de Gran Bretaña, y la seguridad y el avance de sus colonias”<sup>694</sup>. Wheelwright basó, e incluso llegó a legitimar todas sus propuestas y sus llamados a la intervención inglesa en esta región, en la supuesta deuda que América habría contraído con Inglaterra, argumentando que “Gran Bretaña...había embarcado millones y millones de capital británico en la causa de estos nuevos Estados, por los cuales no había recibido nada a cambio: al contrario, un interés acumulado había henchido el interés hasta una suma casi increíble”.<sup>695</sup>

Resulta interesante observar, entonces, como a partir de estos libros el fracaso inicial de las inversiones y especulaciones inglesas se fue convirtiendo en la base de un argumento de justificación que animaba a los ingleses a volver sus ojos a esta región, con el pretexto de recuperar lo que habían perdido en ella, o lo que habían dejado allí y que esperaba su regreso.

Sin embargo, en este trabajo he propuesto una noción de fracaso más amplia, que no consistió exclusivamente en el mencionado colapso de las compañías mineras, sino también en una serie de diversos factores concomitantes, como la general sensación general de vulnerabilidad, que expusieron estos autores y el desengaño que sintieron al enfrentarse con tierras que desmentían tajantemente las visiones que se habían transmitido sobre esta región de América desde hacia siglos. Por eso he intentado poner de manifiesto la general sensación de vulnerabilidad, aislamiento y soledad que sintieron estos viajeros mientras viajaban por una naturaleza que les pareció hostil. Manifestando la impresión general de que el medio ambiente tenía un peculiar influjo sobre su constitución física y síquica.

Con todo, he intentado sugerir también que esta vulnerabilidad no se limitaba sólo a la complejión física de estos viajeros ingleses, sino también a su disposición moral, e incluso a su propia identidad. La noción de “constitución” o “complejión” utilizada por estos viajeros tenía una connotación física a la vez que moral, y se vinculaba con una determinada noción del carácter nacional, afincado en una geografía y en un clima determinado. Es por eso que, tal como señala alguno de ellos sólo un poco de “viento inglés” habría bastado para devolver a la vida a estas alicaídas constituciones británicas,

---

<sup>692</sup> Scarlett Peter Campbell 1838 P. 287

<sup>693</sup> Scarlett Peter Campbell 1838 P. 288

<sup>694</sup> Scarlett Peter Campbell Scarlett 1838 P. 289

<sup>695</sup> Scarlett Peter Campbell Scarlett 1838 P. 291



en medio de la sequedad y la agobiante humedad del clima de América del Sur. Resulta paradójico, entonces, constatar como esta idea, según la cual, la constitución física y moral del hombre era determinada por un clima y una geografía, que les proporcionó a estos viajeros un sustento teórico para articular sus diagnósticos respecto del carácter de los pueblos sudamericanos por los que viajaban, haya podido jugarles también en su contra, recalcándoles su extrañeza y vulnerabilidad frente a un medio que aparecía adverso. De tal manera que el mismo discurso que de alguna manera impulsó y contribuyó a justificar, en parte, su empresa de expansión imperial, terminó por contribuir a obstaculizar sus propósitos de propagar la influencia de la civilización.

Esto de alguna manera cuestiona la caracterización que hizo de estos viajeros Mary Louise Pratt, cuando señaló, que estos viajeros de la década de 1820, a diferencia de los exploradores y naturalistas, no describían realidades que dieran por nuevas; ni se presentaban como descubridores de un mundo nuevo y frecuentemente reemplazaron su retórica contemplativa y estetizante del descubrimiento por una retórica de conquista y realización orientada hacia objetivos determinados. Mary Louise Pratt añadió que “en muchos aspectos, el itinerario mismo se convierte en ocasión propicia para elaborar un buen relato, en el cual el viaje es un triunfo por derecho propio...”<sup>696</sup> A esta visión del viajero inglés de las primeras décadas del siglo XIX, como un conquistador imperialista triunfante he contrapuesto la decepción general que trasuntan sus libros, que como se ha visto, no sólo se encarnó en el fracaso de sus proyectos, sino también en la sensación de vulnerabilidad que sintieron sus autores<sup>697</sup>, a lo que se añadió una sensación general de desengaño, manifestada en su primer contacto con esta región. Visiones desengañadas que terminaron por derribar las antiguas especulaciones, en su mayoría imaginarias que existían sobre esta región de América. De manera que en este primer contacto se comenzó a terminar una tradición de especulación que había caracterizado la literatura de viajes del Cono Sur americano de los siglos pasados y que incluso llegó a animar estas primeras empresas. La decepción o el desengaño ayudaron a poner las cosas sobre la tierra a un nivel más verosímil, pero estos libros también fueron proponiendo en su reemplazo otra visión sobre América, que a su vez sirvió de piedra de toque para el establecimiento de un nuevo discurso concerniente a los asuntos sudamericanos, inaugurando así a una nueva cadena de referencias que dejó a un lado las antiguas preconcepciones para contribuir al establecimiento de otras nociones, no necesariamente menos falsas. Pero, también haría falta necesariamente la llegada de un nuevo viajero, que no compartan esta impresión general de vulnerabilidad frente al territorio y lo nuevo, que sepan imponerse sobre el clima, el paisaje y en general sobre todas las dificultades que les imponía el escenario de lo sublime y lo desconocido, probablemente se trate del imperialista británico, jingoísta y triunfante que se constituyó en épocas posteriores.

<sup>696</sup> Mary Louise Pratt 260, 261.

<sup>697</sup> Nigel Leask, apunta a que de alguna forma el análisis de Mary Louise Pratt hace una lectura retrospectiva de las narrativas de viaje a partir de los imperativos triunfantes del alto imperialismo victoriano. P 17-18



---

# FUENTES

## Libros de viaje y documentos contemporáneos

Andrews, Joseph Journey from Buenos Ayres: through the provinces of Cordova, Tucuman, and Salta, to Potosi, thence by the deserts of Caranja to Arica, and subsequently to Santiago de Chili and Coquimbo, undertaken on behalf of the Chilian and Peruvian mining association, in the years 1825–26. London: John Murray. 1826

Anonimo (Davie, John Constance) Letters from Buenos Ayres and Chili. With An Original History Of The Later Country Illustrated With Engravings. By The Author of Letters From Paraguay. London Rudolf Ackerman 1819

Brand, Charles Journal of a Voyage to Peru: A Passage Across the Cordillera of the Andes, in the Winter of 1827. Performed on Foot in the Snow, and a Journey Across the Pampas. London: Henry Colburn. 1828.

Caldcleugh, Alexander. Travels in South America during the years 1819-20-21 containing an account of the present state of Brazil, Buenos Ayres, and Chile London John Murray 1825

Campbell Scarlett Peter. South America and the Pacific: comprising a journey across the Pampas and the Andes, from Buenos Ayres to Valparaiso, Lima and Panama :

with remarks upon the Isthmus /by the Hon. P. Campbell Scarlett ; to which are annexed, plans and statements for establishing steam navigation on the Pacific.London : Henry Colburn, 1838.

Davie, John Constance. Letters from Paraguay describing the settlement of Montevideo and Buenos Ayres, the presidencies of Rioja Minor, Nombre de Dios, St. Mary and St. and St John &. &. with the manners, customs, religious ceremonies, & of the inhabitants. London: Printed for G. Robinson, Paternoster-Row, 1805.

Defoe, Daniel. A New Voyage Round the World by a course never sailed before being a voyage undertaken by some merchants, who afterwards proposed the setting up an East India company in Flanders. London: Bettersworth. 1725.

Graham, Maria Journal of a Residence in Chile during the year 1822. And a voyage from Chile to Brazil in 1823. London, Longman, Hurst, Rees, Orme, Brown and Green and John Murray, 1824.

Juan, Jorge y Ulloa Antonio, Noticias secretas de América sobre el estado naval, militar y político de los reinos del Perú y provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile; gobierno y régimen particular de los pueblos de Indias; cruel opresión y extorsiones de sus corregidores y curas; abusos escandalosos introducidos entre estos habitantes por los misioneros; causas de su origen y motivos de su continuación por el espacio de tres siglos Londres en la Imprenta de R. Taylor. 1826.

Haigh, Samuel. Sketches of Buenos Ayres, Chile and Perú. London: Effingham Wilson Royal Exchange, 1831.

Hall, Basil. Extracts from a Journal written on the coasts of Chili, Peru and Mexico, in the years 1820, 1821, 1822, by Captain Basil Hall, Royal Navy, author of a voyage to Loo Choo. In two volumes Edimburgh: printed for Archibald Constable and co. Edinburgh and Hurst, Robinson and co. London" en 1824.

Head, Francis Bond Rough notes taken during some rapid journey across the pampas and among the Andes John Murray 1826

Helms, Antón Zacharia. Travels from Buenos Ayres, by Potosí to Lima in 1789. London: Sir Richard Phillips. 1806. Preface.

Hibbert, Edward. Narrative of a journey from Santiago de Chile to Buenos Ayres In July and August 1821. London: John Murray.1824

Humboldt, Alexander. Cuadros de la Naturaleza. Madrid: Editorial Iberia. 1961. Págs 113, 114

Lavaysse Dauxion, Juan José. Observaciones sobre ciertas preocupaciones nacionales sacadas de una carta escrita de Santiago de Chile el primero de junio de 1823 a los señores. M. A. Pictet, Pictet de Rougemont y Latreille, por D. Juan José Dauxion Lavaysse, Director del museo de Historia Natural, con notas explicativas. Santiago. 1823.

Miers, John. Travels in Chile and La Plata Including Accounts Respecting the Geography, Geological Statistics, Government, Financial, Agriculture, Manners and Customs and the Mining Operations in Chile Collected During a Residence of Several Years in these countries. London: Baldwin, Cradock and Joy. P 1826

Miller, John Memorias del General Miller, al servicio de la República del Perú escritas en inglés por Mr John Miller, y traducidas al castellano por el general Torrijos, amigo

---

de ambos. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez. 1910

Moll, Herman. A view of the coast, countries & islands within the limits of the South Sea Company. London: printed for J. Morphew, 1711

Proctor, Robert. Narrative of a Journey Across the Cordillera of the Andes and of a Residence in Lima and other Parts of Peru in the years 1823 and 1824 London: Archibald Constable 1825

Salvin, Hugh Journal written on board of his majesty's ship Cambridge from January 1824 to May 1827 by the Rev. Hugh Salvin, Chaplain Newcastle Printed by E Walker 1829.

Sutcliffe, Thomas. Sixteen years in Chile and Peru. London: Fisher, son, and co. 1841.

Von Humboldt Alexander Personal Narrative of a Journey to the Equinoctial Regions of the New Continent London Penguin Classics 1995.



---

## BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

- Adams, Percy.G. *Travelers and Travel Liars. 1660-1800*. Berkeley: University of California Press, 1962. Págs. 3, 4, 5, 105, 106 y 110.
- Addison, Joseph. *Los placeres de la imaginación y otros ensayos de The Spectator*. Edición de Tonia Raquejo. Madrid: Visor. 1991.
- Andrews, Malcolm. *Landscape and Western Art*. Oxford. Oxford University Press. 1999. Pág. 138
- Barros Arana, Diego. *Historia General de Chile. Parte Quinta*. Santiago: Rafael Jover. 1893. Cap XIX. Parte V. Págs 146 y 147, nota 37.
- Barros Arana, Diego. *Biografía de Claudio Gay*. Santiago. Revista Chilena tomo II 1875. Pág. 118
- Barros Arana, Diego *Historia General de Chile Parte Novena*. Santiago: Rafael Jover Editor 1894 P
- Barros Arana Diego *Un decenio de la Historia de Chile 1841-1851* tomo I Santiago: Imprenta Universitaria 1905.
- Barros Arana, *Diego Historia General de Chile Parte novena* Santiago: Rafael Jover Editor 1894
- Barros, José Miguel. *Alcances de "La expedición de Narborough a Chile: Nuevos Antecedentes*.Punta Arenas. Anales del Instituto de la Patagonia Vol 18 1988
- Bayly Christopher *Imperial Meridian The British Empire and the World 1780-1830*

- London New York Longman 1989
- Bradley, Peter. *Navegantes Británicos*. Madrid: Mapfre. 1992. Pág. 47
- Burke, Edmund. *A Philosophical Enquiry into the Origin of our Ideas of the Sublime and Beautiful by Edmund Burke, Esq. A new edition*. London. A. Robertson Co. 1824.
- Brewer, John. *The Pleasures of the imagination. English Culture in the Eighteen Century*. New York: Farrar Strauss Giroux. 1997.
- Bonneycastle, Richard H. *Spanish America or a descriptive, historical, and geographical account of the dominions of Spain in the Western Hemisphere continental and insular*". London: Longham, Hurst, Rees, Orme, and Brown. 1818.
- Burke, Peter *Formas de historia cultural* Madrid Alianza 2000
- Chartier, Roger *El mundo como representación* Barcelona Gedisa 2000
- Colley Linda *Britons* Yale. Yale University Press 1992
- Colley, Linda. *Captives. The story of Britain's pursuit of empire and how its soldiers and civilians were held captive by the dream of global supremacy*. London. Penguin. 2002. Pág. 8
- De Mora, José Joaquín. *Cuadros de la Historia de Los árabes desde Mahoma hasta la conquista de Granada*. Londres: R. Ackermann, Strand; y en su establecimiento en Megico: Asimismo en Colombia, en Buenos Ayres, Chile, Peru y Guatemala. 1826.
- Diener, Pablo. *Juan Mauricio Rugendas, pintor y dibujante*. Catálogo exposición 1998. Museo Nacional de Bellas Artes y Pinacoteca do Estado de Sao Paulo. 1998
- Donoso, Ricardo Antonio José de Irisarri, escritor y diplomático 1786-1868 Santiago: Facultad de Filosofía y Educación Universidad de Chile. Segunda Edición. 1966.
- Donoso, Ricardo *Alexander Caldcleugh*. Santiago: Separata de la Revista Chilena de Historia y Geografía. 1966.
- Feliú Cruz Guillermo *Viajeros Relativos a Chile*. Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1962
- Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas*. México: Editorial Siglo XXI
- Gallagher, Robert E. Ed. *Byron's Journal of his Circumnavigation 1764-1765* . London: The Hakluyt Society 1964.
- Gerbi, Antonello. *La Disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*. México: Fondo de Cultura Económica. 1993. Págs 50, 51
- Graham, Gerald y Humphreys, R. A. *The Navy in South America 1807-1823* London: The Navy Records Society 1962
- González E., Javier *Documentos de la Misión de Don Mariano Egaña en Londres (1824-1829)* Santiago: Edición del Ministerio de Relaciones de Chile. 1984.
- Guzmán Jorge *Valparaíso, El capitán Mac Farlane y el Dragón. Los personajes del primer desembarco en el Continente Antártico* Diplomacia N 95. Santiago Abril-septiembre del 2003
- Hakluyt, Richard, *The Principal Voyages of the English Nation*. London. Everyman's Library. 1926. Vol 8.
- Harvey, Robert *Libertadores La lucha por la Independencia de América Latina* Barcelona: Océano 2002.



- Hobsbawm Eric *The Age of Revolutions* Mentor Books New York 1964
- Howgego, John Raymond *Encyclopedia of Exploration*. London: Hordern House 2004
- Hugh, Honour. *El Romanticismo*. Madrid: Alianza editorial. 1981
- Humphreys R. A. *British Consular Reports on the trade and Politics of Latin America 1824-1826* Offices of the Royal Historical Society London 1940
- Jaksic, Iván Andrés *Bello, la pasión por el orden* Santiago Editorial Universitaria 1998  
Pág. 111, 112
- Jardine. Nicholas, et. al. *Cultures of Natural History*. Cambridge: Cambridge University Press. 1996. Guntau, Martin. *The Natural History of the Earth*. Págs. 221, 222
- Koebel, W. H. *British exploits in Southamerica* New York: The Century Co., 1917.
- Keller, Carlos *El Pintor Rugendas y Doña Carmen Arraigada*. Santiago: Apartado del Boletín de la Academia de la Historia. 1959. Pág. 105.
- Leask, Nigel. *Curiosity and the Aesthetics of Travel Writing. 1770-1840*. Oxford: Oxford University Press. 2004. Pág. 282
- Lafuente, Antonio y Mazuecos, Antonio. *Los Caballeros del Punto Fijo. Ciencia Política y aventura en la expedición geodésica hispanofrancesa al virreinato del Perú en el siglo XVIII*. Madrid: Serbal/CSIC. 1987.
- Looser, Gualterio. *¿Quién era el viajero Peter Schmidtmeier?* Santiago. Boletín de la Academia de la Historia. N 123 1955-6.
- Mackenna V, Benjamín *El Libro de la Plata*. Santiago: Imprenta Cervantes.
- Mulhall, Michael G. *The English in South America*. Buenos Ayres: Standard Office 1878.
- Mullet, Charles F. *Documents British Schemes Against Spanish America in 1806*. Spanish AMHR Vol 27 May. Missouri. University of Missouri. 1947 Págs 271-2
- Naylor, Bernard *Accounts of Nineteen-Century South America. An annotated Checklist of Works of British and United States Observers*. Londres: The Athlone Press of the University of London. 1969
- Nicolson Marjorie Hope *"Mountain Gloom and Mountain Glory"* Seattle and London University of Washington Press
- Pagden, Anthony. *Señores de todo el mundo. Ideologías del Imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos xvi, xvii y xviii)* Barcelona: Península 1997.
- Pagden, Anthony. *European encounters with the new world*. New Haven. Yale University Press. 1993.
- Porter, Roy. Ed. *Rewriting the self*. Cardinal, Roger. *Romantic Travel*. London, New York. Routledge 1997.
- Porter, Roy. *The Creation of the Modern World. The untold story of the British Enlightenment*. London: Norton. 2001.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos Imperiales, literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad de Quilmes. 1997.
- Preston, Diane. *A pirate of exquisite mind. William Dampier*. London. Walker. 2004
- Prieto, Adolfo. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica. 2002

- Roberts, Carlos *Las Invasiones Inglesas* Buenos Aires: Emecé 2000
- Rubiés, Joan Paul and Elsner Jás. 1999. Bravo, Michael T. Precision and Curiosity in Scientific Travel: James Rennell.
- Rubiés, Joan Paul and Elsner Jás. *Voyages and Visions*. Leask, Nigel. "The Ghost in Chapultepec". London: Reaktion, 1999. Pág. 195
- Schama, Simon. *Landscape and Memory* London: Harper Collins 1995
- Smith, Bernard. *Imagining the Pacific*. Melbourne: Melbourne University Press. 1992. Págs. 28-31
- Sálazar, Gabriel *Dialectica de la Modernización Mercantil: Intercambio Desigual, Coacción, Claudicación Chile como West Coast, 1817-1843* Cuadernos de Historia Estudios. Santiago: Universidad de Chile Diciembre 1994
- Said, Edward Orientalismo. Madrid, Debate. 2000
- Smiles, Samuel. *A Publisher and his Friends. Memoir and Correspondence of John Murray; with an account of the Origin and Progress of his house. 1768-1843*. The Project Gutenberg. E-book Número 10884.
- Varios Autores. *Bello y Londres*. Ford, John. *Rudolph Ackermann: Publisher to Latin America*. Caracas. Fundación La Casa de Bello 1981.
- Thomas, Keith. Man and the Natural World. New York: Pantheon. 1983. Pág. 255.
- Véliz, Claudio Egaña, *Lambert, and the Chilean Mining Associations of 1825*. Hispanic American Historical Review. Volume 55 Number 4 November 1975.
- Waldegrave William "A series of Panoramic Views of Saint Jago, the Capital of Chili. From the original drawings made by the Hon. Captain William Waldegrave in 1821", Santiago de Chile. Reedición de la Sociedad de Bibliófilos de Chile, 1965. Edición a cargo de Armando Braun M.
- Williams, Glyn. *The Great South Sea: English Voyagers and Encounters. 1570-1750*. New Haven and London. Yale University Press. 1997. Pág. 206.
- Walton, William. *An expose on the dissentions of Spanish America, intended as a means to induce de Mediatory interference of Great Britain in order to put an end to a destructive civil war*. London Printed for the Author 1814.
- Watt, Ian. *The Rise of the Novel*. England. Penguin 1957.
- Woodward, Christopher. *In Ruins*. London. Random House. 2001. Pág. 119
- Zapata Gollan, Agustín. *Caminos de América*. Buenos Aires. Emecé. Libros del Buen Aire. 1945. Pág 64
- The New Encyclopaedia Britannica 15<sup>th</sup> edition 1988 Chicago vol 3 Pág 558.
- Chambers's Encyclopaedia London 1875 vol II Páginas 544, 545.